

143-227  
*Miguel Blanco  
Herrero*

LOS EVANGELIOS.

LOS EVANGELIOS.

447-3137

# LOS EVANGELIOS.

EXÁMEN Y REFUTACION

DEL

## RACIONALISMO ALEMAN

CON RELACION A LA INTEGRIDAD Y AUTENTICIDAD

DE LOS CUATRO EVANGELIOS CANÓNICOS

Á SU LEGÍTIMA Y LÓGICA INTERPRETACION

Y Á LOS FUNDAMENTOS DOGMÁTICOS

DE LAS CREENCIAS CRISTIANAS.

OBRA ESCRITA EN CONTESTACION Á LAS RECIENTEMENTE PUBLICADAS

DE M. RENAN Y DEL DR. STRAUSS (1864)

POR

D. M. B. H.

Con licencia de la autoridad eclesiástica.

TOMO I.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET,

calle de la Libertad, núm. 29.

1865.

LOS EVANGELIOS.

EXÁMEN Y REFINACIÓN

DEL

RACIONALISMO ALEMÁN

CON RELACION A LA HISTORIA Y CRÍTICA

DE LOS CUATRO EVANGELIOS CANÓNICOS

Y SU LENGUAJE Y FORMA DE REDACCIÓN

Y A LOS FUNDAMENTOS DOGMÁTICOS

DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS

DEBIDA EXAMEN DE CRÍTICA Y COMPARACIÓN A LAS INVESTIGACIONES DE

DE H. REHM Y DEL DR. D. STRAUSS (1862)

DE

D. M. B. H.

En licencia de la autoridad eclesiástica.

TOMO I.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORSTNER.

Calle de la Librería, núm. 39.

1868.

## INTRODUCCION.

I. Para descifrar el enigma que envuelve los orígenes y los destinos de todos los seres y de todas las cosas, el hombre tiene á su disposición otro enigma más indescifrable todavía, que es su inteligencia, la razón humana. Nadie hasta ahora ha podido definir clara y satisfactoriamente la razón, y esto es tan imposible, como que la razón es la que intenta definirse á sí misma. Un enigma no puede engendrar sino otro enigma, siguiendo la ley natural de los semejantes, y por consiguiente no es de esperar lleguemos á conocer lo que es la razón, sino cuando la razón haya llegado al término de su desarrollo. Nos hallamos en un período de progreso, en que la razón, siendo el hombre mismo, se desarrolla con el hombre, se regenera con él, tiende á su perfección, que es la integridad esencial y formal del ser humano, nada más que el *ser humano*, tal como las leyes que presiden á su existencia han debido y deberán constituirle.

Hallándose la razón en un período de progreso, y deduciéndose de esto su imperfección, resulta que todos los

esfuerzos que haga por conocer la verdad, no son más que parciales, no son más que ensayos para llegar á su conocimiento perfecto. Ante un hecho incontestable semejante, ocurre la duda de si todo lo que existe independientemente de la razón, lo objetivo, prosigue paralelamente á lo subjetivo esa marcha progresiva; si el universo se desarrolla y perfecciona al propio tiempo que la razón. Para resolver esta duda, algunos no perciben que sus razonamientos parten de una ilusión racional, atribuyendo á lo objetivo los cambios de lo subjetivo, de la misma manera que el jóven encuentra el invierno ménos rigoroso que el anciano, hasta que aquél, llegando á la vejez, halla también más frío el invierno. Que el jóven robusto no sienta los rigores de las estaciones como el débil anciano, es innegable; pero que el hombre al llegar á la vejez crea que los inviernos son más rigurosos y que las estaciones cambian, cuando él es el que cambia, es una ilusión, que se semeja á la que algunos se hacen del cambio, de la variación ó desarrollo del universo.

La imperfección de un elemento cualquiera, de la rueda de una máquina, por ejemplo, es tal imperfección por su falta de paralelismo, es decir, porque no corresponde particularmente al fin y objeto de una máquina, de un conjunto de elementos armónicos y por lo tanto perfectos. Así como la rueda de una máquina, que no corresponde á sus fines, se llama un elemento imperfecto, así el hombre en el seno de una inmensa máquina que es el universo, sólo puede comprender su imperfección, su *progreso diferencial*, por su comparación con lo perfecto. La imperfección, pues, de la razón humana, se revela sólo por la perfección con que á su vista se despliega lo objetivo. Si lo objetivo y lo subjetivo concordaran, coexistieran armónicamente, esto significaría idéntica perfección ó igualdad en el grado ó grados de desarrollo y de progreso en ambos. No concordando ni coexistiendo armónicamente, y resultando que la inteligencia del hombre es *inferior* á los actos universales, que no puede comprender ni explicar, esta inferioridad implica su imperfección. El universo *es perfecto*, el hombre tiende á serlo, pero *hoy no lo es*.

La razón humana por sí sola no puede hoy bastarse á sí misma para llegar al conocimiento del universo, que

llamaremos naturaleza, sino que necesita que ésta se manifieste. La naturaleza, manifestándose por sí, constituye el objeto del conocimiento, siendo los actos de aquella la *revelacion* de sus condiciones de ser, revelacion que sirve de base al conocimiento empírico de la naturaleza por la razón. La naturaleza se revela bajo dos aspectos: sus actos *exteriores* constituyen el aspecto *sensible*, perceptible en el hombre por los sentidos; sus actos *internos* forman el aspecto *inteligible*, perceptible en el hombre por la inteligencia. Si se la considera solamente por el primero de estos dos aspectos, la naturaleza nos aparece como una máquina, cuyos engranajes son para la razón la causa y el efecto á la vez del movimiento ó de la vida; si se la considera exclusivamente por el segundo, nos aparecerá como una serie de causas del movimiento ó de la vida, que tienen un origen comun en la fuerza motriz de una máquina. Es necesario, pues, considerarla bajo los dos aspectos en su conjunto, y al hacerlo así, cuidar de no estrechar los límites de la naturaleza por una simple desconfianza de nosotros mismos. Si nos detenemos ante los efectos materiales de lo natural, si nos obstinamos en no ver más que ruedas y ruedas en una máquina que recibe el impulso, no de la fuerza del vapor ni del calórico, sino de la *fuerza inteligente* que pone el carbon en la hornilla, no conseguiremos formarnos una idea exacta de la naturaleza.

La razón humana, que ha conseguido por medio de la *afinidad* y de la *síntesis* químicas producir algunos cuerpos que la naturaleza *produce*, ha podido ver en ello que la *fuerza motriz* de la máquina naturaleza no es una *fuerza bruta y ciega*, no es el *carbon* y el *vapor*, sino una *fuerza inteligente*; pues sólo la inteligencia puede hacer producir *naturalmente* lo que el hombre inteligente produce por medios *artificiales*. Esa inteligencia superior *productora* con relacion al instrumento y medio de produccion, la *materia*, es distinta de la naturaleza, ó por lo ménos es superior á sus elementos sensibles, los cuerpos, los átomos, y por consiguiente, estando sobre lo natural, es lo *sobrenatural*. Que se unan lo sobrenatural y lo natural de tal manera que constituyan una entidad, como en el hombre por ejemplo, nadie lo niega; pero que por el hecho de esta union, lo natural se sobreponga á lo sobrenatural, siéndole esto superior, y se cierren los ojos ante la dis-

tincion esencial de ambos elementos, sólo por odio y rencor á una superioridad *sobrenatural*, es un procedimiento vicioso y hasta poco racional.

La razon humana admite desde luego la *revelacion* de lo natural, formulando los actos de esta revelacion por medio de *cifras inteligibles*, que son los elementos de las ciencias naturales, constituyendo esas cifras las definiciones empíricas de la ciencia. La razon humana debería admitir la *revelacion* de lo sobrenatural, formulando sus actos por medio de *cifras inteligibles*, que fueran los elementos de las ciencias sobrenaturales (teología, metafísica, moral, etc.), constituyendo esas cifras las definiciones empíricas de la ciencia (el precepto, el axioma, el dogma, etc.). Ambas ciencias, caminando unidas, serian los factores del conocimiento, los dos polos para la actividad y la vida de la razon. Como este suceso coincidiría con la concordancia y armonía de todos los elementos vivientes y racionales, implicando su perfeccion íntima y reciproca, no ha podido realizarse ni se realizará, en tanto que la lógica adolezca de los defectos de que adolece su factor, el entendimiento humano. De ahí el que casi siempre anden divorciadas las ciencias naturales y las sobrenaturales ó metafísicas; de ahí la lucha perenne alimentada por el exclusivismo unas veces y otras por el carácter negativo que reciprocamente toman.

Hasta hace poco tiempo, el naturalismo, que reconoce un *primer impulso*, un ser creador ajeno de la creacion; el materialismo, que ni ese ser reconoce y considera á la materia eterna é infinita; el antropomorfismo, que ni la materia ni el ser reconoce, sino el hombre, siendo creador y criatura á la vez; y el panteismo, que sólo reconoce como existencia el abismo y el caos continuamente trasformándose, todos ellos venían desarrollándose aisladamente; pero ahora se han unido, no para apoyarse reciprocamente, que eso es imposible, sino para combatir lo sobrenatural, para *arrojarlo del mundo* como nos dice Renan. Nuestros lectores comprenderán la importancia que tiene para el éxito de nuestros trabajos ulteriores, tratar préviamente la cuestion de la existencia ó no existencia de lo sobrenatural. Los principios racionalistas que tenemos necesidad de combatir, se fundan precisamente en su negacion, hasta tal punto, que si demostráramos

cumplidamente la existencia de lo sobrenatural, las obras del racionalismo contemporáneo no tendrían razón alguna de existir, y quedarían como un recuerdo para las generaciones futuras del grado de obcecación á que el hombre puede llegar cuando se obstina en negar los resultados de la experiencia. Tanto el doctor Strauss (1) como M. Renan (2) parten en sus trabajos de la negativa más absoluta de lo sobrenatural y del *milagro*, su manifestación *sensible*, y preciso es, ántes de entrar de lleno en el exámen de sus teorías ó doctrina, que penetremos por el sombrío laberinto de la naturaleza en busca de la luz que ha de conducirnos al fin de nuestra tarea. Dos medios se nos ofrecen para nuestras investigaciones: partir de la afirmación de lo sobrenatural, ó colocarnos desde luego en el terreno de lo natural para valernos de su propio método. El primero ha venido siguiéndose hasta ahora sin producir resultados notables, supuesto que se le atribuye el defecto de empezar sentando como inconcuso lo que es objeto de la investigación propuesta. Nosotros vamos á seguir el segundo camino, aceptando en ello el consejo que nos da el materialismo moderno, de *no partir de la metafísica para modificar la teología, sino partiendo de la ciencia con el fin de comprender el mundo tal cual es para nosotros* (3). De este modo dejaremos vencidos con antelación los escrúpulos y las desconfianzas de los más descontentadizos y de los más exentos de *preocupaciones*.

Una de las primeras hipótesis concebidas para explicar el origen de lo existente, sin el recurso *vulgar* de una intervención sobrenatural, es la de que nuestro globo se formó de una conglomeración de gases (4), los cuales

(1) Strauss, *Vida de Jesus*, Int., § XIV, 92, 5.ª edición (1858).—*Nueva vida de Jesus* (1864), Int., I, § I, 5.

(2) Renan, *Vida de Jesus*, Int., LI-LIII, 40, 41, 125, 124.

(3) Littré, *Int. á la vida de Jesus*, de Strauss, XXIII.

(4) Condensados alrededor del sol, cuyo movimiento de rotación hizo desprender de su línea ecuatorial las masas que sucesivamente habían de constituir todos los globos de nuestro sistema planetario, y por consiguiente la tierra. Esta teoría es de Laplace, la cual, según confesión de sus propios partidarios, se encuentra hoy profundamente quebrantada por nuevas observaciones de la ciencia, lo que no impide que se la presente aún con una gran tenacidad, como el esfuerzo más vasto y *más feliz* del entendimiento humano para comprender y explicar el origen de nuestro grupo solar ó planetario. (Véase Paul de Jouvencel, *Genèse selon la science*, I vol., 168 y 169).

llegando á la ignicion, produjeron una masa líquida, que impulsada por los dos movimientos de traslacion y rotacion que hoy conserva, fué enfriándose por grados, apareciendo sucesivamente los seres cuyo gérmen encerraba en sí misma. Tal es la teoría expuesta, presentando como prueba, entre otras que examinaremos, el aplanamiento de la esfera terrestre en los polos. Pero aunque tomemos como punto de partida para nuestro cálculo uno solo de los diferentes cómputos hechos (1) acerca de este aplanamiento, el admitido generalmente por la ciencia (Véase *Annuaire pour l'an 1865, publiée par le Bureau des longitudes*), que es de  $\frac{1}{300}$ , siendo el radio de la tierra, considerada como esférica, de 6.566.198 metros, el aplanamiento en cada polo es de 2.122 metros, ó sea para un globo de un metro de diámetro ecuatorial (grande eje) *tres milímetros*, cantidad que de ningun modo puede tenerse en cuenta para la construccion de esferoides de este último diámetro. Vemos, pues, que la forma de la tierra, á pesar de ese aplanamiento, puede decirse que es esférica. Ahora bien: la liquefaccion de su masa y los dos movimientos de traslacion y rotacion, producidos por las fuerzas centrífuga y de atraccion, que fueron causa del enfriamiento gradual, no pudieron ménos de ser simultáneos; y siéndolo, la razon humana no puede explicarse el motivo de que en vez de conservar la forma esférica (al principio era informe) que hoy tiene, no tomase la de un disco aplanado ó de una aguja prolongada, segun Eduardo Roche ha demostrado matemáticamente que toman las masas líquidas ó flúidas planetarias girando invariablemente alrededor de un centro determinado (2).

Ha querido verse tambien una prueba de la liquefaccion de la masa central de la tierra, resto de su fluidez é incandescencia primitivas, en los temblores de tierra y los

---

(1) Newton creia que este aplanamiento era de  $\frac{1}{130}$ ; Brousséaud y Nicollet  $\frac{1}{282}$ ; Sabine, Freycinet y Duperey  $\frac{1}{288}$ ; Bonne  $\frac{1}{479}$ ; otros  $\frac{1}{290}$ , y por fin Malte-Brun adopta el  $\frac{1}{335}$  para calcular las dimensiones terrestres.

(2) *Mémoire sur la figure d'une masse fluide soumise à l'attraction d'un point éloigné. Académie des Sciences et Lettres de Montpellier, section des Sciences*, tomo I, pág. 243, année 1849. *Nouvelles recherches sur la figure des atmosphères des corps célestes*, p. 10, n. 9. Paris, 1862.

volcanes. M. Ampere, á quien estas alucinaciones científicas no habian turbado el espíritu hasta el extremo de impedirle reflexionar tranquilamente como hombre verdaderamente pensador, no podia explicarse cómo la envoltura terrestre podria resistir el choque incesante de una masa líquida que por un cálculo moderado debe ser lo ménos de *sesenta mil kilómetros cúbicos* (1). Añádase que no es calculable, por lo excesivo, el grado de calor de que esta masa debe estar dotada, y podremos preguntarnos cómo es que tan inmensa fuerza ha podido ser gradualmente encerrada bajo la influencia única de la atraccion (2), fuerza que aún no se halla evidentemente demostrada en el sentido con que aquí se la considera, teniendo para contrarestarla la fuerza centrifuga, auxiliada poderosamente por la dilatacion de los gases (3), dilatacion perenne si la masa flúida ha sido originariamente incandescente y ha estado dotada del fuego y de la luz radiales que se ha dicho. En cuanto á los temblores de tierra y las erupciones volcánicas, casi siempre simultáneos y que se supone provienen de una misma causa, el *fuego central*, hay que considerar dos elementos principales: el espesor de las *capas de nivel* y la altura á que se manifiesta la explosion y la ebullicion volcánicas. El espesor de la envoltura terrestre, á nivel del mar, puede calcularse, sin temor de rectificaciones notables, en más de 1.500.000 metros (15.500.000 tiene el diámetro ecuatorial), ó sea de 1.500 kilómetros próximamente. Las sacudidas que en los pozos artesianos han sido observadas por la sonda á 400 ó 500 metros solamente, no han sido sentidas en la superficie: la altura del Vesubio sobre el

(1) 60.000.000 de toneladas.

(2) ¿Cómo se producen los fenómenos á los cuales se ha aplicado la denominacion de atraccion? *Esto será siempre un misterio.* Newton hablando de ello ha dicho: «lo que yo llamo atraccion PUEDE SER producido por impulsión, ó por cualesquiera otros medios desconocidos para mí; sirviéndome de esta palabra para significar solamente en general toda fuerza en virtud de la cual los cuerpos tienden los unos hacia los otros, sea cual fuere la causa de esta tendencia.» Grove, *Correlacion de las fuerzas físicas*, p. 121.

(3) La fuerza elástica de los gases y de los vapores crece proporcionalmente á la presión. Ley de Mariotte. Grove llama á esta ley un *dato cierto*. Ob. cit., 92. El calor es una fuerza cósmica opuesta á la atraccion. M. de Jouvencel, ob. cit., 212, 218, 225.

nivel del Océano es de 4.198 metros, y el ruido de la explosión y ebullición volcánicas ha sido, tanto en él como en los demás volcanes, sentido hácia el punto central de su masa, es decir, á una elevación sobre el mar de 599 metros. ¡Cálculése la fuerza que se necesitaría para que las capas de nivel de 1.500.000 + 599 metros fueran atravesadas por la masa líquida del centro terrestre, viniéndose á *derramar* en forma de lava por los *bordes solos* del cráter volcánico! Téngase entendido que lo que la fuerza volcánica lanza son masas concretas, como piedras metálicas ó simplemente calcáreas (1).

Estos canales de derivación, de cerca de 2.000.000 de metros (2.000 kilómetros), estarían llenos de una sustancia líquida, candente, que debe ser proyectada con una fuerza tal, que supone en la materia fluida central, tomando como equivalente mecánico del calor 425, una temperatura de 4.700 grados, más del doble de la temperatura del sol (1761), y esto sólo por cada 425 kilogramos de la materia candente arrojada por los volcanes. No queremos llegar á revelar que adoptando las teorías hoy aceptadas sobre los grados de desarrollo del calor por la presión y su equivalente en fuerza, lo que esa temperatura de 4.700 grados por cada 425 kilogramos de materia volcánica, tendría que ir aumentando en proporción del acrecentamiento de presión que tuviera que vencer ese calor central para llegar á la superficie de la tierra.

Con lo que dejamos expuesto bastaría para poder apreciar la realidad de la teoría de la incandescencia del globo terráqueo y de su enfriamiento gradual, como producto espontáneo de la naturaleza sólo. Pero como el es-

---

(1) En nuestros días se atribuyen los volcanes á las explosiones de cuerpos gaseosos que las materias volcánicas en fusión (por el fuego central) absorben primero y dejan en seguida desprenderse por su enfriamiento. Semejante hipótesis no es satisfactoriamente explicable, porque se opone á todo lo que la ciencia experimental nos demuestra. Según ésta, la explosión de los gases tiene lugar por una súbita elevación de temperatura, siendo una propiedad del calor la dilatación de los gases; y como aquí se dice que la explosión tiene lugar simultáneamente con el enfriamiento de la masa volcánica, no es posible que una disminución de temperatura produzca el mismo resultado que la elevación de temperatura; ambos términos se contradicen.

tado actual de los espíritus, acostumbrados á la paradoja, reclame una precision casi absoluta para la demostracion evidente de lo que es contrario á las supersticiones de la ciencia, fuertemente arraigadas en las escuelas, no deberemos dejar de hacernos cargo, aunque no sea más que muy ligeramente, de las demás pruebas aducidas en favor de tal hipótesi, oponiendo á la critica negativa que de ella hacemos, la positiva de los hechos que la sirven de demostracion. Se ha querido ver en las nebulosas mundos planetarios en formacion, por la condensacion de la materia cósmica, del mismo modo que la tierra lo ha sido; pero esos mundos en embrion no tienen todos la forma esférica que conviene á unos asteroides en *gestacion*. Entre las diferentes formas que ostentan, la nebulosa descubierta por Messier en 1773, aparecia en el telescopio de 45 centímetros de Sir John Herschel, bajo la forma *globular*, rodeada de un anillo á distancia considerable, en el que se advertian ráfagas de una brillantez desigual. Y hoy, con el gigantesco telescopio de Rosse, esta misma nebulosa aparece bajo el aspecto de una *espiral* brillante, con repliegues desiguales, cuyas dos extremidades, es decir, el centro y la parte anterior, se hallan terminadas, segun la expresion de Humbolt, por nudos espesos, granulados y redondeados. Rosse ha podido transformar de la misma manera *quince* nebulosas del catálogo Herschel, dando lugar á que se dude de la existencia de esa materia cósmica (1); y es de creer, segun Rosse lo indica, que con instrumentos de más alcance y potencia que el suyo, puedan conocerse con más precision la naturaleza de estos cuerpos celestes, cuya densidad, siendo menor que la de la masa desprendida de algunos asteroides (los cometas), no llega á la del vacio producido por la máquina neumática (2), esto es, á

---

(1) P. de Jouvencel, obra cit. I vol., 168.—M. Am. Guillemin supone á la materia cósmica flotando por el espacio, careciendo de luz y sólo perceptible por su interposicion entre la tierra y las nebulosas, siendo causa de la variabilidad en el brillo con que aparecen éstas: se ve con semejante hipótesi, que arrojada la materia difusa del dominio de las nebulosas, ántes de renunciar á ese elemento *gestatorio* de los mundos viejos y nuevos, se la quiere dar por morada la inmensidad del espacio.

(2) Ed. Roche, *Nouvelles recherches sur la figure des atmosphères des corps célestes*.—24, n. 25.

la relacion de  $\rho$  comparada con la menor densidad de nuestra atmósfera.

Se ha querido ver en la alta temperatura de las aguas brotadas de los pozos artesianos y de algunas fuentes naturales, la prueba de una accion directa del fuego central. Basta hacer observar en esto, que las corrientes subterráneas, hallándose como se hallan bajo una presion constante, allí donde esa presion falta, surgen con tanta más grande rapidez cuanto mayor es esa presion, y que en la fuerza que desplegan, se halla la causa del calor que ésta desarrolla; porque donde hay movimiento hay desprendimiento de calor, y si á esta causa se agrega la de las reacciones quimicas, con elevacion de temperatura, que tienen lugar entre las capas térreas (1), se tendrá una explicacion científica más adecuada á la índole de estos fenómenos, que la de hacer que el fuego central venga á producirlos á la superficie de la tierra.

Esta última opinion, cuyos débiles fundamentos estamos examinando, es la profesada por Scrope y Lyell, los cuales pretenden que las montañas volcánicas son producidas por las materias que el volcan ha arrancado sucesivamente á las entrañas de la tierra. Elias de Beaumont, Dufrenoy y Humbolt, creen que son cavidades huecas producidas por las expansiones de gas á una tension muy elevada, que no han podido encontrar salida al exterior. Las observaciones hechas al pié del Vesubio durante la erupcion de Diciembre de 1861 por MM. Sainte-Claire Deville y Manguét, parecen venir en apoyo de esta última suposicion; porque con la más viva sorpresa notaron, entre las sustancias combustibles arrojadas por el volcan, la presencia del hidrógeno, tipo de los combustibles, el gas que detona uniéndose con el oxigeno. Es muy importante observar, dice Fonvielle, que despues de una conmocion, las cavidades interiores del cráter deben llenarse de los productos de la combustion: por consecuencia de la difusion de los gases, el oxigeno del aire se infiltra progresivamente, el cual penetrando en las partes pro-

---

(1) P. de Jouvencel, ob. cit., I vol., 275.  
 Memoria presentada á la Academia de Ciencias de París por MM. Bussy y Buignet en 1864, sobre la causa de desarrollo de calor por la mezcla de los líquidos.

fundas donde se encuentran, con la humedad, las sustancias combustibles, puede producir *combustiones espontáneas* (1).

Esto, sin embargo, no puede explicar tampoco satisfactoriamente otros fenómenos volcánicos, tales como las sacudidas aisladas en las diferentes capas de la envoltura terrestre, las soluciones de continuidad en las ondulaciones de las fuertes sacudidas, hallándose á su paso cavidades subterráneas (2), que parece debieran servir de vehículo poderoso á la dilatacion de los gases, y más cuando en el terreno granítico, más fuertemente sacudido por los efectos de ese fuego, se encuentran algunos depósitos de arenas, debiendo, por el contrario, presentar otra forma estos silicatos. Ante dificultades de esta importancia no podemos ménos de enmudecer, exponiendo la condenacion de esa teoría de la incandescencia, destruida en sus elementos propios por M. Gunn, despues de repetidas observaciones con motivo de los trabajos hechos en los emplazamientos auríferos de California. «Hace algun tiempo, dice Gunn, se creia que era el fuego volcánico el que fundia las masas de oro diseminadas por la tierra: esta era por lo ménos la opinion comun cuando se principiaron los trabajos en nuestras minas de California. *Se aceptó esta idea sin discusion...* Segun mi opinion, el oro no es un cuerpo compuesto, como se creia, sino que se forma de nuevo en el seno de la tierra, siendo una de las causas de su formacion, además de la lluvia y de los gases que ésta desarrolla, la de que por el contacto de diferentes metales, producido por los gases y los ácidos, se establece una corriente galvánica *perpétua*, que aproxima ó reúne los átomos de oro diseminados. El *medium* que opera esta reunion, parece ser la plata ó los otros metales que se encuentran en más ó ménos cantidad en estos granos de oro. El metal que se extrae aquí, continúa Gunn, presenta las señales más seguras para demostrar que *ha sido formado por galvanismo y no por fusion*. En fin, sucede

---

(1) W. de Fonvielle, *L'eruption du Vésuve de Décembre 1861; Annuaire scientifique par Deherain*, deuxième année, 194.

(2) Segun las experiencias de Davy y Morgan, la electricidad no se trasmite en el vacío. ¿Se quiere una explicacion más científica de este fenómeno, misterioso para los partidarios del fuego central?

que la corriente galvánica es algunas veces tan poderosa, que desarrolla un calor intenso (1), y entónces la fusion tiene efecto simultáneamente, lo cual explicará por qué el oro es tan diferente en cuanto á su pureza en diferentes terrenos.»

En vista, pues, de estas concluyentes demostraciones, que cuentan con el apoyo de las experiencias y trabajos hechos por MM. Cross y Becquerel, el primero formando artificialmente filones metálicos, y el segundo en el reconocimiento de los terrenos argentíferos de Francia y otros países (2); teniendo en cuenta además las observaciones más recientes, como las llamas ondulantes sobre la tierra vistas en el último terremoto de Manila; el fenómeno de los *efectos de tension* observado en la pila voltaica; los trabajos debidos á Faraday y á Matteucci sobre las *corrientes de induccion*; los efectos magnético-eléctricos del aparato Rumbkorff (3); y por fin, los datos suministrados por los *Anales del observatorio vesubiano*, y las observaciones de Palmieri en la erupcion de 1861 con el *seismographo*, cuyas agujas, saltando de bajo en alto, oscilaban de derecha á izquierda, como si las capas profundas de la tierra estuvieran sucesivamente agitadas en todas direcciones; después de todo esto, decimos, no puede dudarse que los fenómenos volcánicos, atribuidos á la imaginaria masa flúida central, no son más que el producto puro y simple de la electricidad, ya provenga ésta del mismo globo terráqueo, máquina eléctrica de infinita potencia, ya la reciba nuestro planeta del sol, considerado, segun Fonvielle (4), como un poderoso iman, alrededor del cual circulan las esferas conductoras de esa electricidad (5).

---

(1) La temperatura de fusion para el oro es de 1.102° centígrados, que es el calórico desarrollado por esta corriente galvánica; y hallandose el oro en la superficie de la tierra ó á pocos metros de profundidad, se ve que no necesitamos recurrir al *foco igneo* para que se produzcan las altas temperaturas, de las que resultan fenómenos tan extraordinarios.

(2) Véase en Babinet: *Études et lectures sur les sciences d'observation*, etc. *L'électricité ouvrière*.—Deuxième volume, p. 74.

(3) E. Sainte-Edmé: *Étude sur les courants d'induction*. *Ann. scient.*, par Deherain, 2° an., p. 57.

(4) W. de Fonvielle: *Origine solaire de l'électricité terrestre*. *Ann. scient. cit.*, 3° an., p. 150.

(5) M. Becquerel ha llegado á producir con el termómetro eléc-

Pero donde puede observarse lo graves que son las dificultades que hay que vencer para la admision como cierta de esta hipótesi, es en las explicaciones que se dan sobre el origen de esa incandescencia. Prescindiendo por completo de la que el ilustre naturalista Buffon habia dado (1), y fijándonos en los ensayos hechos en nuestro tiempo mismo para conciliar ó reunir en uno los diferentes sistemas imaginados para exponer el origen de los mundos, veamos qué resultado ha obtenido la ciencia positiva de estos esfuerzos. «Es posible, se dice, que despues de un primer estado resultante de la condensacion (de la materia cósmica que formaba la atmósfera primitiva del sol), y despues de un enfriamiento secular, el globo, por una *causa desconocida*, que se sospecha ser el calor (*rechauffement*) del sol, haya llegado al estado de fusion (2).» Nada se dice de la distancia á que el sol estaria de nuestro planeta; pero suponiendo que fuera la misma á que hoy se halla, es incomprendible de todo punto que pudiera entonces como ahora producir su incandescencia, ó cuando ménos esa fusion.

De esta suposicion inconcebible se llega á imaginar la que no lo es ménos de que las diferentes materias metálicas se hallaban agrupadas, poco tiempo despues de que la materia cósmica difusa se condensara (3), sin explicarnos claramente la naturaleza de esta materia, que sin gran esfuerzo de lógica podemos creer contendria en un estado de mezcla estas diferentes sustancias. Admitamos, no obstante, la hipótesi, completada por la suposicion de que estos diferentes metales formaban, al rededor del núcleo candente, fajas atmosféricas sobrepuestas, siendo las más próximas á la tierra las de mayor ó más elevado punto de fusion, con lo cual se comprende que segun fuera en-

---

trico de su invencion, un calor de 500°.—Pouillet, con su *pyrómetro eléctrico*, ha llegado á 600°.—Becquerel, hijo, con el termo-eléctrico platina-palladium, por él ideado, ha conseguido una intensidad de calórico de 932°.—Ténganse presentes estos datos para poder apreciar la opinion que hemos emitido.

(1) Habiendo chocado un cometa con el sol, decia Buffon, habia desprendido de él un torrente de materia líquida abrasada, con la que se formaron los planetas.

(2) P. de Jouvencel, *Genèse selon la science*, I vol., 369.

(3) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 371.

friándose la superficie del planeta, las que necesitarían un mayor grado de calor para conservarse en estado gaseiforme, se precipitarían sucesivamente. Y como estas fajas sobrepuestas no eran simétricas, sino ondulantes, de aquí el que, al fijarse sobre el globo, produjeran una alternativa de zonas de temperatura diferente, para que sobre las ménos candentes empezara el vapor acuoso, que sobrenadaba sobre las capas metálicas, á precipitarse gota á gota al principio y despues en forma de lluvia sobre el manto abigarrado de nuestro planeta (1).

Más, entrando en el exámen de este ingenioso laberinto, notamos que la materia *cósmica* ó *caótica*, léjos de ser claramente definida, unas veces se la llama materia *elemental* (2), otras, materia muy dilatada y enrarecida (3); parece identificársela con el calor, ó se da á entender que el calor es el que la conserva en ese estado (4); en otras ocasiones se la designa con el enigmático nombre de *alguna cosa de comun y fundamental*; que se encuentra en toda sustancia, y de la cual estas no son más que modificaciones (5); y por fin, esta *alguna cosa* se la llama *materia* (6), trascribiéndose así un círculo de palabras exentas de toda significacion determinada y clara, confundiéndonos más que ántes podíamos estarlo. Aquellas zonas de sustancias metálicas, más ó ménos refractarias, las cuales *debían* esperar á que disminuyera el calor del globo para condensarse, se las obliga á verificar otras evoluciones más difíciles y sobre todo contradictorias con el carácter que se las atribuye; pues se nos dice que *puede ser* que ántes de reunirse en una masa, se hallasen solidificadas por todas partes en polvo extremadamente fino; y en *todo caso*, su densidad superior produjo progresivamente su reunion en una sola masa, bajo la influencia de la atraccion elemental; y en seguida se añade, que sea que ellas se hallasen en vapores vesiculares ó en niebla ardiente (*goutte-*

(1) P. de Jouvencel., *Genèse selon la science*, I vol., 372, 379. III vol., 99.

(2) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 363.

(3) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 159.

(4) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 207, 208.

(5) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 160.

(6) *Ibid.*, ob. cit., I vol., 60.

*lattes ardentes*), ó en polvos *incandescentes* finisimos, cuando se reunieron, debieron permanecer ó volver á pasar al estado líquido, porque la presión de las unas por las otras y las combinaciones que entre ellas se formaron, debieron producir un inmenso desarrollo de calor (1).

Entre las dos *probabilidades* que aquí se presentan, existe una contradicción que las excluye: si la atracción elemental reunió las partículas ténues de esos vapores metálicos, el calor que luego se dice que debieron desarrollar, es incompatible con esa misma atracción, siendo como es el calor una fuerza opuesta á la atracción elemental (2), no sólo á la elemental, sino que como *fuerza cósmica* es opuesta á la atracción en general (3), de tal modo que el calórico, según aumenta en intensidad, llega á anular *completamente toda atracción* (4). Además de esto, al depositarse en un lugar enfriado, como en este habian de producir una elevación súbita de temperatura, con el desarrollo inmenso del calor, es inconcebible que permanecieran esas masas sobre ese mismo lugar en estado líquido sin que en el acto se volatilizaran; porque es preciso tener en cuenta que aquí no se supone la pérdida continua de calor radial por el espacio interplanetario, sino que se reconocen, como no puede ménos, causas inmediatas y sucesivas de producción y desarrollo de calor.

Y como si estas dificultades no fueran bastantes para impedirnos admitir como racional siquiera esta teoría, su hábil é ingenioso expositor nos habla de que en esas zonas, *formidables huracanes* debian incesantemente agitar, revolver, oprimir y levantar estas envolturas terrestres (5), sin tener en cuenta que tal atmósfera no era adecuada para producir estos fenómenos aéreos, sin sufrir ántes una variación radical. Pero como nos haya advertido que en esto se trata de las épocas más *congeturales* de la historia del globo (6), es decir, que todo ello es imaginario y fantástico, debemos hacernos cargo de lo que los hombres

(1) P. de Jouvencel., *Genèse selon la science*, I vol., p. 371.

(2) Ibid. ob. cit., I vol., 212.

(3) Ob. cit., 218.

(4) Ob. cit., 225.

(5) Ob. cit., I vol., 375.

(6) Ob. cit., I vol., 370.

dedicados exclusivamente al estudio de las ciencias empíricas nos presentan relativo á estas épocas del mundo, que pueda ofrecer motivo á una séria discusion.

W. Thomson, partiendo de la base de la incandescencia primitiva, dice que de cada accion química ó mecánica extinguidas procede una cantidad determinada de calor; y como este calor se irradia por el espacio, debe resultar una disminucion gradual de la temperatura de la tierra; por esta pérdida, lenta, pero continua, la tierra debe concluir por ser enfriada hasta un grado incompatible con la existencia de la vida animal y vegetal (1). Como esta deducion se ha hecho sin embargo despues que Lalande ha demostrado que en el traseurso de dos mil años la temperatura de la tierra no ha variado ni siquiera la centésima parte de un grado, la aseveracion de Thomson merece ser detenidamente examinada.

Grove considera el calórico como producido por el movimiento ó más bien siendo el movimiento mismo; porque cada cantidad de calor es medida por una cantidad de movimiento, tanto que el calor latente, *oculto*, cree ser la materia del calórico, combinada con la materia ordinaria, permaneciendo en reposo (2). Esto concuerda perfectamente con la teoria de Thomson, que atribuye, como hemos visto, á las acciones químicas extinguidas, la produccion del calórico terrestre irradiado ó perdido en el espacio. Grove llega á precisarnos más la cuestion cuando llama *modos de movimiento* á la luz, al calor, etc.,

---

(1) Grove, *Correlation des forces physiques*, p. 95. Este fisico distinguido acude á la teoria de las estaciones planetarias para hallar una compensacion á la pérdida *imperceptible*, segun dice, del calor terrestre. Debemos hacer aqui una observacion curiosa. En tanto que Thomson y Grove sostienen en Inglaterra que la vida cesará en la tierra cuando acabe de enfriarse, en Alemania sostiene Büchner, que el desarrollo ó perfeccion de la vida y de los seres, será mayor cuanto más vaya aumentando el espesor de la corteza terrestre; de modo, que cuando todo el núcleo central se solidifique, perdiendo la tierra todo el calórico que aún conserva, será cuando el hombre llegará al sumo grado de perfeccion, segun Büchner, ó se verá convertido en un carambano de hielo, segun Thomson. Así el término de la perfeccion indefinida del género humano se hallará en verse el hombre convertido en una estatua de nieve; y como ésta será perpetua, el hombre se convertirá entónces en un ser eterno.— Véase Büchner, *Force et matière*, 65, 89, Paris, sec. edit. 1865.

(2) *Correlation des forces physiques*, 44, 48, 85.

(177), demostrando con esto que sin movimiento no puede haber calórico, ni luz. Si esta teoría es aceptable, como M. Seguin lo pretende (*Notas á la obra citada de Grove*), Thomson y los demás partidarios de la ignicion, debian demostrarnos qué fué lo que primero se produjo, si el movimiento ó el calórico. Si lo fué el movimiento, como todo lo induce á creer, habrá que calcularse éste por el calórico; y como éste era tal, que habia producido la liquefaccion del globo, debemos considerarle en un estado igual al que hoy tiene el sol. Comparados la tierra y el sol, hallamos en la actualidad que el movimiento de rotacion difiere en  $\frac{1}{28}$  próximamente de la tierra al sol, por consiguiente que el calor y la luz de nuestro planeta debian ser en nuestros dias casi lo mismo que lo son en el sol, hallándose, en cuanto á la causa inmediata de la luz y del calórico, en la proporcion de 25:56 á 25:12 (H. M.). Aunque la gravedad del sol es 28 por 1 de la tierra, es necesario tener presente que esto proviene de la diferencia de temperatura; y que cuando esta última debió hallarse candente, su atmósfera, entónces mas densa, debió tambien encontrarse en corcondancia con su estado de incandescencia, como lo está en el primero de los dos astros. Por consiguienté, los hechos hasta hoy presentados por la ciencia experimental, hacen incompatible el movimiento de rotacion de la tierra, atendiendo á sus elementos cosmológicos, con el estado de incandescencia en que se la supone; porque siendo la causa productora de esa incandescencia idéntica é igual hoy á la de otros cuerpos candentes, ni el calórico corresponde en ella á la cantidad de ese movimiento, ni este calórico presenta una disminucion que corresponda al movimiento inicial del descenso ó aniquilamiento que supone Thomson.

Además: ¿cómo la accion que el sol ejerce hoy sobre la tierra, no se ejercia desde el principio? ¿Se quiere admitir la hipótesi absurda de que el calórico perdido por la tierra le era transmitido al sol? Esto seria tanto como decir que el calor producido por los rayos solares en la tierra, es producido por ésta y atraído por el sol, lo cual no cabe en los términos de una discusion racional (1). Luego si el

(1) Las experiencias más recientes demuestran que la temperatura máxima del suelo corresponde á los últimos dias de Agosto, y

sol desde el origen de la tierra compenetraba á ésta de la misma manera que hoy lo hace, no puede inferirse que la atmósfera terrestre perdiese mayor suma de calor, al mismo tiempo que servia de medio conductor y concentrador á la menor suma de calórico, que las afinidades químicas, suscitadas por el rayo solar en la capa terrestre, producian y siguen produciendo todavía. Contra esta última aseveracion, puede alegarse, que no siendo al principio la superficie terrestre apta para el desarrollo de esas afinidades químicas por el rayo solar, la trasmision del calor central podia realizarse, y se realizó hasta que por la precipitacion de las materias suspensas en la atmósfera, á consecuencia del enfriamiento gradual del núcleo, llegó á formarse esa capa sedimentosa en la que hoy se producen los fenómenos de la vegetacion y del organismo vital, por medio de esas afinidades químicas, cuya causa directa es el rayo del sol.

Esta última manera de explicar la teoria de Thomson la vemos expuesta por Figuier del modo siguiente: «Todo el mundo sabe que la tierra ha sido primitivamente líquida á causa de su incandescencia: yéndose poco á poco enfriando, se revistió de una corteza sólida, y sobre esta envoltura se depositaron una despues de otra esas capas horizontales formadas por las materias minerales que las aguas del globo tenian en suspension (1).» Tal explicacion, que es la generalmente dada por los que la aceptan sin discusion, está formada de dos términos contradictorios, supuesto que el agua en suspension, en forma de vapor, ántes de tocar la superficie de la tierra, como aquí se la supone, no podia comprender esas materias *minerales*, procedentes de la corteza sólida que se enfrió primitiva-

---

la mínima á fines de Febrero, por efecto de la intensidad de la radiacion solar durante el verano, y la menor del invierno; es decir, que la tierra adquiere durante la estacion estival, una cantidad de calórico, que va perdiendo en la invernal y vuelve á recuperar y á perder de un modo constante y sucesivo. *Comptes rendues à l'Académie des sciences* por M. Pouriau en 1859.—Véanse las observaciones hechas sobre este mismo asunto en el Observatorio de Madrid, con relacion á España, hechas á mayor profundidad que las que hizo M. Pouriau. *Anuario del Real Observatorio de Madrid*, 2.º año, página 266.

(1) *L'année scientifique*, huitième année, 258.

mente y sobre la cual se precipitaron los vapores. M. Deherain ha sido más acertado en explicar este fenómeno. «Las rocas duras, dice, cristalinas y brillantes, granitos, gneiss, pórfiros, etc., resultados de la solidificación de la materia incandescente primitiva, fueron desde luego sometidas á la acción corrosiva de la masa enorme de agua producida por la inmensa cantidad de vapor que existía en la atmósfera (1).»

En efecto, el agua destilada, tal como debía hallarse en vapor, sobre el globo candente, privada de las partes extractivas y minerales que toma de los cuerpos de los cuales se evapora, es el disolvente más enérgico que la química usa en las reacciones por la vía húmeda, cuya propiedad es debida al exceso de oxígeno de que se compone ( $\frac{8}{100}$  partes). El agua, añade Deherain (267), no es solamente un vehículo que facilita la desagregación de las rocas de formación primitiva, sino que también provoca una verdadera descomposición. El granito una vez desagregado, continúa (268); el cuarzo ó la arena que contiene se separan de igual modo, pulverizándose por el choque y por la agitación en el seno de las aguas, y de esta manera se producen á un mismo tiempo los elementos esenciales de la tierra arable. Las rocas graníticas (271) y porfíricas, los *basaltos*, sometidos á la acción de las aguas, del *oxígeno* y del *ácido carbónico*, son alterados y descompuestos. Por fin, la vida, continúa Deherain (271), se halla extendida por el globo con tal profusión, que tan pronto como las partículas de una roca cualquiera son reunidas por algunas gotas de agua, con un grano llevado por el viento ó por una ave, grano que cae y germina, aparece una planta.

Aquí tendríamos una completa revelación de la ciencia, si no debiéramos tratar de hacer la luz en el caos en que nos hallamos. El protóxido de hidrógeno ó el agua, se encuentra por todas partes en la naturaleza: tanto el reino mineral, como el vegetal y animal, le contienen con una exuberancia extraordinaria. Así es que podemos calcular sin exageración, que forma las tres cuartas partes de la naturaleza viviente. Si el globo terráqueo le reducimos al volúmen que debe tener privado del agua por completo,

(1) *Annuaire scientif.*, premier an., 265.

y le consideramos esférico, tal como en su periodo de incandescencia no podia ménos de ser, formaria una esfera perfecta (1) de diámetro mucho menor del que ahora tiene. En un estado anhidro absoluto, se hallaria privado tambien de todos los gases que componen el agua y el aire atmosférico; la materia imponderable le debia ser extraña. Gay-Lussac y Humbolt en el aire extraido del agua encontraron 32 partes de oxígeno por 68 de ázoe: el agua es una combinacion de 88,889 de oxígeno, por 11,111 de hidrógeno, siendo los equivalentes de 100 volúmenes de vapor de agua, 100 de oxígeno por 30 de hidrógeno.

Supóngase el globo terráqueo agitándose ó moviéndose en el centro de una masa de vapores formados por toda la masa de agua que hoy le compenetra y rodea; añádanse los volúmenes de aire atmosférico que ahora se encuentra en combinacion con la materia orgánica, y tendremos en el centro un globo concreto, completamente separado de los elementos que constituyen el calórico, el fuego y la luz. Lavoisier llamaba al oxígeno aire *ígneo*, y su flogístico, que es el hidrógeno, le designaba con la palabra *calórico*. El hidrógeno, flogístico para Stahl y éter en la física moderna, si no es para otros el calórico mismo, es su causa productora cuando á este gas se le pone en movimiento (2). Asi, pues, fuera del cuerpo que se supone candente, se hallaban la causa del calor y el calórico mismo. ¿Cuál era entónces la naturaleza de ese fuego intenso que habia producido, al parecer súbitamente, la incandescencia de un planeta anhidro?

Por otra parte, estamos muy léjos de poder comprender la manera de verificarse la dilatacion de la materia candente enfriada, siendo hoy sus caracteres distintivos una resistencia tenaz á la compenetracion acuosa, que ha de verificarse por una segunda combustion, y una adherencia atomística enérgica, como en el pórfiro y los basaltos. Para que esa combustion, esa oxidacion de la

(1) No por esto quedan sin efecto las observaciones que ántes hemos hecho en cuanto á la forma que un cuerpo líquido, girando sobre sí mismo, debería tomar con arreglo á los datos suministrados módernamente por la ciencia.

(2) Recuérdense los fenómenos producidos en la *pistola de Volta* por la combinacion del hidrógeno y oxígeno.

corteza terrestre que hoy vemos haberse verificado, pudiera realizarse, era absolutamente necesario que las partes componentes del vapor de agua y del aire se encontraran en contacto inmediato con la superficie de la tierra, lo cual no era posible con la elevadísima temperatura en que se la supone; porque no es admisible la trasmision y la pérdida del calórico por el espacio, por cuanto las últimas conclusiones de la ciencia experimental demuestran, que tanto *la luz*, como *el calórico son vibraciones*, no sustancias emitidas por la irradiacion ni la sustraccion. Toda cantidad de calor debe ser *reencontrada* en las reacciones químicas, ha dicho Lavoisier, y su conocida frase de que *nada es perdido ni aumentado en la naturaleza*, es hoy reconocida como un axioma científico irrefutable (1).

Por consiguiente: si el globo terráqueo ha sido alguna vez líquido y candente, su enfriamiento gradual es absurdo, debiendo haber permanecido tal sin alteracion ninguna hasta ahora. Si en su origen, dice Deherain, apareció el globo terrestre como una gruesa esfera incandescente rodeada de una espesa capa de vapores y *siguiendo ya alrededor del sol su carrera regular*, necesario es que se demuestre los efectos que el sol debía producir por medio de la enérgica influencia que tiene sobre los demás planetas y especialmente sobre el nuestro, en el cual provoca esas reacciones químicas que son, en gran parte, la causa de la vida orgánica. Ya seguía entónces su marcha regular nuestro planeta, luego se encontraba sujeto á la accion química, cuando ménos, del rayo solar. ¿Qué importancia tiene tanto ésta accion solar como la de los demás cuerpos planetarios del globo? Pouillet, por medio del *actinómetro*, ha calculado que los cuerpos celestes extendidos por el espacio *envian* anualmente á la tierra y á la atmósfera una suma de calor capaz de fundir sobre nuestro globo una capa de hielo de 26 metros de espesor; el sol por su parte nos *envía* una suma de calor capaz de fundir por hora una capa de hielo de 732 metros, *recibiendo* la tierra por cada hora una cantidad de calor representada negativamente por una capa de hielo de 732 metros (toneladas) (2).

(1) E. Lamé, *Étude sur les diverses théories de la chaleur et sur ses effets mécaniques*.—*Ann. scient.* de Deherain, 66 y siguientes.

(2) M. Lecouturier., *Moniteur*, 1859. P. de Jouvencel dice que

Posteriormente á las experiencias de M. Pouillet, MM. Du-  
long, Petit y Regnault, han demostrado que el calórico *no*  
*se envía*, como ántes hemos dicho, sino que se produce  
*por vibracion*; y como la vibracion es un movimiento y la  
afinidad química es una fuerza productora del movimiento,  
y la afinidad química es producida por la reaccion de los  
gases y de los ácidos bajo la influencia de la electricidad  
ó *del rayo solar*, deduciremos que esa extraordinaria  
temperatura tiene como causa el rayo del sol y de los  
demás cuerpos planetarios. Luego si el sol existia con  
nuestro sistema planetario completo, ¿á qué relegarle al  
olvido durante la primera época de formacion de la tierra?  
M. Pouillet añade, que si el sol no hiciera sentir su accion  
sobre nuestro globo, reinaria en todas las partes de la su-  
perficie del suelo una temperatura uniforme de 89° centi-  
grados de frio, 29° más que el geómetra Fourier habia  
calculado para los espacios celestes (1), y esto nos indica  
que la existencia de nuestro planeta, y sobre todo el orga-  
nismo viviente que en él se conserva, se hallan íntima-  
mente enlazados á la existencia é influencia de los rayos  
solares.

Por estas causas sin duda y otras muchas más que se  
nos ocurren y omitimos por no ser prolijos, ha dicho M. Se-  
guin, áiné, que la opinion de los físicos y de los geólogos que  
admiten como necesario que las sustancias que han dado  
nacimiento á los cuerpos sólidos, hayan estado primitiva-  
mente en fusion ó en disolucion, no puede ser hoy soste-  
nida; porque se presentan cada dia nuevos casos que au-  
mentan nuevas dificultades ó imposibilidades á las que ya  
existian, á medida que la observacion hace descubrir  
*nuevos hechos* que hasta ahora se habian escapado á las

---

es enorme el calor que emana del sol. *Genèse selon la science*, I vol.,  
p. 258. La suma de calor emitida por el sol en una hora, dice Dehe-  
rain, es igual á la que seria producida por la combustion de una  
capa de hulla de tres metros. El calor emitido por el sol en un año  
es igual al que produjera la combustion de una capa de hulla (car-  
bon de piedra) de 27 kilómetros de espesor.—*Les progrès des scien-*  
*ces en 1864*, 55.

(1) M. Pouillet ha calculado despues como término medio 140°;  
otros posteriormente han hecho nuevos cálculos, deduciendo que esta  
temperatura es sólo de 15° bajo de cero. P. Jouvencel, *Genèse selon la*  
*science*, I vol., p. 160.

investigaciones de la ciencia (1). Los fenómenos físicos y químicos, que tienen lugar en la tierra, hacen sospechar, de un modo contrario á esta teoría, desechada por la ciencia, que todos sus elementos constituyentes han salido de un estado de confusión ó de difusión extraordinarias, estado constituido por la negación de toda forma, y hasta de toda molécula.

Vemos, pues, que tanto las pruebas como los fundamentos en que se apoya la teoría de la incandescencia son insuficientes para demostrárnosla con alguna certidumbre. Y esta desaparece de todo punto cuando á sus partidarios se les ve embarazados en darse razon de varios fenómenos que les sorprenden y cuya fuerza de demostracion es superior á los medios que pudieran emplear para relegarlos al olvido. La materia sólida se presta perfectamente á pasar por los diferentes grados de incandescencia con que se la presenta; pero los fluidos como el agua, de que es imposible poder prescindir, les llevan á imaginar medios tan extraños de demostracion, que la lógica más elemental se resiente y quebranta. Las pruebas y los experimentos hechos con insistencia y repetición no dejan lugar á duda de que la tierra y el agua debieron producirse ó aparecer simultáneamente, pues que de ambos elementos se halla constituido el mundo orgánico. Sea que se considere á éste formándose con lentitud, sea que se quiera verle brotar súbitamente de la nada, sus dos elementos constitutivos debían ser ántes que él, y por consiguiente debieron ser los que primero se manifestaron con antelación á toda forma, á todo átomo.

Esto es lo que implícitamente viene á reconocerse por los mismos de cuyas hipótesis venimos ocupándonos, pues empiezan reconociendo que en el momento en que nuestro globo tomó la forma esferoidal por consecuencia de su movimiento de rotacion, su *superficie*, si no *toda su masa*, debía hallarse en estado líquido (2). Desde aquí las vacilaciones dan principio; y como ese estado líquido puede ser acuoso lo mismo que ígneo, de los fenómenos volcánicos atribuidos con bastante ligereza, como hemos visto,

(1) Grove, *Correlation des forces physiques*. Notes de M. Seguin, *ainé*, 307.

(2) P. de Jouvenel, *Genèse selon la science*, I vol., 368.

á los efectos de un calor central, se deduce que estos fenómenos y ese fuego son manifestaciones *á posteriori* de una liquefaccion ignea, cuya existencia es necesario coordinar de manera que coincida con la existencia del agua. Convenidos en que esa liquefaccion fuera ignea, no pueden darse una explicacion, para ellos mismos satisfactoria, de la coexistencia de ambas sustancias. Esa fusion suponen que *es posible* fuera causada por la accion del sol, que habria volatilizado los mares anteriores, si es que existian, y fundido las rocas de la superficie del globo hasta una profundidad desconocida (1). ¿Cómo no se echa de ver la contradiccion en que se incurre, cuando se dice que en esas épocas primitivas la influencia del sol fué por mucho tiempo nula ó débil, á causa de la extrema densidad de la atmósfera (2), que ese mismo sol habia producido? El sol empieza evaporando los mares y fundiendo las rocas, y despues de evaporados aquellos y fundidas éstas, se le priva de toda accion y de toda influencia.

No nos detengamos más en esta génesis trabajosa, y concluyamos por examinar las causas de la superposicion de las capas fosilíferas, que han dado motivo al eminente naturalista Cuvier para fundar una de las ciencias más ocasionadas á mistificaciones: la Geología. En el cuadro de formaciones geológicas, redactado por Humboldt para Cuvier, y que éste tuvo á la vista para formular su teoria, se presentan cuatro zonas ó capas que son: 1.<sup>a</sup> terrenos primitivos; 2.<sup>a</sup> intermediarios; 3.<sup>a</sup> secundarios; 4.<sup>a</sup> terciarios, á las que posteriormente se ha añadido la 5.<sup>a</sup>, terrenos cuaternarios. Todas estas capas, divididas en subcapas, no se presentan siempre en un mismo terreno, sino esparcidas en las diferentes localidades, hallándose las más antiguas en los terrenos montañosos, es decir, en los más elevados sobre el nivel del mar. Para la formacion de todas estas capas, suponiéndolas sucesivas, se han hecho cálculos, cuya enormidad ha asombrado á los mismos hombres de la ciencia. M. Reboul ha calculado *un millon de siglos* (3), y Bischof tres millones y medio de siglos (4),

(1) P. de Jouvenel, *Genèse selon la science*, I vol., 368 y 69.

(2) *Ibid.* ob. cit., I vol., 385; III vol., 102.

(3) *Essai de géologie*, lib. I, chap. 11, p. 46, note.

(4) En Zimmermann, *Le monde avant la creation de l'homme, origine de la terre*, traducida del aleman por Hymans y Streus.

haciendo este último la experiencia sobre bolas de basalto candentes y teniendo por objeto evaluar el tiempo del enfriamiento gradual del punto sobre que han ido depositándose esas capas sedimentosas.

Así es que los cálculos hechos bajo la misma base que los de Bischof, no pueden resolver la cuestion; porque si se quiere probar con ellos que la corteza de la tierra ha ido aumentando en espesor á medida que se ha ido enfriando, esto nos es indiferente, pendiendo como pende el hecho principal de la resolucion de una infinidad de dificultades para que pueda ser admitido como probable; y si se quiere explicar la aparicion de los fósiles, más nos confunden estas teorías que nos las esplican; porque los fósiles de la primera edad aparecen en las capas más profundas, debiendo ser lo contrario en el caso de que la corteza terrestre, que debió empezar á enfriarse por la superficie, no hubiera tenido *fuera de sí* esas capas que aparecen sobrepuestas. Tales experimentos y cálculos, pues, se hallan exclusivamente bajo el dominio de la física recreativa.

Tratándose de explicar el origen de las capas superiores del globo, en las cuales no es posible desconocer que existen vestigios de haber sufrido grandes cambios, y de haber pasado por diferentes períodos alternados de trastorno y tranquilidad, no puede admitirse otra causa más racional que la de la accion de las aguas sobre la superficie de la tierra. Ni los cometas con sus choques, ni la súbita y sucesiva elevacion de las montañas en el seno de los mares, ni la atraccion del sol y de la luna, pueden explicar satisfactoriamente esos trastornos periódicos, habiendo sido con razon rechazados por la geologia. Cierto es que este fenómeno de la acumulacion sedimentosa sobre la tierra y de las variaciones en ella sufridas, lo mismo puede ser el resultado de una causa mediana obrando por largo tiempo, que de una más poderosa obrando súbitamente; pero la resolucion del problema no consiste sólo en explicar esas acumulaciones, excavaciones, etc., ni en explicar los retornos alternativos y las retiradas de los mares; porque este problema es mucho más vasto y complicado (1).

(1) P. de Jouvencei, *Genèse selon la science*, III vol., p. 83.

No puede dudarse que un gran número de hechos son debidos á causas que vemos producirse á cada instante; pero esto no explica suficientemente que, despues de cada retorno y retirada de los mares, las formas vivientes, vegetales y animales, hayan sufrido cambios tan profundos é incontestables; ni que despues de cada alternativa, ciertas especies hayan desaparecido, en tanto que otras diferentes han aparecido de repente como una invasion venida del otro mundo. Esta es la inmensa cuestion que la solucion del problema geológico debe resolver, sin acudir al azar ni al milagro (1). No pudiéndose poner en duda las submersiones y emersiones sucesivas de los continentes, el problema geológico comprende dos cuestiones principales:

- 1.<sup>a</sup> ¿Han sido producidas estas submersiones sin regla, al azar, ó se hallan sujetas á una ley?
- 2.<sup>a</sup> ¿Cuáles son las causas de estos fenómenos (2)?

M. Jouvencel nos presenta como permanente y constante *la ley* del balanceamiento del globo, imaginada por M. J. Adhemar, para explicarnos que en el trascurso de 21.000 años (otros le hacen subir á 25.000) deben tener lugar indefectiblemente dos invasiones de los mares, provenientes alternativamente de ambos polos. Por desgracia, el período calculado es demasiado largo para poder ser esta teoria sujeta á prueba, y por más desgracia aún, ni las observaciones que hoy se hagan, ni la figura de nuestros continentes, suministran indicio alguno de que ese fenómeno se haya realizado nunca. Asi es que la geología ha prescindido por completo de la teoria de Adhemar, fijándose en otras causas más en armonia con los hechos observados. La posicion uniforme de las capas llamadas diluvianas sobre la zona en que se ven los primeros vestigios de una vegetacion muy diferente de la actual, han hecho reconocer como efectivo é innegable una submersion general del globo terráqueo, cuyos vestigios revelan que el trastorno entonces sufrido, debió producir un cambio casi completo en la naturaleza.

Posteriormente á este suceso, y en las capas sobrepuestas á los terrenos diluvianos, se observan con alternativas

(1) P. de Jouvencel, ob. cit., III vol., 83.

(2) Ibid., ob. cit., III vol., 84.

notables, vestigios de catástrofes parciales, cambios súbitos y sucesiones inexplicables del reino mineral, vegetal y animal, y entre estos últimos, de producciones y seres terrestres, marinos y fluviales. Esto es innegable, como lo es también que las causas que han producido estos fenómenos no han llegado á permanecer hasta nuestros días, sino que, por lo que nos revelan las capas más vecinas á nuestro suelo, hace un número extraordinario de años que ha empezado un periodo de reposo, en el que permanecemos. Por consiguiente, de esto se deduce, que aquellos hechos no se hallan sujetos á una ley constante é inalterable, que han debido producirse por motivos especiales que hoy no existen, y que les ha dado origen una causa parcial que ha venido desapareciendo.

De este modo queda resuelta la primera cuestion del problema geológico.

También estamos lejos de creer que haya sido el azar el que ha producido esos notables cambios en la superficie de la tierra: por el contrario, no podemos ménos de reconocer que se han producido por medios naturales, por una causa que entónces existía, que hoy no permanece con ese carácter de generalidad y universalidad que esos fenómenos ofrecen. Téngase presente que tanto la geología, como nosotros, no podemos partir en el examen de estos fenómenos, más que del primer hecho de esta clase reconocido como general y universal, la submersion completa de nuestro globo, admitiendo el precedente de que ya en él existía la vida, remontándose más allá de este primer hecho, para hallar en cierto modo las premisas de donde pudiera derivarse el fundamento racional de la causa de este fenómeno primitivo.

Todos los geólogos parten, en efecto, de la idea que representa á nuestro globo envuelto en una capa de agua, y ya hemos visto con cuántas dificultades se tropieza al pretender explicar científicamente este suceso. Además de las ya expuestas, se nos presentan otras de más difícil solución, si cabe, como sucede cuando se trata de la evaluación, en cuanto á su masa, de las aguas que debieron cubrir toda la tierra. Todas las aguas hoy existentes en los mares representan para este caso lo que el agua que pudiera fijarse con un pincel en la superficie de un globo de un metro de diámetro, según las demostraciones de

M. Guillemin, lo cual está muy lejos de ser suficiente para representarnos la lucha sostenida por este elemento con el calor de la tierra candente; así es que ha habido necesidad de suponer que las primeras lluvias aumentasen por año diez metros la altura de las aguas sobre el globo, calculándose que para que esta fuera de cinco mil metros, que se creen bastantes para apagar tan terrible incendio, habrían sido necesarios 500 años de lluvias torrenciales continuas. Se añade como justificación de esta hipótesis, que la masa de las aguas primitivas, al terminar estas lluvias seculares, debió ser mucho más considerable que la de las aguas actuales (1).

Sabido es el cambio continuo que hoy existe por la evaporación entre las aguas de los mares, la de los ríos y la atmósfera, y aun calculando juntas estas dos cantidades de agua, privando á la atmósfera de toda partícula de vapor, no se obtendría ni podría obtenerse un aumento en su masa, capaz de representar un doble de la que M. Guillemin congetura que representa la que hoy contienen los mares; es decir, que no llegaría á ser lo que un pincel depositaria dos veces sobre un globo de un metro de diámetro. Adviértase que M. Jouvencel nos presenta el agua de esas lluvias torrenciales continuamente evaporándose (2), y haciendo trascurrir más de diez y seis siglos desde que cayó la primer gota hasta que la superficie de la tierra pudiera contener una capa ligera de agua, y tendremos aquí un cálculo desbaratado en el acto mismo de hacerle, por la falta de esa inmensa mole de agua, que no sabemos dónde se ha metido.

La segunda cuestión que hay que resolver en el problema geológico, investigando las causas de esas submersiones y emersiones de la capa terrestre en donde aparecen depositados los fósiles, empieza creando embarazos sin cuento cuando se fija la atención sólo en los mares para explicar los fenómenos más sencillos. El mar es el que invade los continentes y cubre las montañas; el mar se retira súbitamente de los montes y de los valles; el mar vuelve á invadir y á arrasar animales y plantas de las llanuras y las montañas; el mar es el único causante de

(1) P. de Jouvencel. *Genèse selon la science*, III. vol., 99, 100.

(2) *Ibid.*, ob. cit., III vol., 99.

los estragos, presentándose á nosotros como un espantoso monstruo luchando con la tierra para dominarla. Colocados en este estrecho punto de vista, lo inexplicable y hasta lo absurdo viene por necesidad á presentárenos como natural, sin tener en cuenta las leyes que gobiernan á la naturaleza, y valiéndonos de ellas para imaginar fantasmas y delirios.

Que ese sedimento no procede del mismo terreno es innegable, sino que ha sido llevado de otros parajes y por diferentes medios. Los bancos areniscos deben proceder de avenidas é inundaciones, los demás fósiles deben serlo del mar, otros de una vegetacion más ó ménos vigorosa, otros por fin que revelán haberse hallado estos terrenos poblados de animales terrestres: todo esto simultáneo en un mismo sitio. Del profundo encauzamiento que hoy tienen los rios, se deduce que la masa de sus aguas, cuando se derramaron las primeras veces, descendiendo de los torrentes montañosos, habian de alcanzar tanta extension como hoy es su profundidad. Véanse los rios que hoy surcan la superficie descubierta de los continentes, calcúlese la masa de sus aguas, y se hallará una explicacion sencilla del fenómeno de las inundaciones periódicas, tal vez estacionales, de los países situados entre las colinas por donde los torrentes reunidos iban barriendo el suelo, buscando un camino por donde precipitarse en el mar (1).

Si se tiene en cuenta que en las cercanías de éste, y sobre todo en las costas bajas, las inmensas sábanas de agua que descenderian de los valles más altos, se unirian á las mareas tambien periódicas, coincidiendo algunas con esas mismas inundaciones (2), no se hallará extraño

(1) Se ha calculado por M. Z. Allen, que en un minuto pasa sobre las rocas del salto del Niágara una masa de agua de 701.000 toneladas, cantidad que formaria sobre la tierra una sábana de agua de un kilómetro por un lado, 701 metros por otro, y del espesor de un metro.—Segun M. Halley, los rios tributarios del Mediterráneo vierten al día en él 205 millones de toneladas, lo cual formaria cada veinticuatro horas una sábana de agua de 20 kilómetros de un lado y de 100 del otro, del espesor de un metro.

(2) En la actualidad las mareas suben sobre la costa hasta 70 piés. En la desembocadura del Indo sube á 50; en Saint-Maló hasta 50; en Chepstow, pequeña ciudad del condado de Monmouth, en Inglaterra, hasta 66; y por fin, en el fondo de la bahía francesa en la América inglesa del Norte, hasta los 70.

que muchos animales marinos se adelantaran sobre la costa anegada hasta una distancia extraordinaria, y que éstos fueran depositándose sobre las capas de sedimento que quedaban, cuando el agua disminuía y el suelo se secaba, quedando apto, y hasta con aumento de una fuerza germinadora, para una vegetación variada. Con el encauzamiento de los ríos, encauzamiento que ha debido ser lento y trabajoso en el lecho de esas inmensas moles de agua (1), la causa de esas inundaciones ha cesado, y los terrenos secos quedaban y han venido quedando, conservando esos restos variados, extratificados bajo sus capas sobrepuestas.

Así pues, partiendo del hecho, admitido generalmente, de una catástrofe universal, en la que nuestro planeta quedó anegado, sorprendiéndose sobre él una vegetación vigorosa y una raza de animales gigantescos, y apoyándonos en este suceso mismo para hallar el origen de los primitivos depósitos llamados diluvianos, la superposición de las capas sucesivas ha venido siendo el efecto, primero, del oleaje y resbalamiento del agua sobre los terrenos secos, cuya época puede designarse como la del encauzamiento de las corrientes supertérrreas; y después por el sencillo movimiento mecánico producido por el cambio incesante de materia entre los reinos mineral, vegetal y animal. Este último fenómeno continúa, tanto por el viento que arranca de las altas cordilleras el polvo producido por la acción del agua y de la atmósfera sobre las rocas más duras, y que arrebatada de una vegetación agostada los restos desprendidos de las plantas, arbustos y árboles; como por el agua que se precipita por las lluvias, y lleva en disolución las materias sólidas de los cuerpos de que antes se han desprendido al evaporarse.

El reino inorgánico, dice Brenner, es el manantial exclusivo de donde los vegetales sacan su alimento. La mayor parte de la materia que absorben la reciben de la atmósfera; ciertas bases y óxidos metálicos, que encuentran a su paso por el interior de la planta algunos ácidos orgánicos con los cuales se combinan formando sales, son

(1) La cuenca fluvial del río de las Amazonas es de 90 millones de millas cuadradas (de 15 al grado), y su desembocadura es de 30 millas de ancho.

extraídos de la tierra, sirviendo el agua de medio conductor. El reino animal se alimenta y reñeva á expensas del orgánico únicamente. Las materias inútiles, que expele del organismo á beneficio de la respiracion y de las secreciones, las restituye, sin embargo, directamente al reino inorgánico; y éste, obrando por acciones químicas, y en especial por la del oxígeno, gasta constantemente la vida de los animales. De este modo, las plantas reciben de nuevo los elementos que han pasado del reino animal al inorgánico, y las entregan á su vez al primero, resultando así la gran rotacion ó círculo de la materia por los tres reinos de la naturaleza; rotacion que depende de la reciprocidad, y sin la cual seria inevitable una pronta bancarota en la economia de la naturaleza (1).

No solamente las capas inferiores del aire, dice por su parte Humboldt, siempre cargadas de vapores, sino tambien las regiones superiores, que parecen formar parte de la bóveda etérea, están pobladas de seres animados... Los vientos arrebatan á la superficie de las aguas millones de animales infusorios que flotan por los aires. El finísimo polvo amarillento del Atlántico, originario del mar que rodea las islas del Cabo Verde, oscureciendo á veces la atmósfera á grandes distancias, es impelido hácia el oriente, y va á caer en el norte de Africa, en Italia, y frecuentemente hasta en el centro de Europa. Segun el precioso descubrimiento de Ehrenberg, este polvillo se compone únicamente de pequeños animales microscópicos cubiertos de una conchita silicea... La multiplicacion de las galionelas es tan grande, que uno sólo de estos animales completamente invisibles, puede formar en cuatro dias seis decímetros cúbicos de la tierra de Bilin (2).—No hacemos caso de los animalillos infusorios, dice Othón Ule, porque no se ven con el ojo desnudo; pero cuando en el año 1845 se voló el peñasco Round Down de Dowres con la potencia de 185 quintales de pólvora, cuando se vió que 20 millones de quintales de fragmentos de caliza cubrian una superficie de 24 yugadas de 50 pies de alto,

(1) Brenner, *Del cambio de materia entre el reino animal y vegetal por medio de la atmósfera*.

(2) Humboldt, *Cosmos, Los animales invisibles en la atmósfera y en el Océano*.

causó no poco asombro la grandeza de aquellos animalillos que habian fabricado aquel peñasco, y á cuyos residuos hubo de oponer el hombre la fuerza más destructora que posee (1).—Toda pérdida está prevista, segun Brenner; los ingresos y los gastos se corresponden constantemente, en términos, que puede presentarse siempre el balance.

Por otra parte, la masa depositada por capas sobre los terrenos primitivos es tan insignificante, que tomando como base de cálculo la profundidad de 11<sup>m</sup> á que en las excavaciones de Menhecourt, cerca de Abbeville, donde M. Boucher des Perthes ha hecho sus observaciones geológicas, se hallan aquellos terrenos, tendremos que los 770 millones de metros cúbicos que representa esa masa en prismas de 77<sup>m</sup> cúbicos  $\left(11 \times 3 \times 3 - \frac{11 \times 2^2}{2} = 77\right)$  por cada metro superficial de la parte seca de nuestro globo, han venido acumulándose en 4.208 años, depositándose anualmente sobre cada metro superficial una  $\frac{18.298.400}{1.000.000.000}$

parte de este metro ó sea poco más de un centímetro, equivalente á unos dos gramos de sedimento (2). Para que esta aglomeracion haya tenido lugar, solo ha sido necesario un cubo de 425,60<sup>m</sup> de la inmensa mole que constituye las montañas todas de la tierra, que, como se ve, han contribuido en una minima parte á ese trabajo de nivelacion, nivelacion que se equilibraria con las nuevas montañas que las tempestades magnéticas subterráneas habrian de levantar mucho tiempo ántes que toda la masa de las existentes pudiera ser esparcida sobre el globo (3).

Otros, que pretenden seguir la vía de Laplace, intentan explicar el origen de este sedimento como procedente de

(1) Othon Ule, *Lo grande y lo pequeño en la naturaleza*.

(2) Extendido sobre el metro superficial, vendria á tener ménos espesor que el de una hoja de papel de seda.

(3) M. Darwin alega el testimonio de M. Ramsay, quien evalúa el espesor máximo de las capas térreas de formacion sucesiva en 14 millas inglesas, ó sean 4 leguas y media de 20 al grado. Pero debe tenerse en cuenta que estas son las capas que se suponen de formacion ígnea por el enfriamiento del globo terráqueo, y de lo que se trata es de las capas sobrepuestas sobre la corteza candente enfriada, en cuyas capas es en las que aparecen los fósiles.

otros cuerpos distintos y diferentes de la tierra. Grove dice que puede modificarse con ventaja la teoría de Laplace, admitiendo que los mundos ó sistemas de mundos, en lugar de haber sido creados en totalidad en períodos diferentes, van cambiando continuamente por adiciones ó sustracciones atmosféricas, por acrecentamientos ó disminuciones provenientes de materia cósmica ó nebulosa, ó de cuerpos meteóricos; de suerte que ninguna estrella ó planeta puede decirse haber sido creado ó destruido de una sola vez en un momento dado, ó hallarse en un estado de estabilidad absoluta; sino que algunos se hallan en un periodo de aumentacion, en tanto que otros lo están en uno de disminucion, y así á través del universo entero en el pasado como en el porvenir (1).

M. de Fonvielle, examinando las teorías expuestas por Humboldt y Arago de una parte, y las de Heiss y Jones de otra, respecto del punto ocupado por el centro del anillo de la luz zodiacal, restos de la esfera en que se condensaron nuestros planetas, y que los últimos suponen ser nuestro globo, añade por su parte que la presencia de este apéndice de la tierra se halla conforme con la teoría de la creacion sucesiva de los mundos; porque la contraccion de la esfera gaseosa, que ha dado origen á la tierra, ha debido producir, en una pequeña escala, todos los episodios del desmembramiento de la esfera solar (2), y las fronteras sucesivas de nuestro caos han debido retrogradar por etapas á medida que se acumulaban los periodos astronómicos (3). En la página siguiente expresa la duda de que la tierra tenga un solo satélite, siendo probable que tenga muchos más, *muy difíciles de ser percibidos* cuanto menor sea la distancia que los separa de nosotros, á causa de la rapidez de su movimiento propio (4). Por fin, el mismo de Fonvielle dice que la caída

(1) Grove, *Correlation des forces physiques.*, 97, 98.

(2) La luna dicen haber sido el único cuerpo visible que se ha formado, siguiendo la teoría de la condensacion de una faja de materia cósmica desprendida de la nebulosa, en que se condensó la tierra, quedando ese anillo en el límite de esta nebulosa, formando otra faja, que en vez de condensarse como la luna, forma una zona de materia cósmica, de la que se supone proceden los aerólitos.

(3) Deherain, *Les progrès des sciences en 1862*, 217.

(4) Ob. cit., 218, nota.

de los aerólitos no es sólo un accidente excepcional, sino que puede ser una ley general de la formación de los mundos, la creación misma que continúa á presencia nuestra. Recogiendo los trozos de las estrellas cadentes, podemos convencernos, dice, de que las fuerzas generadoras no se han extinguido. Cada vez que un bolido surca el cielo, vemos brillar un episodio del génesis de los mundos. Sorprendemos á la eternidad en su trabajo *d'enfancement* (1).

De tiempo en tiempo, continúa de Fonvielle, reaparecen esas fiestas, que revelan á los amigos de la naturaleza la potencia de la creación cósmica, la riqueza de esas regiones planetarias, que una astronomía vulgar suponía desprovistas de materia y de movimiento (2). Es incontestable, continúa, que esos millones de millones de toneladas no pueden caer durante una serie de millones de años sobre la superficie de la tierra, sin modificar su peso de una manera notable. Ningun fenómeno nos autoriza á suponer que experimentemos una pérdida de materia equivalente á este grano anual, que llega con la regularidad de las mismas estaciones. Nuestro globo es como un avaro que atesora siempre, sin gastar nada de lo que posee. Nadie sabe, prosigue, los millones de millones de toneladas que han aumentado nuestro material social desde el día en que los primeros organismos empezaron á aparecer sobre la corteza fría donde la naturaleza nos ha colocado (3).

Hasta este punto de desarrollo ha venido la teoría de Laplace. El anillo de la luz zodiacal por una parte, y el inmenso número de pequeños planetas (4), ó bolidos, que giran invisibles alrededor de la tierra por otra, son los que se dice que suministran la materia que en esta va aumentándose sin cesar por medio de los aerólitos, única forma que aquella toma al precipitarse por nuestra atmósfera. Estos asteroides

(1) *Les progrès des sciences en 1862*, por Deherain, 36.

(2) Observemos que el iniciador de la teoría que supone la existencia del vacío interplanetario fué Newton.

(3) *Les progrès des sciences en 1862*, par Deb., 25, 26.

(4) Según M. Reichenbach, cuya teoría expone de Fonvielle en su trabajo (28), los cometas son aerólitos nacentes, y los aerólitos cometas espirantes.

(los aerólitos), que algunos suponían ser arrojados por los volcanes de la luna, cree Fonvielle que deben su existencia á las fuerzas *generatrices*, á las cuales la luna misma debe el honor de adornar nuestros cielos. Es decir, que proviene de la condensacion de la materia cósmica, que empiezan siendo unas simples nebulosas.

Dos son los términos sobre los cuales debemos fijar la cuestion: el origen y naturaleza de los aerólitos; la cualidad prestada á la materia de condensarse, ó lo que es lo mismo, de ponerse en movimiento. Empecemos por el más sencillo. Veamos ántes cómo se explica de Fonvielle. Estudiando comparativamente, dice, la composicion de las piedras caídas á una distancia de muchos centenares de leguas y de muchas docenas de años las unas de las otras, los químicos han reconocido con la más viva sorpresa que analizaban fragmentos, cuya composicion compleja era bastante análoga. Era imposible no suponer que provenían todos de una misma masa cósmica, la cual habia perdido en ocasiones diferentes una porción de su sustancia, como si hubiera venido otras tantas veces á chocar contra la envoltura elástica y resistente que mantiene nuestra respiracion. De esta manera, somos conducidos por una *lógica invencible* á suponer que estos trozos pertenecen en realidad á un astro *bastante vecino* para rozar periódicamente nuestra atmósfera; *bastante lejano*, sin embargo, para escapar á la pujanza de nuestra atraccion; *bastante pequeño* para que la luz reflejada en su superficie no le ponga en evidencia en las circunstancias ordinarias; *bastante grande* para desprender sucesivamente muchos fragmentos de un tamaño notable.

Las contradicciones que envuelven las frases que hemos subrayado, nos impiden en buena é *invencible* lógica admitir la explicacion que ofrecen, como se lo han impedido tambien sin duda á de Fonvielle, porque en seguida expone su creencia en los satélites imperceptibles de que hemos hablado. Esta creencia ha sido producida en él por una aseveracion de M. Le Verrier, de quien dice que completa la teoría de Laplace, cuyo eminente geómetra no habia aceptado, sino con repugnancia, la existencia de estos infusorios planetarios. M. Le Verrier introduce en la mecánica celeste un nuevo elemento, el de la masa de la colectividad de estos infusorios. Hace poco más de dos

años que el ilustre director del Observatorio de Paris ha indicado á la Academia de ciencias, que era necesario aumentar un décimo la masa de la tierra ó disminuir la del sol en una cantidad equivalente, para darse cuenta de ciertas perturbaciones de nuestra órbita (1). Le Verrier se apoya en la primera de estas dos suposiciones, admitiendo la presencia de un anillo de aerólito (el anillo de la luz zodiacal), cuya masa total equivaldría al décimo de la de nuestro planeta.

Ahora bien: la masa de ese anillo ¿es permanente? Si lo es, no se explica la caída incesante de los aerólitos sin suponer que estos tienen otro origen. Si no es permanente y ha ido disminuyéndose con el desprendimiento de esos aerólitos, los millones de millones de toneladas que han caído ya, segun de Fonvielle, deben haber disminuido la masa del anillo, viniendo á aumentar la de la tierra, donde se supone que faltan. Y este aumento no debe ser pequeño si se considera el inmenso número de años que se supone tiene nuestro sistema planetario, sobre todo la tierra, á la cual descienden por término medio en cada año, segun declaración de Jouvencel (2), tres millones de estos asteroides. El mismo nos dice, de acuerdo con la generalidad de los que han examinado estos cuerpos metálicos, que algunos de ellos pesan más de 100 kilogramos, y aunque unos con otros no se calculen más que por un kilogramo, en el trascurso de seis mil años, cálculo que no es exagerado, se habria aumentado la masa de la tierra en diez y ocho mil millones de kilogramos, cantidad que debiera ser perceptible, y que segun de Fonvielle no lo es á pesar de no dar á la tierra una antigüedad de seis mil años, sino de millones de años. Luego si este aumento no se ha notado, es presumible que no sea nueva para nuestro planeta, ni desconocida para él, esa masa de asteroides, que en tanta cantidad y tan notable volumen caen diariamente sobre ella.

Si el anillo se considera uno con la tierra para el cálculo de su masa, esas perturbaciones de la órbita que se quie-

(1) Tales perturbaciones las habia previsto Keplero, demostrando que la velocidad con que la tierra recorre su órbita no es siempre constante.

(2) *Genèse selon la science*, I vol., 155.

ren corregir, no pueden tener lugar sino en una mínima parte, en la parte del anillo depositado sobre la tierra durante el periodo trascurrido desde la apreciación de las masas planetarias; y ó bien el anillo no forma el décimo de la de nuestro globo

$$\left( R \ 6.566.050 \times \frac{1.000^2}{2} \times \frac{S \ 40.000.000}{10} \right. \\ \left. = M \ 12.732.060.000.000 \text{ toneladas} \right) (1),$$

ó éste no se halla apreciado exactamente en sus elementos sidéreos, que es lo que pretende probar M. Leon Foucault contra la asercion de Le Verrier, y por lo tanto la hipótesis del anillo aerolítico es insostenible; tal apéndice á nuestro planeta no existe.

En cuanto á la masa con que aparece revestida la tierra sobre los terrenos primitivos, ya hemos visto ántes de dónde procede, sin que nos detengamos á examinar lo que de Fonvielle dice del *excesivo aumento de nuestro capital social*, suponiéndole procedente de los aerólitos. Veamos ahora de dónde pueden éstos traer su origen. Brandt y Benzenberg son los que, en un triángulo de 12.000 metros de base, sujetaron á observaciones repetidas el cálculo del punto del espacio en que los aerólitos aparecen, hallando que estos meteoros luminosos se mueven á una distancia de la tierra de 40.000 metros, ó sean 40 kilómetros (2). Segun Humboldt, la atmósfera de nuestro planeta viene á ser próximamente de 67.500 metros, 67 kilóme-

(1) Esta masa representa tanto como cada una de la de los planetas Mercurio y Marte.

(2) M. de Fonvielle, ob. cit., 22.—El eminente naturalista alemán Othon Ule dice que la altura de su aparición varia desde 6 á 7 leguas, que es menor de lo calculado por Brandt y Benzenberg, hasta 150; pero esto proviene de que las manchas periódicas que aparecen sobre el disco del sol y que algunas veces oscurecen su luz de un modo notable, las cree grupos de estrellas errantes, de las que proceden los aerólitos, de cuya opinion hemos de hacernos cargo más adelante. Por ahora creemos conveniente hacer observar que Othon Ule no hizo por sí propio las experiencias como los otros dos compatriotas suyos ya citados, que comprobaron y rectificaron sus cálculos conforme á los datos que las matemáticas y la astronomía suministran; por consiguiente, que ofrecen mayores seguridades del acierto.

tros y medio. W. Herschell afirma que será de 75.000 á 80.000 metros, 75 á 80 kilómetros. Por fin, segun las experiencias hechas en 1858 sobre los fenómenos del crepúsculo en la zona tórrida por M. Liais, esta atmósfera se eleva á 540.000 metros, es decir, 540 kilómetros, más de 60 léguas. Sin aceptar como ciertos estos cálculos, á pesar de las afirmaciones y seguridades que M. Liais da sobre el resultado que hubo obtenido, y ateniéndonos á un término medio, esto es, á considerar su altura de 162 kilómetros, tendremos como resultado de hechos y datos fidedignos, que los aerólitos, aun suponiendo que su aparicion sea á una elevacion doble y aun triple de la comprobada, aparecen dentro de nuestra atmósfera, se mueven en ella, tienen en ella su origen. ¿Es esto posible? Veámoslo.

Conforme á las recientes experiencias de MM. Boussingault, Saint Pierre, Chatin, Barral, Bunsen y Kirschhoff, se ha demostrado la existencia en nuestra atmósfera de varias sales metálicas, en tal estado de tenuidad, que no son perceptibles sino con poderosos medios de investigacion. Uno de los metales mas difundidos por el reino orgánico es el hierro, y una de las sustancias minerales más difundidas tambien es el silice. Todos estos cuerpos se elevan sobre la atmósfera, bien con el vapor acuoso, bien en disolucion ó combinacion con los gases aéreos (1). El vapor acuoso tiene su limite, al llegar al cual vuelve á precipitarse sobre la tierra en forma de lluvia, niebla ó rocío, arrastrando con él las particulas metálicas que halla á su paso. Pero las que se encuentran en un limite superior y que no están sujetas á esa condensacion rápida que sufre el vapor, las materias gaseiformes fluctuantes por el espacio, se hallan sujetas á otro modo de condensacion más enérgico. Sabido es que el rayo desprendido de las nubes es formado por las materias que son objeto de la electricidad atmosférica, los metales, los cuales son trasmitidos á la tierra con cada descarga eléctrica ó disueltos en algun ácido como el hierro lo es en el ázoe (2).

(1) *La composition de l'atmosphère par Deherain, en Les progrès des sciences en 1862, V, VIII, X.*

(2) Grove, *Correlation des forces physiques, 105, 106.*

Además de esto, lo mismo que los bolidos ó aerólitos continuaban siendo en la mayor parte de los astrónomos modernos materia para hipótesis á cual más originales, lo han sido hasta hace poco tiempo las auroras boreales, á las que cada cual atribuía una causa distinta y ninguna aproximada de la verdad (1). Pero hoy, despues de las observaciones del general Sabine y de las observaciones hechas por M. La Rive, se sabe que son puramente efecto de la electricidad. Estos brillantes meteoros tienen lugar á una gran elevacion de la tierra. Su arco luminoso, agitado por una especie de efervescencia, lanza rayos y columnas de luz que llegan hasta el zénit. Cuanto mayor y más intensa es la emision de la luz polar, más vivos son los colores, que del violeta y del blanco azulado pasan por todos los matices al verde y al rojo purpurino. Lo mismo sucede con las *chispas eléctricas*, que no se coloran sino cuando es fuerte la tension y la explosion es violenta. Unas veces las columnas de luz parecen salir del arco brillante mezcladas á rayos negruzcos semejantes á una humareda espesa, y otras se elevan simultáneamente en diferentes direcciones, reuniéndose sobre el horizonte en un mar de llamas, cuya magnificencia ningun pintor puede reproducir, porque á cada instante, rápidas ondulaciones hacen variar la forma y el esplendor (2).

Aunque están muy lejos de presentar este bellissimo espectáculo los bolidos errantes por nuestra atmósfera, la

(1) Las opiniones puramente científicas formadas sobre la causa de las auroras boreales son varias, sin contar las que el vulgo se ha venido forjando siempre. Segun Muschenbroek, eran debidas á las exhalaciones terrestres que, reunidas en nubes, producian la luz con su choque. Lemonnier comparaba estas exhalaciones con la materia de que se compone la cola de los cometas. Eulero creia que por la accion de los rayos solares las partículas del aire son lanzadas en el espacio y súbitamente iluminadas. Halley las suponía una corriente de fluido escapandose de la tierra por el polo boreal. De Mairau consideraba la aurora polar como debida á la atmósfera del sol, una parte de la cual venía á encontrarse con la atmósfera terrestre. Por fin, Eberhart y Frisi fueron los primeros que compararon la aurora boreal con la luz eléctrica. Vease *Les progrès des sciences* en 1862, por Deherain, 210. nota, y el artículo *Les orages magnetiques* de la misma obra, por M. E. Menu de Saint Mesmin.

(2) Humboldt, *Cosmos*.

descripcion que el mismo Humboldt nos hace de la lluvia de estos asteroides, que presenci6 en union de M. Bonaplate en la Am6rica del Sur, demostrarian, 6 falta de otros datos, que si un fen6meno tan sorprendente tiene lugar por efecto de la electricidad, esos grupos de piedras met6licas 6 siliceas que recorren 6 nuestra vista un espacio m6enos elevado, no pueden eludir la pujanza poderosa de un fluido que tantas maravillas produce. En efecto: las inmensas regiones de estrellas, que se suponen pasar peri6dicamente entre la tierra y el sol, oscureciendo la luz de este astro, y de las cuales se cree que proceden los aer6litos, no son m6as que un efecto de las perturbaciones magn6ticas de la fotosfera solar. Si esas nubes de estrellas cortaran la 6rbita de la tierra, en cuyo momento se dice que se precipitan hasta en forma de lluvia muchos de esos astros, apagados y atraidos por nuestra atm6sfera, la 6rbita que ellas describen comprenderia alguna vez en su centro 6 la tierra, y ent6nces podrian haberse notado alguna noche en su paso desde 20 6 150 leguas en que se calcula su elevacion, por el disco de la luna 6 de cualquiera de los innumerables astros que brillan en el firmamento, en el caso de que por su luz propia no pudieran serlo, suponi6ndolas opacas 6 apagadas.

Nada ha podido observarse de este fen6meno, y no pudiendo tener esto efecto, la tierra no se halla dentro de la 6rbita de esos asteroides, como lo supone Othon Ule; el paso de 6stos por la 6rbita de la tierra no se verifica, y por lo tanto no pueden proceder de ellos las piedras mete6ricas. Si por el contrario es el sol el que se halla en este caso, la proyeccion de los astros sobre nuestro planeta, girando aquellos al rededor del sol como en esta suposicion girarian, seria en razon inversa de lo que las leyes astron6micas tienen demostrado, 6 pesar de las perturbaciones 6 que se supone est6n sujetos por sus insignificantes masas, pues en el caso que se imagina, la atraccion del sol no se ejerceria sino sobre la masa entera de los asteroides, que formarian, como se ha dicho, un anillo en el cual cada una de esas estrellas se hallaria adherida por la accion propia de la materia c6smica de que se forman. En oposicion 6 esto tenemos las demostraciones deducidas por las experiencias de Humboldt, Arago, Gauss y Sabine sobre las perturbaciones de la aguja imantada, que coinciden siempre

con la aparición de las manchas en el disco del sol, manchas percibidas á la simple vista por lo regular, y que han dado motivo á la suposición de esas inmensas legiones de estrellas, habiéndose llegado á la conclusión de que ese fenómeno solar corresponde á unas grandes tension é intensidad eléctricas, causa de las tempestades magnéticas que tienen lugar simultáneamente en las capas tellúricas y atmosféricas. «Entre las perturbaciones magnéticas, concluye diciendo Menu de Saint Mesmin, y ciertos cambios de la fotosfera solar, la correspondencia es manifiesta. El astro, alrededor del cual gravita nuestro sistema planetario, vierte sobre nuestro globo, no sólo la luz y el calor esenciales á la vida, sino probablemente tambien efluvios eléctricos mezclados á sus rayos de oro (1).»

Así pues, no puede caber duda alguna de que las piedras caídas del cielo, como suele llamárselas, no hacen más que volver al punto de donde proceden en diferente forma de como se elevaron á las regiones superiores de la atmósfera. Los colores diferentes bajo los cuales algunas veces se les percibe, es una cualidad distintiva de la sustancia metálica, cuyas ténues partículas han sido reunidas preferentemente por la corriente eléctrica. Así es como, apareciendo por lo regular con un vivo color rojo, nos demuestran antes de caer á nuestros piés, que el metal que predomina en ellas es el hierro, pues éste produce en el arco voltaico ese color rojizo (2). La mayor velocidad con que recorren la atmósfera, comparada con la de la chispa eléctrica, que la surca en unas regiones de mayor densidad atmosférica, está de acuerdo con la experiencia científica, que ha observado á la descarga eléctrica recorrer con una velocidad 100 veces mayor el espacio de una densidad menor, como es el que aparecen estos fenómenos (3).

(1) *Les progrès des sciences en 1862*, par Deherain.—*Les orages magnétiques*, par Menu de Saint Mesmin.

(2) Grove, *Correlation des forces physiques*, 104.

(3) Grove, *ob. cit.*, 109.—Han sido varias veces las que han caído sobre la tierra en diferentes puntos, y precediendo los meteoros luminosos mismos que acompañan estos fenómenos, sustancias de forma y de materia extraña, unas veces masas viscosas, otras en

Hemos visto hasta ahora que ninguna de las teorías imaginadas para explicar el origen del mundo que habitamos, puede dejar satisfecha á la razon, que encuentra, al lado de afirmaciones puramente psicológicas, demostraciones evidentes, palpables, que las contradicen. Pero aun suponiendo que los hechos psicológicos sobre que se fundan esas teorías, tuvieran un apoyo decisivo en los hechos experimentales, nos quedaria uno solo de estos, que por sí bastaria para despertar la duda en el más ardiente partidario del desarrollo natural y espontáneo de las fuerzas orgánicas. Este es el que constituye el segundo término de la cuestion que se refiere á la teoria de Laplace. No se trata de que una nebulosa haya dado origen á nuestro planeta: prescindamos por completo de las dificultades que surgen, á la simple observacion en el modo de ser de los mundos planetarios actuales, de la condensacion gradual por absorcion ó por cualquiera otro medio de su materia originaria. Fijémonos sólo en la posibilidad del movimiento, que implica el punto inicial del desarrollo en la nebulosa, ántes ó durante su concentracion.

¿Cuál es la esencia de la materia dotada de esa cualidad de condensarse? «Aun suponiendo una materia primitiva, dice Büchner (*Force et matiere*, 2, 3), sea la que fuere, será siempre preciso que haya habido entre sus menores partículas un sistema de atraccion y de repulsion, sin lo cual se anularian y desaparecerian por el espacio.» La falsedad de este razonamiento es manifiesta, y más aún si se toman en cuenta las definiciones que Büchner dá de la materia y del espacio, que para él ambos son infinitos. La materia primitiva y el espacio, siendo infinitos, son idénticos; y no hay nada en el espacio que no sea materia, ni nada en la materia, que no sea espacio. ¿Dónde ni cómo

formación de crines ó pelos, y por fin en una granizada que cayó el 27 de Mayo de 1819 á las siete de la tarde en Grignoncourt, en Neufchateau, departamento de los Vosges (Francia), muchos de los granizos, que pesaban 500 gramos ó sea una libra castellana, contenian piedras circulares de mas de 27 milímetros de diámetro, aplastadas, de un espesor de 14 á 18 milímetros, con un agujero en medio por donde cabia el dedo meñique, siendo de color de café y habiendo caido en bastante número. Nadie dudó entonces, que estas piedras se habian formado, al mismo tiempo que el granizo, en la region de las nubes.

las partículas de la materia podrían moverse, supuesto que para ello las partículas y la materia necesitarían tener una limitación propia con relación al espacio? Tampoco el espacio podría ni puede moverse si es infinito, puesto que llenándolo todo, no tiene posibilidad de realizar un cambio de posición, que constituye el movimiento, pues para ese cambio habría necesidad de dos extensiones ó cavidades, la propia del espacio y la á que el espacio se trasladase. Si la materia se mueve, la materia no es infinita, y el espacio para ella no le es idéntico; luego según el razonamiento de Büchner, ha existido una época en la que las partículas de la materia primitiva se han hallado esparcidas por el espacio, siendo anulada así esa materia. Antes de que esas partículas fueran puestas en movimiento por la atracción y la repulsión, que es la cuestión principal, ¿qué era la materia? El mismo Büchner lo dice: *la nada sin forma* (p. 2). ¿De qué modo fué *excitado* ese movimiento (supuesto que dice que la fuerza no se comunica, sino que se despierta y excita, 3) de atracción y repulsión en la materia para que se pudieran formar los mundos? *No lo hemos podido saber todavía*, dice Büchner (32); pero añade que la ciencia no ha pronunciado la última palabra, y es posible nos haga conocer *algún día la época del nacimiento de los globos*. Sin embargo, nosotros no debemos contentarnos con esa *vaga* esperanza: es preciso investigar si la ciencia, la verdadera ciencia empírica, ha pronunciado ya la última palabra, aunque el materialismo no la conozca ó aparente desconocerla.

«Siendo imposible, dice Schyanoff, hallarse *materialmente* donde la materia se halla, resulta que la materia *no puede manifestar su realidad*, con relación á la materia y á nuestros sentidos, sino precisamente allí donde no se encuentra: luego es *físicamente imposible* conocer la materia en si misma.—Y si la materia no poseyera la facultad de manifestarse allí *donde no se halla*, con ayuda de un agente *inmaterial* cualquiera, su existencia para nosotros no sería más que una quimera. Este agente lleva el nombre de fuerza; y si por el momento nos contentamos con tomar el nombre de *fuerza* como una simple *definición*, está querrá decir que la materia no puede ser definida sino por medio de la fuerza. Resultando, por fin, que en toda la naturaleza no conocemos ni podemos conocer

más que *fuerzas* (1). La esencia de la materia nos debe ser eternamente desconocida (2). La experiencia nos demuestra, dice M. Seguin, que la fuerza se trasmite de un cuerpo á otro, sin que hasta ahora haya sido posible penetrar el misterio de esta comunicacion (3). «La palabra fuerza, según Grove, aunque empleada en diversos sentidos por diferentes autores, puede ser definida, en su significacion limitada, como siendo lo que produce el movimiento ó lo que resiste al movimiento (4).»

Tenemos, pues, que la materia nos es desconocida, tanto en su naturaleza como en su esencia; que la fuerza, agente inmaterial de la materia, se trasmite de una manera misteriosa y desconocida; que el movimiento, producido por la fuerza, es una doble fuerza, positiva y negativa, y como tal indescifrable en su esencia. Veamos si en sus manifestaciones sensibles puede servirnos para la investigacion de su causa, causa que á la vez nos demostrará la de la fuerza, poniéndonos en camino de investigar el origen de la materia con la cual han llegado á formarse los mundos planetarios.—«La materia y la fuerza, dicen Grove y Schyanoff, son correlativas en el sentido riguroso de la palabra: la concepcion de la existencia de la una, implica la concepcion de la existencia de la otra (5). La fuerza, según Seguin, es el verdadero vehículo de la vida y del movimiento (6): esto no obstante, la materia no encierra en sí la facultad de ponerse en movimiento, ni mucho ménos, con más fuerte razon, la de comunicarle (7). Por eso, como la filosofía no puede crear la materia, ni aún en el pensamiento, tiene ésta que ser considerada *à posteriori* (8); en cuyo estudio, puede asegurarse que se ha comprometido ya algo la autoridad de la ciencia con las tentativas hipotéticas hechas para diseccionar la materia, determinar las formas, las dimensiones y

(1) Alex. Schyanoff, *Essai sur la métaphysique des forces inherentes à l'essence de la matière*, p. 3.

(2) Ob. cit., 37.

(3) M. Seguin, aîné, *Sur l'origine et la propagation de la force*, p. 13.

(4) Grove, *Correlation des forces physiques*, 18.

(5) W. R. Grove, ob. cit., 260.—A. Schyanoff, ob. cit., p. 3.

(6) M. Seguin, aîné, ob. cit., 23.

(7) Idem, p. 17.

(8) Schyanoff, p. 21.

el número de los átomos (1). Y como el hombre probablemente, (Schyanoff afirma que eternamente le será desconocida); no conocerá nunca la constitucion íntima de la materia, ó sean los medios de actividad de las acciones moleculares (2); como los efectos de la atraccion (universal, pág. 53) dan por resultado obligar á los cuerpos á salir de ese estado de muerte, que se llama inercia, y á ponerse en movimiento, acto que constituye la verdadera vida (de todos los seres, pág. 53) de la materia (3), siendo la atraccion una propiedad esencial de que está dotada la materia, y la verdadera causa de la aparicion de la fuerza (4), siendo la atraccion tambien una *causa primera*, que emana directamente, así como la creacion de la materia, de un acto de la *voluntad de Dios* (5), querer explicar la materia, ponderable ó etérea, por un desenvolvimiento inicial, engendrado en un punto sin extension (la nada), es anonadar la inteligencia por una luz, cuyo imponente esplendor no puede soportar, tratándose como se trata de un *misterio* de la creacion (6).» Añadamos, para concluir, que discutiendo Kant la evaluacion del grado de expansion necesario á la materia para llenar el espacio, y llegando á la limitacion de la fuerza expansiva por la fuerza contractiva, y á la conclusion de que la imposibilidad ó posibilidad del vacío en la naturaleza, no está basada en ningun modo sobre principios metafísicos, sino sobre un *secreto* de la naturaleza *difficil* de descubrir; le replica Schyanoff, que la cuestion del movimiento de la materia «no es de ninguna manera un secreto de la naturaleza, sino un *misterio* de la creacion; porque, añade, un secreto de la naturaleza puede llegar á ser descubierto con el tiempo, pero un misterio de la creacion, JAMÁS (7).» Ofreciendo la ciencia por resultado de sus investigaciones *hasta el dia*, que, «siendo la omnipotencia divina la que ha creado la materia, ella sola es tambien la única que la

(1) Grove, 251.

(2) Idem, 251.—Schyanoff, 57.

(3) Seguin, 27.

(4) Idem, 49.

(5) Idem, 18.

(6) Schyanoff, 21.

(7) Idem, 7.

puede aniquilar (1),» creemos excusado exténdernos en más consideraciones acerca de un punto tan terminantemente resuelto por hombres llenos de suficiencia y ajenos de una manera absoluta á las cuestiones teológicas.

II. ¿Qué es la vida? ¿De dónde traen su origen todos los seres?—Se comprenderá fácilmente que esta cuestion tiene su preciso enlace con la que hemos visto resuelta en el párrafo anterior. Con objeto de llegar definitivamente al descubrimiento de la verdad, nada debemos omitir para desvanecer las sombras que todavía nos la ocultan, y nunca en mejor ocasion que ahora, supuesto que nunca como ahora han abundado los medios para conseguirlo. Tenemos á la vista una obra importante, que ha producido inmensa sensacion, que ha penetrado y extendidose por todo el mundo civilizado, llevando la luz y la certidumbre, dicen, por todas las partes en que se dudaba.

«Si, dice su traductor francés, existe una revelacion permanente del hombre á él mismo y por él mismo, una revelacion racional, que no es más que la resultante del progreso de la ciencia y de la conciencia contemporáneas, una revelacion siempre parcial y relativa, que se efectúa por la adquisicion de verdades nuevas y más todavía por la eliminacion de antiguos errores (2). La revelacion humanitaria que, aunque intermitente sobre cada uno de los puntos del globo, es en realidad continua, es como una corriente eléctrica (3). El espíritu revelador se *encarna* en una ó muchas inteligencias reveladoras, focos de concentracion donde se reunen, convergiendo, los rádios de todos los centros de luz intelectual de todas las generaciones pasadas (4). Europa puede decir con orgullo que desde hace tres siglos el espíritu revelador parece haberla escogido como lugar de su predileccion. Porque es posible que (en ella) se esté preparando una de esas grandes afirmaciones sintéticas, que despues de ser lentamente elabo-

(1) Grove, 21.

(2) *De l'origine des espèces*, par M. Darwin, traduit en français avec l'autorisation de l'auteur, par Mlle. Clem. Aug. Royer, avec une Preface et des Notes du traducteur.—1862.—Preface, du traducteur, p. I.—Littre, *Introd. à la Vie de Jesus de Strauss*, p. XXVIII.

(3) Darwin, Pr. du tr., p. XI.

(4) P. VI.

1862, 1863 (1)

1862, 1863 (2)

1862, 1863 (3)

1862, 1863

radas bajo el nombre de filosofía en las altas esferas sociales del espíritu y del saber, descienden un día bajo el nombre de RELIGIONES á las masas populares, que las transforman (1).

*Revelacion, religiones...* aqui tenemos un mundo nuevo que va á abrirnos sus misterios: prosigamos nuestro camino.—El libro que aqui se nos ofrece nos presenta «la síntesis universal de las leyes económicas, la ciencia social natural por excelencia, el código de los seres vivientes de toda raza y de toda época (2). Con ella tendremos un *criterio absoluto* para conocer lo bueno y lo malo: en ella encontramos la razon de ser de nuestros instintos, el por qué de nuestras costumbres, el origen tan misterioso de la noción del deber (3). Esta revelacion de la ciencia nos enseña más sobre nuestra naturaleza, nuestro origen y nuestros destinos, que todas las explicaciones teogónicas nos han enseñado hasta el día (4). Este libro, en fin, es el que nos hace amar más la verdad, el que hace creer más en *Dios*, el solo libro que llega á justificar á la Divinidad de haber hecho el mundo como es (5). Su autor es un hombre simple, recto, sincero... (6), hombre al fin, y el genio de todo hombre tiene sus límites, que no puede traspasar (7), según tiene cuidado de advertirnos, inadvertidamente sin duda, su mismo panegirista.

Al abrir este nuevo evangelio de la revelacion humanitaria, nos encontramos que empiezan á deslindarse dos campos: uno el de la mayoría de los naturalistas, que admiten que las especies son producciones inmutables de la naturaleza, y que cada una de ellas ha sido objeto de un acto creador especial: otro el de un pequeño número de esos mismos naturalistas, que piensan, por el contrario, que sufren modificaciones, y que las formas vivientes ac-

(1) P. XII. Para Strauss, un iniciador se halla próximo, en el cual el genio religioso moderno se encarna, como el genio del primer siglo se encarnó en Jesús. *Segunda Vida de Jesús*, tomo I, lib. I, § XXXIV. 274.

(2) P. LXII.

(3) P. LXII y LXIII.

(4) P. LXIII.

(5) P. XXXIV.

(6) P. XXXIII.

(7) P. XLVIII.

tuales descienden por vía de generacion regular de formas preexistentes (1). Pocas páginas más adelante la hostilidad da principio, declarando el autor que un naturalista *no puede ménos* de concluir que cada especie no puede haber sido creada independientemente, sino descender, como las variedades, de otras especies (2). La opinion contraria *es errónea* (3). Se excusa de no poder ménos de personificar la palabra *naturaleza* (4), y de suponer una potencia *divina* en el seno de esta misma naturaleza (5). Se propone demostrar que todo el reino animal ha descendido de cuatro ó cinco tipos á lo más, y el vegetal de un número igual ó menor, añadiendo á renglon seguido, que la *analogía* le conduce un poco más lejos, es decir, á la *ereencia* de que todos los animales (sin excluir el hombre) y todas las plantas descienden de un solo prototipo (6).

Los medios de que se vale para llegar á esta demostracion no son bastantes, sin embargo, para dejar á nadie satisfecho. El libro todo (XXIII—682 pág.) es una acumulacion de observaciones triviales y de datos ya muy comunes, que se intentan hacer servir para un objeto determinado. Se designa con el nombre de *concurrancia vital*, entre los animales y las plantas, lo que hasta ahora aparece como el resultado natural de las dificultades simultáneas con que el animal tropieza para vivir, ya por falta de alimentacion, ya con la destruccion causada por las especies carnivoras, y las que las plantas hallan tambien en la falta de jugos nutritivos en la tierra para germinar, crecer y desarrollarse, y en el consumo que de ellas y de sus semillas hace el reino animal. Se designa con la palabra *eleccion natural* las variabilidades que el clima, las necesidades y el hábito producen en las diferentes especies del reino animal, y las que la cultura, los cuidados del hombre, la calidad de los terrenos y otras mil causas, producen en el reino vegetal.

La tesis principal, la de que las especies se trasforman,

- (1) M. Darwin, ob. cit., *Notice hist.*, I, P. I.
- (2) P. XVIII.
- (3) P. XXIII.
- (4) P. 117.
- (5) P. 116.
- (6) P. 669.

y las variedades de estas especies llegan á constituir especies diferentes y distintas, aparece trabajosamente desarrollándose por entre un sin número de ideas contradictorias, violentando las palabras y las definiciones. Empieza por aumentar la confusión que existe ya en la definición de lo que es especie. En general se entiende, dice, esta expresión de *especie* por un elemento *desconocido* de un acto distinto de creación (1). La palabra *variedad*, que es lo que debia esclarecer con una precisión concluyente, supuesto que es la base sobre que se funda su teoría, dice que es igualmente difícil de definir, añadiendo, no obstante, por vía de definición, que implica generalmente la idea de una descendencia común, aunque esta descendencia *no pueda demostrarse* (2).

Después de sentar estos precedentes, un poco confusos para llegar á una solución clara, emite una conclusión como término de sus inducciones algo sospechosa de mistificación voluntaria, como es la de que cuando se trata de determinar si una forma debe tomar el nombre de *especie* ó de *variedad*, la opinión de los naturalistas dotados de un criterio seguro, ó en posesión de una grande experiencia, *hace solo autoridad*. Después de presentar así sus propios títulos á la credulidad de la gentes ménos aptas para discernir de los procedimientos de la lógica, añade que en muchos casos es necesario decidir á pluralidad de votos entre opiniones contrarias; porque existen *pocas variedades bien señaladas y bien conocidas*, que no hayan sido colocadas en el número de las *especies* por algunos jueces *competentes* (3). Así echa los cimientos del edificio que pretende levantar, introduciendo la duda sobre definiciones que debian ser claramente dadas, para que entre esa confusión, su pensamiento pueda mejor hacerse lugar.

---

(1) Pág. 70.—Véase el juicio que á un distinguido naturalista le merece esta teoría: «M. Darwin pretende que las especies animales se derivan las unas de las otras por una transformación gradual, insensible y lenta. Esta teoría descansa sobre una vaga idea y una incompleta definición de la *especie*, definición que basta formular claramente para apercibirse de la contradicción que existe entre ella y la teoría de M. Darwin.» M. Figuier, *L'année scientifique*, 1865, p. 282.

(2) Darwin, ob. cit., p. 70.

(3) P. 74.

Pero su pensamiento por desgracia no se ve claro en ninguna parte; porque en tanto que á la ley de la *eleccion natural* la atribuye una inmensa fuerza para conservar y perpetuar (1) las diferencias que entre las variedades de una especie constituyen *especies nacies* (2), esta misma *eleccion natural* halla obstáculos insuperables que restringen su imperio (3), tiene menos influencia por sí sola que con la ayuda del hombre (4); esta ayuda del hombre es en alguna ocasion anulada, para reintegrar á la *eleccion natural* en toda su fuerza y energia (5); y esta misma *eleccion natural* vuelve á anularse, á *no poder nada* cuando se trata de la reversibilidad de los caracteres que tiene lugar en el hibridismo (6). En fin, sea porque hay leyes de correlacion *todavía desconocidas* que gobiernan el crecimiento (7), sea porque *no se conoce* la razon de ser de una ley *general* de la naturaleza (8), es lo cierto que una raza intermedia (especie naciente) entre dos formas bien distintas, *no puede ser obtenida* sino por cuidados extremos y por una *eleccion largo tiempo* continuada; y aun todavía M. Darwin no podría encontrar (lo dice él) un solo caso reconocido donde una raza permanente *se haya formado* de esta manera (9).

Sin embargo, todo su libro tiende á probar que las especies hoy reconocidas por tales proceden de variedades de otras especies (10). Su pensamiento capital antropológico es que el libre uso que cada individuo hace de sus facultades vitales ó mentales en la lucha constante contra las necesidades y sus leyes, es el que determina la metamorfosis lentamente progresiva de las especies y el que sucesivamente ha producido las formas más y más complicadas y más perfectas, y en fin, el *hombre, último término de la serie* (11). Y como esas formas intermediarias,

- 
- (1) P. 92.  
 (2) P. 79, 81, 154.  
 (3) Chap. II. § III.  
 (4) Chap. IV, § I.  
 (5) P. 119.  
 (6) P. 143.  
 (7) P. 125.  
 (8) P. 156.  
 (9) P. 41.  
 (10) Not. hist., P. XVIII.—P. 88.  
 (11) Pref. P. XXIV.

cada vez más complicadas y cada vez más perfectas, por donde han pasado las especies, hoy claramente determinadas y aisladas, no se encuentran en ninguna parte, ni entre los fósiles siquiera, donde principalmente debían hallarse sus vestigios, á esta dificultad, cuya decisiva importancia reconoce el mismo Darwin (1), contesta con que la naturaleza emplea muchos siglos en su trabajo de elección (2); que la elección natural obra siempre con extrema lentitud (3), que las lagunas que hoy se observan, es decir, la ausencia de esas formas intermedias, provienen de cambios físicos que son generalmente muy lentos en producirse, y en los obstáculos que se oponen á la inmigración de formas mejor adaptadas (4).

Como con esto no quede ni él mismo convencido; como nos asegure al propio tiempo que aunque la naturaleza emplea muchos siglos en su trabajo de elección, no deja, sin embargo, un trascurso de tiempo indefinido á cada especie para trasformarse (5), y más adelante afirma que su acción depende de las plazas vacantes que puedan presentarse en la economía de la naturaleza (6); lo que implica, no tiempos, sino periodos indefinidos de tiempo, indefinido tambien; como el propio Darwin nos advierte que el número de formas específicas no han venido perpetuamente aumentándose, según la geología lo demuestra (7); de ahí el que tenga que buscar y presentarnos una razón más poderosa para explicar satisfactoriamente la ausencia de esas formas, que entrelazarían las especies actuales. «He pretendido tambien demostrar, dice, que las variedades intermediarias, existiendo siempre en menor número que las formas á las cuales sirven de lazo de transición, deben generalmente ser vencidas y exterminadas por éstas durante el curso de sus modificaciones sucesivas y de sus progresos subsiguientes. Si no se encuentran en todas partes, y siempre, en la naturaleza in-

- (1) P. 392.
- (2) P. 143.
- (3) P. 150.
- (4) P. 151.
- (5) P. 143.
- (6) P. 150.
- (7) P. 152.

- (1) P. 392.
- (2) P. 143.
- (3) P. 150.
- (4) P. 151.
- (5) P. 143.
- (6) P. 150.
- (7) P. 152.

numerables formas de transición, esto depende principalmente del procedimiento mismo de la elección natural, en virtud del cual las variedades nuevas tienden constantemente á suplantar y á exterminar aquellas de que proceden. Verdad es, añade, que cuanto más haya obrado este procedimiento de exterminación en una grande escala, el número también de variedades *intermediarias*, que han existido en la naturaleza, *debe ser enorme.*» Entónces, ¿por qué cada *formacion geológica* y aun cada capa extratificada *no se encuentra llena* de esas formas de transición? «Seguramente la geología no nos revela *aún* la existencia de una cadena orgánica tan perfectamente graduada; consistiendo en esto, quizás, la más seria objeción que *pueda hacerse á mi teoría* (1).» ¿Y qué razón nos dá para justificar esta teoría ante una objeción la más seria, quizás, que se le dirige? Antes de concluir el párrafo que hemos transcrito nos la revela. «La *insuficiencia extrema* de los documentos geológicos, es bastante, según creo, para resolverla (2).»

De la insuficiencia extrema de los documentos geológicos parte, en efecto, para querer demostrar que los períodos de desarrollo de nuestro planeta son mucho más largos que lo que generalmente se calcula. «¿Qué número de generaciones, exclama, imposible de comprender por el espíritu, han venido sucediéndose las unas á las otras en tanto que los años iban tan lentamente pasando (3)! Los cálculos de millones de siglos de que antes hemos hablado son todavía insuficientes para que nos puedan ofrecer esa correlacion perfecta de las formas intermediarias. Si mi teoría es verdadera, dice, no puede ménos de ser cierto que ántes de la formacion de las capas inferiores han trascurrido inmensos períodos, *períodos tan inmensos, más inmensos todavía* que la duracion entera de los períodos trascurridos desde la edad de estas formaciones primitivas (segun Bischof más de tres millones de años) hasta nuestros días, y durante esta inmensa sucesion de edades desconocidas, el mundo *debe haber hervido* (sic) de seres vivientes (4).»

- (1) P. 592.  
 (2) Idem.  
 (3) P. 599.  
 (4) P. 453.

592 4 (1)  
 599 4 (2)  
 599 4 (3)  
 599 4 (4)  
 599 4 (5)

Es preciso que lo digamos de una vez, ó más bien que el mismo comentador de Darwin nos diga sobre qué funda su doctrina y conclusiones. «Segun Darwin, todas las especies vivientes cuentan sus antecesores directos entre las especies fosilíferas anteriores; y así, remontando siempre á través de las generaciones y de las épocas geológicas trascurridas, la cadena retrógrada de los organismos más y más imperfectos, llega á suponer solamente existentes algunos tipos originales, y tal vez uno solo, una suerte de *organismo rudimentario*, sin duda intermediario entre el reino animal y el vegetal. Esta forma, *prototipo* de toda organizacion, habria tenido nacimiento en esa época sin ninguna analogia con la nuestra, ni aun con todas las épocas geológicas conocidas, en la cual nuestro planeta, *todavía ardiente*, acababa apenas de extinguir su *incandescencia* (1).» Es decir, que todo el trabajo que M. Darwin se ha tomado para convencernos de que sus investigaciones y conclusiones encierran en si la verdad de las manifestaciones de la naturaleza, todo ese trabajo descansa sobre la hipótesi, *ya abandonada por la ciencia*, de que nuestro planeta ha sido en su origen un globo candente. Con razon, pues, debemos abstenernos de admitir esta revelacion humanitaria, destinada á servir de fundamento á una de *esas afirmaciones sintéticas*, que lentamente se elaboran en las altas regiones del saber, para descender un dia á las masas populares con el nombre de religiones, y que con tanta ansiedad espera Strauss. Con razon podemos reproducir lo que M. Flourens copia de Cuvier con relacion á M. Darwin, acerca de la gran puerilidad de los filósofos, que dotan á la naturaleza de una especie de existencia individual distinta del Creador; la dan leyes, que son las que éste ha impreso al movimiento, y que también la atribuyen propiedades y formas que á las criaturas les fueron dadas sin accion alguna de la naturaleza, haciendo á ésta que influya sobre los cuerpos con una pujanza y una razon particulares. Pero á medida que los conocimientos se aumentan en astronomia, en fisica y en química, prosigue Flourens, estas ciencias han renunciado á los paralogismos que resultaban de la apli-

(1) Pref. P. LXIX.

(1) Flourens, Recherches sur le développement de la vie.  
(2) P. 170.  
(3) Pref. P. 177.

cacion de este lenguaje figurado á los fenómenos reales. Algunos pocos fisiologistas han sido los que continúan abusando de ese lenguaje figurado, y eso porque en la oscuridad en que la fisiología se halla todavía envuelta, no de otro modo, sino atribuyendo alguna realidad á los fantasmas de la abstraccion; es como pueden hacerse ilusion á ellos mismos y á los demás sobre *la profunda ignorancia en que se encuentran en cuanto se refiere á los movimientos vitales* (1).

El trabajo de M. Darwin, además, es incompleto, porque no llega á caracterizar claramente ese prototipo único de donde proceden por rigorosa sucesion todos los seres. ¿De dónde provendria este individuo único? Seria increíble de todo punto, nos dice su propio comentador, que la forma primordial, el antecesor comun y *architipo* absoluto de la creacion viviente, estuviera representado por un solo individuo. Si este individuo único ha existido, no puede ser otro sino *el planeta mismo*. Nada nos impide admitir que esta matriz universal no haya poseido en alguna de las fases de su existencia el poder de *elaborar la vida* (2). Verdad es que M. Darwin no dice nada de las generaciones espontáneas (3), y esto es cabalmente lo más incomprensible de su obra. Ese prototipo único vemos que no puede ser otro que el producto de una generacion espontánea: el mismo comentador que le defiende lo confiesa. No importa que M. Darwin lo omita; lo cierto es que á esa consecuencia debe venirse á parar, si no se quiere considerar como un absurdo ese único prototipo. Y aunque se admita que nuestro planeta en *una* de las fases de su desarrollo pudo tener la propiedad de producir la vida, esta salvedad aumenta las dificultades; porque si el hombre, como último término del desarrollo de las especies, procede de un pólipo, de un infusorio, ¿no es de temer que el hombre sea aniquilado bajo el peso de la *eleccion natural*, arrojado fuera de la vida por otro hombre, que se halle en gérmen entre alguno de los seres microscópicos, entre los infusorios, que hoy le sirven de recreo y juguete, de diversion y pasatiempo?

(1) Flourens, *Exámen du livre de M. Darwin*, p. 4 y 5.

(2) P. 670, nota.

(3) Pref., P. XXX.

Si los primitivos infusorios se trasformaron en las especies de que actualmente se compone el reino animal, ¿cómo se explica en la actualidad la existencia de tantas especies de infusorios, que apenas pueden distinguirse con el microscopio de mayor fuerza? Si proceden de gérmenes anteriores, según su género y especie, la teoría de la trasformacion cae por su base ante este solo hecho: si son seres embrionarios, producidos nuevamente y sin cesar por la naturaleza, ó más bien por nuestro planeta, que ha recobrado la facultad de producir la vida, como la tuvo en una de las fases de su desarrollo, en estos seres imperceptibles, embrionarios, debe hallarse la prueba palpable de esa tan importante facultad de la naturaleza. ¿Por qué M. Darwin se ha detenido á la mitad de su camino? Si se ha propuesto, como parece, seguir la huella de su maestro el ilustre Lamarck, ¿por qué, hombre de ciencia, como éste lo era, no le ha seguido é imitado también en su ingenuidad, sinceridad y franqueza?

Es que M. Darwin no es más que un simple aficionado (1), que se ha entretenido en presentarnos sólo un cálculo de probabilidades algo enojoso (2), y por consiguiente no era el llamado en realidad á completar las teorías de Lamarck. Y no es porque, simple aficionado, pudiera ignorarlo, porque él mismo nos las expone en su parte principal, diciéndonos que tanto en la *Philosophie zoologique* como en la *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres*, desarrolla Lamarck la idea de que todos los animales, incluso el hombre, descienden de otras especies anteriores. El mismo Darwin nos enseña que Lamarck prestaba un eminente servicio á la ciencia acostumbrando así á las inteligencias á considerar todo cambio sobrevenido en el mundo orgánico, lo mismo que en el inorgánico, como pudiendo ser el resultado de una ley natural y no de una *intervencion milagrosa*... Y como todas las formas orgánicas habrían tenido entónces una tendencia igual á progresar, explicaba (Lamarck) la existencia actual de organismos simplicísimos, suponiendo que provenían de generaciones espontáneas (5).

(1) Pref., p. XXXIII.

(2) Pref., p. XXXV.

(5) Hist. Nat., p. II y III.

La misma doctrina que emitia Lamárck emite hoy Darwin, deteniéndose en lo secundario. ¿Por qué no le ha seguido en lo principal? Esto ha sido sin duda porque otros se encargaban de presentar la batalla en puntos diferentes, distrayendo al enemigo y obligándole á dividir sus fuerzas para derrotarle con más facilidad.

Se trata, como hemos visto, de una lucha encarnizada, lucha que se ha reproducido en estos últimos años, ante la provocacion de los que, como M. Darwin, son los representantes ú órganos de la revelacion *racional*, oponiéndose en su antagonismo lógico, dicen ellos, á la revelacion *irracional* del cristianismo (1).

Los primeros seres organizados, decia Lamárck (*Philosophie zoologique*), fueron formados en todas sus partes por una verdadera *generacion espontánea*; debieron la existencia al influjo de una causa excitatriz de la vida, probablemente suministrada por el medio ambiente, y que consiste en la luz y el fluido eléctrico (el éter). Desde que esta causa, añade, encontró una materia de consistencia gelatinosa, bastante densa para poder retener flúidos, la organizó en tejido celular y quedó hecho un *ser vivo*, como sucede aún actualmente en los puntos extremos de los reinos vegetal y animal. Excusamos decir que desde el año 1809 en que Lamárck enunció estas teorías, es infinito el número de los que se han dedicado á hacer experiencias con la materia de *consistencia gelatinosa*, la luz y la electricidad, y que han andado en busca del *éter creador*.

Ya desde que se habia empezado á usar el microscopio (1621), se habian empezado á hacer observaciones acerca de los seres de pequenez extraordinaria que se notaban en algunos cuerpos, y el inglés Baker, de la Sociedad Real de Lóndres, en 1745, medio siglo ántes que Lamárck diera á conocer su célebre teoría, habia publicado una serie de observaciones y experiencias sobre los *pequeños animales*, segun los llamaba, entre las cuales las más notables entónces eran, la de que un millon de estos animalculados apenas llegarían á formar el tamaño de un grano de arena, y la de que el agua expuesta por algunos

---

(1) Pref., p. LXIII.

días al aire atmosférico, se llenaba de estos seres, con la circunstancia de que, si se cubria el líquido con una muselina ó con cualquiera otra tela fina, apenas se notaba la presencia de estos animales, y que si se descubria, se llenaba de ellos de un modo extraordinario; concluyendo Baker por enunciar la idea, en vista de estos resultados, de que debian flotar en la atmósfera millones de gérmenes invisibles (1). Tal ha sido la creencia de los naturalistas más eminentes, entre ellos Humbolt, contra la que han tenido que combatir y combaten los partidarios de las generaciones espontáneas.

Se fundan estos en que muchas veces se han visto aparecer plantas nuevas desconocidas, y vegetales de países remotos, cuando por cualquiera causa el suelo ha sido profundamente modificado: que se observa y nadie puede negar la existencia de entozoarios y de helmintos en los intestinos del hombre, de hydátidas en otras partes del cuerpo humano, y gusanos hasta en el cerebro de algunas personas; todo lo cual, dicen, es inexplicable si no se cree en la fuerza oculta que engendra estos seres en parajes tan recónditos y léjos de la influencia del aire exterior. A lo primero se les habia contestado con la existencia de semillas que no pierden su facultad germinativa despues de un número infinito de años, como el trigo hallado en el sarcófago de una momia en Egipto, que germinó y se reprodujo despues de treinta siglos, y las semillas de trébol, amapola y heliotropo encontradas en una sepultura galo-romana en el departamento de la Dordogne, colocadas en una cavidad debajo de la cabeza del cadáver, cuyas semillas florecieron y se multiplicaron. A lo segundo se les replicó con la misma pequeñez de los gérmenes de esos animales, gérmenes que no pueden distinguirse con el microscopio de más potencia, y por lo tanto que existen con sus gérmenes mismos en estado latente en nuestros alimentos, en nuestra sangre, en las partes más recónditas del organismo humano.

Hace veinte años que los alemanes Schultz y Schwann

(1) Henry Baker, *Le microscope à la portée de tout le monde*, etc. Traduit sur la edit. de 1743, y publicado por M. A. Jombert á París, 1754, seconde partie, cap. I, p. 76 y 78.

habian resuelto esta cuestion experimentalmente en sentido negativo para la teoria de las generaciones espontáneas, teoria que sólo se enunciaba tímida y cautelosamente por algunos, cuando al mismo tiempo que Darwin publicaba su obra en Lóndres, M. Pouchet, director del Museo de Historia natural de Rouen, anunció á la Academia de Ciencias de Paris, que las experiencias de Schultz y Schwann le habian dado un resultado diametralmente opuesto al obtenido por los naturalistas alemanes. Las sesiones celebradas por la Academia fueron dedicadas casi por entero á debatir nuevamente una cuestion que ya parecia olvidada. Uno de los primeros contradictores de Pouchet fué M. de Quatrefages, y el más caloroso entre todos M. Dumás, presidente de la seccion de Ciencias y el campeón más decidido ántes de las generaciones espontáneas. M. Pouchet, despues de haber hecho una larga serie de experimentos encaminados á probar que *el aire atmosférico no puede ser*, según él, *el vehículo de gérmenes productores*, habia terminado esta serie de investigaciones, produciendo vegetaciones espontáneas en un aire artificial, esto es, en una mezcla de oxígeno, ázoe y ácido carbónico, hecha en las proporciones necesarias para constituir el aire, mezcla que no podria sospecharse siquiera que contuviese el menor germen orgánico. En este aire artificial es donde M. Pouchet ha visto desarrollarse cryptógamas é infusorios, entre ellas una planta cryptogámica, un *Aspergillus*, especie nueva, declarada tal por el Dr. Montagne (del Instituto), y designada por este sabio botanista con el nombre de *Aspergillus Poucheti*. Asociado Pouchet con M. Houzeaux, químico de Rouen, hicieron hervir agua destilada, extrajeron el aire con el más grande cuidado, é introdujeron en este aire puro, heno previamente desecado por una exposicion de veinte minutos á una temperatura de 100 grados. En este receptáculo, privado así de todo germen reproductor, xieron desarrollarse, no sólo un nuevo *Aspergillus*, sino diferentes especies de infusorios.

Estas dos experiencias fueron las presentadas ante la Academia en los primeros meses de 1859. La primera de ellas no pudo resistir á la discusion desde que se hizo notar que el oxígeno, ázoe y ácido carbónico preexistian ántes de su combinacion, y que habian podido uno ú otro ser el vehículo de los gérmenes que se desarrollaron,

además de que habria sido necesario un exquisito cuidado para conservar, durante veinticuatro horas por lo ménos, que el gérmen tardaria en desarrollarse, aislado de un modo absoluto el aire artificial producido, sin que el atmosférico penetrase, lo cual pudo dar lugar á dudas fundadas. En cuanto á la segunda experiencia, se le hizo notar desde luego por MM. Milne-Edwards, de Quatrefages y Payen, que la temperatura de 100 grados, á que habia expuesto el heno, no era suficiente, puesto que los gérmenes y aun los animales inferiores, pueden soportar, sin perecer, temperaturas de más de 150 grados, y por Dumás en particular, que los tardígrados secos resisten á la temperatura de más de 150 grados. M. Pouchet contestó con nuevas experiencias, en las que el heno habia sido expuesto á una temperatura de 200 grados, dándole sin embargo el mismo resultado que ántes; lo cual no podia ser dudoso, pudieron replicarle, porque resistiendo los gérmenes una temperatura de más de 150 grados, hasta 200 habia sólo una diferencia de 50, lo que no podia destruir la objecion hecha, la cual quedaria en pié, si no presentaba nuevos hechos en que hubiera sujetado á un calor de más de 200 grados la materia que le servia para la experiencia. Lejos de hacerlo así, se empeñó, desgraciadamente para la causa que defendia, en una cuestion secundaria, como lo era la de si los tardígrados resistian ó no un calor de 150 grados, con cuya larga discusion y *estéril debate*, segun la frase de M. Figuier, si no partidario, por lo ménos observador benévolo de M. Pouchet, parecia haber terminado la cuestion principal.

Pero M. Pouchet se habia aventurado demasiado en tan árdua empresa. Habia recogido el polvo formado por la precipitacion lenta de los cuerpos fluctuantes en la atmósfera, y depositado así en una larga serie de años y hasta siglos en el interior de las tumbas del alto Egipto, en los templos de Sesostris, en los palacios de los Faraones, en los Hypogeos de la Tebaida, en el templo de Júpiter Serapis, situado en las orillas del golfo de las Baies, en el de Venus Athon, en la Nubia, en los *speos* ó templos subterráneos del alto Egipto, y en otra infinidad de partés; habia examinado con el microscopio ese polvo, sin hallar *un solo huevo ó gérmen de infusorio*. Luis Figuier, que ya hemos dicho venia siendo uno de los auxiliares imparciales de

M. Pouchet, se habia hecho eco de una objecion simplicisima que á todo el mundo pudo ocurrirsele; porque los infusorios, le dice Figuiet, de los cuales nos ocupamos cuando se trata de las generaciones espontáneas, siendo apenas distinguidos con el microscopio, se comprende muy bien que los gérmenes mismos de que nacen, puedan, por la infinita pequeñez de sus dimensiones, escapar á la accion amplificante de este instrumento. Pero nó siendo bastantes estas observaciones lógicas tratándose de pruebas experimentales, M. Pasteur tomó el polvo examinado por Pouchet, lo arrojó en un liquido apropiado, (agua conteniendo albúmina y azúcar), lo mantuvo en una atmósfera inactiva en un vaso, aislando el liquido completamente del aire exterior, y al cabo de veinticuatro á treinta y seis horas, se vieron aparecer diversas producciones orgánicas, los *bacterium termo* y muchos animalculados, como los que hubiera producido el licor al cabo de igual tiempo, si hubiera permanecido en contacto con el aire libre.

Podria objetarse á M. Pasteur que los gérmenes desarrollados estaban contenidos en la albúmina y el azúcar disueltos en el agua: para precaver esto, desleía levadura de cerveza en agua, la filtraba, mezclaba azúcar y lo depositaba en una redoma de cristal. En este receptáculo sujetaba la mezcla á una ebullicion suficiente para destruir todos los seres vivientes que pudiera contener; el vapor salia de la redoma con fuerza, se extinguia entónces el fuego y se dejaba penetrar en ella el aire calcinado á su paso por un tubo de platina elevado á la temperatura roja (710°). Cuando la redoma se enfriaba, se la cerraba fundiendo el cristal de su cuello, soldando éste sobre sí mismo, despues se la mantenia á una temperatura de 25 á 30° durante muchos meses, sin que se manifestara ningun ser organizado. Los gérmenes eran así destruidos por el agua hirviente y por el fuego; la infusion permanecia estéril. Despues de esto, hácia penetrar el aire á través de algodón en rama colocado en un tubo, en redomas con agua de levadura igualmente hervida, y los gérmenes nó se manifestaban: se introducía en las redomas el algodón, y entónces los animalculados aparecian en el liquido en que antes no se habían manifestado; era evidente que estos procedían del algodón por el que se habia filtrado el

aire, y en el que éste les había depositado.—Podía aun objetarse á M. Pasteur, que estos gérmenes procedían del algodón, ó que las fibras de éste fueran la causa determinante del nacimiento del moho y de los infusorios por medio de una cristalización orgánica. Para destruir todo motivo de duda en este punto, M. Pasteur reemplazaba la borra de algodón por la borra del amianto, silicato sedoso, que resiste las más altas temperaturas, le calcinaba, hacía penetrar por él el aire, lo depositaba en seguida en el líquido, que había permanecido estéril, y al contacto del amianto, este líquido se poblaba de seres microscópicos: no había duda de que los gérmenes de éstos procedían del amianto en el que el aire atmosférico les había depositado. Tal es el experimento capital, repetido siempre con el mismo éxito por M. Pasteur. La Memoria leída por este experimentador en 6 de Febrero de 1860 á la Academia de Ciencias, produjo, dice Luis Figuier, una profunda sensación. Las experiencias expuestas en este trabajo, prosigue Figuier, ponen en evidencia la existencia de esos gérmenes orgánicos, que habían sido admitidos hasta hoy por una previsión del espíritu más que por un hecho experimental: este es, continúa Figuier, puede decirse, el primer hecho verdaderamente científico que combate directamente la generación espontánea.

M. Pouchet iba, por consecuencia de estos actos, á entrar por una senda peligrosa. Ya hemos dicho que lo que se propuso al presentarse ante la Academia de Ciencias, era probar que en la atmósfera *no existían* esos gérmenes de infusorios: pues bien, ahora se proponía llegar directamente á esa demostración, examinando la nieve, la cual, atravesando lentamente la atmósfera, está en el caso de presentar adheridos á ella esos gérmenes que fluctúan por el espacio. En efecto, después de un examen minucioso de la nieve, llegó por fin á convencerse de que en la corta cantidad que sujetó al análisis, se hallaban *nada más que cinco sporas ó gérmenes* de una especie de *penicillium*; y esos vistos con el microscopio (1)! Desde en-

(1) Son ciertamente risibles los esfuerzos que P. de Jouvencel hace para apoyar las demostraciones de M. Pouchet por medio de la *molécula orgánica* y de la *vesícula elemental*, pues que después de largas explicaciones y difusos comentarios dice que «es preciso resolverse; porque la vida, *severamente analizada*, no se presenta como una

tónces pudo tenerse á M. Pouchet por un experimentador desgraciado, en tanto que M. Pasteur, prosiguiendo la brillante serie de sus experiencias, convencido de que en tanto que la doctrina de las generaciones espontáneas pueda oponer á la doctrina contraria una sola objecion séria, ha de esperarse verla continuamente reaparecer, decia en Noviembre de 1860: «despues de dos años de lucha continua, he dejado establecido por experiencias numerosas, que no hay en la atmósfera continuidad de causa de las generaciones llamadas espontáneas; es decir, que es siempre posible encontrar en lugar determinado un volumen notable aunque limitado de aire ordinario, no habiendo sufrido ninguna especie de modificacion fisica ni quimica, desprovisto de todo punto de la cualidad de provocar una alteracion cualquiera en un líquido eminentemente putrescible. De ahí este principio: que la condicion primera para la aparicion de seres vivientes en las infusiones ó en los líquidos fermentescibles, no existe de ningun modo en el aire, considerado como fluido, sino que se encuentra en unas partes y no en otras, por trechos, ofreciendo soluciones de continuidad numerosas y variadas, como debe preverse en la hipótesis de una dissemination de gérmenes (1).»

---

*causa, sino como un resultado.» Genèse selon la science, II vol., 412.—Lo que M. Pouchet queria probar era que la vida es causa de si misma; porque si se la considera como un resultado, irremisiblemente depende de una causa, y en esto se halla el punto capital de la cuestion. ¿La vida orgánica tiene en sí la facultad de producirse? Las generaciones espontaneas lo demostrarian. ¿La vida orgánica ha sido producida ó es el resultado de una accion ó de una ley distinta de ella? Esto es lo que dice de Jouvencel, y por consiguiente con solos dos renglones destruye todo el trabajo que se ha tomado en un libro de 440 paginas.*

(1) *Comptes rendus des séances de l'Académie des sciences*, tomo XLVIII, p. 54, y los tomos siguientes hasta el LXVIII, en que han seguido publicándose varias memorias y comunicaciones referentes á esta cuestion. — *Annales de chimie et de physique*, Janvier, 1862, t. LXIV. — *Hétérogénie, ou traité de la génération spontanée, basée sur de nouvelles expériences*, par F. Pouchet, 1859. — Luis Figuier, *L'Année scientifique*, 4<sup>e</sup> année, p. 247, 262; 5<sup>e</sup> année, 186, 197. — P. P. Deherain, *Les fermentations*, annuaire scientifique, 1862, p. 103, 137. — *La composition de l'atmosphère, etc.*, 1865, 113, 181. — M. Balbiani, *Recherches sur la génération des infusoires.* — M. Pasteur, *Corpuscules organiques existant dans l'atmosphère.* — Estas dos últimas obras han sido premiadas por la Academia de Ciencias en la sesion pública de 29 de Diciembre de 1862.

Peró los heterogenistas, que así se llaman los partidarios de las generaciones espontáneas, negaban estas conclusiones de M. Pasteur, fundándose en las mismas experiencias de éste, que entre sus manos ofrecían un resultado contrario. «Yo les desafío, dijo al fin M. Pasteur, yo les desafío á que me lo demuestren experimentalmente.» Este desafío fué aceptado por MM. Joly y Musset, en los siguientes términos: «Si un solo matraz nuestro se conserva *sin alteracion*, confesaremos *lealmente* nuestra derrota.» M. Pouchet, el principal campeón en esta batalla, aceptó tambien el reto: «estoy seguro, decia, que en cualquiera parte del globo en que tome un decimetro cúbico de aire, en el momento en que se ponga en contacto con un licor putrescible contenido en un matraz herméticamente cerrado, éste se llenará constantemente, es decir, *siempre* de organismos vivientes.» La Academia de Ciencias fué invitada á ser juez: se nombró el jurado: se invitó á los heterogenistas á hacer sus experiencias juntamente con M. Pasteur; vacilaron un tanto, declararon que *no estaban seguros* de conseguir su objeto durante el invierno, pidiendo de plazo hasta el 1.º de Junio de 1864; se les concedió el plazo; se presentaron á la palestra; se les invitó, para que la cuestion no se desviara con pruebas inútiles del terreno de una solución definitiva y práctica, á que hicieran todos en comun, delante del jurado, la experiencia capital de M. Pasteur, que era por la que parecia decidida la cuestion contra las generaciones espontáneas y la que los heterogenistas debían atacar resueltamente, estando en ello interesado el éxito de su causa: MM. Pouchet, Joly y Musset oyeron la proposición del jurado científico, y declararon..... que *no aceptaban la cuestion* colocada en ese terreno. Es en vano que despues de una retirada, que parece semejararse á una derrota, hayan pretendido extraviar la opinion pública con huecas declamaciones contra los individuos del jurado elegido por la Academia de Ciencias, á los que suponian prevenidos de antemano contra las generaciones espontáneas; es en vano que hayan levantado su elocuente voz contra la autoridad y la presion académicas, ni que se hayan presentado como víctimas por la idea del progreso y de la libertad científica; porque en el terreno de las ciencias exactas y

experimentales, la naturaleza sólo es la *maestra*, la imaginación su corruptora (1).

M. Pasteur, dice Deherain, ha publicado el resultado de las numerosas experiencias que ha hecho sobre la aparición de los seres microscópicos. Este sabio ha confirmado la *opinion general* de que no existen generaciones espontáneas, y los líquidos más alterables no dan nacimiento á ninguna producción organizada cuando se la pone completamente al abrigo de los gérmenes flotantes en el aire (2).—«La efervescencia de los ánimos, dice M. Flourens, no me asusta. Procuré simplemente que la Academia propusiera la cuestión de la *generacion espontánea* como objeto para uno de los premios de 1860; porque esperaba con razon, como el éxito lo ha probado, que si algun siglo estuviera destinado á resolver esta gran cuestión, no podia ménos de ser el nuestro. Es imposible, me decía yo, que en un siglo en el que el arte de las experiencias ha ido tan léjos, algun afortunado experimentador no fijé su atención en las generaciones espontáneas, y por lo ménos que no arroje sobre ellas alguna nueva luz. Lo que yo preveía, eso ha sucedido, y aun más todavía de lo que preveí. M. Pasteur, no sólo ha esclarecido la cuestión, sino que *la ha resuelto*. Para obtener animalculados, ¿qué es preciso tener, si la generacion espontánea es real? Aire y licores putrescibles; pues bien, M. Pasteur pone en contacto aire y licores putrescibles, y nada se produce; luego la generacion espontánea no existe. No es siquiera comprender la cuestión dudar todavía. Por consiguiente, la generacion espontánea no es más que una quimera (3).

(1) P. P. Deherain, *Les progrès des sciences en 1864*, 147, 178.

(2) *Les progrès des sciences en 1862*, p. 174.

(3) M. Flourens, *Examen du livre de M. Darwin*, 165, 169 y 170.

Véase de qué manera se justificaban los partidarios de las generaciones espontáneas, de la nota de anti-religiosos con que se les atacaba. «La ciencia moderna, es decir, la geología y la paleontología, se hallan en completo acuerdo con el Génesis sobre el hecho de la creación de los animales y del hombre. Hasta cierta época geológica no se ha visto sobre nuestro globo ningun ser viviente (hechos recientemente demostrados destruyen esta hipótesis). En un período posterior, cuando el globo terrestre fué enfriándose, se ven aparecer primero las plantas, despues los animales de organización

Pero ¿qué es la vida? ¿cuál es su origen? Luis Büchner, que es el que en Alemania sostiene con la más rara sagacidad y energía la causa del materialismo, pretende explicarlo de una manera decisiva. «Si es necesario admitir,

poco complicada, luego los animales superiores, y, en fin, el hombre. ¿Ha pretendido la ciencia explicar alguna vez esta aparición de los seres vivientes, es decir, la creación de la naturaleza animada? No: ella reconoce su radical impotencia para decidir sobre este punto. Si la preguntáis quién ha creado los animales y el hombre, os responderá que lo ignora, lo cual significa que es la obra manifiesta del Creador Supremo, la obra de Dios. Mas el primer ser viviente, la primera planta, el primer animal que haya aparecido, bajo la mano de Dios en la superficie de nuestro globo apenas enfriado, es manifiestamente una *generacion espontánea* que le ha dado nacimiento. Dios no ha tenido necesidad, en efecto, para crear la primera planta, de disponer de un germen; él la ha creado por su supremo poder. La *generacion espontánea* ha sido, pues, puesta en obra al principio de la creación; la ciencia y la fe se unen para afirmárnoslo.—Mas ¿por qué la *generacion espontánea*, que vemos en obra en las primeras edades del mundo organizado, no habria continuado ejerciéndose desde esta época? ¿Por qué no tendria lugar hoy mismo a nuestra vista? ¿Por qué la potencia que ha creado en las primeras edades de nuestro planeta, no habria de continuar creando en nuestra presencia? ¿Por qué no habria de haber al lado del modo de generacion por gérmenes y por óvulos, visible y palpable, otro sistema de reproduccion, especial en los seres de un orden inferior, y que la naturaleza pondria en obra cuando el sistema habitual de generacion por huevos y gérmenes, no pudiera tener lugar por cualquiera causa? Así, lejos de considerar con los teólogos del día, la *generacion espontánea*, como contraria al dogma religioso, como opuesta a la omnipotencia del Creador, creemos firmísimamente que puede venir en ayuda bajo este punto, á la revelacion y la fe. Se nos figura además que estos mismos teólogos sirven muy poco hábilmente la gran causa que pretenden defender; porque afirmar que Dios no puede crear seres vivientes sino por medio de gérmenes ó por óvulos, pretender que las plantas y los seres inferiores no pueden formarse con el solo concurso del aire, del agua, de las materias orgánicas en putrefaccion ó de cualquiera otro modo, es poner límites al poder creador de Dios, es atreverse ¡temeridad inaudita! á trazar á su actividad un círculo de donde no podria salir. En resumen, creemos á los partidarios de la *generacion espontánea* mas ortodoxos, bajo el punto de vista de la fe, que los que la rechazan en su nombre.»—L. Figuiér, *L'Année scientifique*, 4<sup>e</sup> année, p. 250, 252.—Tanto esta protesta como otras más vehementes, no han podido influir en los trabajos de la ciencia, que hemos expuesto, trabajos hechos con entera abstraccion de los principios religiosos, como cumplia, y era de esperar de la rectitud de miras con que han procedido unos y otros en una cuestion, cuya importancia era por sí sola bastante para fijar la atencion del mundo sabio y científico.

dice, como ley general que todos los seres vegetales y animales de una organizacion superior, no existen sino por la generacion de su misma especie de parientes preexistentes, nos quedará siempre por resolver la cuestion de la generacion primitiva de los seres, problema que á primera vista parece insoluble sin la admision de una fuerza superior, que haya creado por su libre voluntad los primeros organismos, dándoles además la facultad de propagarse.» Planteada así la cuestion, Büchner intenta resolverla por medio de dos hipótesis: 1.<sup>a</sup>, que los gérmenes de todo lo que vive, adecuados á las especies, han existido de toda eternidad y no han esperado en esta masa nebulosa é informe de qué se ha formado y consolidado poco á poco la tierra, que la influencia de ciertas circunstancias exteriores para animarse: 2.<sup>a</sup>, ó bien que estos gérmenes han existido en el espacio del universo, han descendido sobre la tierra después de la formacion y enfriamiento de ésta, y no han sido animados y desarrollados sino accidentalmente, en los puntos y en los tiempos en que se presentaban las condiciones exteriores necesarias para ello (1). Büchner se hace así la ilusion de resolver el problema del origen de la vida, y no hace más que eludirle, aplazando la resolucion. Porque la fuerza creadora no es la que aviva los gérmenes, sino la que los produce. Supone que estos gérmenes (materiales, téngase esto en cuenta), son eternos, á la vez que hace preceder á la formacion de los cuerpos el desarrollo de la materia, lo que es contradictorio. Ya hemos visto antes que la eternidad ó infinidad de la materia, sostenida por Büchner, es inconciliable con su movimiento y desarrollo, y aquí con doble motivo es inadmisibile semejante suposicion. Pues si estos gérmenes son átomos, ó vesículas vitales como las llama de Jouvencel, han debido pasar por los mismos grados de desarrollo por que ha pasado toda molécula material, y por lo tanto, cada átomo vital, ha debido hallarse previamente á su formacion, en un estado tal de difusion, que habria de confundirse con la materia elemental ó caótica, viniéndose á reducir así la cuestion del origen de la vida á una simple cuestion de mecánica trascendental. ¿Qué fué ne-

(1) *Force et matière*, 70, 72.

cesario para la formacion del átomo? La atraccion: ¿Qué es la atraccion? El movimiento: ¿Y el movimiento? Ya lo hemos visto en el párrafo anterior de esta *Introduccion. Una cualidad de que la materia fué dotada por el Creador* (1).

Büchner nos presenta además esta cuestion planteada bajo el aspecto de un simple efecto de mecánica racional; pero con tan poca fortuna, que sus conclusiones nos ofrecen el carácter de una lamentable alucinacion. «La máquina de vapor, nos dice, es semejante á la de la vida: la primera produce, como resultante de una combinacion particular de sustancias dotadas de fuerzas, una accion combinada de la que nos servimos (el movimiento) sin poder ver, sentir y tocar esta accion. El vapor arrojado por la máquina, es una cosa accesoria, no tiene nada de comun con el objeto de la máquina, y puede como materia ser visto y sentido. Nadie sin embargo se atreveria á decir que la naturaleza de la máquina de vapor consiste en la produccion de vapor. Y lo mismo que la máquina de vapor produce el movimiento, asi la organizacion complicada de las sustancias dotadas de fuerzas del cuerpo animal, produce de idéntico modo un conjunto de efectos que en su unidad les llamamos espíritu, alma, pensamiento (2).» Hasta aqui el más hábil y autorizado jefe del materialismo moderno. Segun éste, el movimiento de la máquina de vapor es idéntico á la causa productora de la vida, el espíritu, la inteligencia: aquel y estos son un movimiento producido por la combinacion de un número determinado de fuerzas. Pero ¿de dónde proceden esas fuerzas que producen el movimiento en la máquina? Del vapor, y éste del calórico, y éste á su vez del carbon. ¿Y el carbon? ¿Se extrae él solo de las minas donde se halla? ¿Se coloca él solo en la hornilla de la máquina para producir el vapor, que á su vez produce el movimiento? El carbon que mueve la máquina entera, se halla en ella puesto por un hombre, por una fuerza inteligente, por la inteligencia, que es en realidad la verdadera fuerza que produce en este caso el movimiento mecánico. Siendo

(1) *Force et matière*, 75.

(2) La misma obra, 140.

esto indudable y aceptando la comparacion que nos ofrece Büchner, resultará que léjos de ser el espíritu, el alma y el pensamiento el resultado de una combinacion de sustancias dotadas de fuerzas, son los que producen la combinacion de estas fuerzas, produciendo estas fuerzas mismas; el espíritu será, como hemos hecho observar al dar principio á esta obra, el *que coloque en la hornilla el combustible que en el hombre produce la vida*. Y hé aquí cómo, no siendo posible que el espíritu del primer hombre se produjese á si mismo, el materialismo muestra su incapacidad de resolver la cuestion del origen de la vida, teniendo que humillarse ante la indeclinable necesidad de admitir una fuerza superior, que haya creado por su propia voluntad los primeros organismos. Porque la ciencia, segun el mismo Büchner confiesa, *no ha podido todavía* determinar con precision la manera como esto ha sucedido sin la intervencion inmediata de una fuerza superior; y aunque *abriga la esperanza* de que la ciencia con sus futuras investigaciones, *levantará más tarde* el velo de estos MISTERIOS (1), hoy por hoy, que es á lo que de un modo *positivo* debemos atenernos, las ciencias naturales *que son la base de toda filosofía sincera*, como reconoce el mismo Büchner (2), nos declaran por el conducto de naturalistas distinguidos como B. Cotta, que es y será siempre un enigma insoluble el origen primero de la materia terrestre, así como el nacimiento de los seres orgánicos, sin la intervencion de la fuerza incomprensible de un creador. *Hasta nueva orden*, como dice Renan hablando del milagro, hasta que se nos demuestre la manera como la vida se ha producido por si misma, los supernaturalistas estamos en nuestro derecho al sostener con ayuda de las ciencias naturales, que *son la base de toda filosofía sincera*, que la vida tiene su origen en la voluntad *libérrima* del Creador.

Y si la ciencia *no ha podido todavía* decirnos nada de *positivo* en cuanto al origen de los seres, considerado ese origen como extraño á toda intervencion de un ser sobrenatural ó distinto, superior á la naturaleza, Renan, que

(1) *Force et matière*, 73.

(2) *Preface de la premiere édition*, VII.

sigue, copia y reproduce en muchos de sus escritos las palabras textuales de Büchner, ¿á qué ciencia se refiere cuando asegura, con el aplomo de una conviccion profunda, que la ciencia *demuestra* haber aparecido el ser pensante dotado de *todas* sus facultades y *perfecto* en cuanto á sus elementos esenciales, en un día determinado en virtud de las leyes naturales que *hasta entónces* habian presidido al desarrollo de todas las cosas, y esto sin intervencion de ninguna fuerza exterior ó diferente de esas leyes naturales (1)? Renan afirma además, apoyándose en esa ciencia, que el hombre fué religioso desde que se distinguió del animal (2), y hasta Strauss, bajo el punto de vista del deismo puro, afirmaba allá por los años 55, 56 y 58, que creer ó sostener haberse manifestado la accion divina inmediatamente en alguna parte, era hacerse considerar como un *ignorante* ó un impostor (3). Y aunque en su reciente obra anda más cauto para enunciar esta suerte de conclusiones, se ve, no obstante, que cuenta con el poderoso auxilio de esa ciencia que *demuestra* haber tenido origen el mundo y la vida sin intervencion de la divinidad. No nos proponemos aquí examinar el fundamento de la negativa de esta intervencion superior, pero si debemos hacerlo de la afirmativa de esa ciencia, cuya demostracion alegada por Renan y Strauss contradice todo lo que la ciencia positiva y experimental, y Büchner con ella, asegura y confirma en nuestros días.

Para ello no tenemos necesidad de recurrir á los enemigos y contradictores apasionados de nuestros dos autores, pues uno de sus amigos, su más íntimo cooperador, M. Littré, nos enseña que esa ciencia en que se fundan Strauss y Renan para afirmar lo que afirman, es *obra de la imaginacion*, que es (la imaginacion) la que, lo dice Littré, forma la parte esencial de las ciencias *más positivas* de nuestro tiempo (año de 1864), hasta tal punto, continúa hablando Littré, que sin la imaginacion, la *generalidad científica* no podria producirse jamás: sus teorías (las de las ciencias más positivas), sus teorías más importantes, continúa aún M. Littré, no son sino obra de la imagina-

(1) *Etudes d'histoire religieuse, Mahomet*; al principio.

(2) *Vie de Jesus*, p. 2.

(3) *Vie de Jesus*, Introd., § XIV, 92.

cion, supliendo aquellas por medio de ésta, las demostraciones (esta es la palabra que usa Renan) que no pueden fundarse en la experiencia *ni en la razon*: la ley de la atraccion (habla todavía Littré), así como la existencia de los átomos (¿gérmenes primordiales y eternos de Büchner y vesículas vitales de de Jouvenel?), ¿quién lo ha demostrado? ¿Quién los ha visto *ni los verá jamás*? Todo esto se asegura y afirma por la imaginacion (1):

Semejantes alucinaciones, que, segun se ve, no merecen otro nombre, no son más que el efecto de la ideología pura, de esa filosofía teórica, como la llama Büchner, que segun éste dice, brilla sólo por su verbosidad, y causa repugnancia á los ignorantes lo mismo que á los sabios (2); que á pesar de la elevacion metafísica en que se coloca, no hace más que alejarse de la ciencia positiva hasta el extremo de profesar los errores más estupendos (3). Alejémonos, pues, de los errores en que, segun el más ilustre representante del materialismo moderno, incurren los que buscan en la imaginacion el fundamento de sus *demostraciones*. Las ciencias naturales deben ser la base de toda filosofía sincera, nos ha dicho Buchner: las ciencias naturales nos han conducido hasta ahora, preparándonos el terreno para penetrar en lo sobrenatural; ellas nos han servido de base para afirmar que ha existido y existe un Creador. Si en el terreno de las ciencias naturales hemos encontrado las huellas de un Creador, ¿será verdad que existe un Creador? ¿Existe la verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Puede el entendimiento del hombre conocer la verdad?

La existencia de la verdad en el mundo se prueba por la existencia misma del entendimiento humano: ambas existencias se demuestran recíprocamente. Se dice que el entendimiento del hombre puede ser una cualidad de la materia como lo es la extension. Pero hemos visto en lo que llevamos dicho, que la materia es puramente pasiva, que el movimiento, que le es una cualidad casi esencial, no procede de la materia misma, sino que le es comunicado por una *fuerza desconocida*. El calor, la luz, la elec-

(1) *Introd. à la Vie de Jesus* de Strauss, edic. 1864, XIX y XX.

(2) *Force et matière, Preface de la première edic.*, VII.

(3) La misma obra, p. 145.

tricidad, el magnetismo, obran también sobre la materia de un modo *desconocido*, siendo el producto de fuerzas *ocultas* de la naturaleza. Por consiguiente, la materia es una cosa distinta de todas esas fuerzas. Y si estas fuerzas se presentaran á nosotros sin el enlace y la correlacion con que aparecen, sería altamente absurdo pensar siquiera que todas esas fuerzas ocultas, independientes unas de otras, obran ó se manifiestan con un concierto unánime como consecuencia de un solo y único impulso, impulso que siendo único, no podía proceder de esas mismas fuerzas á no ser que entre ellas haya una de más potencia que las otras, ó que fuera de ellas haya una que las sea superior y de la que proceda esa impulsión única de que resulta su concierto. ¿Cuáles son las causas de esas fuerzas? ¿Cuál es la esencia de esas causas? Porque, irremisiblemente, una fuerza se deriva de una causa, y si la fuerza, que es el efecto de esa causa, nos es completamente incomprendible en su esencia, ¿cuánto no podrá serlo la causa, y la causa única de todas las demás que producen esas fuerzas? Llámese *causa universal* á la *fuerza abstracta* (1), es decir, universal también, y á la fuerza un tipo de lo *absoluto*, considerando lo absoluto como idéntico á sí mismo, no susceptible de distincion (2), ó désele cualquiera otro nombre, lo cierto es que la *existencia* de las causas *relativas* es *real*, y que siéndolo, como lo son, la *causa universal de la fuerza universal*, ó lo Infinito y Absoluto, *existen, son*, y esta existencia es *verdad* (3).

Ahora bien: el pensamiento del hombre es una fuerza que ejerce su acción sobre la materia orgánica; ¿es en este caso idéntica la fuerza con la materia? No; porque la fuerza hemos visto, que siendo esencialmente activa por sí, se distingue radicalmente de la materia, pasiva en sí y por sí. El pensamiento humano no es la materia orgánica. ¿Es un fluido gaseiforme? Tampoco; porque en él habría los dos términos que hay en los cuerpos gaseosos:

(1) P. de Jouvencel, *Genèse selon la science*, I vol., p. 82.

(2) Ob. cit., p. 402.

(3) Creemos oportuno copiar algunas palabras de de Jouvencel que nos evitarán en lo sucesivo mucho trabajo. «Los que dicen (habla de Jouvencel) *yo no creo sino lo que es probado*, NO SABEN LO QUE SE DICEN.» *Genèse selon la science*, III vol., p. 52.

la sustancia gaseosa, *la materia*, y la causa que produciría la dilatación, *la fuerza*, y serian siempre distintas. ¿Es un fluido imponderable, la electricidad latente, *creada* por los nervios, como dice Büchner (1)? Menos; porque si el espíritu es el producto *ideal* de una cierta combinación de materias dotadas de fuerzas, como añade éste (2), aun suponiendo que la fuerza sea una cualidad de la materia, la electricidad no es el resultado de la combinación de varias materias, sino una fuerza que obra independientemente sobre una cierta clase de materias y no sobre todas: los nervios entónces no la crearian, porque dice Büchner que las fuerzas ni se crean ni se producen, sino que se despiertan y *excitan* en los cuerpos (3); la electricidad además modificaría los nervios, porque la electricidad, así como todos los cuerpos imponderables, no son *ni más ni menos*, que una modificación del estado de agregación de la materia (4); el sistema nervioso, para crear entónces la inteligencia, seria necesario que fuese modificado, que sufriese una excitación de la fuerza. ¿Y qué fuerza excitaria en él la electricidad que era en él latente, es decir, que subsistia con los nervios, aunque en estado de reposo? ¿Seria la electricidad misma la que se excitaria? Para eso tendria que salir del reposo. Si sale de él por sí propia, ¿por qué no sale siempre y no por intervalos? Si no puede salir del estado de reposo porque su actividad es incesante y por ello el reposo no existe, no es entónces latente, sino una fuerza activa, con cuya actividad queda destruida la definición de Büchner, que la supone en reposo, excitada, ó mejor *creada*, por los nervios. Existe otro inconveniente grave para admitir esta aseveración. Si los nervios para excitar (adoptemos esta palabra para evitar los paralogismos) la electricidad, se modifican en sus particulas poniéndose en movimiento, ¿qué fuerza suscita esa modificación ó movimiento? No puede ser la electricidad, porque cabalmente es la que tienden los nervios á producir, y mal pudiera dar el impulso del movimiento lo que ha de ser resultado del mo-

(1) *Force et matière*, 142.

(2) *Ibid.*, 204.

(3) *Ibid.*, 5.

(4) *Ibid.*, 4.

vimiento. Debe haber, pues, por necesidad, otra fuerza que sea la causa de modificaciones de las que resulta ese fluido imponderable. Podría suponerse que fuera la afinidad química de los productos orgánicos, que esta afinidad produjese el calor vital, el calor la electricidad nerviosa, y la electricidad el pensamiento. El pensamiento sería el movimiento de la materia, viniendo así á parar á la conclusion, á que ántes hemos venido, de que la causa del movimiento, siendo un acto del creador, el pensamiento fué *creado*. Pero prescindamos de esta conclusion y veamos si en efecto la inteligencia es el producto de una combinacion de fuerzas *brutas* y *ciegas*, excitadas en cuerpos apropiados para dar por resultado la *idea*, una entidad tan distinta de la sustancia material.

«Sin duda las sustancias del cerebro *cambian*, dice el mismo Büchner; más el modo de su composicion debe ser permanente, determinando el modo de la conciencia individual. Los procedimientos interiores para producir este fenómeno, son *inexplicables* é *inconcebibles*, los que sin embargo no pueden desmentir los hechos (1).» La sustancia cerebral *cambia*, *se renueva continuamente*, y la fuerza *permanece la misma*; luego la fuerza es algo de independiente de la sustancia cerebral, ya no es una cualidad de la materia, sino una entidad superior á la sustancia, que es modificada por la fuerza. La electricidad que produce el pensamiento, ¿por qué tiene por conductores los nervios, por medio de los cuales se difunde por el ambiente que respiramos? Si se produce la electricidad en el cerebro, y se desprende por los nervios, es un fluido perdido; y desprendiéndose sin modificacion, es una electricidad pura, *no cambiada* en idea, sino *gastada* en forma de fluido. Si los nervios producen la electricidad y la *concentran* en el cerebro, es incomprensible el desprendimiento de la electricidad por esos mismos nervios, que *roban* al pensamiento los materiales que necesita y le producen. Se ve, que si hay produccion de electricidad, tambien hay pérdida, y tanta, como que el hombre es una máquina eléctrica (magnética) de grande potencia, que está incesantemente desprendiendo fluido. Se ve, si,

(1) *Force et matière*. 136.

que la corriente eléctrica es continua entre el cerebro y el ambiente por medio de los nervios; pero no aparece que esa electricidad se *consume* como materiales para el pensamiento, porque éste se halla siempre fuera del alcance de la electricidad, fuerza mecánica pura, y la inteligencia domina los movimientos mecánicos, sean simples ó complejos, con una absoluta independencia de toda molécula. Que la electricidad ó el magnetismo animal se halle en íntima relación, como fuerza procedente de un fluido imponderable, con otra fuerza más sutil y más potente, que constituye el organismo viviente, organismo que el magnetismo *parece* destruir, esto es innegable, así como que juntas, ó auxiliada más bien la segunda por la primera, *sufren la modificación* de otra fuerza aún más poderosa, de la que son agentes, para transmitir la percepción al exterior y la sensación al interior, factores del pensamiento, que no es más que el resultado de la actividad de esta tercera fuerza sobre las otras dos. Luis Büchner tiene aquí explicado el fenómeno cuyas leyes, de la manera como las entiende, le son de todo punto desconocidas, y confiesa que le permanecerán siendo un misterio (1).

¿Cuál es la causa de la fuerza-entendimiento? Su esencia nos es desconocida, es hasta para el materialismo un *misterio*, á pesar de la ciencia, á cuya enseñanza acude; pero esa causa nos es demostrada en sus efectos, conocemos su existencia, su realidad. Y siendo las fuerzas superiores á la materia, necesariamente han de ser más *eternas* que ella; así es, que, aun concediendo que la materia fuera un infinito *relativo*, la fuerza lo sería *ménos relativo*, y la causa de la fuerza sería *casi* un infinito infinito, reservándose la cualidad de lo infinito-absoluto á la causa de todas las fuerzas, la *causa universal*.

La materia es, pues, distinta é inferior á las causas que obran sobre ella, formando éstas por separado una serie, que ofrece en sí dos distinciones. La causa de la fuerza eléctrica, por ejemplo, obra mecánicamente, es decir, que dadas las condiciones necesarias para el desarrollo de esa fuerza, se trasmite y obra de una manera también

(1) *Force et matière*, 156.

(1) *Force et matière*, 156.

necesaria: esta causa, como todas las demás de su género, puede decirse que no es espontánea, que es inconsciente. La causa de la *fuerza-pensamiento*, por el contrario, que posee la facultad de dirigir esa fuerza y de trasmitirla, como posee también la de regular su actividad, esta causa puede llamarse inteligente y libre; y como tal, poseyendo la facultad de *poner* actos fuera de sí, proviniendo de su actividad y cualidad propias, debe conocerse como una *causalidad real* para distinguirla de la causa estricta, que carece de esas cualidades.

Pero viéndose también, que aunque esa causalidad posee como facultad intrínseca la de dirigir su actividad, no posee la de anularla, y dadas las condiciones del ser llamado hombre, la fuerza-pensamiento tiene que subsistir á pesar de la voluntad contraria de la causalidad, se demuestra que esta causalidad *es puesta*, es producida por otra causalidad superior; porque no teniendo la facultad de anular su actividad, no tiene la facultad de *crearla*: su subordinación es manifiesta. Que todas las causalidades, como todas las causas, forman un conjunto armónico y constituyen una unidad de tendencias ó movimientos sin confundirse, se ve claramente; y entrelazándose las unas con las otras, produciendo los fenómenos psicológicos aquellas y los físicos éstas, en el mundo corpuscular ó atómico, es evidente que si éste ha sido creado, como la ciencia experimental reconoce, las causalidades y las causas lo han sido también; porque sin el mundo atómico, no se comprendería la existencia de las fuerzas psicológicas y físicas, que le dan la vida y la existencia, y sin éstas el mundo no existiría.

Si esto es así, y se deriva de la causa universal, que en este concepto de universalidad aparece como creadora, esta causa es una causalidad absoluta, si no se quiere que la inteligencia se concrete á la causalidad-hombre, que, siendo relativa como es, no puede ser más que un reflejo de la creadora. La potencia creadora, siendo absoluta é infinita, es y no puede ménos de ser una *Inteligencia infinita*. Sería ridículo que no pudiendo conocerse la esencia de las causas físicas, pretendiéramos definir la esencia de las causalidades psicológicas, y mucho más lo sería pretender dar la definición de la causalidad absoluta. Así como las fuerzas que obran sobre la naturaleza, sólo son

conocidas por sus efectos (1), de la misma manera la fuerza, que es el pensamiento en el hombre, sólo es conocida en su fenomenología psicológica, por sus actos ó ideas, y la fuerza universal lo es sólo y exclusivamente por sus actos manifestativos en la materia, y por sus actos intuitivos en las causalidades relativas.

De modo que la inteligencia infinita sólo es y puede ser conocida en sus obras, y siéndolo, la creacion es y no puede ménos de ser el acto más culminante de su revelacion y de su manifestacion. La cuestion de averiguar si el acto de la creacion ha sido el resultado fatalista del desarrollo del ser, aun á pesar y contra la voluntad del Creador, que es el ser infinito, es una cuestion viciosa; porque tiende á borrar de la inteligencia infinita la cualidad que el hombre quiere conservar en si, el albedrio, la libertad. Es imposible que el hombre llegue á conseguir nunca que su razon se erija en término de lo absoluto; porque los misterios que por todas partes rodean esa razon, revelan la limitacion de su ser: pretender poner en duda siquiera un acto libre (y de esto ya hablaremos más extensamente), de la inteligencia infinita ó del Ser supremo, es pretender borrar en el hombre la cualidad que quiere negar á aquel por quien es y de quien procede.

Se ha debatido tambien mucho acerca del propósito creador, habiéndose intentado investigar si la inteligencia infinita obró premeditada ó impremeditadamente, si preveyó ó no el pecado, si su arrepentimiento de haber creado al hombre es ó no el signo revelador de su ignorancia, si creó el mal ó se produjo como una derivacion imprevista de alguno de los actos del Creador. Pero todas estas cuestiones y otras que en ellas se encierran, proceden de la insuficiencia de los términos de induccion, términos que habremos de fijar más adelante para la justa apreciacion de las dificultades, que se presentan en una solucion definitiva.

Para poder ahora investigar las condiciones bajo las cuales ese Supremo Creador existe, bajo las cuales es ó puede ser comprendido por la razon humana, necesario

(1) P. de Jouvencel, *Genèse selon la science*, I vol., p. 85.

es que esta misma razon que desea comprenderle busque fuera de sí esa existencia absoluta; porque la razon humana, que la desea, la siente fuera de sí, á no ser que tomando esto por ilusion de la fantasia, es decir, por un engaño de sí misma, se persuada que ella, dentro de sí, la razon humana en sí y por sí, es ese Creador Supremo. Acabamos de ver como esta razon ha insistido tenazmente por comprender y explicar la causa ó el origen del ser, y todo lo comprende y lo explica menos esa causa y ese origen; luego ni está en ella, ni le es idéntico, ni puede jamás apropiarse esa facultad: el ser creador es, pues, distinto y superior á la razon del hombre. Por consiguiente, la naturaleza de esa soberanía divina (sobrehumana), le ha debido ser demostrada á la razon, no despues del acto creador, sino en el acto mismo en que la razon, como existencia secundaria, fué creada. Debemos remontarnos al origen de ese acto, averiguando con especialísimo cuidado si las generaciones que nos han precedido, poseyeron y nos trasmitieron intacto un testimonio auténtico de esa accion reveladora de lo Divino (Dios), en el entendimiento del hombre.

La Europa, que hoy se abroga el derecho de ser la más civilizada, ha pretendido casi siempre amoldar el mundo físico, moral y religioso á su propio origen y costumbres. Ha habido siempre escritores de gran fama en Europa, que no han podido acostumbrarse á la idea de que cuando nuestro continente se encontraba anegado por las vertientes de las montañas y las invasiones del terrible Golfstream, cuando ni plantas ni yerbas habia en sus colinas, existian en otras partes del mundo pueblos, cuya civilizacion podia entónces sostener ventajosamente la competencia con nuestra actual y apenas naciente civilizacion. Para estos, todo lo que sea anterior á Carlomagno y á las Cruzadas, es fabuloso, es la obra de la impostura y del fraude, que han querido imponernos arteramente su coyunda. Claro es que con tales escritores, con su estrecho círculo de conocimientos y su no ménos restringido ánimo, todo progreso científico y filosófico es imposible, todo esfuerzo por llegar al verdadero conocimiento de los destinos del género humano es y será vano y perdido.

A pesar de la presion que ejercen semejantes genios sobre el vulgo de las inteligencias, no pueden ni han po-

dido jamás borrar la historia de las edades del mundo que han precedido á la edad nuestra. Herodoto, primer historiador que se nos presenta como personalmente conocido, nació 484 años antes de nuestra era. Hesiodo y Homero son del x siglo á lo más. La historia de la China no empieza á fijarse en épocas ciertamente determinadas, sino en el viii siglo, y á lo sumo los datos históricos que se nos presentan, aunque envueltos entre fábulas, no se remontan verosimilmente sino al año 2000. La India nos ofrece la primera noción histórica con Çakia Mouni en el siglo vii. El Zend-Avesta persa en sus partes más antiguas no pasa del reinado de Ciro, 552 años antes también de nuestra era. Los más antiguos Vedas, por fin, sólo cuentan una antigüedad de 1500 años. Y todos se contraen exclusivamente á una localidad, á una sola raza, ignorando si existían otros pueblos, y lo que es más, lo que era y podía ser el género humano.

Si hoy tuviéramos que estar atentos á los datos que todos estos pueblos nos suministran, era evidente que el acto creador en su manifestación no podía ménos de presentárenos envuelto en las sombras en que han querido envolverle los indios, por ejemplo, pudiendo así servir como indicio de que el hombre, como causalidad, había aparecido y conservádose aislado de las demás, dándose motivo con esto á suponerle fundadamente el producto ciego, fatal, de una evolución de la naturaleza. Compréndese de este modo la razón y objeto de los enérgicos y desesperados esfuerzos que hacen los entendimientos dados á lo paradójal y á lo fantástico, para borrar de las épocas pasadas los monumentos, que de una manera incontestable enlazan la existencia del hombre con ese acto creador, en un completo acuerdo con las deducciones de las ciencias *exactas* en nuestros días. Estos monumentos que tienen su base en la historia, se nos presentan en un libro de origen mucho más remoto que los que antes hemos indicado, y que se distingue de ellos porque comprende ¡cosa inexplicable! la historia del mundo entero y los orígenes de *todo* el género humano.

«Los libros sagrados del pueblo judío, dice Kant, serán siempre conservados y respetados como documentos históricos: ninguna historia profana, por muy lejana que sea la época en que principie, no puede, con alguna apa-

riencia de autenticidad, llegar á la que abarca la del pueblo judío, que principia con la creacion: siempre existirá una inmensa laguna en las historias profanas, pudiendo ser llenadas sólo por los *libros de Moisés* (1).» Y segun Ernesto Renan, «los orígenes comprendidos en el *Génesis* han venido á ser, en la opinion general, los orígenes del género humano (2). Y, en efecto, nadie ha merecido tan absoluta confianza, no sólo de su pueblo, sino tambien de los extraños, ningun historiador más antiguo (3) ni más autorizado (4) como Mousa ben Amram, Moisés.

(1) Kant, *La Religion dans les limites de la raison*, troisième edict., traduit par J. Trullard: quatrième partie, chap. III, p. 297, nota.  
 (2) Renan, *Histoire générale et système comparée des langues sémitiques*, troisième edict., p. 27.

(3) Moisés nació el año 1567 antes de Jesucristo; la fundacion de Roma tuvo lugar en 754; la época de Nabonasar data del 747, existiendo por tanto 815 y 820 respectivamente en ventaja de la mayor antigüedad de Moisés sobre los tiempos más claramente conocidos de la historia profana; y aún sobre la primera olimpiada, primer periodo conocido de los griegos, tiene 791 años de mayor antigüedad.

(4) Véase en la siguiente tabla el orden y las familias con que fué trascribiéndose hasta Moisés la tradicion sagrada:

	Matusala nació el año. . . . .	687 del mundo.
	Lamech, su hijo. . . . .	874
1. <sup>a</sup> generacion.	Adam, murió. . . . .	950
	Noé, nació. . . . .	1056
	Sem, su hijo. . . . .	1558
	Lamech, hijo de Matusala, murió. . . . .	1651
2. <sup>a</sup> generacion.	Matusala, murió el año. . . . .	1656 del diluvio.
3. <sup>a</sup> generacion.	Noé, murió en. . . . .	2006
	Abram, nació. . . . .	2008
	Isaac, su hijo. . . . .	2108
4. <sup>a</sup> generacion.	Sem, hijo de Noé, murió. . . . .	2158
	Jacob, hijo de Isaac, nació. . . . .	2167
5. <sup>a</sup> generacion.	Abraham, murió. . . . .	2185
	Levy, hijo de Jacob, nació. . . . .	2248
6. <sup>a</sup> generacion.	Isaac, murió. . . . .	2288
	Caath, hijo de Levy, nació. . . . .	2515
7. <sup>a</sup> generacion.	Jacob, murió. . . . .	2515
	Amram, hijo de Caath, nació. . . . .	2581
8. <sup>a</sup> generacion.	Levy, murió. . . . .	2585
	Moisés, hijo de Amram, nació. . . . .	2453

Viviendo su abuelo Caath 15 años y su padre Amram 85 despues del nacimiento de Moisés, y siendo Amram tambien de los que sa-

Es un hecho histórico indudable, que el autor del *Pentateuco* tomó por objeto de su mision legisladora é histórica un pueblo de origen semítico, que habitaba entre otro pueblo de origen diferente. Es un hecho histórico indudable, que por efecto de la acción que Moisés ejerció sobre esos dos pueblos, el primero se constituyó en nación, con un cuerpo de leyes único en su especie, y formas políticas y religiosas determinadas. Ante estos dos hechos indestructibles, la crítica histórica se pregunta cuál pudo ser el móvil que hiciera á Moisés tomar el carácter de libertador y legislador de un pueblo, infiltrando en él un espíritu de nacionalidad tan robusto y tenaz como es el que todavía conserva. La crítica histórica no puede admitir hechos aislados sin antecedente de que se deriven, ni causa que les produzca. Por consiguiente, se halla en el caso de exigirnos la averiguación de ese antecedente y de esa causa respecto de sucesos de tanta importancia histórica como el de que tratamos.

¿Qué causas pudieron contribuir para el éxito que obtuvo Moisés al constituir en nación un pueblo sin nacionalidad antecedente? La primera que se nos presenta es la del aislamiento absoluto de ese pueblo en medio de todos los demás que incesantemente se cruzaban, entrelazándose y confundiéndose con el tiempo en uno solo. Verdad es que en la antigüedad, la division de castas y de razas tenia cierto carácter de perpetuidad y venia á ser el fundamento de las instituciones políticas. Pero aceptando este hecho en su generalidad, y hallándose demostrado y reconocido que la causa de esta division procedia de que cada familia que venia á constituir un pueblo, se consideraba dotada

---

lieron de Egipto con Moisés; por consiguiente, se ve que el historiador y legislador hebreo pudo recoger el testimonio conservado por su raza dentro de la sexta y de la octava generacion, es decir, de una sucesion de familias equivalente á un trascurso de tiempo de 180 á 240 años de la edad moderna. *Génesis*, V, X, XI; *Exodo*, VI, 14-26. Es necesario advertir que ese testimonio se conservaba antes de Moisés, no sólo oralmente, sino tambien por escrito. Véanse *Les Propheties messianiques* por el abate Meignan, deuxième partie III, 7.º; J. B. Glaire; *Introduccion hist. y crítica á la Sagrada Escritura*, tom. II, seg. parte, cap. IV, art. II, § I, núm. 1.º; Schegg. *Ecriture chaldaïque et hébraïque*, en la *Enciclopedia theolog. cath.* de Wetzer y Welte, tomo VII, 147-155.

de facultades extraordinarias, que las hacian superiores á las con quienes se ponian en contacto, preguntaremos: ¿qué facultades extraordinarias se atribuía la familia abrahámica por las cuales se veía inclinada á permanecer en un aislamiento tan absoluto? A esta pregunta no hallamos otra respuesta que la que Moisés mismo nos da en el *Pentateuco*.

Moisés obró, pues, en su empresa, de conformidad con el espíritu y las tendencias de ese mismo pueblo, pues no de otro modo se explica la unánime adhesion que halló en él. No pudo imponerle ni un origen, ni una tendencia, ni un espíritu diferentes ni contrarios á los que eran la esencia misma de esa aspiracion hácia una nacionalidad, cuya constitucion final se presentia y esperaba por la familia abrahámica. Reconocido esto, ó Moisés llevó á efecto su obra gigantesca por medios simplemente humanos, sin excluir los que pudieran herir vivamente la imaginacion de un pueblo ignorante y supersticioso; ó Moisés, privado de todas las cualidades personales de un gran caudillo, no pudo ménos de contar con auxilios sobrenaturales.

En cuanto á la primera hipótesi, se ocurren á primera vista tales dificultades críticas, que hubieran hecho imposible en Moisés, lo que no puede ser posible en ningun ser humano, obrando de la manera que él obró. Dos grandes faltas políticas cometió, que solas ellas hubieran trastornado el plan mejor combinado. La primera fué que no pudiendo ménos de empezar y continuar lisonjeando el carácter de un pueblo cuyo asentimiento necesitaba, haciendo suyas las pasiones de ese pueblo, ensalzándolas y sirviéndose de ellas, como en todos los tiempos han hecho los caudillos populares, Moisés, no sólo nos ha dejado consignados los rasgos de una abyeccion increíble, sino que nos ha legado, con una imperturbable severidad, los hechos más vergonzosos del pueblo que acaudillaba (1). ¿Cómo se explica que ese pueblo, tratado con tanta rudeza por Moisés, no sólo haya sufrido de él su humillacion, sino que haya concentrado en su caudillo todo el ardor

(1) Véanse entre otros pasajes, *Exodo*, XIV, 10, 12; XVII, 1, 4; XXXII, 1, 12; XXXIII, 3; *Números*, XI, 1, 15, donde Moisés llegó á la desesperacion hasta el extremo de desear la muerte: XIII, 51, 54; XIV, 1, 55, etc., etc.

de su nacionalidad, toda la ardiente esperanza de su *libertad* y de su gloria?

— La primera falta política de Moisés, tuvo para él un resultado contrario al que hubiera tenido cualquiera otro ambicioso que se hubiera propuesto igual fin, considerado todo conforme á las reglas de la crítica histórica más exigente. La segunda falta política, todavía más grave, porque pudo comprometer el éxito de la empresa de una manera fatalmente lógica, es la de que contando con más de seiscientos mil hombres de veinte años arriba, *capaces de manejar las armas*, en sólo once tribus de las doce en que se hallaba dividido el pueblo (*Num.*, I, 4, 47), no intentó siquiera apoderarse del gobierno por medio de una sublevación sigilosamente preparada en un país que, como el Egipto, tan fácilmente cambiaba en aquella época de dominadores. En vez de hacer esto, que era tarea más fácil, para lo cual tenía como motivo legítimo de justificación rechazar la opresión que su raza sufría, no sólo desafió abiertamente las fuerzas organizadas del poder constituido, exacerbando el ánimo de los naturales para producir en ellos más honda irritación, sino que se lanza por tierras desconocidas, con una inmensa masa de gente, mujeres, niños, ancianos y enfermos, sin viveres ni provisiones de ningún género, con el propósito que se realizó de conquistar un país, largo tiempo hacia organizado políticamente, y eso después de una peregrinación de cuarenta años por parajes deshabitados é incultos, durante los cuales ya debían, naturalmente considerado el hecho, estar más que mermadas las filas de los seiscientos mil combatientes. Desearíamos saber si ha existido ó puede existir un hombre político que con semejantes condiciones tuviera aliento para aceptar la responsabilidad de una empresa tan temeraria.

Pues sin embargo, á pesar de esos y de otros errores cometidos por Moisés, no sólo condujo, organizó y creó una nacionalidad potente en su pueblo, sino que después de un trascurso de cerca de medio siglo de peregrinación errante con tantas desventajas y privado de todo auxilio que le pudieran dar los pueblos aliados, que no tuvo ninguno, pues todos le combatían al pasar por sus confines, esos mismos seiscientos mil hombres de veinte años arriba, *capaces de manejar las armas*, los conserva intac-

tos en su número al empezar la conquista del país en que iban á establecerse y se establecieron (*Num.*, XXVI, 1, 51).

La primera hipótesis queda desvanecida en el hecho de la imposibilidad de llevarse á cabo una empresa tan ocasionada á contratiempos, por un hombre de cuya perspicacia política y prevision administrativa, hay motivos más que suficientes para dudar. Y en cuanto á la alucinación que puede suponerse producida en un pueblo ignorante y sencillo, por los prestigios de la magia usados por Moisés, poca influencia podían éstos tener, y poca sencillez podia haber en este pueblo, cuando á pesar de esos prestigios, no bien salió de Egipto, cuando empezó con una serie de sublevaciones y revueltas, resistiéndose tenazmente á la voluntad de Moisés, prefiriendo volver á la esclavitud y á la servidumbre, de donde les habia sacado, que no seguirle, *con prestigios y todo*, en una vida aventurera y errante. Dadas, pues, todas estas imposibilidades, nos queda el recurso de la segunda hipótesis, la cual nos daría razon del éxito obtenido, por las relevantes cualidades personales de Moisés, á quien se le deberá suponer dotado de toda la energia y firmeza de carácter, del ardor hélico, del esfuerzo viril y de la entereza de alma que harian de él el modelo de los Xerxes, de los Círos y de los Alejandros, de los capitanes, de los guerreros, de los conquistadores más cumplidos. Ninguna de esas cualidades reunia Moisés. No sólo no se rodeó de ninguna guardia pretoriana, ni de ninguna falanje de *pares*, sino que tomó por consejeros á *los ancianos*, se distinguia como el más humilde, el más pacífico é inofensivo de toda la tierra (*Num.*, XII, 5), hasta el extremo de que sus mismos hermanos se atreviesen á conspirar contra él; y por fin, por hallarse privado de todos los medios puramente humanos para dominar y fascinar las turbas, hasta se hallaba privado casi por completo del uso de la palabra (*Exodo*, IV, 10).

Es de todo punto indispensable admitir que Moisés contó con un auxilio muy superior, no sólo á sus fuerzas, sino á las de la humanidad entera: ese auxilio no pudo ménos de ser sobrehumano. Y tendríamos el derecho y aun el deber de investigar la naturaleza y esencia de ese auxilio por lo que tiene de extranatural, si Moisés no nos le hubiera claramente revelado. Desde que Moisés nos dice

que fué el mandatario de la Divinidad, toda conjetura por nuestra parte debe cesar, debiendo contraernos á la comprobación y análisis de los fundamentos de su aseveración (1). El primer paso que debemos dar en este terreno, es averiguar la causa por la cual Moisés fué elegido para colocarse al frente de un pueblo, cuyo origen era el mismo que el de los demás pueblos, segun Moisés nos lo declara tambien, y el motivo de una predileccion tan claramente demostrada por la Divinidad en favor de la raza hebrea con exclusion del resto del género humano.

En esa predileccion hallamos el fundamento que la familia abrahámica tomaba para permanecer aislada de un modo absoluto entre los demás pueblos. Ella era el pueblo á favor del cual la Divinidad se habia comprometido de un modo solemne con sus antepasados, principalmente con Abraham. Ese pacto, segun el racionalismo germánico, pudo muy bien existir sólo en la imaginacion de los Beni-Israel, pudo ser una ilusion de su fantasia, producida al ver su rápida y asombrosa multiplicación, hecho que pudo pasar por directamente inspirador de semejante creencia. Pero el racionalismo no ha echado de ver que existia en tiempo de Moisés un signo material de origen tan remoto como ese pacto, de cuyo pacto era garantia y demostracion: ese signo era la *circuncision*. Es en vano que se alegue como motivo suyo una prescripcion higiénica, adoptada por el jefe de esa familia como medio de salubridad y de rápida multiplicación; porque los demás pueblos orientales, que vivian en esos mismos países, sin sufrir esa peligrosa operacion, gozaban de tanta salud y se multiplicaban con tanta rapidez como los Beni-Israel. Y es de extrañar, siendo público el acto, que los pueblos

por haberse privado de todos los medios que el hombre tiene para conservar y aumentar su fuerza física y moral, y para vivir en paz y armonía con los demás.

(1) En cuanto á la personalidad histórica de Moisés, pueden verse los diferentes *Targums* rabínicos; Philon, *De Vita Moysis*, 2.º tomo de la edic. de Mangey; Fl. Josefo, *Antig. Jud.* l. II, 9 siguientes; III, IV; el lib. rab. *Schar*; las obras de Gaulmin (1629); de Herbelot; de Warburton; de Hess y de Schumann, citadas tambien por Welte en su *Encicl.* (con Wetzer), t. XV, 174, 184.—Y en cuanto á las cuestiones suscitadas respecto de si es ó no el autor del *Pentateuco*, además de la obra arriba citada de Meignan, véase el propio Welte, *Enc.*, t. XVIII, 29, 40, especialmente desde 35. Nos reservamos además tratar esta cuestion en su tiempo y lugar.

semíticos no se apresurasen á adoptarle si solo á las ventajas materiales hubiera sido debida su prescripcion (1).

El texto de Moisés está bien explicito y terminante: *sea señal de la alianza entre mí y vosotros* (*Génesis*, XVII, 11); y esa señal era general, sin excepcion practicada por los Beni-Israel. Un signo material tan notorio no podia ménos de tener relacion directa con una causa grave y tan sólemne que llegara á hacerle ser para un pueblo entero una costumbre con tanta exactitud seguida. El pacto no podia ménos de ser real. ¿Cuál era éste y en qué consistia?

Moisés insiste de tal manera sobre él en once capitulos del *Génesis* (XII—XXII) con relacion á Abraham, y en siete (XXVI, XXVIII, XXXI, XXXII, XXXVI, XLVIII y XLIX) refiriéndose á Isaac y Jacob; que no puede ménos de verse la intencion de que sea este pacto el fundamento sólido y único de la nacionalidad hebrea, que iba á realizar. El racionalismo germánico, prescindiendo de casi todos éstos pasajes, se fija sólo en uno de ellos, elegido de propósito deliberado para dar, á su manera, una explicacion natural de este suceso. En el cap. XV, 5, Dios dice á Abraham: *mira al cielo y cuenta las estrellas si puedes; así será tu descendencia*; y Bruno Bauer, en vista de semejantes palabras, atribuye la alianza *imaginada* con Dios al pensamiento ocurrido á este Patriarca al contemplar en una noche serena el espectáculo de los cielos. *Así ha de ser mi descendencia*, supone Bauer que *pensó* Abraham; y este rasgo *poético*, propio de una imaginacion oriental, dió motivo al pueblo hebreo, *después* de haberse multiplicado, para inventar su alianza con la Divinidad.

Nuestros lectores se asombrarán de que tan léjos se vaya en la congetura; pero esto no es más que una ligera muestra de lo que más adelante tienen que ver de los *descubrimientos* hechos por el racionalismo, del cual, como los ménos prudentes pueden suponer, hemos tenido razon en empezar desconfiando. Bruno Bauer y toda la escuela de Tubinga, de la que es uno de los más autorizados re-

---

(1) Los mahometanos, entre los cuales está en uso la circuncision, la practican como descendientes de Ismael, hijo de Abraham, por quien fué aquel circuncidado. *Génesis*, XVII, 25, 26.

presentantes, no ha echado de ver tampoco el signo *material*, de que hemos hablado, garantía *material* de ese pacto ó alianza; y aunque se llegara á suponer por algunos que tal signo se habia tambien adoptado posteriormente cuando el *myto*, esto es, la fábula abrahámica, hubiera llegado á la categoría de *leyenda*, esto es, fijándose definitivamente por escrito, bien por Moisés ó por alguno de sus antepasados, todavía se nos ofrecerá un grave inconveniente, difícil de vencer, para aceptar como racional la explicacion de Bauer. Porque, ¿de dónde trae origen ese mismo signo *material*, la circuncision, entre el pueblo mahometano? Léjos de haberse hallado en contacto inmediato con el hebreo, durante la estancia de éste en Egipto, que es cuando la *leyenda* debió imaginarse y escribirse ó fijarse, ni despues de entrar en tierra de Canaan los Beni-Israel, *nunca* los descendientes de Ismael se acercaron á los israelitas, sino para combatir y guerrear, que esta era la tradicion que del carácter de este pueblo, su hermano, se conservaba en tiempo de Moisés (1). Y sin embargo, la circuncision entre los ismaelitas remonta hasta Ismael mismo, hijo de Abraham, por quien fué circuncidado.

III. Por lo que llevamos dicho se ve que el testimonio de Moisés, de acuerdo en un todo con la costumbre de uno y otro pueblo, no puede ménos de ofrecernos garantías de credibilidad suficientes para aceptarle en todas sus partes en este punto. Hubo, pues, un pacto, una alianza, entre la Divinidad y Abraham, que comprendía á todos los descendientes de éste. La índole de esta alianza se nos revelará cuando examinemos su forma. ¿Dios se manifestó real y verdaderamente á Abraham? ¿Cómo la Divinidad en su inmensidad y grandeza pudo *descender* á tratar con el hombre como de igual á igual? Las *teofanías* del Ant. y Nuevo Test. son rechazadas por el racionalismo, por la imposibilidad de concebir una aparicion real y corpórea de la Divinidad, que sea asequible materialmente á los sentidos del hombre.

Que en los sistemas filosóficos modernos, materialista puro en Büchner, J. Simon, Dollfus y Littré; panteista-ma-

(1) «Este será (Ismael) un hombre fiero; las manos de él contra todos, y las manos de todos contra él: y frente á frente de todos sus hermanos plantará sus tiendas.» *Genesis*, XVI, 12.

terialista en Renan; deista-naturalista en Larroque, y místico-panteísta en Strauss; no puedan concebirse las apariciones de la Divinidad al hombre; en su realidad y objetividad íntegras, no es de extrañar; más para la parte del racionalismo germánico, que pugna por defender el cristianismo contra los ataques de sus enemigos, que el protestantismo, que se jacta de practicar y defender en toda su pureza la idea cristiana, como Ewald (escuela de Gotinga), Neánder, Bauer, Keim (escuela de Tubinga), Malan, padre é hijo (escuela de Ginebra), y Reuss y Colani (escuela de Strasbourg), no pueda hallar explicación plausible de esas teofanías, sólo puede explicarse por la alucinación en que han caído de rechazar, unos más, otros ménos, lo *sobrenatural*, el *providencialismo*.

Pero nosotros, que del análisis científico que hemos venido haciendo hasta ahora, hemos visto brotar lo sobrenatural del centro mismo de su negación fortuita, nos encontramos en un punto muy diferente para apreciar el valor de estos hechos sobrenaturales, sin que pueda atribuirse nuestra conducta á una superstición ciega, ni ménos al ciego sentimiento dogmático, que *hacen* trasformar en creencias los simples fenómenos psicológicos, según asegura el racionalismo.

Bajo dos puntos de vista debemos considerar las *teofanías* y *angelofanías*, pues ambos hechos tienen el mismo carácter: 1.º En su objetividad pura; 2.º en su posibilidad.

Sin perjuicio de tratar esta y otras cuestiones con más extensión en otra parte, aquí nos concretaremos á lo más preciso, á fin de dejar sentadas las bases de credibilidad, para lo que hemos de proseguir diciendo. Dios es un espíritu puro, infinito, simplicísimo, etc., y no puede, se dice, operar ó manifestarse en un punto determinado y concreto directa ó inmediatamente, material y sensiblemente, sin que sufra alteración en su manera de ser y de existir. Mas al hacer esta suposición, se supone también la *extensión* y la *sustancia* en Dios, y este Dios no es el que nos revela el Antiguo y Nuevo Testamento. No siendo Dios *extenso*, no puede sufrir *condensación sustancial*, al manifestarse en un punto determinado y material, pues lo mismo puede existir en la inmensidad de su esencia y de su infinito, que en un espacio de cuatro piés cuadra-

dos, por ejemplo, espacio que ni constituye entónces el centro, ni la periferia de la Divinidad. Se añade que la forma corpórea y sensible bajo las cuales Dios y los ángeles se han manifestado en las visiones que relatan los libros sagrados, son contrarias á la naturaleza de un espíritu puro que es incorpóreo é imperceptible. Y aquí está el punto culminante de la duda que todo espíritu práctico, nombre bajo el cual se oculta la incredulidad, opone á los hechos cuya naturaleza y posibilidad estamos examinando.

Pero esto consiste en la falta de nociones fisiológicas suficientes para explicar sucesos factibles propios del organismo viviente. Se parte del principio de la fijeza inmutable de los cuerpos vivientes, como si éstos fuesen constituidos por la materia en un estado de pasividad absoluta. Y esto no es cierto. Ateniéndonos al testimonio de un fisiólogo eminente, nada sospechoso para los partidarios del naturalismo estricto, supuesto que es estrictamente naturalista, Fr. Tiedemann, bastante lejano de nosotros para hallarse ajeno á la controversia contemporánea sobre este punto, y no tan remoto (1831) que no haya podido utilizar las experiencias que son el resultado de la ciencia moderna, hallaremos el fundamento de credibilidad más sólido que puede ofrecerse al espíritu ménos dispuesto á esa credibilidad. La composicion de los cuerpos orgánicos, sobre todo el del hombre, difiere de la de los inorgánicos, en que, mientras éstos subsisten por el reposo de sus moléculas componentes, aquéllos están sujetos á un cambio continuo. En tanto que estos cuerpos *viven*, admiten sin cesar nuevas sustancias que se asimilan y hacen entrar en su composicion, de la cual expulsan otras; siendo por medio de la asimilacion de los alimentos, de la respiracion, de la nutricion y de la secrecion por los que los materiales ó moléculas de los cuerpos *vivientes* cambian continuamente. *La composicion de estos cuerpos no se halla jamás en reposo* (1).

(1) Fr. Tiedemann, *Traité complet de physiologie de l'homme*, traduit de l'allemand par A. J. L. Jourdan, prem. part., lib. prem., sect. prem., chap. I, § 15, p. 101. Consultense además los *Aforismos* del veneciano Sanctorio, tan conocidos en la medicina.

Es decir, que el cuerpo del hombre es simplemente un medio de trasmisión y de trasformación de la materia, sin que ésta constituya en él una *concrecion* permanente, viniendo á ser una *difusidad* persistente é incesante (1). Añádase á esto, que, segun el mismo Tiedemann, su composición no es tampoco solamente efecto de la afinidad, sino que depende de *fuerzas* propias de estos cuerpos, cuyas fuerzas dominan á las afinidades químicas: con más claridad y precision, la *configuracion* de los cuerpos orgánicos, no es sólo el efecto de la afinidad química, como en los cuerpos sin vida, sino el *de una fuerza de naturaleza especial*, ó si se quiere, SUPERIOR (2).

Ahora bien: si no sólo la materia del cuerpo humano es inestable y cambiante, sino que su forma ó configuración, como dice Tiedemann, es debida ó producida por una *fuerza* de idéntica índole á las que la ciencia nos ha revelado (3), es decir, desconocida, oculta; la fuerza ó causa, ó lo que se quiera, propia de una causalidad tan potente como la de los ángeles y la de Dios, puede trasformar la materia en una *configuracion* humana, como la fuerza superior que hay en el hombre y en todo cuerpo viviente la produce, y como las demás *fuerzas ocultas* de la naturaleza, trasforman la materia durante la aparición de fenómenos astronómicos, físicos y químicos, fenómenos de los cuales las ciencias especiales á estos ramos, no encuentran explicación plausible.

Las teofanías y angelofanías del Antiguo y Nuevo Testamento, no solamente son posibles, sino adecuadas y propias á la naturaleza y esencia del ser humano.

En cuanto á su objetividad, esto es, á que ha sido en realidad un ángel ó Dios mismo el aparecido, y no un efecto de la imaginación enardecida del hombre, que se ha figurado de buena fe estar *hablando* con la Divinidad ó

(1) Nos metamorfoseamos tan pronto, dice L. Büchner, que bien podemos sostener que somos materialmente seres distintos, nuevos, en el espacio de cuatro semanas; los átomos de nuestro cuerpo cambian de lugar; no hay más que el modo de combinación (la fuerza vital) que permanezca el mismo. L. Büchner, *Force et matière*, 10.

(2) F. Tiedemann, *ob. cit.*, la misma parte, sección y capítulo, §§ 9 y 10, págs. 97 y 100.

(3) Véase lo dicho en el § I, y en lo anterior de este.

con un enviado suyo, tenemos casi todo el camino andado con lo que hemos dicho. Las dificultades que para esta objetividad se oponen, consisten en que cada cual considera la Divinidad bajo los aspectos con que las diferentes escuelas filosóficas la presentan. Para el panteísta, el materialista, el naturalista, sin contar las diferentes clases de exépticos en que se dividen por lo regular los hombres ajenos á las especulaciones metafísicas, estas apariciones concretas, personales y efectivas de lo Absoluto, de la sustancia única, de lo Infinito-Absoluto, de lo Incomprensible, no sólo son imposibles, sino hasta absurdas. Pero partiéndo en su juicio de una preocupacion filosófica, las negaciones que por su parte se formulan, no pueden tener valor real ninguno, sino para los afiliados á esas mismas escuelas, ó para los *espíritus pobres* que quieren *pensar* con una *fortaleza prestada*. Unos y otros, convierten la ciencia en una coleccion, digámoslo así, de proposiciones estériles, supuesto que partiéndo de la idea de que la razon ha emitido el último juicio y de que la ciencia ha llegado á su íntimo desarrollo, enuncian esas proposiciones en la íntima persuasion de que no hay más allá, en punto al progreso científico, que sus propias opiniones y teorías.

La más fuerte razon alegada para negar la objetividad de las teofanías y angelofanías, consiste en la imposibilidad de ser encerrada y fijada en el estrecho espacio de un cerebro la inteligencia infinita de Dios y la ménos infinita de los ángeles, superior de todos modos á la del hombre. Se dice que como muchas de estas apariciones lo han sido bajo la forma y la *realidad* humana, Dios no puede encerrarse todo entero en un espacio tan limitado. Respecto de esto hemos dicho ya algo en cuanto á la posibilidad del hecho con relacion á la naturaleza del espíritu, y en lo que se refiere al punto presente, la solucion no es más difícil. Sabido es que el asiento de la inteligencia humana, de la razon ó del espíritu, que para nosotros es lo mismo, es el cerebro, y en esa misma parte de la corporeidad humana en las teofanías, tiene necesariamente tambien el suyo el espíritu Infinito y Absoluto.

El hombre, por ejemplo, que se dedique al estudio de la botánica, aun hallándose encerrado en su gabinete sin tener á la vista más que un libro, y aun á veces sin él,

habrá observado cómo su inteligencia recorre los campos y las selvas, escudriñando las partículas más ocultas de las plantas y sus gérmenes. Muchas veces habrá sorprendido los secretos más recónditos del reino vegetal, sin moverse de su gabinete, ni de su silla, sin cambiar de postura, y siendo tanto más intensa su fuerza inteligente, cuanto más inmóvil permanece, más concentra su razón y más rápidamente recorre ésta millones de leguas. Al astrónomo le sucede lo mismo; todos los que se dedican al estudio pueden haber observado en sí lo que decimos. Y esto consiste en que á la inteligencia, á la razón ó al espíritu no se le encadena ni se le fija en un punto material como el cerebro, por más que el cerebro sea el punto de percepción sensible de la actividad del espíritu.

Nuestra inteligencia, nuestro espíritu, pues, está en nosotros y fuera de nosotros; la inteligencia infinita no puede ser tampoco encadenada ni fijada, en todo ni en parte, en un cerebro humano que ella misma se forma *ad hoc* para un acto especial y determinado, por más que ese cerebro *sustancial*, no orgánico (1), sea constituido en un punto de percepción sensible con que ponerse en contacto inmediato con sus semejantes. El espíritu infinito hace en este caso lo que Sthall atribuye al alma humana, *crea su propio cuerpo*. Y véase aquí como la objetividad es evidente.

Abraham pudo, en efecto, entenderse personal y objetivamente con la Divinidad para establecer la alianza á que ántes nos hemos referido. Según ésta, Abraham, por sí y por sus descendientes, se obliga á no admitir ni rendir adoración á otro sino al Dios que personalmente conocía, y Dios á su vez se obliga á darle una numerosa descendencia que fundaría una nación floreciente, á la cual protegería contra todos sus enemigos. Esta es la parte formal del contrato; la *sustancial*, el objeto final, consistía en la conservación íntegra por parte de Abraham y de su raza de la memoria y del recuerdo del Dios único y

(1) Un cerebro *sustancial* es que sea constituido con el mismo organismo que el del hombre; no *orgánico*, es que no se halle animado de un espíritu humano, porque entonces constituiría además una personalidad humana íntegra, permanente, como tuvo efecto en Jesucristo.

omnipotente que era Jehová; siendo este pueblo en el mundo un testimonio material y tangible de su divinidad, y por parte de Jehová la regeneracion de la humanidad entera por medio y por conducto de Abraham, *en el cual serian benditas todas las naciones de la tierra.*

De los términos de esta alianza se deduce: 1.º Que la raza humana degeneraba hasta en Abraham mismo, supuesto que fué necesario el ofrecimiento de una prosperidad puramente material en la tierra para conservar en el conocimiento de la Divinidad pura é íntegra. Y 2.º Que ésta se proponia levantar á la raza humana de esa postracion moral que la hacia preferir los bienes materiales con abstraccion completa de la inteligencia y del espíritu. La raza humana ¿procedia de Dios? En tal caso, este propósito de regenerarla, ¿era uno de los términos progresivos de su creacion? ¿Dios la creó en un estado rudimentario, realizando en el tiempo y en el espacio lo que pudo hacer instantáneamente? ¿No pudo Dios crear desde luego perfecto al hombre, es decir, con aspiraciones más en armonia con la parte más elevada, pura y espiritual de su naturaleza? Pero esto último pudo hacerlo, pues lo hizo, segun se deduce del estado todavía aceptable á Dios en que Abraham se encontraba. Además que en este caso la Divinidad no se muestra en ademan de proseguir con regularidad una obra comenzada, sino que lo hace presintiendo una lucha, una oposicion tenaz por parte de la misma raza de Abraham, oposicion que intenta precaver con la oferta de grandes bienes y de una suma prosperidad material como recompensa de la fidelidad en el cumplimiento de esta alianza.

No hay lugar á dudar, pues, de que el estado en que se hallaba entónces el género humano era el de declinacion, más que el de perfectibilidad; y no hay duda tampoco de que el hombre se hallaba sustraído, por lo ménos hasta cierto punto, de la accion inmediata de Dios, existiendo un antagonismo evidente entre la voluntad humana y la divina. ¿De dónde podia proceder esto? ¿Existia alguna entidad tan potente, por lo ménos, como Dios mismo, para entrar en lucha abierta con él, eligiendo el hombre como arma de combate? ¿O era el hombre el que poseia una potestad independiente para oponerse á la potestad de Dios?

Se comprenderá que para poder decidir con acierto en cuestiones de tan alta importancia, tenemos necesidad de investigar la naturaleza y el origen de los términos reales y *vivientes*, que figuran como agentes en estas cuestiones. Debemos ántes saber qué es la Divinidad, y si existe; qué es el mundo; qué es el hombre; qué es, en fin, la causa de esa perversión del género humano y el antagonismo que entre él y la Divinidad se manifiesta.

Lo que primeramente debemos demostrar es el origen de la *noción de Dios*; cuestión idéntica á la del origen de las ideas, que es la más importante que la filosofía tiene que resolver y que aún no ha resuelto. Todas las escuelas filosóficas, cristianas y no cristianas, han partido y parten de las conclusiones siguientes: 1.<sup>a</sup> Que la idea es una realidad abstracta. 2.<sup>a</sup> Que Dios pone mediata ó inmediatamente las ideas en la inteligencia del hombre. 3.<sup>a</sup> Que las ideas son producidas en el hombre por medio de las sensaciones. 4.<sup>a</sup> Que la inteligencia humana forma las ideas con el concurso de las sensaciones. Y 5.<sup>a</sup> Que el espíritu del hombre, ó sea su inteligencia, se halla dotada de la potestad de obrar, no obrando sino solicitada por los sentidos.

Si la idea es una realidad abstracta, y se halla separada de la inteligencia, sería necesario averiguar si son iguales en potencia, y si al unirse, no constituyen un ser complejo, en vez del ser simple en el que la unidad del conocimiento se manifiesta tan claramente. El hegelianismo, que da á la idea abstracta tan alto valor, ha venido á constituir un mundo nuevo, único real para él, con el mundo de las ideas. Al lado, pues, del mundo real de los seres, y sobre todo de los seres pensantes, se ha creado uno con el que no concuerda la realidad. La idea por sí, siendo lo único inteligible, anula el ser por sí, á no ser que sólo se considere como real la ley que preside á la existencia, ley que es la idea de la existencia, sin la realidad de esta existencia. En este idealismo trascendental se vislumbra el caos, y no es en el caos donde podemos encontrar la noción de Dios.

Los demás sistemas filosóficos, cuyas conclusiones hemos enunciado, hacen preceder en el espíritu, al período de las ideas y de las nociones, un estado de pasividad absoluta. Porque ántes de que Dios ó los sentidos pongan en

la inteligencia las ideas, no se sabe qué atributos corresponden á una entidad, cuya única esencia consiste en conocer. Estas teorías, lo mismo que la de la excitacion sensual del espíritu para hacerle entrar en el periodo de actividad inteligente, son sospechosas de materialismo, primero, porque implican en sí la facultad de Dios ó del organismo físico, de producir en una entidad inerte, (materia), la actividad intelectual, dando á un organismo, más ó menos complicado, la facultad de pensar. Son sospechosas de panteísmo, porque suponen que las ideas de nuestra inteligencia las recibimos de Dios y son de Dios, ó las adquirimos de un depósito comun y universal para vivir de ellas y con ellas hasta su reintegracion al *gran todo* pensante é inteligente que nos las ha proporcionado.

De ahí procede, pues, que la filosofía haya venido siempre dividida en esas dos grandes derivaciones de una alucinacion filosófica universal, alucinacion que procede de dos causas: A), De tomar el hombre actual, con la imperfeccion lógica que le caracteriza, como tipo para explicar la teoría del conocimiento. B), De confundir el instrumento, (organismo físico) de que la inteligencia se sirve para manifestarse y objetivarse, como si fuera la inteligencia misma. Se ha querido ver en el desarrollo físico del hombre el desarrollo de la inteligencia, hasta tal punto, que en todas las teorías admitidas hoy sobre el origen de las ideas, se ve en gérmen la de la trasmision de la inteligencia por via de generacion.

Tiempo tendremos de examinar con más detenimiento teorías semejantes, con las cuales, la confusion inmensa que domina en la ciencia especulativa nos impide hallar los fundamentos sólidos de la verdad. Bástenos rechazar aquí como insuficientes, tanto las ideas innatas de Platon, como la materia pensante del Spinosismo. La idea, según nosotros, no es distinta ni idéntica con la inteligencia humana, sino que es la inteligencia misma del hombre. No es la inteligencia la idea, porque la idea es por la inteligencia: es la reflexion de la creacion entera y de los seres todos en una causalidad subjetiva, determinada. Esa reflexion se realiza en virtud de la esencia causal de la entidad pensante, no producida por ésta, sino por ser adecuada á esa reflexion, que es el sello distintivo del espíritu con relacion á la materia, cuya cualidad principal es la

impenetrabilidad en sí, (cualidad subjetiva), y la inercia por sí, (cualidad objetiva).

Nuestra inteligencia, pues, posee las nociones, todas las nociones, y entre ellas la *noción de Dios*. ¿Cómo y por qué posee la *noción de Dios*? Si la inteligencia humana poseyera la facultad de crear ó de producir las ideas y las nociones, esto significaría en ella la potestad de dar realidad á las nociones, y por consiguiente sería una entidad *creadora*. Una noción es un *ser* ó una *cosa* reflejado en la inteligencia ó en el espíritu, espíritu que dotado de actividad propia é independiente, la *trasmite* por el organismo, que le determina corporalmente, ó la *conserva* sensibilizándola por medio de la percepción de sí en la conciencia. La noción, con relacion al ser que refleja, es, pues, *á posteriori*, sin que los fenómenos psicológicos por los cuales objetivamos nociones desconocidas ó nuevas, nos puedan demostrar esa cualidad creadora; porque lo que atesora el espíritu en nociones é ideas, es tan inmenso como la inmensidad misma del universo, consistiendo en la postracion genérica del hombre actual, la limitacion en número de las nociones objetivadas de que nos servimos.

No pudiendo ménos de ser la *noción de Dios*, la reflexion de la *realidad de Dios*, la noción corresponderá precisamente á la realidad; es decir, que si poseemos la noción de Dios, esto no es más sino el resultado y como resultado de la existencia de Dios. Pretender dar á la noción una independencia absoluta por sí, es precipitarnos en el antro del idealismo puro, para no hallar en él realidad concreta ninguna, ni noción abstracta que sirva de termino ni de base real para el conocimiento humano. La noción no puede ménos de ser en sí y por sí una derivacion del *ser* ó *cosa* que comprende, sirviendo así de garantía á la realidad del *ser* ó de la *cosa* que refleja. Si la *noción de Dios* es la reflexion en nuestro espíritu de la existencia de Dios, ¿cómo llegaríamos á realizar la union de la noción con la existencia, ó lo que es lo mismo, á la demostracion de la existencia de Dios por medio de la noción que de él poseemos?

Todos los juicios se derivan de las nociones existentes *á priori* en la inteligencia humana. Para que un juicio sea universal, es preciso que su forma lo sea tambien; es decir, que la forma con que se enuncia ha de corresponder al carácter de universalidad que posea el juicio. Por no tener

esto presente, muchas de las demostraciones de la existencia de Dios, son insuficientes é ineficaces; porque como cada pueblo y cada individuo no consideran á la entidad Dios, sino de conformidad á los atributos que le dan y á las defectuosidades del lenguaje articulado con que le designan, de aquí la ineficacia de las demostraciones parciales de los unos sobre la inteligencia y de los medios de conocer de los otros. La demostracion de la existencia de Dios será más completa, cuanto más se eleve, en el orden de las ideas y del lenguaje, á la universalidad de la concepcion, por el espíritu humano, del *ser, causa de todo ser.*

No nos ocuparemos de las diferentes pruebas usadas hasta aquí, para conseguir nuestro objeto. Sólo haremos uso de dos, que creemos más eficaces, sin que por eso presumamos de que sean de una absoluta suficiencia. Estas son: A, la *Prueba matemática*; E, *Demostracion* que llamaremos de *inferencia*.

A, *Prueba matemática.* Hemos visto al final del párrafo anterior y al principio del presente, que el movimiento ó vida de la materia es el efecto de fuerzas ocultas. Dados, por ejemplo, cien átomos en los que el movimiento es trasmisible, aparecerán ó se manifestarán dotados cada cual del equivalente ó equivalentes mecánicos que les son necesarios para conservar su propio movimiento y transmitir el suyo á los demás. El primero de estos átomos en orden descendente, estará dotado de su equivalente y del de los demás que trasmite, es decir, de  $1+99$ ; el segundo de  $1+98$ , y así sucesivamente hasta el último, que no teniendo que transmitir el movimiento, su sólo equivalente le basta. La progresion mecánica entre los cien átomos se hallará ser:  $0^1+0^2+0^3+0^4+\dots+0^{100}$ ; y siguiendo la progresion, siempre irá creciendo la suma de equivalentes mecánicos, de manera, que el último de la progresion, contendrá una suma mayor de fuerza que los demás. Ahora bien: como la fuerza, que produce el movimiento atomístico, es distinta de la materia, de la que los átomos se componen, la resultante de los equivalentes mecánicos repartidos entre los cien átomos, representará esa fuerza, ¿en qué proporcion? Para la suma de los ciento, la de  $100$  á  $5.000-54$ . Tenemos aquí, pues, la relacion de lo finito ( $100$ ) á lo infinito ( $5.000-54$ ), y por ello puede juzgarse de la que existe entre los equivalentes todos

del número atomístico; como finito, y el equivalente absoluto de la fuerza que da vida á los átomos, lo infinito absoluto.

*e. Demostracion de inferencia.* Hallándose sustraídos al dominio de la razon humana los seres todos que pueblan el espacio, es consiguiente que su independencia es reciproca y que cada cual tiene su esfera de vitalidad y de existencia propias. Dada su independencia, ésta debe ser absoluta, y en tal caso, su aislamiento reciproco debe ser completo, constituyendo en su conjunto un desacuerdo contrario á toda suerte de armonia. Léjos de constituir ese desacuerdo el mundo de los seres, la razon del hombre forma parte de un conjunto armónico, cuyos lazos secretos no puede eludir: su independencia, pues, no es absoluta. Lo que limita la independencia de los seres, lo que entrelaza la existencia, imprimiendo un impulso único y conservando un orden que nadie puede alterar, ni interrumpir por completo, es: ó una fuerza ciega y fatal que se impone á seres inteligentes y libres, ó es un ser inteligente y libre tambien; pero de una inteligencia y libertad infinitas. Si lo primero, los atributos de la razon humana son una quimera, porque si impera la ciega fatalidad en términos absolutos, ¿qué representa la inteligencia y la libertad del ser pensante? Y por otra parte, lo que limita estos atributos sin aniquilarlos, no puede ménos de ser de una manera infinita. La fatalidad ciega no puede engendrar la inteligencia y la libertad; luego no es la fatalidad la que produce y conserva la armonia de los seres inteligentes y libres. Se infiere, pues, que quien produce este poderoso y sublime conjunto es un ser *supremo en todo*, sin limitacion de ningun género.

Prosiguiendo nuestra tarea y demostrada la realidad de la noción y la existencia de Dios, veamos cuál es su esencia. Si á lo que dejamos dicho en la demostracion de inferencia añadiéramos el atributo de creador, la esencia divina estaría definida. Pero antes debemos hacernos cargo, entre las doctrinas hoy preponderantes, de la que lo es más, de la que comprende á todas y la que es el germen de todas las teorías filosóficas modernas. Los atributos infinitos de Dios, dice Spinoza, que expresan su esencia infinita y eterna, son el *pensamiento* y la *extension*; Dios es un ser pensante y una cosa extensa: lo que Dios

piensa, lo *hace* desde que lo piensa; el *pensamiento realizado*, es la *extencion* (1).

Los que más rudamente atacan la Trinidad cristiana son los discípulos de Spinoza, y quisiéramos saber por qué admiten con su maestro una Trinidad en Dios, constituida en términos tan absurdos. La Trinidad cristiana se realiza en una sola y única esencia; la trinidad del spinosismo es constituida: 1.º por un espíritu; 2.º por el pensamiento de este espíritu; y 3.º por la extensión que produce este pensamiento, constituyéndose por los tres un cuarto término; la *sustancia única*. El modo con que se elabora esta ecuación metafísica, le explica Spinoza privando á Dios de conciencia y de libertad; y con el propósito de borrar de Dios el poder *arbitrario* de que la teología le reviste, le dota de la cualidad de desarrollarse á la manera de la semilla de una planta, germinando y creciendo con sujecion á leyes que no le es dado traspasar.

El *gran genio* de Spinoza pretendia encerrar á Dios en el cerebro humano. (*La manifestacion del pensamiento divino es el alma del hombre*. Ob. cit.) Pero como todos los grandes genios tienen límites, que no pueden traspasar, segun se lee hoy en un libro impregnado de spinosismo puro (2), el conato de dictar leyes absolutas con que privar de libertad á Dios, era y es el esfuerzo ridículo del que quiere contener en su mano toda el agua de los mares. En el tiempo en que vivia Spinoza (1652), tales teorías podian parecer, animadas como lo están por el espíritu de la Cábala, de una profundidad é importancia inmensas; hoy sólo pueden servir de alimento á las inteligencias, cuya lamentable extratificación las priva de seguir paso á paso los adelantos de las ciencias especulativas. El fatalismo en Dios, ideado por Spinoza en odio á la arbitrariedad de los hombres y por huir de una libertad mal definida, no es más que la muerte del pensamiento, por más que le divinizará; pues un pensamiento *extenso* y una extensión *pensante*; una sustancia única dividida en extensión y pensamiento, y una esencia divina germinando *sin cesar* á la manera de un hongo, dentro de leyes que ella misma no se da, de tal

(1) Spinoza, *Ethic.*, pars. I, de *Deo*.

(2) *Del origen de las especies*, por M. Darwin. Int. del traductor, XLVIII.

manera destruyen las leyes lógicas de la ciencia experimental más exculpatoria, que sostenerlo hoy, más ó ménos embozadamente, sería mofarse de la misma razon humana.

Todo lo que llevamos expuesto en cuanto al origen del ser y del mundo, nos conduce á reconocer en Dios la cualidad esencial de *Creador*. Y aquí como siempre, tropezamos con dificultades graves, que préviamente habremos de vencer.

Se han hecho cálculos á cual más extraños respecto de la razon que pudo mover á Dios, sobre el objeto que se propuso y el pensamiento que presidió á su acto creador. Ya vendremos más tarde á ocuparnos por extenso de esta y otras cuestiones. Por ahora basta que nos refiramos á lo que dejamos dicho en la prueba matemática y en la demostracion de inferencia de la existencia de Dios, para demostrar que la Creacion, como acto divino, no se derivó fatalmente de la naturaleza misma de la divinidad, de cuyo *desarrollo* fortuito é inconsciente se intenta por algunos hacer proceder todo lo que existe.

Entre todas las demás hipótesis que se han imaginado, la que se halla de acuerdo con la realidad de lo creado y con sus leyes, es la de que Dios produjo todo lo existente, fuera de sí y distinto de su ser, por un acto espontáneo de su voluntad. Contra esta teoría se oponen dificultades cuyo valor vamos á examinar. Si Dios es el ser absoluto, se dice, si es inmenso é infinito, al crear un ser distinto de él é independiente en cierta manera, tiene que limitar su propio ser: el punto que ocupa ese ser creado, no le ocupa el ser absoluto, y no ocupándolo, no es absoluto, ni inmenso, llegando hasta á ser finito, supuesto que sufre una limitacion. Por el contrario, si ese punto subalterno no es abandonado por el ser absoluto, la existencia del ser creado se confunde con la existencia infinita, en la cual y por la cual se anonada, no siendo el ser finito más que el ser absoluto, fraccionado si se quiere, pero absoluto é infinito: es un *todo esencial*, aunque se halle determinado.

Esta objecion proviene de la definicion, poco adecuada, que se da del ser, al que se aplica de una manera material y concreta la palabra *sustancia*, con la cual no se ha querido manifestar sino la *realidad* del ser, por oposicion á los que la consideran como un simple atributo,

una simple cualidad. La existencia de dos sustancias, ó por mejor decir, de dos cuerpos en uno solo y mismo espacio, es contradictoria, porque la cualidad esencial de la materia es la *impenetrabilidad*. Pero la existencia de dos esencias sustanciales (reales), cuya cualidad esencial es la compenetracion, y cuya existencia es independiente del espacio y de la extension, nada tiene de anormal, ni sufren detrimento ninguno en su independencia. Al lado de la luz eléctrica, luce perfectamente la llama de una humilde bujia, sin que la luz de ésta deje de brotar y de radiar, por más que la mayor intensidad del foco voltaico borre sus débiles rayos sin suprimirlos ni alterarlos. Lo propio sucede con relacion, no sólo al espíritu absoluto coexistiendo con el espíritu limitado, sino tambien á los espíritus coexistiendo con el mundo de los átomos (mundo corpuscular), pues aunque los átomos sean impenetrables entre si, no pueden serlo para el espíritu.

Así, pues, el Ser Infinito y Absoluto lo llena todo en su inmensidad (1) y *en él*, como dice San Pablo, *somos, nos movemos y vivimos*, sin que por ello confundamos nuestro ser con su Ser, ni seamos *todos* uno con *Él*.

Llegamos al acto creador, y aquí vamos á encontrarnos otra vez con Moisés, en cuyos libros se nos ha conservado el recuerdo de un suceso tan importante.

Averiguémos qué es lo que constituye la creacion: ¿tuvieron en ella origen los seres finitos ó espíritus, ó sólo la materia fué la creada para que fuera objeto de la actividad del espíritu? En el capítulo I del *Génesis* no se habla más que de la creacion del mundo corpóreo y sensible; mas como Moisés se refiere á espíritus superiores y distintos de esta creacion de la materia (*Gen.* III, 24), y en el Lib. de Job, *escrito ya en tiempo de Moises* (2), se hable tam-

(1) Salmo CXXXVIII, 7, 16; Jeremías XXIII, 24; Act., VII, 49.

(2) Entre las opiniones formuladas acerca del origen y del autor de este libro, la que parece mas fundada es la emitida hoy por Welte, quien tomando como punto de partida la buena disposicion del plan de esta obra, la unidad y el rigor con que se desarrolla el pensamiento, la belleza de la forma, y la perfeccion de los detalles, dice que la creencia de que procede de la época más floreciente de la literatura hebrea, que fué la de David y Salomon, es por lo ménos la más verosímil. Pero no obstante el respeto que nos merece el más eminentemente crítico católico de la Alemania moderna, creemos que no es

bien de estos espíritus, la opinion indubitable y general, en los tiempos posteriores á Moisés, es que la creacion de los espíritus precedió á la de la materia. Sin embargo, siendo los *cielos* la morada de los espíritus, como la creacion del cielo fué simultánea con la de la tierra (*Gen. I, 4*), no se comprende el origen de los seres antes de que la *capacidad* para contenerles fuera formada. Mas esta objecion no tiene valor ninguno, supuesto que procede de la suposicion de que los espíritus son sustancias extensas, capaces de dilatacion y de condensacion. En este último supuesto sería en efecto condicion necesaria para su existencia el *espacio*, como lo es para el mundo corpuscular y atómico, espacio que constituye el cielo. Pero como fuera y dentro de ese espacio se halla la inmensidad del Ser Infinito, y coexistiendo con él, sin confundirse, exis-

tan concluyente su parecer en esta materia. Todos los libros del canon de la época á que se refiere, dan indicio, cuando con seguridad no se sabe, del nombre del autor ó de las circunstancias de su origen. Mas aún: desde que en tiempo de Moisés se encargó una clase social, el sacerdocio, de vigilar y conservar íntegra la literatura sagrada, la paternidad y la originalidad de los libros canónicos, unas veces mas claramente, otras ménos, se comprueba y se establece. El autor y el origen del *libro de Job* han sido siempre un misterio, misterio tanto más inexplicable, si se tiene en cuenta la grande importancia de que esta obra ha gozado siempre en el canon é historia del pueblo hebreo. Que el libro debe tener un objeto determinado es indudable y este objeto no puede ménos de ser histórico. — La opinion que atribuye á Moisés este escrito, redactado por él, durante la estancia en el desierto, para alentar la fe y la esperanza del pueblo, nos parece más cercana de la verdad. Sin embargo, atendiendo á que Moisés disponia de otros medios más eficaces, conforme él mismo nos lo da á conocer en el *Pentateuco*, no puede admitirse sino con reserva semejante opinion. Lo que creemos ser verdad es que perteneciendo Job á la época patriarcal, y habiendo sufrido la terrible prueba á que le sujetó la Divinidad, este acontecimiento histórico sirvió perfectamente para el objeto que se propuso el que durante la larga cautividad de Egipto, presentó en un libro el ejemplo de la más heroica perseverancia que sus compatriotas podian seguir en unas circunstancias tan parecidas á las de Job. Este parecer ha ofrecido la dificultad que se desprende de la creencia general entre los críticos católicos, de que nadie antes de Moisés habia escrito libro alguno. Pero demostrado como se halla hoy que la escritura era usada por el pueblo hebreo antes de Moisés, semejante dificultad desaparece. Otra prueba es la de que no se cita ni alude en Job á los libros de Moisés, pues si aquél fuera posterior ó coetáneo de éste, alguna alusion al ménos debía percibirse.

ten otros seres, los espíritus, pues, existían ya ántes de la creacion de la materia (1). Si alguna duda se ofreciera todavía, esta desapareceria, recordando lo que hemos dejado expuesto con relacion al naturalismo y á las leyes naturales, constituidas, segun confesion de ese naturalismo, de conformidad con la ciencia experimental, por causas y fuerzas ocultas, imposibles de comprobar por los sentidos, sino sólo en sus efectos (movimiento, calórico, luz, etc.), viéndose así la dificultad de la existencia de la vida física (la materia orgánica, etc.), sin que la precedieran esas causas y fuerzas, que no pueden provenir sino del mundo espiritual y supra-sensible (2).

La naturaleza del espíritu creado ha dado lugar á meditaciones profundas y á cuestiones que hasta hoy no se han resuelto. ¿Les produjo nuevamente, ó son una parte de su ser mismo? Segun se ve en *Zacarías*, XII, 1, Dios formó ó produjo el espíritu del hombre; y en *Isaias*, LVII, 16, el espíritu sale de la cara de Dios: Moisés dice tambien, ó por lo ménos da á entender, que en el hombre se produjo por Dios un elemento más que en los otros seres de *ánima viviente* (compárese *Gen.* I, 30, con II, 7), y que el hombre fué hecho por Dios á imagen de Dios, I, 27.— Pero aunque en el *Génesis*, II, 7, á las palabras *inspiró en su rostro soplo de vida*, se las considere como una manifestacion del acto más inmediato de Dios en la creacion del hombre, en el cual daba á éste una parte de su propio ser; aunque á las frases de *Isaias*, de que *el espíritu sale de la cara de Dios*, se las de el sentido contrario al que tienen, pues sólo indican el Mesias que el profeta anunciaba, estos pasajes aislados no pueden servir exclusivamente para resolver cuestion tan árdua. Moisés (*Num.* XVI,

(1) En *Job*, XXXVIII, 4, 6, 7, se lee: ¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra...? ¿Sobre qué están apoyadas sus basas? ¿Quién asentó su piedra angular cuando me alababan á una los astros de la mañana y se regocijaban todos los hijos de Dios? (Compárense estas últimas palabras con I, 6, del mismo libro). Por este pasaje se ve que la opinion sobre la existencia de los espíritus ántes de la creacion del mundo sensible, era antiquísima y general entre los hebreos.—Tal fué tambien la decision del IV concilio de Letran, C. 1.

(2) Véase tambien Rohrbacher, *Histoire universelle de l'Eglise catholique*, T. I, lib. I, p. 9, col. 1.<sup>a</sup>.

22; XXVII, 16) dice que Jehovah es el Dios de los espíritus de toda carne, lo cual indica claramente una diferencia esencial entre el uno y los otros; y Zacarías afirma que Dios formó el espíritu del hombre; de todo lo cual se deduce que los espíritus de un orden inferior fueron en efecto creados por Dios. En el número de estos espíritus inferiores se halla comprendido el del hombre, que ha sido y es, sin embargo, un objeto de predilección por parte de la divinidad, por cuyo motivo su comparación ó más bien su paralelismo, con los de un orden superior, no puede ménos de ser lógico. En identidad de esencia, todos estos espíritus son iguales; por lo tanto igualmente creados. Además, si los más superiores fueran de la esencia propia de Dios, participarían de los atributos de lo Infinito y de lo Absoluto, y en vez de ser diferentes é independientes, no constituirían más que una sola y única esencia, uno solo y único ser Infinito y Absoluto: su pluralidad no existiría, real, ni causal ó sustancialmente. Si no participan de lo Infinito y de lo Absoluto, y fueran esencialmente la existencia Absoluta é Infinita, ó parte de ella, lo Infinito y lo Absoluto desaparecerían, á no ser que desde el acto mismo de su separación de lo Infinito y Absoluto, se cambiara su esencia, lo cual es absolutamente imposible, porque este cambio implicaría variabilidad, y con la variabilidad limitación: lo Absoluto sería á la vez lo relativo, lo que es inconcebible. El acto mismo de esa separación, no siendo sustancial ni real, sería el acto de la manifestación de lo Finito *sin ser* en el seno de lo Infinito *siendo*, ó lo que es lo mismo, un acto de creación, procedente de lo que *existía ya* sobre lo que *iba á existir*; porque para manifestarse lo Finito era necesario un *acto de potencia*, que no podía hallarse en él *antes* de que existiera.

En cuanto á la creación de la materia, la palabra *nada* ha dado motivo á grandes é importantes controversias. *La nada*, se dice, *no puede engendrar sino la nada*, de la misma manera que lo semejante no puede engendrar sino su semejante. Tal axioma sería irrefutable respecto del asunto á que se le aplica, si la *nada* se nos ofreciera como el agente de la creación. La *nada* entonces, siendo *nada*, *nada* podría producir. Pero la noción de la *nada*, tal como reside en nuestro espíritu y tal como se la aplica aquí, es

precisamente engendrada por la existencia de las cosas que constituyen la creación del mundo atomístico. La *nada* es la noción negativa de lo que existe; y si la nada es concebible en nuestro espíritu, lo es por la limitación (otra noción) de lo existente. Así es que la nada no puede ménos de ser *un límite*, después del cual lo *limitado* ó lo *finito* existe, no pudiendo abarcar la existencia infinita, al lado de la cual, la nada, ni en noción ni en potencia, puede representárenos. La nada, pues, con aplicación á lo creado, es la confirmación del origen de lo creado, y la *noción-nada* sólo puede representar la no existencia de lo que ha empezado á existir, y la no existencia de lo que puede *dejar* de existir. Fuera de estos términos precisos, la aplicación de la palabra *nada* es un elemento ilógico, es decir, absurdo (1).

Así como de un ser que permanece oculto nada resulta

(1) M. Pat. Larroque, que es el que en nuestros días ataca con más tenacidad al cristianismo, hace esfuerzos extraordinarios por demostrar que la frase *sacó de la nada, il a tiré du néant*, no puede expresar el acto de la creación, ni la creación. Sigue para esto una senda muy frecuentada ya por todos los que combaten el cristianismo, y es truncar los textos, variando las palabras. Jamás se ha dicho *sacar de la nada*, hablando de la creación; pero Larroque asegura que se dice *sacar*, por el placer de añadir que el verbo crear *aun hasta en el latín*, no significa sacar de la nada *tirer du néant*, dándose así aires de pedagogo entre los expositores de la Sagrada Escritura. Hace también su excursión por el campo de la filología bíblica, para asegurarnos que tanto la voz con que los Setenta tradujeron el pasaje en cuestión (*Gén. I, 1*), como la que se halla en el original hebreo, quiere decir en su significación *primera*, ha cortado, tallado, encajado, *il a coupé, taillé, frappé*, y en sus significaciones *SECUNDARIAS*, formado, PRODUCIDO, engendrado, *il a formé, produit, engendré*, y no *il a tiré du néant*, como Larroque se imagina que dicen los cristianos. Pero donde se ve á este deísta *cristianófobo* desplegar todos los recursos de su genio, es cuando apoya su tesis en la Biblia misma. En el libro de la *Sabiduría*, que aunque no se halle, dice, en el cánón, no deja de ser por eso un libro antiguo de doctrina judía, se declara (cap. XI, 17-18), que la mano de Dios ha creado el mundo *de una materia informe*; pero M. Larroque no añade otro pasaje no ménos autorizado que el que cita, y es el que se halla en el II de los *Macabeos*, VII, 28, donde se declara que Dios *hizo* el cielo y la tierra y todas las cosas que *allí* hay, de LA NADA, y que de LA NADA hizo también á todos los hombres. Véase P. Larroque, *Examen critique des doctrines de la religion chrétienne*, t. I, sec. part., prem. sect., chap. I, pag. 352, note.

ni se conoce hasta que por sus actos se manifiesta y revela, así Dios se revela y se manifiesta en la creación, revelándose y manifestándose en tres entidades ó personalidades (determinaciones concretas), el Ser que crea, *por* el que se crea y *en* el que se crea. El Ser Absoluto é Infinito es el creador; pero ni la Inmensidad de su Ser, ni lo Infinito y Absoluto en sí, es el motivo de la creación, sino la ciencia, *infinita también*, que desarrolla el plan de lo que va á ser, solicitada por el *amor infinito* hácia los seres que van á crearse, en los que Dios se complace, y los que no han de ser abandonados, sin que en lo Infinito y Absoluto deje de existir ese Infinito amor. El amor infinito, pues, es el agente más directo de la creación; y como éste no puede ser sino la ciencia infinita del Ser, es el *Espíritu de Dios* que se conoce á sí mismo, conociéndose como Dios, y permaneciendo como sabiduría inmensa y como Amor inmenso, rigiendo y conservando la creación.

No siendo el Ser Infinito y Absoluto extenso, y siéndolo el espacio que contiene la creación, el espacio es el que se halla en el seno de lo Infinito. Tampoco es trasmisible ni mudable el Ser, y por consiguiente, el punto en que el espacio permanece, es siempre el Ser Inmutable, el mismo Ser. Y como con el espacio es donde el Ser Infinito y Absoluto se halla inmediatamente unido, aunque no confundido, con la creación, de ahí el que ésta haya sido producida por el ser *en* el Ser; permaneciendo el mismo ser y todo un ser, compenetrando íntima y directamente la creación. Lo Infinito del Ser *en* que lo Finito es, es el Ser *en* el que lo que *es* se produjo y *fué*; por consiguiente, lo que inmediatamente se manifiesta y se revela de Dios, su Poder, su Palabra, su Verbo.

Estas tres entidades: *lo que crea, por lo que se crea y en lo que se crea*, ni se excluyen, ni se limitan; porque permanecen siendo *un* mismo y *único* Ser Infinito y Absoluto. La afeccionabilidad de que se le ve dotado y que tanto vitupera el naturalismo y el panteísmo, porque suponen que *se dan* a Dios las afecciones mismas del hombre, la ciencia ó inteligencia, el amor, la fuerza, la palabra, etc; produciendo así en lo Infinito y Absoluto una serie de modalidades que le descomponen y apalan como ser simplicísimo, esa afeccionabilidad es cabalmente el

carácter distintivo del Ser. Privar á Dios, considerándole siempre en su inmensidad, de la cualidad de entender, de amar, ó de aborrecer, de hablar (entiéndase que no es materialmente) ó de enmudecer, de complacerse ó de irritarse, etc., es hacer de él una entidad puramente pasiva como lo es la materia. El Ser no puede ménos de reclamar los atributos del Ser, atributos de los que participamos en un grado infimo por nuestra finidad, y que en nosotros no son más que un débil reflejo de la plenitud con que son en el Ser Inmenso é Infinito (1).

La creacion se realizó por completo en seis periodos distintos y sucesivos, á los que Moisés llama *dias*. En las cuestiones á que ha dado lugar la interpretacion del *Hexaemeron* genesiaco, la más capital procede de la significacion de la palabra *dia*. No nos detendremos á exponer las diferentes opiniones, que tanto por los Santos Padres, como por los filósofos y exegetas de todas clases, se han emitido, concretándonos á hacerlo sólo de la que es nuestra, ó cuando ménos que no hemos visto expuesta hasta ahora por ningun otro.

En este pasaje, Moisés presentó como agente, como sugeto á Dios y bajo el punto de vista de donde Dios se hallaba colocado respecto de la creacion, es por el que debe entenderse esta frase. El dia no es causado por la luz ni por las tinieblas, sino que las tinieblas y la luz se suceden por efecto de la rotacion sobre su eje de los cuerpos celestes. Cuando Dios crea la luz (I, 3.) en medio de las tinieblas del abismo y separándola de estas (4), Dios llama á la luz *dia*, y á las tinieblas *noche* (5); pero Moisés empieza á comprender, por el dia genesiaco, la *tarde* y la *mañana*, en cuya sucesion se encierra la noche; porque si no, hubiera dicho la *mañana* y la *tarde*, si sólo el periodo de luz sensible hubiera representado para él un dia, excluyendo la noche. Se ve, pues, que Moisés

(1) Esta cuestion de la Trinidad la reservamos íntegra para tratarla en el tercer volumen de esta obra. Creemos, sin embargo, necesario advertir que las tres entidades personales no son un efecto de la *afecionabilidad* de Dios, es decir, que no son *modos* de ser de una sola esencia, ni simples atributos, sino *causalidades* reales infinitas, que siendo de una misma esencia (ó sustancia como dice el concilio de Nicea), son un solo ser.

por día entiende una revolucion completa, señalando el principio de él, el momento inicial de la rotacion de una esfera, en el cual el zénit se halla perpendicular, hasta llegar á tomar la misma posicion, terminando esa revolucion esférica. El *día* de que habla Moisés, segun esto, no puede ser sino un día para el Creador, día que, como se dice en el Salmo LXXXIX, 4, *equivale á mil años*; y segun el Apóstol San Pedro, II, ep. III, 8, un día delante del Señor *es como mil años, y mil años como un día*. Este día era y puede ser constituido por la revolucion completa del espacio, *girando sobre su eje*, siendo el espacio el que Dios creaba y dentro del cual creaba; por consiguiente, siendo en la creacion el único cuerpo *esférico* delante del Señor, en cada uno de cuyos movimientos, *de duracion incalculable, aunque inmensa*, Dios dividia los *períodos* ó días de la creacion.

Despues de esto, los puntos más culminantes en este pasaje de los libros de Moisés, son el en que aparece Dios siendo distinto de lo creado, distincion que constituye la personalidad divina. La personalidad de Dios, negada por los que hacen infinito el espacio, ó lo que es casi lo mismo, infinita la materia, todavía habia de ser una realidad, por cuanto nadie puede confundir la extension, cualidad de la materia, con la Inteligencia y libertad infinitas, cualidades del Espiritu absoluto, reduciéndose á considerar éstas segun lo hace Spinoza, como simples atributos de una sustancia descompuesta por estos dos mismos atributos y reducida por ellos á la limitacion. Así, pues, el Dios personal y creador es la única realidad existente que pueda ofrecernos la manifestacion más adecuada del Ser absoluto, sin confundirse con lo finito y relativo.

El hombre, como objeto predilecto de Dios entre todos los demás seres de la creacion, es el que Moisés nos presenta siendo la antitesis de lo que es hoy. En el *Gen.*, I, 31, nos dice que Dios halló ser bueno todo lo que habia creado, comprendiendo al hombre, dando á entender que éste correspondia completamente al fin que habia presidido á su creacion. Inmediatamente despues, el *sentido* y el *pensamiento* del *corazon humano* son propensos al mal desde su juventud (*Gen.*, VI, 5; VIII, 21.—*Job.*, XV, 16; XXV, 6), y en Adam quedó sujeta á la muerte la humanidad entera (*Gen.*, III, 17, 19). El hombre no solamente es

vano y soberbio, sino que en su ignorancia se inclina voluntariamente hácia el embrutecimiento (*Job.*, XI, 12); renuncia á la ciencia de Dios (*Job.*, XXI, 14); negando abiertamente la existencia de Dios (*Salmo X del hebreo*, 5; XIII, 1). ¿Qué es, pues, el hombre? ¿Un ser ó un enigma indescifrable?

El hombre *es*, pero deja de ser con la *muerte*. Este es el primer hecho indudable en la vida del género humano. A la muerte están sujetos tambien todos los demás seres que habitan la tierra; luego la muerte, el *no ser*, es el término de todo ser. Y como la muerte es la destruccion de un organismo viviente, puede deducirse que el hombre es simplemente un organismo, una acumulacion de *materia* dispuesta de tal manera, que posee la facultad de *pensar*. Pero á pesar de estas conclusiones, se ofrece á nuestra razon la duda de si esta condicion fatal de la muerte, es la condicion necesaria para la existencia del hombre. Porque vemos que lejos de ser esta ley una ley perentoria, ineludible en términos absolutos, es una ley de derogacion parcial, pues observamos en dos hombres que nacen al mismo tiempo, que uno vive más tiempo que el otro, lo cual nos obliga á creer en la prolongacion indefinida de la vida humana. Esta aseveracion nuestra se halla demostrada por la ciencia fisiológica. Luego lo que es capaz de prolongacion encierra en sí lo indefinido, y por tanto la muerte no puede ser más sino un accidente en la existencia del ser, sobrevenido por una causa que debe sernos conocida.

Esta causa que Moisés nos revela (*Gen.*, III) proviene de una modificacion de las leyes naturales. Esta modificacion, como otras muchas sobrevenidas despues, es negada por los que creen en la inmutabilidad de esas leyes. El fundamento de esta negacion está: 1.º En que Dios, como ser perfecto, no pudo crear más que seres y cosas perfectos, y la perfeccion implica la negacion de todo cambio, de toda modificacion. 2.º En que suponiendo al conjunto de la creacion (naturaleza) existiendo y desarrollándose eternamente, todo cambio en la manera de ser de la naturaleza, que provenga de causas ajenas á la naturaleza, implica un desorden, viniéndose á producir, si esas modificaciones se admiten, una especie de anarquía contradicha por la inmutabilidad con que los fenómenos

físicos, astronómicos, etc., se presentan á la experiencia de un número inmenso de siglos.

1.º Respecto de la perfeccion de lo creado, es necesario advertir, que si reuniera la perfeccion absoluta, no seria creado; porque la creacion da ya á entender una limitacion; admitida la limitacion en una parte, no puede ménos de serlo en todas. Y en cuanto á la inmutabilidad que la perfeccion *relativa* pudiera garantir á lo creado, basta hacer observar que si el Creador no poseyera la potestad de modificarlo, hubiera creado seres y cosas iguales á él en potestad, produciéndose un dualismo difícil de conciliar por la explicacion de este simple hecho. Cuando se dice que la modificacion significa que lo creado no es perfecto y que el Creador no ha procedido con toda la prevision y la ciencia infinitas que se le supone, no se tiene en cuenta que entre lo creado, el ser libre é inteligente posee su esfera propia de accion independiente, que da motivo y es causa de esas modificaciones. Y como uno de los efectos de esa libertad es producir el mal ó el desórden, si el Creador no pudiera modificar los medios del mal para conservar el bien, seria impotente contra el mal, el mal seria igual á Dios y tendria una causalidad absoluta é infinita diferente; por cuanto el mal, que es la negacion del ser, si fuera absoluto é igual en potencia al bien, que es la existencia absoluta é infinita, hubiera hecho imposible la creacion. Siendo el bien el signo de  $+$  y el mal el signo de  $-$  iguales en valor, resultaria la ecuacion:  $+ - - = \infty$ .

2.º El segundo razonamiento que ántes hemos expuesto, se halla directamente contestado con lo que dejamos dicho en el primer párrafo y al principio de éste, respecto á los resultados obtenidos por las ciencias experimentales. No conociéndose por estas la esencia de las leyes naturales, tampoco pueden afirmar su inmutabilidad. Vemos que el mal no puede ser una condicion ni un atributo del bien, porque el Ser infinito, aniquilándose ó destruyéndose á si mismo, es una nocion puramente negativa. Ha sido de todo punto necesario, aun cuando esta nocion negativa fuese real ó positiva, que el ser haya precedido á la fuerza de su anihilacion, y que el mal haya tenido origen posteriormente al bien. El hombre no sólo halla en si mismo la causalidad del mal, sino que en éste

se ve envuelto por una fuerza superior casi irresistible; luego la causa del mal está en un ser superior al hombre, y está en el hombre mismo. La explicacion de este fenómeno, no pudiéndola hallar en la esencia de lo Infinito y de lo Absoluto, que es la existencia pura, ni en lo finito y relativo inferior al hombre, debe encontrarse en las condiciones de ser y de existir de la causalidad-hombre y de otras causalidades más potentes que este.

Lo Infinito y lo Absoluto, creándose, no produciria más que lo Absoluto y lo Infinito; creando produce lo que, siendo Finito y Relativo, puede tocar en los límites de lo Infinito y de lo Absoluto. La causalidad que se halla comprendida en este caso ocupa el lugar más elevado en la escala de la creacion de los espíritus. La cualidad esencial del espíritu es la compenetración; por consiguiente, estos seres determinados é independientes relativamente, porque son relativamente finitos, son unos focos de compenetración recíproca, sin centro ni circunferencia, que, compenetrados, permanecen distintos, á la manera que la luz, el calórico y la electricidad coexisten en un mismo punto determinado, permaneciendo distintos y separados.

A la cualidad de compenetración unen la de espontaneidad: porque si al ser creados, lo hubieran sido á condicion de no tener personalidad, que es constituida por la voluntad, hubieran sido un *todo* con el creador, y la creacion real no existiria. Al recibir la cualidad de usar de su ser con independencia de otra voluntad, recibieron realmente el ser; y el ser es la libertad juntamente con la compenetración, trasformada en el hombre, por la sensibilación del ser, en conocimiento. Los espíritus que permanecen en su realidad subjetiva, poseen la cualidad de moverse, de inclinarse volitivamente en la esfera trazada á su actividad, siendo esta cualidad la libertad; pero como permaneciendo en sí, conservan su propia perfección, y en el grado inferior hallan una imperfección progresiva, resulta que los actos mismos de esa libertad llevan en sí también su responsabilidad. De ahí la causa y la naturaleza del mal, que no puede ser sino la perversion ó la desviación de las condiciones del ser como es, moviéndose ó inclinándose fuera de sí en busca de mayor perfección. Y como esta mayor perfección no pueden conseguirla sino invadiendo la esfera donde otros seres

superiores y más potentes poseen esa perfeccion; de ahí la lucha, acto primero que pone objetivamente en la creacion el ser que se halla colocado en el punto inicial de su diferenciacion ó perversion.

El espíritu, colocado en el punto culminante de los seres creados, no pudo hallar otra via para ir en busca de perfeccion mayor, que la que le conducia directamente al Creador. Compenetrando todo el conjunto de los seres creados, y compenetrándolo dominándolo como el hombre de ciencia domina la parte de la naturaleza que es objeto de sus estudios, é impaciente ese espíritu superior por abarcar lo que sobre él existia, pretendió compenetrar lo Infinito que le compenetraba, y la lucha de lo Finito en su grado más infinito con lo Infinito absoluto, empezó desde el momento mismo en que se inició esa aspiracion altiva y soberbia. Espíritu potente, unido á todos los demás espíritus, que pugnan por ensanchar la esfera que otro infinitamente potente les ha trazado, compenetrando la creacion entera, en cuya cima puede decirse se halla colocado, extiende por toda ella su accion, accion caracterizada esencialmente por su perversion, tendiendo á destruir lo creado ó cuando ménos á alterar el concierto y el orden con que todo subsiste.

El hombre, como parte integrante de la creacion, debia sufrir los efectos de esa influencia perturbadora. Si no hubiera sido un ser inteligente y libre tambien, capaz de resistir y de rechazar esa influencia, las consecuencias hubieran estado en relacion con su nulidad. Pero no pudieron ménos de ejercer sobre él un potente atractivo las sugerencias halagüeñas con que se vió asaltado. Expliquemos sucintamente las condiciones bajo las cuales pudo tener efecto el primer acto, que dió por resultado de su responsabilidad, la perversion del hombre.

El hombre es un ser puro, un espíritu creado exclusivamente para dominar y poseer la tierra de una manera sustancial y real. Así es que para ser con todas las condiciones de su objeto, tiene que permanecer *poseyendo* la materia. Para ello se la *apropia*. Como en su cualidad de espíritu compenetra la materia, es decir, existe interatómica é intratómicamente, no solo en la materia de la tierra, sino en la de todo el mundo corpóreo, permanecerá eternamente, como permanecen los demás espíritus supe-

riores, compenetrando la materia, toda la materia, sin manifestarse en un punto dado de ella más que en otro, por cuanto el espíritu por sí, siendo inextenso, no tiene centro ni circunferencia, desvaneciéndose con su limitación propia en los límites de otros espíritus más potentes. Siendo la materia inerte y pasiva, y el espíritu esencialmente activo, comprendiendo á aquella en su universalidad, así permanecería como permanece el mundo de los espíritus dentro de la creación y en la creación del mundo corpóreo, sin una concentración por la que manifestara el Ser su personalidad, su determinación propia.

Para que esto se realice, además del mundo compenetrante ó espiritual, existe un elemento adherente potentísimo, por el cual se sensibiliza la materia orgánica, animándola y vivificándola, poniendo así en actividad el mundo atomístico. Que el espíritu tenga la propiedad de mover el átomo y que esto lo haga en su cualidad de compenetrante, es imposible, porque el movimiento implica resistencia, y el átomo no opone ninguna á la inteligencia. Por eso, entre los seres puros, inteligentes y libres, esencialmente activos, y la materia, existen *fuerzas*, que se manifiestan en la materia, venciendo la pasividad y la resistencia, que entre sí oponen los átomos con su cualidad de impenetrables por sí, como materia. Estas fuerzas son universales, generales y particulares. No nos detendremos á demostrar la realidad de su clasificación. Entre estas fuerzas hay una universal que anima la creación, ó sea, más propiamente, la naturaleza; fuerza que produce la vida, que entrelaza las demás fuerzas parciales, que sostiene la universalidad de relación entre los átomos y los cuerpos, y por la cual los espíritus, especialmente el del hombre, se apropian la materia así animada, en la que por tal fuerza éstos se sensibilizan, se manifiestan y se objetivan.

Esa fuerza adherente, ese fluido sutilísimo, que á semejanza, aunque con más pujanza, del eléctrico y magnético, produce la vida en lo inerte, tiene centros á que converger, producidos por una acumulación de átomos organizados y dispuestos de tal manera, que constituyen el instrumento de conversión y reflexión de la vitalidad que objetiva la materia, para que el espíritu ó el ser se manifieste en ella, y la manifieste á ella, por medio del doble

fenómeno de las sensaciones y de las ideas. Ese centro para el hombre es constituido por el sistema nervioso en el cerebro (1). La fuerza vital, universal, que converge en el cerebro humano y que en él sirve de centro á la actividad, también universal, del espíritu, sin comprender ni encerrar á éste en la envoltura nerviosa, es el *alma* (2),

(1) Esto explica por qué Charles Lambert encuentra siempre ideas en todo ser poseyendo un sistema nervioso. *Le système du monde moral*, 1862. Nosotros podemos añadir que los animales poseyendo ese sistema, aun en estado rudimentario, poseen también ideas; pero ideas de un orden inferior, porque proceden de un espíritu también inferior. Los animales que carecen de tal sistema, poseen esa cualidad en estado *difuso*, viniendo en orden descendente á dominar casi sólo la vitalidad, tal como se encuentra en los phisiparos y en los reviviscentes. M. Lambert parte de cuatro elementos constitutivos del hombre (vida orgánica, animal, intelectual y moral) para *modelar* su sistema del *mundo moral*. Pero en nuestro concepto, apoyandose en los datos psicológicos y fisiológicos más controvertidos y más dudosos, establece erróneamente que la *fuerza inmaterial*, que es la *mita* del hombre, se halla dispuesta según las mismas leyes mecánicas de la *fuerza material*, cuyo aserto revela en Lambert nociones muy elementales de lo que es la fuerza. Los elementos del pensamiento son las imágenes, impresiones, deseos ó temores, que apenas *admitidos* por la inteligencia vienen á *ser ideas*, y de la combinacion de estas ideas *nacen ideus nuevos*. Esto parece ser el sensualismo; pero en realidad es el materialismo fisiológico, pues Lambert hace proceder los tres primeros elementos constitutivos del hombre del desarrollo de una fuerza vital elemental, haciendo consistir la inteligencia en una mayor perfeccion, siendo como un complemento, engendrado por el propio organismo: es la misma teoria del perfeccionamiento material del hombre, que estableció M. Pelletan en la *Profesion de fe del siglo XIX*, y la que luego rectificó haciéndole *perfeccionamiento racional*, en su reciente polémica con M. Lamartine.

(2) M. J. Tissot, uno de los campeones más decididos del animismo moderno, define el hombre como siendo una *fuerza una é idéntica, capaz de producir á la vez todos los fenómenos de la vida intelectual y de la vida corporal*. Eminentemente fisiologista, pero poco ó nada versado en las ciencias fisico-matemáticas, se funda para probar su aserto en una proposicion que todas las ciencias exactas, de consuno, niegan y rechazan, como es la de que lo que constituye *sólo la materia real* es la *fuerza* diversamente determinada, que obra sobre nuestros sentidos. Se halla plenamente demostrado por la ciencia experimental, despues de las más detenidas meditaciones de los pensadores más profundos, como Schyanoff, Grove y Seguin, que la materia no posee la cualidad de la fuerza, que por la fuerza se manifiesta la materia, que la fuerza es diferente y distinta de la materia. M. Tissot parece dar á entender que el cuerpo del hombre, tal como esta organizado,

fuerza potentísima oculta, no personal, en la cual el espíritu pone las nociones que posee, nociones que en el alma se transmiten, sensibilizan y mezclan con las que, por medio de los sentidos, afluyen de otros centros de actividad, constituyendo el comercio de las ideas sensibilizadas, adecuadas así para la asimilación, no confusión, de la ma-

---

es la verdadera materia, la materia real, la cual para él no es inerte ni divisible; pero no se funda en dato ninguno positivo, sino en una simple afirmación de conciencia, afirmación que destruye cuando asegura que el ser corporal como el ser pensante tienen en sí un principio (debía decir una causa) de movimiento, sin el cual el uno no podría ser concebido, ni existir el otro. Y como este principio, ó mejor, causa, la llama Tissot *alma*, ¿no podría dar lugar a dudar que supone en el hombre cuatro elementos: 1.º un ser corporal; 2.º un ser pensante; 3.º el alma del ser corporal; y 4.º el alma del ser pensante, supuesto que ese principio ó causa le poseen uno y otro de estos dos seres que constituyen el hombre? El error capital de Tissot consiste en suponer que el cuerpo humano, tal como esta constituido, es la materia en el sentido general de la palabra, sin reparar en que si está organizado como esta, es a consecuencia del movimiento dado a la materia por una fuerza ó causa que nos es desconocida, según también M. Jouvencel, aunque antiespiritualista y naturalista puro, se ve obligado á confesar. También lo confiesa M. Tissot, dejándonos todavía más confusos que cuando nos habla sólo de que el hombre no es *ángel y bestia* por separado, como quiere que sea el dualismo espiritualista, sino que es ambas cosas a la vez.—Véase una demostración de lo que decimos: ¿cómo, por qué queremos? Lo ignoramos, dice Tissot. Lo que sentimos en nosotros es una actividad espontánea dirigida por las ideas (¿luego inferior á ellas?) y acompañada de conciencia y de reflexión; mas esta reflexión tiene sus raíces más allá de la conciencia, en la *esencia impenetrable de nuestro ser*.—La dificultad que deja en pie M. Tissot no la resuelve mejor, a pesar de la superioridad de su talento, M. F. Bouillier, otro naturalista esclarecido de nuestro tiempo. El primero, encerrándose en el círculo de la fisiología, combate la psicología; M. Bouillier intenta unirlos, sirviéndose de las dos para establecer que el principio vital (tesis del vitalismo) es idéntico al alma pensante, que la causa que nos hace pensar, es la misma que la que nos hace vivir (antítesis del animismo), que la unidad vital, tiene su razón en la unidad metafísica del ser pensante, que es la síntesis del vitalismo animico que Bouillier profesa con Stahl. Sólo que M. Bouillier, reconociendo una fuerza vital independiente de los órganos, se detiene entre la duda de si esta fuerza vital es simplemente el alma misma, y la de si existen en el hombre dos almas: una esa fuerza vital, y otra el alma propiamente dicha. De esta incertidumbre sale combatiendo el vitalismo estricto de la escuela de Montpellier, para deducir que el alma posee la conciencia de ser la causa de la vida. Advirtamos de paso que el espíritu no tiene nada que ver con el vitalismo, el animismo, ni con el vita-

teria viviente (orgánica) ó inerte (inorgánica), cuyo dominio y propiedad pertenecen al hombre.

El hombre además es una determinación sustancial, corpórea, idéntica al objeto que posee, que, debiendo ser adecuada para sus fines, ha de corresponder en su naturaleza á la naturaleza de lo que posee el espíritu, y se percibe por el alma y en el alma. Esta determinación es el *cuero*, especie de máquina dotada de válvulas (los sentidos), por las cuales el mundo objetivo se pone en relación con el subjetivo (1).

lismo anímico. A los que suponen que se presta un arma formidable al materialismo, afirmando como él lo afirma, que los fenómenos del pensamiento y los de la vida tienen por causa un solo y mismo principio, M. Bouillier les contesta diciendo que un alma que segrega la orina puede sin repugnancia nuestra segregar también el pensamiento; porque las falsas ideas de dignidad y de pureza no pueden destruir el axioma de un antiguo poeta, de que *nada hay vil en la casa de Júpiter*.—Después de Tissot y de Bouillier viene M. Lelut, que destruye á los animistas, á los vitalistas, á los vitalistas anímicos, á los organicistas, á todos, ya con la ironía, ya con la lógica. «En presencia de tantos esfuerzos, dice, tan pomposa é inútilmente gastados, de todas estas opiniones contradictorias, expresadas con una altanería tan gratuita (?), todo lo tomaríamos á risa, si el asunto no fuese tan grave. Por lo menos recuerda uno involuntariamente las palabras usadas por Voltaire cuando hablaba de semejantes discusiones, diciendo que *son riñas de ciegos que luchan en una cueva donde jamás penetrará la luz*.» M. Lelut dice también, que *Dios y la vida futura son dos cosas que se van*. Añade con la altanería gratuita que echa de ver en otros, que ha leído, entendido y filosofado bastante para haberse convencido de que de estas cosas no se sabe ni se sabrá jamás nada, teniendo que resignarnos á una eterna resignación y á una perpétua duda. Después de esta declaración, escribe sin embargo dos volúmenes bastante voluminosos para decirnos acerca del hombre lo mismo que el animismo, el vitalismo, etc., etc., con aplicación á la doctrina positivista, en la cual se halla unido á M. Taine y á M. Littré.—M. J. Tissot, *La vie dans l'homme*, 1861.—M. Francisque Bouillier, *Du principe vital et de l'ame pensante*, 1862.—M. Lelut, *Physiologie de la pensée*, 1862.—Véanse además M. E. Saisset, *L'ame et la vie*, 1864; y Albert Lemoine, *Le vitalisme et l'animisme de Stahl*, 1864.

(1) Así como el dualismo espiritualista no puede vencer la dificultad que halla en explicar cómo un espíritu puro puede operar directamente sobre la materia bruta y mucho menos cuando esta materia se halla organizada no se sabe por qué, á no admitirse la teoría de Stahl, que hace al alma ser la causa única del movimiento y de la inteligencia á la vez, con lo que se admite la doctrina spinozista de que Dios es pensamiento y extensión, así también el animismo y el vitalismo no pueden explicar por qué la inteligencia como la sen-

Ninguno de estos tres elementos por sí solo, constituye el hombre. El hombre es en primer término un ser personal, independiente, libre é inteligente, cuya esencia es la compenetración; es en segundo término ese mismo ser ejerciendo su actividad, como causalidad, sobre una fuerza, cuya esencia y naturaleza desconocemos, como desconocemos la esencia y naturaleza de la fuerza que es causa del movimiento, de la electricidad y magnetismo, del calórico, etc., etc.; pero cuya posesión sentimos, porque la dirigimos con nuestra voluntad, la regulamos con

---

sación se producen en el hombre por medio de órganos, sin los cuales no pueden tener lugar los fenómenos psicológicos ni fisiológicos. De estas dificultades recíprocas ha resultado la multiplicidad de sistemas, hallándose en el último grado los que separándose por completo de la psicología, creen que son los órganos solos, la materia orgánica, la que dá origen á la vida intelectual y moral del hombre, como la dá á la vida física. En las notas anteriores hemos hablado de la escuela de Montpellier, animista y vitalista: réstanos hablar de la de París, organicista ó materialista, cuyos jefes son Bichat y Broussais, siendo hoy sus representantes Littré, Renan y Dollfus (uno de los dos traductores de la 2.<sup>a</sup> Vida de Jesus de Strauss). Su base fundamental consiste en el razonamiento siguiente: «el hígado produce la bilis, los riñones preparan la orina, en los pechos se forma la leche, la piel sirve para la evaporación y el sudor, los músculos producen el movimiento, etc., etc., y el cerebro produce la inteligencia; porque si nó ¿qué objeto tiene un órgano material, como es el cerebro, entre todos los demas de la economía viviente?» Pero este razonamiento, que es combatido por el *materialista* Büchner (*Force et matière*, 139, 140), queda destruido cuando se observa que todos los órganos materiales segregan la materia en diferentes formas, pero que el cerebro no la segrega; sino que se destruye por el continuo desprendimiento de un fluido por el cual se produce la sensibilidad. Este fluido no es el magnético, porque en el sueño magnético se ve que el sistema nervioso queda anulado y como segregado de la economía viviente. Por el fluido nervioso nos hallamos en comunicación directa con la vida universal, con la vida de todos los seres, con la que se confunde nuestra vida; luego no es un fluido propio para cada uno de los seres vivientes, sino que viene á ser como la atmósfera, en la que todos respiramos la vida. La función del cerebro es la de *segregar* ese fluido y la de concentrarle en una *unidad* simplicísima, por la que se produce la vida intelectual. Si ese fluido nervioso concentrado, produjera al mismo tiempo que la vida (el movimiento), la inteligencia, no resultaría la dualidad que resulta entre la noción y la sensación; entre la percepción de la sensación y la noción de ésta, que son distintas. Además, con nuestra inteligencia viviente, escudriñamos el cerebro, elevándonos sobre su organismo y contingencia, lo que revela claramente que fuera del cerebro y de su fluido hay una entidad independiente que le posee, sirviéndose de él como de un instrumento.

nuestra racionalidad, y la modificamos con la espontaneidad propia de nuestra libertad: es en tercer término el hombre una forma corpórea, sustancial, una *determinación* sensiblemente individual, fiel trasunto de la personalidad e individualidad del ser que *es en él*. Todas estas tres cosas reunidas constituyen un ser, un ser único, sin división, supuesto que su forma corpórea, es la forma bajo la que se manifiesta corporalmente un ser; su vitalidad es la fuerza por la que se manifiesta sensiblemente un ser; su inteligencia es la actividad esencial del ser, que por su espontaneidad, su independencia y su personalidad, es una causalidad, causalidad pura en tanto que productora de actos libres, causalidad subjetiva, en tanto que productora de actos propios, personales. El hombre es: espíritu, alma y cuerpo; cuya expresión sintética psicológica es la conciencia del *yo* (1).

(1) La dificultad mayor que puede ocurrirse para la clara comprensión de esta teoría, se halla en la confusión que el uso irreflexivo ó más bien el abuso ha venido introduciendo en las palabras *espíritu* y *alma*, que se toman por de idéntico significado, difiriendo sin embargo radicalmente en su etimología. La palabra latina *spiritus*, derivándose inmediatamente del verbo *spirare*, soplar, aunque siendo sustantivo, indica, no obstante, acción, movimiento; espontaneidad, en tanto que *ánima*, del griego *anemos*, que significa soplo, viento, aire sutil, indica pasividad, y un cierto grado de inercia; porque sin una causa ni hay viento, ni aire sutil, ni soplo sin un agente determinado. Por consiguiente, *spirare* parece indicar el acto de un agente oculto que *ánima* al hombre; es decir, que el *alma* es un efecto del *espíritu*, instrumento de éste, el medio de que se vale el espíritu, digámoslo así, para hacerse presente, para manifestarse en un cuerpo. En la lengua francesa, el griego *anemos* ha conservado casi su misma forma, *âme*, alma; pero en la lengua española, la etimología de *alma* es más difícil de encontrar, existiendo sobre ella varias opiniones. Es de notar, y para nosotros merece la preferencia, la del doctor Rosal, citada por Monlau, *Dicc. etimolog.*, quien dice que la voz latina *ánima*, se formó del griego *háima*, que significa sangre, fundándose en que Virgilio llama *ánima* a la sangre: *purpuream tómit ille aníme* (*Eneida*, IX, 349), y en que Horacio llama sangre al alma (*Oda 24*, lib. I). Y en efecto, esta acepción es la que parece más autorizada, si se atiende al texto espreso del *Deuteronomio*, XII, 23: Guardate de comer sangre, porque la sangre está en lugar de alma, y por esto no debes comer el alma con la sangre; y al del *Levitico*, XVII, 11, 14: Porque el alma de toda carne está en la sangre. Nótese que en el primero de estos textos *no debes comer el alma con la sangre*, se indica con claridad la distinción del alma y de la sangre, dándose á entender que la sangre en su cualidad de sangre no es el alma, sino que el alma reside en la sangre.

Esta teoría, conocida con el nombre de *tricotomia*, palabra que aceptamos, no por lo que significa, sino como medio más fácil de hacernos entender, que se halla hoy vislumbrada por algunos psicólogos, que en la edad media fué aplicada á las ciencias físicas por Paracelso y á la metafísica por Santo Tomás, que varios Santos Padres (1), los gnosticos, Philon y Platon tomaron de la filosofía hebrea (Cábala), tiene su raíz y base en algunos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento. Ya en el pasaje en que Mo-

(1) Clemente de Alejandría es el que la expone con más claridad, pues distingue tres cosas en el hombre: 1.<sup>a</sup> el cuerpo; 2.<sup>a</sup> una parte irracional que caracteriza como una fuerza dando la vida al cuerpo por él mismo ó como penetrando todo el cuerpo y animándole, en virtud de lo cual el hombre siente, desea, se regocija, se irrita, se nutre y crece; y 3.<sup>a</sup> el alma, espíritu que como principio dominante en el hombre tiene el poder de elegir, y con este poder la fuerza de la inteligencia. En la *Enciclop. theolog. cathol.* de Wetzer y Wette, tom. I, 212, 25; VIII, 65, 71; XI, 77, 81, se combate la tricotomia por Fr. Wörter, G. G. Mayer y Ochs, bajo el mismo punto de vista que la condenó el VIII concilio Ecuménico, IV de Constaatinopla, como la doctrina por la cual se da al hombre *dos almas racionales*; pero nosotros, que no hacemos semejante cosa, considerando al hombre como siendo una sola indivisible inteligencia, hallamos expuesta nuestra opinión casi textualmente en el IV concilio de Letran, por el que se dice que Dios ha creado dos criaturas, la criatura espiritual y la corporal; y una tercera que une en ella las dos primeras. Verdad es que la palabra *hombre*, bajo la cual se designa este último producto, ha venido dando motivo a interpretaciones diferentes entre los escritores católicos, suponiendo los mas que el hombre no es sino el resultado de la union del espíritu y del cuerpo, en cuyo caso las palabras del Concilio, que le designan como una tercera criatura diferente de las otras dos, no pueden tener explicacion plausible, sino ateniéndonos a lo que veamos expuesto sobre el asunto en los libros sagrados, cuya fiel interpretacion se propuso el concilio. Las definiciones que da Ochs del hombre no nos parecen suficientes para aclarar la cuestion. Dice que es un ser *racional* y libre manifestandose en un cuerpo; y como la racionalidad aparece en el hombre sólo cuando es hombre, pues la razon es el producto de la inteligencia percibida en la conciencia del *yo pensante*, semejante definicion se presta á servir de base á las mistificaciones del racionalismo alemán y á las supercherías del racionalismo francés.—La otra definicion de que el hombre es un espíritu unido á un cuerpo organizado, seria mas completa si se explicara por Ochs el medio de realizarse esa union y la causa de que el cuerpo se halla organizado de modo que haga posible la union del espíritu con él, pues lo mismo podria unirse a un arbol, dejando así en pié las mismas cuestiones que tan ardientes polémicas han producido.

sés expresa con más detalles la creacion del hombre, *Génes.*, II, 7, se dice que Dios le *formó* del limo de la tierra (cuerpo), *inspiró en su faz hálito de vida*, siendo en efecto la faz del hombre el reflejo viviente de su inteligencia (y el punto de percepcion de la existencia del ser causa de la conciencia (espíritu); añadiendo, como si ese hálito ó sople sutil no fuera bastante para animar al cuerpo inerte, que fué *hecho* en ánima viviente (alma), frase comun en el *Hexaemeron*, á todo lo que se mueve sobre la tierra, *Gén.*, I, 28. Y despues de esto, entre diferentes pasajes del *Génesis*, que podríamos citar, bastará que lo hagamos del XXXIV, 5, 8, en que se dice que el *alma* de Sichen se pegó, *conglutinata est anima ejus cum ea*, á Dina, hija de Jacob, añadiéndose esto mismo por Hemon, padre de Sichen, hablando con Jacob. En los textos del *Levit.*, XVII, 11, 14, y *Deuteronomio* XII, 23, que ántes hemos citado, se habla del alma como residiendo en la sangre (1).

En los *Proverb.*, IV, 23, se dice: guarda tu corazón con todo cuidado, porque *de él procede la vida*. En la *Epist. cat.* IV, 16, el apóstol Santiago nos enseña que nuestra vida es un *vapor* que aparece un momento para desaparecer en seguida. Esto es en cuanto al alma, pues por lo que se refiere al espíritu, el texto del profeta Zacarías XII, 1, no puede ser más expreso, diciéndonos que Dios creó el espíritu del hombre *dentro del hombre*; y San-

(1) Las conclusiones de la fisiología moderna están de acuerdo con lo que aquí se dice de la sangre. La sangre, dice Stahl, *Theoria medica vera. Physiologia*, sect. I, membr. II, § 7, mezcla más corruptible que todas las demás del cuerpo humano, tiene tambien mas necesidad de ser preservada de la corrupcion: la sabiduría del Creador ha proveido á esta necesidad; porque la sangre es móvida continuamente, y al mismo tiempo que es móvida para la conservacion de todo, se conserva tambien ella misma por su propio movimiento. El movimiento, sin embargo, añade en otra parte, *Paránesis*, §§ 52 y siguientes, no es la vida ni el principio de la vida, sino solamente el instrumento de la vida. En Alb. Lemoine, *Le vitalisme et l'animisme de Stahl*, III, 44, 49.—Segun Tiedemann, la sangre es la condicion indispensable para la existencia de los animales... es la condicion indispensable para la conservacion de la existencia. El movimiento de la sangre proviene de... la propiedad inherente á la sangre *viviente* misma, es decir, á sus glóbulos, de moverse por una *impulsion propia*. *Traité complet de Physiologie de l'homme*, t. I, lib. second, chap. VI, §§ 257, 259 y 290.

Pablo en la I *Corint.*, II, 11, manifiesta que así como el espíritu de Dios es el único que conoce a Dios, el espíritu del hombre que está en él, es el único que conoce al hombre. En el lib. II de los *Macab.*, VII, 22, 23, se formula con precisión la más clara doctrina respecto de la cuestión en su conjunto, pues se dice: Yo no sé cómo habéis sido formados en mi seno; porque no soy yo quien os ha dado el *alma*, el *espíritu* y la vida; ni he unido todos vuestros miembros para formar un *cuerpo*. San Pablo es aún más explícito: el Dios de paz os santifique en todo, para que todo vuestro *espíritu*, y el *alma* y el *cuerpo* se conserven... I *Tessal.*, V, 23.—Por fin, el mismo Apóstol usa una frase en la *Epist. á los heb.*, IV, 12, con la que se establece una clara y evidente distinción entre el alma y el espíritu, al propio tiempo que indica la intimidad de su unión: la palabra de Dios es viva, dice, y eficaz, más penetrante que espada de dos filos, y que alcanza hasta la *division del alma y del espíritu*.

Establecida, pues, esta base, con la que en nuestro concepto se facilita la solución de todas las cuestiones metafísicas y fisiológicas, que tienen por objeto investigar el origen y causa de nuestra vida intelectual y moral (1), podemos proseguir y terminar con más desembarazo nuestra ardua tarea. El hombre creado inmediatamente por Dios, *Adam*, era el conjunto armónico de esos tres elementos, concurriendo todos á un mismo fin, sin perturbaciones ni alteraciones. El espíritu en él se manifestaba en su plenitud, dándole ó más bien poseyendo la plenitud de la ciencia: la lógica, que es la ciencia que trata de la graduación de las nociones para llegar á la perfección del conocimiento; le era absolutamente desconocida, viéndolo de plano y conociendo en términos absolutos las propiedades de todos los animales y de todas las cosas que existían sobre la tierra (*Gén.*, II, 19 y 20).

Una de las condiciones necesarias en el ser, la libertad,

(1) Pueden verse expuestas estas importantes cuestiones en el *Dictionnaire de philosophie*, par L. F. Jehan, edit. Migne, tome II, pp. 157, 223; 1005, 1069. Puede verse también *La Tradition et les semi-pelagiens de la philosophie*, par le T. R. P. Ventura de Raulica. *La Raison*, par J. E. Alaux. *Las lógicas de Kant*, de Hegel, la recientemente publicada por Tiberghien, etc., etc.

trazaba, para el hombre creado; la esfera dentro de la cual habia de permanecer precisamente su existencia, si habia de proseguir siendo uno, idéntico y personal, como todo espíritu ó todo ser, ha de ser siendo lo que es. Pero la libertad tenia que diferir en él, con referencia á los demás seres á él superiores, en cuanto á la manifestacion de sus actos, sujeto para ello á una concordancia formal de los otros dos elementos sus constituyentes. Su libertad debia traducirse en actos subjetivos y objetivos á la par, perceptibles y visibles, intelectuales; morales y materiales, armónicamente manifestados, reflejando en si la armonia misma con que se revelaba su perfeccion propia y relativa.

El resultado más eminente de esa perfeccion era su inmortalidad, supuesto que el ser que era en él, era y es inmortal. Tal es lo que Moisés da claramente á entender en el *Gen.*, II, 17; III, 19, supuesto que Dios no podia amenazar ni castigar con la muerte á un ser que desde luego se hubiera hallado naturalmente sujeto á ella.

La inteligencia, la libertad, la inmortalidad en su plenitud, sin llegar á lo Absoluto ni á lo Infinito, constituian el carácter distintivo del primer hombre. Como ser relativo que era con relacion á lo Absoluto y lo Infinito, no podia ménos de estar sujeto á modificaciones, no en cuanto á la esencia del ser, sino en cuanto á los modos de existir. Todo lo finito se halla sujeto á modificaciones: si no lo estuviera, no seria finito; porque seria la perfeccion absoluta é infinita, seria la causalidad infinita y absoluta, que no puede modificarse, es decir, no puede llegar á mayor perfeccion, á más grande plenitud de existencia, ni descender á grado más inferior.

Sujeto á modificarse el primer hombre, habria de serlo por una fuerza superior ó por él mismo: ambas cosas podian coexistir. En su cualidad de compenetrado, lo compenetrante obraria en él ofuscando su luz propia, su propia compenetracion. En este caso sólo puede concebirse que un ser superior invadiese su esfera de accion y fijase en él la voluntad llevado del deseo de perturbar el orden de su existencia; cuando ese ser superior se hubiera desviado tambien del orden universal establecido por el Creador. Ese foco de compenetracion se habria, pues, separado de la voluntad de Dios, que no podia ser otra

que la conservación del bien, el orden; y esa separación, escatológicamente considerada, fué esencialmente el pecado.

Al mismo tiempo de hallarse sujeto el hombre á la influencia de seres superiores precipitados ya en el mal, como ser inteligente y libre se encontraba en la posibilidad de resistir esa influencia; adhiriéndose á su vez á un ser todavía más superior á la causalidad absoluta del mal, que era la causalidad absoluta del bien. Fluctuando entre estas dos influencias, su libertad coexistía á la par que su voluntad vacilaba. En tanto que se conservase siendo lo que era, permanecía en el bien; en cuanto pretendiese alterar sus condiciones de ser, debia por consiguiente quedar sujeto á las consecuencias de esta alteración.

Moisés nos lo relata con una sencilla sublimidad. En un puro espíritu, el simple impulso de la voluntad constituye un acto; pero en el hombre, ser complejo por sus modos de ser, el acto tiene ese carácter de complejidad peculiar á un ser, que siendo uno, despliega su unidad ó individualidad con la forma y en la forma por la que su voluntad se hace manifiesta. Los actos que el hombre pone por la subjetividad en la objetividad, reúnen tres condiciones: lo espiritual por el espíritu, lo moral por la conciencia del espíritu en el *yo*, lo material por la percepción de su determinación sensible y exterior. El acto, pues, por el cual el hombre habria de iniciar su separación de Dios, implicaba: 1.º la noción de la separación, ó sea conocimiento de la posibilidad de realizarlo. 2.º La potencia de la realización ó sea la libertad. Y 3.º El objeto tangible de la separación. Este objeto no podia ser otro que el de traspasar su limitación propia. Esta limitación se halla demarcada por Dios en el precepto que dirige á la conciencia moral de Adam (*Gen.*, II, 17). Un precepto implica también una trasgresión, y la trasgresión la materia de esa trasgresión: Moisés nos dice que fué la prohibición de comer la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Qué objeto tuvo esa prohibición? La de fijar y determinar la limitación de un ser corpóreo. ¿Por qué se llama árbol de la ciencia del bien y del mal? Porque era puesto como motivo de una trasgresión, cuyo acto en sí constituía la modificación del ser que existía en el bien y que por este acto se precipitaria en el mal.

Esto fué, en efecto, lo que tuvo lugar, pero de un modo tan especial que no constituyó en *totalidad* la separacion volitiva, y por tanto no pudo producir la perversion *total*. Ateniéndonos estrictamente al relato genesiaco, el acto de Adam es el resultado de una sugestion ya aceptada por Eva, con la que constituia una entidad moral (*Gen.*, II, 24; V, 1, 2), una sola y única voluntad, por cuanto el alma, en la que sus *dos* espíritus se unian, conservaba su esencia típica inalterable, era la misma para cada uno, concordando de un modo natural, porque así se revelaba su perfeccion, en percepciones y deseos. La causalidad absoluta del mal, con una sagacidad y astucia extremas, se insinúa en el espíritu de Eva, á la que directamente no habia sido dado el precepto por la divinidad, sino que le habia sido transmitido por Adam, suscitando dudas acerca del motivo y causa de la prohibicion. Como tanto Eva como Adam percibian en sí la limitacion de su ser, su tendencia habria de pronunciarse en el sentido de traspasar esos límites; ¿qué mayor prueba para el hombre por parte de la mujer que desear engrandecer la esfera de su existencia trasformándole en un Dios y dándole un testimonio de su inmenso cariño? Satán obrando mágicamente sobre la serpiente (1), ocultándose así mejor á la suspicacia del ser humano, dirigió arteramente su influencia compenetrante al fin más excusable para la mujer con relacion al hombre. Con el objeto de trasformar su naturaleza humana en divina, no con el propósito de desobedecer abiertamente á Dios ni con el ánimo deliberado de traspasar su precepto, la mujer toma y come de la fruta vedada. En este caso, si el hombre no hubiera hecho lo mismo, ¿en qué situacion hubiera quedado cada uno? Esta cuestion, ociosa en su forma, es esencial en el fondo, supuesto que el acto simultáneo en ambos comprueba que sus voluntades se hallaban unidas por un solo lazo. Dada la trasgresion en uno, las fatales consecuencias que se originaran iban á ser comunes para entrambos. La perturbacion de esa armonia

(1) Véanse en lo que concierne á la importancia y representacion de la serpiente para los primitivos pueblos, Rohrbacher, *Hist. univ. de l'Eglise catholique*, t. I, lib. II, p. 61, 62; Meignan, *Les propheties messianiques*, etc., p. 205, 285, y el lib. de *Job*, I, 6, 9, 12; II, 1, 4, 6, 7.

era una consecuencia de la modificacion del ser humano; y como en su cualidad de ser humano no habia mayor perfeccion que la que tenian, es evidente que de modificarse habria de ser en el sentido negativo de esa perfeccion.

Ahora bien: no habiendo sido el pecado original efecto de la espontaneidad del ser en Adam y Eva, no habiendo brotado del ser en si, y no siendo por consecuencia más que la iniciacion de una separacion absoluta debida á la sugestion de la causalidad del mal, las consecuencias de la trasgresion debian ser relativas, con sujecion á un espíritu de recta justicia. La perversion fué parcial, el acto pecaminoso, la trasgresion del precepto, considerado como producto del ser independiente y libre, no llegó adonde la causalidad absoluta del mal hubo llegado, porque no bien Adam y Eva conocieron su *transformacion* en el mal, anhelaron la reconciliacion con Dios, y Dios se mostró con ellos, á la par que justo, misericordioso. Y no es que Dios no pudiera obrar de un modo distinto, abandonando completamente al hombre en el camino de su perversion y aniquilacion absolutas que habia emprendido, sino que movido de misericordia, fué por pura *gracia* la aceptacion de esa reconciliacion que Dios otorgó al ser en el momento mismo de su perversion (1).

IV. En el pecado original, pues, el espíritu como causalidad de actos propios, puso subjetivamente un acto, que al manifestarse en la conciencia del subjetivo-objetivo, turbó la armonía con que en el alma y por el alma correspondian los fenómenos psicológicos y los pneumáticos, modificando el alma, esa fuerza adhesiva, á la manera como se enturbia el agua de un rio cuando se la agita hasta el fondo, y el cuerpo, la carne, preponderando entre los tres elementos del ser humano, invadió la esfera de accion que

(1) Hablando Kant del pecado original, pregunta por qué Dios no recurrió á su omnipotencia para anonadar desde el principio el reino que Satanás se habia propuesto fundar, y continúa: la solucion de esta cuestion es clara, porque la dominacion y gobierno de la Suprema sabiduria se ejerce sobre los seres racionales de conformidad al principio de su libertad, y todo lo que se encuentra de bien y de mal en estos seres les debe ser directamente imputado. *La Religion dans les limites de la raison*, sec. part., sec. sect., chap. uniq., p. 124, 25.

hasta entonces había estado reservada para el alma y el espíritu. En la tendencia hacia la separación de Dios, la humanidad iba á irse manifestando en su desarrollo paralelamente á la de la causalidad del mal, y ésta habría de preponderar en la humanidad, sumida ya en su perversión. En la tendencia hacia la reconciliación con Dios, la humanidad habría de sufrir toda la angustia del espíritu humano, pretendiendo recuperar por sus esfuerzos propios la dominación y el predominio que sobre la naturaleza entera había perdido. El descenso era menos azaroso y menos difícil, porque caminaba por la senda que recordaba un ser más potente, que la empujaba y arrastraba, si se veía detenida por las vacilaciones; ó por el anhelo de levantarse de su postración.

En medio de esta lucha, Dios, que había prometido reconciliarse con la humanidad abatida, á condición de que habría de ser un acto libre esta reconciliación por parte de la humanidad, iba á intervenir poniendo en obra los designios bajo los cuales la regeneración de la humanidad había de verificarse. Dos términos se ofrecían al desarrollo del plan divino: la libertad y la personalidad humanas; pero como ambas se hallaban postradas y abatidas, la libertad y la personalidad divinas habrían de operar *de acuerdo* con la libertad y la personalidad humanas. ¿Cómo? Eso era el secreto que Dios se reservaba, para irse anunciando al género humano según los períodos de desarrollo por que había de pasar la *idea divina* de la REDENCIÓN.

En el momento de la separación de Adam, Dios anuncia sus propósitos en el concepto de llegar á ser destruido el imperio del mal *por medio* de la mujer (*Gén.*; III, 15). La vaguedad con que fué anunciado el remedio, á pesar de que el espíritu de Dios no había aún abandonado al hombre (VI, 3), produjo sin duda en la humanidad cierta duda en cuanto á la eficacia del medio redentor, abandonándose á todos los desórdenes, que engendra la indiferencia unida al estímulo de los placeres momentáneos. Después de que la iniquidad de los hombres llegó á su colmo, no solamente transforma Dios la naturaleza física del mundo por medio de una catástrofe inmensa (VI, 17; VII, 17; 24), sino que acudió á medios directos y personales para realizar el acto de la redención. A Noé es el primero á quien Dios anuncia la celebración de una alianza, sin revelar

su carácter ni su objeto, y Noé por su parte es el primero también que establece como signo permanente de sumisión hácia la divinidad el culto público, iniciándole con sacrificios sangrientos (VIII, 20, 21). En Abraham ese pacto se afirma con nuevas revelaciones; el engrandecimiento de su familia sobre la tierra vendrá á ser la señal de la proteccion directa de Dios; en Abraham *serán benditos todos los linages de la tierra* (XII, 2, 3), y él mismo será bendito. Más adelante le ofrece la dominacion de un rico territorio, y la multiplicacion infinita de su descendencia (XIII, 14, 17; XV, 1, 7); y sólo despues de recibir de Abraham pruebas evidentes de asentimiento y sumision, Dios le exige, en cambio, de tanto beneficio que *sea perfecto y ande en su presencia*, esto es, que cumpla la voluntad divina (XVII, 1); y para que la alianza fuera perfecta hasta en su forma, estableció como signo la circuncision (XVII, 9, siguientes).

Esto es lo que se revela en el espíritu de la raza abrahámica en la época en que Moisés nos aparece como su caudillo. Tal alianza, sin embargo, pareceria hacer preponderar el bien material, el engrandecimiento exclusivo del pueblo hebreo, si la frase de que *en este pueblo serian benditas todas las naciones de la tierra* (XII, 2, 3; XVIII, 18), no significara que ese engrandecimiento no era más que uno de los medios por los cuales se habia de cumplir la regeneracion de la raza humana, dando á este pueblo una independencia robusta y una organizacion social firmisima, para poder conservarse con un ánimo más fiel como instrumento de la divinidad para un objeto tan eminente. La edad patriarcal entre los hebreos es la época en que, iniciadas estas esperanzas de engrandecimiento terrestre, se desenvuelven como en un panorama, en último de cuyo término se ve levantarse la figura de un hombre, *cuyos ojos serán más hermosos que el vino y sus dientes más blancos que la leche* (Gén., XLIX, 12), que *habia de ser enviado, y que cuando viniera seria la expectacion de las gentes* (XLIX, 10).

Aquí vemos ya descifrado por Jacob parte del misterio que envolvian los anuncios anteriores: la bendicion de *todas las naciones de la tierra*, la regeneracion del género humano, habrian de coincidir con la venida de un *Enviado*; ¿y por quién? Fácilmente se deja adivinar, y si no Moisés lo dice claramente en el *Exodo*, IV, 13: *ruégote, Señor,*

dice á Dios, que *envies al que has de enviar*. Los tiempos mesiánicos son, pues, esperados desde la época de los Patriarcas, y á esos tiempos se dirigen todas las esperanzas de la familia abrahámica. ¿Qué carácter habia de ser el que corresponderia al Mesias? Strauss, con la generalidad de los expositores, cree que debia ser igual á Moisés, fundándose en el texto expreso del *Deuter.*, XVIII, 15, 18; pero de las palabras mismas de Moisés á que ántes nos hemos referido (*Exodo*, IV, 15), se deduce que el caudillo del pueblo hebreo se creía inferior al Mesias, usando para designarle de las mismas palabras de Jacob (*Gen.*, XLIX, 10).

La nacionalidad judaica fundada por Moisés, de acuerdo con las tradiciones patriarcales, venia á ser, pues, una preparacion para los tiempos mesiánicos, y el *Enviado de Dios* era el llamado á cerrar ese período histórico, para dar principio á un reino, que debia ser *universal* (*Salmo* II, 8; LXXI, 8; *Daniel*, VII, 14, 27; *Zac.*, XIV, 9) y *eterno* (*Salmo* XLIV, 6; *Isaias*, IX, 6; *Dan.* II, 44; VII, 14, 27). La destruccion de la nacionalidad judaica coincide en efecto con la aparicion de una persona en el seno mismo de esa nacionalidad espirante, en la cual de tal modo concuerdan las predicciones de su venida y de tal manera las diferencias sobrepujan á esas predicciones por la nobleza y la sublimidad de sus rasgos, que sus enemigos mismos han enmudecido ante sus testimonios, cuando no han pretendido borrar su certeza histórica con gratuitas suposiciones y fantásticas *congeturas*.

Esa persona, que cierra el período histórico de la familia abrahámica para abarcar á la humanidad con su mirada y con su espíritu, es JESUS, hijo de José y de Maria, llamado el *Galileo* y el *Nazanero*. Jesus nos aparece siendo el *Cristo*, el *Mesias*, SALVADOR y REDENTOR del genero humano.

Como en Adam, la perversion del hombre afectó á la naturaleza del ser que era en Adam con sus condiciones ordinales, como de esa perversion no podian derivarse las cualidades del ser, sino tales como se habian pervertido, de ahí el que todos los hijos de Adam participasen esencial y formalmente de esa perversion. Aunque el espíritu como ser en sí es independiente de toda trasmision de la vitalidad, como para manifestarse no puede hacerlo sino con los elementos que le son adecuados, que son el alma

y el cuerpo, el espíritu del hombre desde la perversion de éste, quedó sujeto á una especie de turbacion implicita desde que su agente, el alma, perdió la pureza, la diafanidad, digámoslo así, por la cual el espíritu, compenetrándola, se reflejaba al exterior. El alma del hombre, más adherida desde entónces á la materia que al espíritu, en su trasmision ó trasfusión á otros seres, produciendo organismos distintos aunque semejantes, llevaba esa condicion de perversion ingénita, y no era posible que por los medios naturales de la generacion, un alma sola con un cuerpo pudiera siquiera permitir al espíritu recobrar la supremacia que en la tricotomía elemental le correspondia. Además de que el alma así degenerada, no pudiendo por sí elevarse á su regeneracion; porque por sí no es más que una fuerza subordinada á una causalidad, ni pudiendo tampoco por ella ni en ella encontrar esa causalidad, (el espíritu), el medio suficiente ni el instrumento adecuado para sus fines, el alma no era el elemento propio para producir ni para iniciar la reconciliacion con Dios, anhelada desde luego por el ser en Adam. El espíritu en Adam impulsando á la voluntad, quiso reconciliarse con Dios, pero la naturaleza del ser humano, ya degenerada en sus elementos constituyentes, *humanos*, no obedecia al espíritu, hallándose ya sujeta á la influencia del mal.

Si Jesus hubiera sido engendrado de otro hombre, su naturaleza puramente humana, siendo impotente por sí, nada hubiera conseguido en orden á su regeneracion; porque una cosa degenerada es incapaz, por sola esta cualidad, de hacerse aceptable como prenda de regeneracion. Por la generacion se trasmitia la perversion ya orgánica de los hijos de Adam; y siendo esa perversion la que tendia á borrarse por la accion redentora de Jesus, no pudiendo ser sustraída la naturaleza humana de la dominacion del mal en que voluntariamente habia caído, sino por una potestad superior á la causalidad del mal, la naturaleza humana de Jesus debia reunir condiciones de superioridad, que no podian adquirirse por los medios naturales de la generacion sexual. Por consiguiente, debiendo ser revestido de la naturaleza humana con su flaqueza ingénita, por ser en y con esa naturaleza por la que habia de operar su redencion, al propio tiempo que reunir condiciones superiores, que la dieran aptitud para

la aceptacion por Dios de su obra redentora, Jesus no provenia de la generacion sexual, y en este caso se hallaba exento de la falta de Adam. Es decir, su vida organica, su alma, no procedia, por transfusion, del alma que en Adam habia sido degenerada por el pecado; el alma de Jesus, procedia, exenta de esa trasmision y transfusion sexual, con la que se trasmitia la perversion original en el hombre, del alma universal, tal como existe latente envolviendo los organismos todos, absorbida y aglomerada en y por el alma de Maria. El alma de la madre de Jesus, Maria, purificada por gracia especial de la divinidad y por la accion incesante del espiritu, adherido libre y conscientemente á la voluntad de Dios, fué el germen de donde iba á brotar una nueva alma unida al alma universal y desprendida de los lazos con que á la carne venia estando sujeta el alma de los hombres. A esta alma, formada en Maria por *efusion* y no por *transfusion*, se unió desde luego el espiritu humano, simultáneamente con la *formacion del medio animico*, del instrumento por el cual el alma humana aparece individualizada, es decir, el sistema nervioso.

Y como el sistema nervioso es el resultado del organismo fisico, de la determinacion corpórea del ser, esta determinacion, formándose, fué el cuerpo de Jesus, engendrado en el seno de Maria por *creacion*, no por eyaculacion. Asi como el primer Adam fué formado del limo de la tierra, el postrer Adam fué formado de la sangre de una Virgen, *sin obra de varon*. Admitida la creacion para Adam, lo que es inevitable dentro de los términos de una racional discusion, como hemos venido observando, hay que admitir tambien la creacion para Jesus. Asi pues, el hijo de Maria fué concebido por ésta sin generacion sexual, y por ella y de su sustancia provenia de Adam: esto en cuanto á su naturaleza humana, pues en cuanto á la sobrehumana su procedencia no podia ser equívoca.

Viniendo como *Enviado* de Dios (Mesias) á luchar en el mundo con la causalidad absoluta del mal y con el propósito decidido de vencer á esta, destruyendo su imperio sobre el alma humana, no podia ménos de hallarse Jesus revestido de la alta cualidad que debia hacer de él un campeón fortísimo y esforzado, y esto sólo podia serlo como causalidad absoluta del bien: esto es, que la lucha

que por él iba á dar principio en el seno mismo de la humanidad, era la lucha del bien y del mal absolutos, en su influencia reciproca y mútua sobre el espíritu y la vida del hombre. Jesus, pues, no podia ménos de ser Dios, pues sólo la Divinidad es la causa absoluta del bien, y por debajo de la causa absoluta del mal no hay más que causalidades relativas, lo mismo que sobre la causalidad absoluta del mal no hay otras causalidades, pues de haberlas hubieran hecho imposible la inmediata invasión de la existencia absoluta, acto negativo en la causalidad del mal y que fué el motivo de su perversion absoluta. Dios, siendo el Verbo (véase sobre esta distincion lo que ántes hemos dicho), no descendia al mundo sensible, al mundo de la conciencia humana, á luchar por sí contra la causalidad del mal; porque de los ataques de ésta nada podia temer la existencia infinita y absoluta, sino que *descendió* para luchar *en* el hombre y *con* el hombre completo, íntegro, perfecto en cuando á la perfeccion humana correspondia, revistiéndose de los elementos tricotómicos de la humanidad, encarnándose, en fin, en el género humano, sólo para hacerle apto en el sacrificio expiatorio final, que se preparaba por la falta original cometida, valiéndose de la voluntad humana, y siendo su agente en la obra de la Redencion el albedrio, la libertad, la independencia del ser pensante.

Acceptando el Verbo la obra regeneradora del hombre y aceptándolo espontánea y libremente, consistiendo la esencia de la expiacion en la obediencia, en la sumision á la voluntad divina, como la perversion habia sido la desobediencia y la separacion de los caminos trazados por el Creador al hombre, tanto la libertad del Verbo como la libertad del hombre concurrían en Jesus para un solo y mismo objeto, constituyendo un solo individuo, una personalidad propia é independiente, aunque unidos permanente y eternamente el Verbo, siendo Dios y sin dejar de ser Dios, al hombre siendo hombre y sin dejar de ser hombre, tal como ha de trasformarse este gradualmente por la obra de la Redencion. Jesus era el Cristo, era y es el Verbo, sin separarse ya del hombre, no genérico, sino elemental, es decir, que no se separará del género humano, considerado como un ser único, sino que no se separará de los elementos individuales que consti-

tuyen cada hombre, espíritu, alma y cuerpo, ó sea del espíritu, alma y cuerpo con que se manifestó al mundo, y que por la victoria que consiguió *por ellos* contra el mal, son hoy el tipo á que tiende incesantemente el hombre mundano en el progresivo desarrollo del imperio mesiánico, imperio fundado por Jesus el Cristo, regido por él y gobernado visiblemente por sus mandatarios. Jesucristo, pues, fundó el reino de Dios, estableciendo á Dios como único soberano, anulando la prepotencia del mal absoluto, con someter á la voluntad divina todo lo que el hombre habia pretendido y pretende sojuzgar como soberano absoluto y absolutamente independiente. La voluntad del hombre desde Jesucristo se halla sometida al bien; pero sometida sin atentar á la integridad del hombre, respetando su libertad, siendo, pues, efecto de esa libertad, que se somete ó resiste, la lucha característica del reino mesiánico.

Es para algunos incomprendible esa lucha entre el bien y el mal absolutos, cuando el primero se propuso en la Redencion aniquilar el imperio del segundo; y es todavia más incomprendible que el hombre, despues de su regeneracion por Jesucristo, siendo el Verbo, y cómo tal Dios ó el bien absoluto el que la llevó á cumplido término, se encuentre hoy sosteniendo una lucha angustiosa, cuando ántes de su regeneracion la calma y la paz reinaban en su espíritu. Pero se comprenderá fácilmente lo incomprendible de estos fenómenos, teniendo en cuenta: 1.º Que siendo libre la causalidad absoluta del mal, y por lo tanto responsable de sus actos, la responsabilidad del acto de su separacion de Dios hubiera sido y seria ilusoria en el hecho mismo de haber sido aniquilada completamente por Dios, consistiendo su castigo en luchar por conseguir su fin perturbador sin llegar á su fin, ántes por el contrario sirviendo á pesar suyo la causa del bien. La causalidad absoluta del mal, juntamente con las causalidades puras (espíritus), y las causalidades subjetivas (hombres), que libremente se le unen, encuentran en esos conatos de penetrar lo impenetrable, de dominar lo que les domina, el tormento mayor que puede causárseles; no hay torcedor más horrible para la soberbia, que la conciencia de su propia humillacion. 2.º En cuanto á la lucha que Jesucristo empezó y legó á la sociedad hu-

mana regida por sus leyes y preceptos, esa lucha angustiada, concentrada en la conciencia del hombre, esa resistencia en los unos, esa vehemencia en los otros, la adhesión y la separación, que alternativamente y aun en confusión, mueve y agita al hombre en la presencia de Jesucristo como Rey y Redentor, como Juez y Salvador, esa lucha es el acto mismo de la regeneración, es su desarrollo, la manifestación de su potencia. El hombre, antes de la Redención, permanecía en un estado de abatimiento moral tan intenso, que á pesar de presentarse á su espíritu la verdad, la doctrina verdadera de su enaltecimiento moral é intelectual, á pesar de ser patentes á su inteligencia las leyes esenciales de su ser, leyes cuyas fórmulas se hallaban extendidas aun por el mundo pagano, á pesar de que la doctrina enseñada por Jesucristo era conocida antes de él, el hombre parecía hallarse bajo el peso de una fuerza indomable, de una presión inmensa, que no le dejaba aliento siquiera para desear salir de una abyección casi irracional en que el mundo antero-mesiánico permanecía. La fuerza bruta y la sensualidad grosera preponderaban en las instituciones sociales, en las religiosas, en la conciencia de los genios más eminentes. La lucha moral é intelectual no podía existir, cuando la voluntad y la inteligencia del hombre se hallaban sumidas en una impotencia casi absoluta. Contra esa postración y esa abyección vino primeramente á luchar el Verbo, revistiéndose de esa misma abyección y postración, para borrarla con su heroica resignación, de la conciencia humana, regenerada por su medio. La acción redentora se extendió hasta á modificar la naturaleza física del hombre, y esa modificación se realiza en el hombre por el dominio del espíritu, por la reintegración del ser humano en sus atributos intelectuales y morales, reintegración que es un efecto de la voluntad, que es consecuencia de la libertad, que es, en fin, el coronamiento de un edificio levantado por los esfuerzos de la conciencia moral libre y de la inteligencia independiente del hombre.

El Verbo, uniéndose al espíritu del hombre nacido de María, ni se confundía, ni anulaba á éste; porque existiendo unidos en una personalidad concreta, existían de la misma manera como permanecen existiendo los espíritus inferiores en el seno, digámoslo así, de los supe-

riores, sin confundirse ni anular su actividad é independencia relativas y reciprocas. Coincidian si en el medio de manifestacion sensible por medio de un solo y único organismo, lo que constituye la personalidad é individualidad de Jesucristo. Se manifestaban sensiblemente en el mundo sensible y corpóreo, por medio del agente propio y adecuado para la vitalidad, animalidad y actividad de la personalidad humana, agente que ya sabemos ser el alma, sin que la cualidad de *agente* implique más que la cualidad de fuerza vital, de fuerza orgánica. El Verbo por una parte, con manifestarse en *un punto de la materia*, como es el cuerpo humano de Jesucristo, no dejaba un vacío en la existencia Absoluta, que él era y sigue siendo; porque ya hemos dicho que todo espíritu, para manifestarse en el mundo corpóreo y moral, no se encierra en una cavidad restringida como el cerebro, sino que en su cualidad inextensa y compenetrante vive la vida del espíritu, es decir, es la existencia, que es en todo lo que comprende y abarca el ser, que es y sigue siendo inextenso fuera de la materia como en su union con la materia, union que no constituye sino un punto extenso, que es por el que se halla en contacto con la materia y se manifiesta en ella. El Verbo seguia siendo la inmensidad del ser, sin modificacion ni restriccion.

El espíritu humano de Jesucristo, adherido, juntamente con el Verbo, á la materia orgánica, por un alma procedente, no del alma orgánica, digámoslo así, que venia transmitiéndose por la humanidad, sino del alma universal, del fondo vital de la creacion viviente, se hallaba libre de esa perturbacion, de ese oscurecimiento de que ántes hemos hablado y que era y es efecto de la perversion del hombre en Adam, transmitida sustancialmente por la generacion. El alma de Jesucristo, diferente del alma de los demás hombres y como tal exenta de toda mancha, de toda imperfeccion sustancial, no era distinta tampoco del alma de cada uno de nosotros; de la misma manera que la luz de una bujia, que se ha encendido en la luz de otras bujias, es *diferente* de la luz eléctrica; pero no distinta de la luz, que existe latente, como fuerza física, en la naturaleza. Y así como la luz de una bujia, que procede de la de otra bujia, está en relaciones de intensidad con la sustancia combustible que la produce, así la luz eléctrica se

diferencia de la de la bujía, por lo que se diferencia de la sustancia combustible. En la una, el carbono unido á algunos cuerpos grasos, produce *la luz* de una manera: en la otra, el carbono cuanto más puro, como lo es el diamante, produce *la luz* de manera diferente, pero siempre siendo la luz.

El cuerpo de Jesucristo, sin embargo, *antes del acto* de la Redencion y *durante* la Redencion, era un cuerpo que procedía entera y completamente del cuerpo humano, sustancial y cualitativamente. En él y con él se hallaba sujeto á los dolores físicos, á las leyes plásticas de la materia viviente y orgánica; con él se hallaba revestido de nuestras mismas flaquezas y de nuestras mismas penas. En la carne era donde Jesucristo iba á librar la batalla decisiva; porque la terrible angustia, el dolor agudo, la muerte inmerecida y el fin más cruento, se le presentaban como prueba de su obediencia, de su sumision al plan mesiánico, aceptado por él como Verbo; pero sujeto á un desarrollo moral y práctico por la voluntad y la libertad humanas unidas al Verbo. El sacrificio sangriento de la carne y el angustioso y doliente del alma, que por su perversion original se hallaban bajo la influencia de la causalidad del mal, ese doble sacrificio, fué la pena final de expiacion por el pecado, que habia producido la separacion del hombre y de Dios, y por ese sacrificio, Dios se reconcilió con el hombre. La humanidad fué bendita en Jesucristo por el mérito expiatorio de su sangre, y el alma y la carne quedaron sujetas al dominio del espíritu.

El alma de Jesucristo, durante la muerte, desprendiéndose del organismo que habia animado, volviendo al fondo vital de donde procedía, extendió por la universalidad de la vida la fuerza inmensa que habia recobrado por la accion enérgica del espíritu, que habia vencido en la lucha, que por la carne y en la carne, la causalidad del mal le habia presentado, y en cuya lucha esta causalidad habia sido vencida. El alma de Jesucristo, esencial y sustancialmente divinizada, es decir, aceptable para su union con Dios, fué como el aura embalsamada, que extiende por la atmósfera el aroma de un vasto vergel, que aparece súbitamente sobre la faz de la tierra. Volviendo á animar el cuerpo de Jesucristo, llevada de la accion potente del espíritu humano, reintegrado en su potencia esencial, y por

el Verbo, que permanece unido en Jesucristo, siendo Jesucristo mismo, el alma de Jesucristo permanece siendo esa aura embalsamada, que destruye con su benéfica influencia, la influencia depravadora de la causalidad y causalidades del mal.

En esto, pues, consiste nuestra regeneracion.

Pero nuestra regeneracion tiene que ser libremente aceptada por nosotros; porque el espiritu del hombre, abierto como tiene el camino de su regeneracion, aún es libre de seguirle ó de separarse de él. Si le sigue ó le rehuye, con la conciencia de sus actos, su responsabilidad será mayor: si le sigue ó le rehuye, sin esa conciencia, como en el mundo no cristiano, no por eso estará exento de responsabilidad, siendo siempre la libertad la que obre directamente y complete nuestra regeneracion: Por eso la muerte de Jesucristo no fué el término absoluto, sino la iniciación de la reintegración de nuestro ser en sus atributos esenciales, reintegración que viene desarrollándose desde entónces en el seno de la humanidad, sirviéndonos de guía y reguladora la Iglesia, fundada con este objeto por Jesucristo, y constituyendo ese desarrollo el desarrollo incesante y progresivo del reino mesiánico, del reino de Dios.

Para poder comprender en toda la importancia que tiene esa agitacion característica del reino mesiánico, en medio de la cual la Iglesia católica aparece como una roca combatida incesantemente por el oleaje tumultuoso de las pasiones y de las ideas, es preciso que nos remontemos á la época en que Jesucristo cumplió su mision sobre la tierra. En este tiempo la ansiedad era general en el mundo. No era sólo el pueblo judío el que esperaba su Mesias, sino que los pueblos paganos veian próxima la edad en que los hombres todos serian felices, en la que no habria más que una lengua, una ley y un gobierno para todas las naciones. Renan empieza reconociéndolo así, y dedica todo un capítulo de su obra para bosquejarnos el cuadro que la humanidad presentaba en los tiempos en que Jesucristo vivía (1). Strauss, combatiendo uno de los sueños que vienen turbando la imaginacion de las sectas

---

(1) *Vie de Jésus*, chap. IV.

protéstantes, reconoce tambien, no sólo que el profetismo hebreo fué la antúnciación del advenimiento del Cristo, sino que el mundo griego y romano se hallaba igualmente preparados para ese advenimiento (1). Sólo que Strauss, atento siempre á herir el íntimo sentimiento religioso de sus contrarios, hace reaccionar el mundo pagano sobre el hebreo, para imponer á éste ciertos elementos del futuro mesianismo. «Sin Alejandro el grande, dice Strauss, no habria nada del Cristo;» asegurando con esto que la civilizaci6n griega en la época del héroe macedonio influyó poderosamente para que Jesus hallase en su pueblo bosquejado ya el carácter mesiánico, tal como podía ser aceptable para el mundo pagano. Pero el que confiesa, como Strauss lo hace, que en una época posterior á la de los Seleucidas, el pueblo hebreo rechazó con todas sus fuerzas y con una ruda energía el hellenismo, que pretendia imponerle Antioco (pág. 228), deja con esto mismo demostrado lo contrario de lo que afirma. Léjos de sufrir la civilizaci6n judaica esa presi6n de los extranjer0s, es ella la que se esfuerza por penetrar en lo más íntimo del corazón de las civilizaciones extrañas, como lo prueba en la misma época á que se refiere Strauss (140 ántes de J. C.), el hecho de haber sido desterrados de Roma por el pretor Hipatus, los judíos que allí residian y habian conseguido que una gran parte del pueblo romano aceptase sus creencias (2).

Esa preparaci6n del mundo pagano provenia de la acci6n incesante que sobre los demás pueblos habia venido ejerciendo desde remotisimos tiempos la civilizaci6n judaica, que hubo pasado ya su época más floreciente cuando los más antiguos de aquellos pudieron contar con sus primeros poetas, historiadores y filósofos (3). Pues hay

(1) *Nouvelle vie de Jesus*, tom. I, lib. I, §§ XXVII, XXVIII, XXIX.

(2) Véase sobre esta cuesti6n y sobre las fuentes que los primeros filósofos griegos, como Xenofanes, Pitágoras, etc., etc., juntamente Platon y Aristóteles, consultaron, y en las que tomaron lo esencial de su doctrina respectiva, la *Troisième et dernière Encyclopedie théologique*, par l'Abbé Migne, tom. 48, Introd., II, especialmente las notas 4, 5, 6, h, j, como igualmente Rohrbacher, *Hist. univ. de la Ig. cat.*, tomo II, lib. XX.

(3) Correspondencia entre las épocas históricas de los hebreos y las de las naciones más antiguas del occidente.

Homero vivió en el siglo x ántes de J. C. . . . . 1000

que tener en cuenta que los libros de Moisés desde la misma época de éste, y los libros de los Profetas, se explicaban públicamente en las sinagogas, siendo su doctrina difundida por el pueblo y no guardada en el secreto, ni rodeada de misterios. Se unía á esto el que las tradiciones de todos los pueblos gentiles tenían el propio origen que la hebrea, sólo que á contar desde el año 2000 ántes de J. C. (1), con poca diferencia, la idea primitiva del Dios creador y personal, conservada en los escritos hebreos, empezó á oscurecerse, declinando hácia la idolatría, idolatría que en su origen consistía en dar adoracion, juntamente con el Dios creador, á otros que eran personificación de los atributos del Eterno (2). Entre las teogonías

Hesiodo vivió en el VIII.	700
Anaximandro, filósofo, hácia el . . . . .	610
Thales. . . . .	600
Pitágoras. . . . .	584
Heraclito. . . . .	500
Herodoto, historiador. . . . .	440
Aristóteles. . . . .	447, 384
Platon. . . . .	450, 348
988. Año en que murió Salomon, cuyo reinado y el de su padre fueron el siglo de oro de la literatura hebrea.	
767. Primera dispersion del pueblo hebreo por Phul, rey de los asirios, y Theglathphalasar, rey de Asur; se establecen las primeras colonias hebreas en los países extraños á la Judea.	
717. Segunda dispersion por Salmanasar.	
606. Tercera dispersion por Neco en Egipto, y Nabucodonosor en Asiria y Persia, época de la cautividad en que no quedaron en Judea más gente que la precisa para labrar la tierra.	
568. Nabucodonosor se apodera de Egipto, de donde huyen los hebreos que se habian establecido, pasando á otros pueblos mas lejanos.	

En esta época se cierra el ciclo de los principales profetas, entre ellos Daniel, el profeta mesiánico por excelencia.

(1) Mattes, *Enciclc. Theol. cathol.* de Wetzer y Welte, tom. XV, 40. Véase tambien Rohrbacher, ob. cit., tom. I, lib. IV, 114, 115. Nuestros calculos nos ofrecen como la época más cierta en que empezó esta declinacion los años 2242-2212.

(2) El idólo que primero recibió nombre en Babilonia se llamó *Baal*, esto es, *el Señor* en absoluto; más tarde se le llamó *Bel* y *Belo*. Es de presumir que la idolatría consistiera al principio en ofrecer á la adoracion pública una imagen tallada en representacion de la Divinidad, en cuyo caso puede decirse que fué la sustitucion por el culto material de Dios, del espiritual, que exigió por entonces de Abraham, explicándose así por qué Moises insiste tanto en rechazar de su culto toda figura material de la Divinidad.

orientales, la que se remonta á más lejanos tiempos fué en su origen monoteísta pura (1). Las familias que iban separándose del tronco común por el que estaban unidas en creencias, producían á su vez otras hordas emigrantes que se alejaban todavía más; resultando que cuanto mayor era su alejamiento, más grande iba haciéndose la diferencia en los recuerdos que se trasmitían. De este modo se explica cómo en el Asia, reconocida como cuna del género humano, se hayan conservado las tradiciones primitivas con el sello particular theísta que les es propio, en tanto que en los demás países, cuanto más lejanos de estos centros, ménos espiritualistas son las religiones con que han aparecido posteriormente ante la historia. Podría decirse que cuanto más pronunciado es el carácter antropológico de las religiones paganas, más se hallan separados los pueblos que las profesen de la civilización primitiva de los hebreos, que es la más perfecta y más progresiva entre todas las que nos ofrece la historia de los pueblos orientales.

Jesucristo hallaba en efecto preparado el terreno para cumplir la misión que cumplió, y para fundar con sólidos cimientos el reino espiritual y moral que iba á fundar. Pero si esto es cierto, no lo es ménos el que la hostilidad que halló entre sus compatriotas, juntamente con la resistencia del mundo pagano á los esfuerzos de sus discípulos, fueron tanto más formidables cuanto más inesperado iba siendo el éxito que su predicación y la de su Iglesia obtenían. ¿A qué, pues, este contrasentido? Se ha hablado de las disposiciones benévolas de Tiberio hácia Jesucristo para deducir que á no ser por la aquiescencia del mundo romano, el cristianismo no hubiera salido de los límites de un sueño ó de una quimera. Y al decir esto se calla ó se olvida la persecución incesante de los cristianos, empezada por el bando fariseo en la Palestina y proseguida con rudo encarnizamiento por los Césares romanos y sus Procónsules, tan pronto como una asociación cristiana se formaba, por

(1) Véase la *profesión de fe de la India* expuesta á la Sociedad asiática de Londres en 1832 por el brahma Ram-Mohun-Roy, inserta en gran parte por Biornstierna, *Tableau politique et statistique de l'empire britannique dans l'Inde*, traduit par Baroncourt, 1842, chap. 2, 47, 57, 60.

insignificante que fuese, en las regiones sujetas á su imperio ó mando.

Hay que buscar en otra parte la causa de esa guerra que empezó y viene haciéndose á la idea cristiana. La causa proviene primeramente de las disposiciones en que la mayor parte de los hebreos se hallaban en cuanto se referia á la persona de Jesucristo. El Mesias que esperaban las diferentes fracciones políticas, sobre todo la de los fariseos, que creían habia de servirles para sus planes de dominación terrena, explicaban ó comprendían las profecías mesiánicas de una manera especial para cada grupo, segun sus propios intereses lo requerían. Pero Jesucristo apareció en circunstancias tan diferentes á como ellos le habían esperado, su pobreza y humildad se avenían tan mal con el carácter arrogante y guerrero con que le esperaban ver, su celo ardiente por la ley de Dios que habían desnaturalizado, su elevada elocuencia, su independiente conducta, se les presentaba tan contrario á sus designios, que no pudieron ver en él la verdad que se les manifestaba y le rechazaron de una manera ruda. La clase más ilustrada de los rabbis, había también ideado en su fantasía la figura especial del Mesias, pues como Philon nos lo dice, se esperaba por ellos al Mesias como un Dios apareciendo entre los hombres bajo la forma humana, pero una forma sobrenatural, visible sólo para los judíos é invisible para los demás hombres. Para los hebreos de la sinagoga, dados á las especulaciones metafísicas, para los filósofos hebreos en fin, Jesucristo con sus sufrimientos y su muerte, no podía ser el que habría podido quebrantar la vanidad de la ciencia, ni un ignorante como él, que no sabía nada de lengua griega, ni de política ni de historia, como M. Renan nos lo prueba con sin igual seriedad, habría podido convencer de error á los más grandes sabios entre los hebreos.

De ahí procede el que despues de haber visto en Jesucristo, y en los sucesos inmediatamente posteriores, el cumplimiento indudable de las profecías, con el fin de dejar á salvo su reputación de previsión y sabiduría, dieron principio á la alteración y falsificación de las revelaciones del Antiguo Testamento (1), propalando que el Me-

---

(1) Se sabe que uno de los motivos que movieron á Orígenes y á

sías había ya aparecido, pero que permanecía oculto á causa de los vicios del pueblo ó por otros motivos. Los rabinos subsiguientes añadian que era necesario distinguir dos épocas: una en la que el Mesías *habría podido* aparecer, la otra en la que *tenía* que aparecer; que la una había pasado sin duda, y la otra era la que debía venir: otros decían que el Mesías parecería dos veces; la primera vez humilde y oculto, la segunda en su grandeza y majestad; que la primera aparición había tenido lugar, y que la segunda era la que debía esperarse. Los doctores judíos más ingenuos confiesan hoy, sin embargo, que todos los tiempos señalados para la venida del Mesías habían pasado, añadiendo con resignación que no podía saberse por qué Dios no había cumplido su palabra (1). Semejantes de-claraciones y opiniones sirven de fundamento hoy á una

presentación tan contrario á sus designios, que los rabinos no pudieran haberse dado cuenta de su conducta, si no por la ley de Dios que habian de cumplir. Este es el motivo por el que los rabinos no pudieron haberse dado cuenta de su conducta, si no por la ley de Dios que habian de cumplir.

San Jerónimo, á emprender la obra crítica de la restauración del texto auténtico y legítimo de los libros del Antiguo Testamento, sobre todo los de los Profetas, fué el que los judíos, valiéndose de la superioridad que les daba la posesión de esos libros originales sobre la traducción griega de los *Setenta*, de la que se servían los primeros apologistas cristianos, alteraban el sentido de los pasajes que éstos atribuían al Cristo, acusando á los apóstoles y los discípulos inmediatos de éstos de falsificar el texto de las Escrituras. Orígenes y San Jerónimo restablecieron el texto genuino, literal y doctrinal, viéndose entonces que los que habían venido alterándole habían sido los judíos. Pues bien, á pesar de esto, Strauss, haciéndose eco de lo que Celso había dicho con relación á las alteraciones que los sectarios gnósticos, los ebionitas y otros, separados de la legítima comunión apostólica, habían introducido en los Evangelios, haciéndolo extensivo Strauss al Antiguo Testamento y constituyéndose en representante del judaísmo primitivo, dice que durante la lucha entablada entre unos y otros, los cristianos falsificaron la traducción griega (de los *Setenta*) del Antiguo Testamento, á fin de procurarse textos contra los judíos..... Cuando estos decían que ciertos pasajes no existían en su texto hebreo, siendo interpolaciones hechas por los cristianos, los Padres de la Iglesia, dice Strauss con grande aplomo, tuvieron la osadía ó la inocencia de devolver la acusación contra los judíos, diciendo habían sido éstos los que malevolamente habían hecho desaparecer los pasajes mesiánicos de sus libros. *Nouv. de Vie de Jésus*, t. I, Int. 54 y 55. Strauss aquí procede con extrema diligencia, como podrán ver nuestros lectores cuando tratemos más por extenso la cuestión en el curso de esta obra.

(1) Calmet, *Dissert. de caract. Messie*, t. II. Schroeder, *Proposiciones y usos del judaísmo talmúdico-rabínico*. Bremen, 1831, 432, 450, en Mattes, *Etich. theol. cath.* de Wetzer y Welte, XV, 58. (1)

parte del anticristianismo para combatir el carácter mesiánico de Jesucristo.

Además de esto, el mundo pagano ofrecía á Jesus tambien una gran fuerza de resistencia á causa de las tradiciones y revelaciones gentílicas, y más que todo por el carácter puramente negativo de las ciencias naturales y físicas, tales como en su estado rudimentario las poseian los pueblos idólatras, principalmente en la Grecia y Roma. Respecto del origen del hombre, la doctrina que nos expone Horacio (*Satyrar.*, lib. I, sat. 3) es la de que los primeros seres humanos, como todos los brutos, habian salido de las entrañas de la tierra, no siendo entónces más que un *rebaño* mudo é inmundo privado de la razon y de la palabra. Por un puñado de bellotas se hacian reciprocamente la guerra, guerra reducida á arañazos y puñetazos, poco despues con palos y luego con armas artísticamente fabricadas. Dadas á los goces propios de las bestias bravas, se disputaban entre ellos la hembra, arrancándosela unos á otros por la fuerza. .... Hasta aquí Horacio, cuyas palabras se han reproducido hoy con la circunstancia agravante de no haber servido de nada el progreso continuado de la ciencia, ni el respeto que á su sexo debia guardar quien, *guerreando* tambien contra el cristianismo, afirma que el desarrollo y perfeccionamiento de la humanidad tiene lugar por medio de la *lucha perenne que sostienen los machos* (hombres) *por la posesion de las hembras*. (1)

Aunque podria Horacio, escribiendo una sátira, mofarse asi de tan absurdas teorías, Ciceron, con la gravedad y la cultura que le distinguen entre los escritores de la época de Jesucristo, lo corroboró (*De Invent.*, I), afirmando que hubo un tiempo, en que los hombres vivian errantes por las selvas del mismo modo que los brutos, alimentándose de los propios manjares que las bestias feroces, no profesando religion divina ninguna, ni observando ninguna ley moral, ni reconociendo ningun deber. .... M. Littré, que forma en las filas donde se confunden Renan y Strauss,

(1) Nuestros lectores no querrán creer lo que decimos, pero las palabras que copiamos pueden verlas textuales en Ch. Darwin, *Del origen de las especies*, p. 125 y 126, en la nota del traductor francés.

se hace hoy eco de semejantes doctrinas, asegurando que el fetiquismo fué el primer resultado producido en las sociedades primitivas por el progresivo desarrollo de la humanidad naciente (1). Horacio y Ciceron hacen el resumen de todo lo que las ciencias físicas y naturales enseñaban entónces, tal como los sabios más eminentes lo profesaban y creían. Pero como semejantes doctrinas provenían de la civilizacion griega, de la que directamente se derivaba la romana, preciso es que veamos cuáles eran las teorías científicas que al mundo sabio de entónces ofrecían los filósofos griegos. Por la escuela pitagórica, cuya afinidad con la Cábala de los hebreos es manifiesta, se enseñaba que el agente inmediato y simple de la fuerza universal era el fuego etéreo (Vestá): el recipiente simple y universal de esta fuerza era el espacio infinito (Olimpo), y el fuego etéreo central, revelador del espíritu ordenador del mundo divino, se revelaba á su vez en el fuego sidéral, en los astros, en el sol, puesto de observacion de Júpiter, principio de vida y de calor en la naturaleza y en las almas humanas (2). El Dios del mundo y del universo, segun Pitágoras, no era otro que el Fatum (Hado) que gobierna, dirige, determina inflexiblemente todas las cosas. El universo, decia Heráclito, ha sido y será siempre un fuego viviente, eterno, *inteligente*, encendiéndose y apagándose conforme á leyes *ciertas y determinadas*. Platon enseñaba que todo lo que existe es idea ó materia ó fenómeno sensible nacido de su union. La ciencia de los primeros principios, decia Aristóteles, es la ciencia universal del ser; en tanto que ser; pero el ser no es el accidente ni la verdad: el accidente es un resultado pasajero del azar, la verdad es una relacion de un estado del pensamiento. El Dios de Platon era el mismo que el de Pitágoras con alguna independencía; pero el Dios de Aristóteles no era más que una abstraccion: *el pensamiento y el ser no hacen más que uno*, es decir, que la inteligencia humana era el ser único y absoluto. Para la escuela del Pórtico, Dios era la

(1) Int. á la *Vie de Jesus*, por Strauss, p. XVI, XXVIII.

(2) Esta teoría ha sido reproducida al principio de este siglo por Alix, *Théorie del universe*, y en la actualidad por Mayer y Deherain, *Les progrès des sciences en 1864*, p. 27, 59.

fuerza general de la naturaleza, unida á esta como el alma lo está al cuerpo; porque el hombre es imágen del mundo, es el mundo en compendio, el *microcosmo* en relacion con el *macrocosmo*: y como el alma y el cuerpo que no hacen más que uno, no son sin embargo la misma cosa, así el alma del mundo es diferente del mundo corporal, inerte por sí mismo y vivificado por aquella. Los eleatas, con Parménides, afirmaban que sólo lo universal *es y puede ser*, y que la existencia individual no era más que una ilusión de los sentidos, una ficción, una mentira. La escuela jónica proclamaba (610) que todo es uno, y este uno es al mismo tiempo todo (teoría de la Cábala), este uno es lo Infinito, principio de todo: en este uno imperecedero é invariable se hallan originariamente todas las cosas en érgimen: este ser primordial es de una naturaleza material; término medio entre el agua y el aire ó entre el fuego y el aire, ó más bien siendo una mezcla de elementos diferentes. «Para Epicuro (357-270), la idea de Dios es relegada al olvido entre los fantasmas de la imaginación humana, de la que es necesario dejar subsistir el nombre para no herir las opiniones del vulgo, pero que el sabio debe esforzarse en olvidar como una preocupación de la infancia que turba su reposo y felicidad. Ante semejante declaración nos hallamos con M. Renan, que inadvertidamente, sin duda, la reproduce en nuestros días. «La palabra Dios, dice Renan, se halla en posesión de los respetos de la humanidad, y encontrándose además empleada en muy bellas poesías, sería trastornar todos los elementos del lenguaje *si se la abandonara desde luego* (1).» Por lo demás, siendo Epicuro el representante de la *sabiduría griega* más inmediato á Jesucristo, en él se concentraba la vitalidad y la energía de la civilización helénica, siendo el representante de la generación filosófica más en contacto con la generación cristiana. Epicuro fué el que reproduciendo las opiniones de Leucipo y Demócrito, echó los cimientos del materialismo estricto, enseñando que el mundo ha nacido de la reunión fortuita de una multitud infinita de corpúsculos materiales ó de átomos semejantes

(1) *Etudes d'hist. relig.*, p. 418, ed. in 8.<sup>o</sup>

por la cualidad, indivisibles, flotando en el espacio vacío, que es infinito (1). ni se erudimon lo suproq; oqone ls stze ol  
 Jesucristo, pues, tenía delante de sí al mundo moral é intelectual lleno de desorden y desconcertado. Representante y autor á la vez de una doctrina que abarcaba en su unidad al género humano por completo, tenía que empezar á luchar con las tinieblas, en que ideas tan diversas y contrarias envolvían al hombre. Durante los tres años de su vida pública, fueron pocos lo que se apérecibieron de la grande agitacion que se preparaba en los espíritus; pero ya lo anunció desde el principio de su predicacion. *No vine al mundo para poner paz, decía á sus discipulos, sino guerra; preparaos, pues, á luchar con valor y firmeza.* Y en efecto, no bien dieron principio los Apóstoles á la obra que Jesucristo les dejó encomendada, quando las primeras dificultades surgieron y las primeras trincheras fueron atacadas.

Durante el primer periodo de la edad apostólica, lo que pretendieron las sectas judaicas fué reprimir y abogar la creencia naciente, por medio de la persecucion y de las amenazas. No pudiendo conseguirlo y siendo difícil resistir á la fuerza de expansion que ésta tenía, los hebreos dados á las elucubraciones metafísicas de la Cábala, á la vez que impregnados del filosofismo helénico, haciéndose cristianos, pretendian por lo ménos tener parte en la elaboración, como dice Renan, de las ideas nuevamente proclamadas y extendidas. Léjos de venir á reconocer como superiores en la enseñanza á unos pobres pescadores,

del mundo se la abandonaron desde luego (1). Por lo

demás, siendo Epicuro el representante de la soberbia (1). Con una habilidad que honra á su genio, Strauss coloca á Epicuro al lado mismo de Jesús. Epicuro, dice el doctor alemán, recomendando la misericordia y la conciliacion: la máxima epicúrea, que un beneficio concedido es más agradable que un beneficio recibido, *no difiere en nada de esta palabra de Jesús: que se siente más gozo en dar que en recibir.* *Nouvelle Vie de Jésus*, t. I, lib. I, 245. Pero esta concordancia de los dos nombres la resuelve uno de los traductores (con autorización del autor) de esta obra de Strauss, proclamando que «no es la abnegacion (cristiana), sino la voluptuosidad (epicureismo) la que se debe predicar: no rehuyas, dice este correligionario de Renan y de Strauss, no rehuyas los placeres que florecen sobre tu camino, acógelos; esto no es un crimen, sino un deber: si tienen perfumes son para tí.» Ch. Dollfus, *Etudes philosoph.* Nuestros lectores pueden suponer á dónde tienden á conducirnos estos autores con sus grandes trabajos críticos.

(1) *Etudes d'hist. relig.*, p. 218. 64.

gente ignorante y rústica, y la vanidad de la ciencia re-  
traía á los más, prefiriendo la *invencion* de sus hipótesis  
propias y personales, á la admision de la realidad his-  
tórica y doctrinal que los discípulos inmediatos del Cristo,  
autorizados por él, anunciaban y testificaban. De este  
movimiento retropulsivo en los ánimos de los conversos,  
que contaban con una educación literaria superior, tuvie-  
ron origen las principales doctrinas heréticas (contrarias á  
la verdad de que eran depositarios los Apóstoles y disci-  
pulos) en lo relativo á la persona y á la doctrina de Jesu-  
cristo. *na á ólyev et oibem na tor y ollu oib oib oib oib oib*

La *gnosis*, basada sobre los principios de la Cábala y de  
la filosofía griega, profesada en parte por los judíos hele-  
nistas (Philon), se presentó como una mezcla de las ideas  
orientales y cristianas, á explicar estas últimas de un  
modo arbitrario y puramente filosófico. De su escuela sa-  
lieron Menandro, Saturnino, Basilides, Carpócrato, y prin-  
cipalmente Cerdon (142), Marcion (100—160), Manés (277)  
y Valentin (150). *ib awal á oib oib oib oib oib oib oib oib*

Para estos sectarios, Jesucristo era hijo de Dios, infini-  
tamente superior al Creador del mundo (Cosmocrator),  
pero apareciendo en el mundo *bajo la forma humana, no  
se hizo carne, no tomó la naturaleza humana*. San Jus-  
tino (1), San Ireneo (2), y Tertuliano (3), combatieron á  
Cerdon y Marcion; y á Manés (la pasión de Cristo, decía,  
y su crucifixion no fueron reales sino aparentes), San Agus-  
tín y San Archelao (4); á Valentin, San Ireneo, Tertulia-  
no, Clemente de Alejandría, San Juan Damasceno y San  
Epifanio (5). *oib oib oib oib oib oib oib oib oib oib oib*

Si la ciencia de estos gnósticos se inclinaba más á la  
segunda. De todos modos, consintiendo en la república  
de las ciencias naturales, ó sea en el materialismo gnóstico.

- (1) Apól. I, 26.  
(2) Adv. Hæres. II, c. 27.  
(3) Adv. Marcion, I, l. c. 15.  
(4) Opp. S. August., ed. Maur., t. VIII.—S. Archelao, *Acta dis-  
put. contra Man.*  
(5) Iræn., l. 2, c. 20; l. 1, c. 5.—Tert., *De præscrip.*, c. 7.—Clem-  
Alex., *Strom.*, l. 2, c. 2.—S. Aug., *De hæres.*, c. 51.—Damasçen., *De hæres.*,  
c. 37.—S. Epiph., *Hæres.*, 51.

El abate Rohrbacher hace derivar de las teogonias griegas el  
sistema gnóstico de Valentin; pero nosotros creemos se adapta más á  
la de la Cábala, tal como se halla expuesta en los libros rabinicos  
Sohar y Jezirah. *oib oib oib oib oib oib oib oib oib oib oib*

Cábala, la de Cerintho, contemporáneo de los Apóstoles, y el primer gnóstico conocido, tendia más al racionalismo griego.

Decia que Jesus habia nacido de José y de Maria como los demás hombres; pero que les habia excedido en prudencia y en justicia; que al ser bautizado se unió á él por primera vez el Eon, al que llamaba el *Cristo*, idéntico con el Espíritu Santo (pneuma agion), é hijo único de Dios: descendiendo éste bajo la figura de una paloma, le reveló el conocimiento del Padre, el cual hasta entónces habia permanecido oculto, y por su medio le reveló á su vez á los hombres. — Sólo por la virtud del *Cristo*, habia podido *Jesus* hacer los milagros: *Jesus* unido al *Cristo* fué perseguido y condenado á muerte; pero entónces el *Cristo* se separó de *Jesus*, siendo éste únicamente el que murió, y resucitó (1). Tal era la extravagante combinacion ideada por Cerintho, en la que se ve al lado de lo divino, aparecer lo humano con una separacion completa: era el género filosófico griego despojando á *Jesus* de su aureola celeste, y el rabbi formalista de la sinagoga envolviendo la naturaleza humana del *Cristo* en las sómbrias regiones del simbolismo cabalístico.

Separadamente de estos, el que tiene más importancia sin duda alguna en la crisis por que hoy está pasando Europa, es el médico Celso, sapientísimo pagano, que combatió abierta y resueltamente el cristianismo naciente y vivió hacia los años 117-160. Para los más, Celso era epicúreo; pero Hefelé, haciéndose cargo de algunas frases de Origenes, cree era ecléctico, aunque por la época en que vivió hace sospechar que fuese más lo primero que lo segundo. De todos modos, constituyéndose en representante de las ciencias naturales, ó sea del naturalismo estricto, que es la fase distintiva tambien del anticristianismo moderno, combate la idea cristiana refiriéndose á su causa, es decir, al mismo Jesucristo, haciéndolo bajo dos aspectos. Por el primero intenta demostrar que el Mesías esperado y descrito por los judíos sus coetáneos, no correspondia exactamente á la persona de *Jesus*, y por lo tanto

(1) Pluquet y Perrodil. — *Mémoires pour servir à l'histoire des égarements de l'esprit humain*, t. I, p. 345.

que no era cierto fuese éste el verdadero y legítimo Mesías. Después de esto, consideraba el carácter y naturaleza de Jesucristo tales como los Evangelistas le presentaban, comparando sus atributos y cualidades con la idea que de la Divinidad daban las sectas filosóficas paganas, para concluir que la idea del Mesías Redentor y la del Verbo hecho carne, eran ideas absurdas, que repugnaba la razón y rechazaba la filosofía. «¿Por qué causa ha huido Jesús á Egipto? preguntaba Celso. ¿Por huir de la muerte? ¿Puede un Dios abrigar el temor de la muerte? ¿Un Dios verse obligado á ocultarse con sus discípulos, añadir, y á andar errante por las poblaciones de Galilea y Judea!» «¿Cómo os atreveis, decía á los cristianos, como os atreveis á llamar el Verbo de Dios á un hombre azotado y crucificado?... Esa sangre que se derramaba en un patíbulo afrentoso, ¿puede ser la sangre de un Dios?» La obra de Celso permaneció cerca de un siglo sin que ninguno la refutara, hasta que Orígenes lo hizo, de manera, que los que hoy se extasian ante la fuerza lógica de Celso, como le sucede á Larroque y á Renán, pueden ver cumplidamente destruida esa lógica robusta por el infatigable apologista y crítico cristiano.

Y en efecto, aparte de las razones con que Orígenes le combate, sería necesario que Celso hubiera empezado por demostrar la prioridad de las sectas filosóficas del paganismo sobre la doctrina revelada, y después la mayor excelencia, la más grande racionalidad de la ciencia hipotética de Epicuro, por ejemplo, y si se quiere de Platón mismo, sobre la ciencia de Dios, del mundo y del hombre que el cristianismo exponía. Lejos de eso, Celso partía del convencimiento de que la filosofía griega era la única original, el único producto de la *razón progresiva* del hombre, y la expresión más elevada de la verdad y de la realidad. Y le era necesario, ecléctico y todo como se le supone por algunos, haber combinado los diferentes sistemas, de manera que no ofrecieran entre sí contradicción ninguna, como sucedía con el cristianismo, que tenía sobre aquéllos esta ventaja. El origen del mundo, tal como Hesíodo le exponía, y el origen del hombre, tal como Horacio y Cicerón le habían copiado de los griegos, no eran más que imágenes groseras, pobres rapsodias de la verdad que el cristianismo enseñaba. Por eso el libro

escrito por Celso, por más que hoy se reproduzcan sus argumentos, no puede, como no pudo, reanimar el paganism; porque la ciencia pagana, tal como se pugna por conseguir su preponderancia, se encierra toda ella en el cerebro del hombre, en tanto que la ciencia que brota y se desarrolla y progresa en el seno del cristianismo, es la ciencia de la humanidad entera, ciencia que tiene por trono el mundo y por asiento la poderosa mano de la Providencia.

La lucha que el cristianismo sostenia con los gnósticos y los paganos, no era sin embargo tan peligrosa como la que se veía obligado á sostener con los enemigos que se levantaban en su propio seno. Los gnósticos alejandrinos y los filósofos paganos le combatian con sus armas peculiares, y harto se sabia que las nebulosidades simbólicas de Oriente, como la antropología y el naturalismo de Occidente, juntos ó separados, nada sólido ofrecían para poder fundar una sociedad nueva ni regenerar la antigua. Pero los que con rara sagacidad envolvian las opiniones más extrañas y más contrarias á la doctrina y á la misión del Cristo, en la esencia y la forma de esa misma doctrina, y se hallaban revestidos del sagrado ministerio de enseñarla con autoridad apostólica, eran los más terribles adversarios. La Iglesia católica venia sordamente agitándose, atravesando el difícil periodo de sus persecuciones, por el choque incesante de las ideas; siendo ella y por ella por lo que las inteligencias se levantaban, y el pensamiento del hombre se enaltecia. Y cuando la paz le fué concedida, cuando pudo reconcentrarse en sí toda su vitalidad y energía, esa agitacion se mostró con toda su potencia, segregándose de ella como un foco de podredumbre, no sin grandes disturbios, del astuto y sutil *arrianismo*.

A consecuencia de no haber sido elegido obispo de Alejandria, Arrio se propuso suscitar todo género de dificultades á su competidor Alejandro, eligiendo para ello una ocasion solemne y una materia por demás delicada. Tomando en su sentido material las palabras *Hijo y engendrado*, de que la Iglesia se servia para expresar las relaciones de sumision libre y voluntaria del Verbo y la procedencia suya de la esencia infinita, que se llamaba *sustancia*, Arrio decia que no habiendo sido engendrado el

Padre y si el Hijo, no existiendo además de la sustancia del Padre otra de que pudiera proceder el Hijo, estableciéndose por la voz *engendrado* una diferencia radical entre la sustancia del uno y la del otro, el Hijo debía haber sido engendrado por Dios de *la nada*, es decir, que el Hijo había sido *creado*: así el Hijo, proseguía Arrio, no siendo más que una obra, un producto, se halla colocado en el rango de toda criatura; su bondad no es por consiguiente esencial, siéndole sólo comunicada y por lo tanto variable: no es por su libre y propia determinación bueno, ni ha permanecido siendo bueno, sino que él quiere y puede, como el hombre, inclinarse al mal: sin embargo, como Dios sabía con antelación que sería de hecho, *de facto*, bueno, le concedió el honor por anticipación de nombrarle el Logos, su Hijo, elevándole sobre todas las demás criaturas.

Como se ve, Arrio había elegido con suma habilidad una cuestión difícil para trastornar todo el conjunto de la dogmática cristiana. Y eran tanto mayores las dificultades que sus conclusiones creaban, cuanto ménos desarrollada y extendida se hallaba entonces la ciencia teológica y más desprevenidos se encontraban todos. Sin embargo, el daño podía haber sido mayor, si la doctrina de Arrio se hubiera propalado ocultamente, cuando la Iglesia hubiera seguido siendo perseguida y no hubiera podido oponer un remedio universal tan pronto como se apercibió del peligro. Ciertamente es que en los tiempos de la más recia persecucion no habían faltado celosos y elocuentes defensores de la verdad, que habían cortado el mal en su raíz siempre que había amenazado; pero en la ocasión que tratamos variaban por completo las circunstancias. La polémica arriana había empezado siendo un arma hostil y personal para su iniciador, y concluido por servir de lema á un partido astuto, que contando con el favor del poder político, brindaba con elevados puestos y honores á sus adherentes. El Imperio empezó sus relaciones con la Iglesia sirviendo de poderoso medio para prolongar los disturbios, para profundizar las heridas y dividir los ánimos; así es que el arrianismo, aun despues de resuelta dogmática y científicamente la cuestión que le motivaba y continuó, sirviendo de medio de lucro á la sombra de las inmunidades imperiales.

si Considerése como se considere á esta secta, siempre se verá en su doctrina el efecto de una alucinacion, excusable ántes de la declaracion del concilio de Nicea (325) por la vaguedad con que podian entenderse las palabras que la servian de tema; pero inexcusable despues de las aclaraciones é ilustraciones de los Padres del concilio y de los defensores del dogma cristiano. Arrio tomaba en su rigor material la palabra *sustancia*, atribuyendo á la sustancia divina las mismas propiedades que á la sustancia tangible, corpórea, del mundo sensible. Entendia la generacion del Verbo como una operacion fisica, cuyo sentido no podian tener las palabras de San Juan Bautista refiriéndose á Jesueristo (*San Juan*, I, 15; 27), porque el Bautista partia de *su origen*, de su *generacion* fisica para dar á entender que Jesus *era ántes* que él, diciendo que habia sido *engendrado* ántes, cuya frase implica un atributo de prioridad y no de uniformidad y sustancialidad. Arrio además parecia aplicar el pasaje de San Lúcas, I, 35, en que el Angel de la Anunciacion dice á Maria que el ser que concebirá y parirá será llamado Hijo de Dios, al origen del Verbo, que era el que se encarnaba, y que constituyendo con él ser engendrado de Dios en el seno de Maria una sola persona, no podia ya separarse, ni dividirse, ni ménos sufrir la trasformacion de esencia divina á sustancia humana engendada, que Arrio, inadvertidamente sin duda, tendia á producir.

Los defensores de la eternidad del Verbo y los mismos Padres del concilio de Nicea, adoptando las frases *engendrado* y *consustancial*, de que los arrianos se servian para sus distinciones y argumentos, las explicaron debida y cumplidamente, de acuerdo en un todo con la doctrina enseñada por los discípulos de Jesus y por Jesus mismo. Se entiende que el Verbo fué *engendrado*, no en el sentido de una separacion tangible; de una division sustancial; ni de una efusion esencial del Padre, sino en el de no tener una procedencia distinta del Padre; y se entiende que es *consustancial*, no en el sentido de ser una sustancia extensa unida por combinacion ó aleacion, sino en el de no ser de una sustancia distinta ni diferente, superior ni inferior. La ciencia del Verbo, como sucintamente la hemos expuesto ántes de ahora, da como origen del Verbo, como su *generacion eterna*, el momento en que la Divinidad *creó*

en su seno todas las cosas: el *seno* de la Divinidad en el que todas las cosas existen y son, es una parte de la Inmensidad y de lo Infinito, sin dejar de ser lo Infinito y lo Inmenso; es, en fin, el Verbo eterno de Dios, su sabiduría, su voluntad, su palabra, tal como es la esencia divina que *rige y gobierna* el mundo y se *revela*, se manifiesta al mundo.

Hemos hablado de concilios y de sus definiciones, y es necesario que investiguemos su naturaleza, supuesto que en nuestros días se ha venido propalando que la Iglesia católica ha adulterado con ellos la doctrina primitiva del Cristo, á la que nos quieren hacer volver los protestantes primero y despues los filósofos y racionalistas, entre ellos Strauss y Renan. Sabido es, que el concilio es una congregación de obispos, en la que se deciden las controversias y se resuelven las dudas que provienen de la diferente inteligencia individual de algunas frases ó textos de la Escritura. Es un medio de gobierno practicado por los Apóstoles y seguido constantemente por sus inmediatos sucesores, con el cual cesan de comun acuerdo las diferencias, y se define, amplia y fija definitivamente la opinion ó doctrina que se debe creer está conforme con la enseñanza, el objeto y la obra del Cristo. La base de sus decisiones, que abarcan el dogma, la moral y la disciplina, se halla en la *Tradicion*, esto es, en lo que universal y constantemente se ha tenido como procedente de Jesucristo, por conducto de sus discipulos, los discipulos legitimos, verdaderos, reconocidos y tenidos como tales por la generalidad de las Iglesias cristianas. La enseñanza del Cristo ha sido transmitida por sus discipulos de dos maneras diferentes: 1.ª por escritos redactados directamente por si ó por personas de su intima confianza; 2.ª por la predicacion oral, por la palabra, fijada luego por escrito por los que de ellos la aprendieron y oyeron, y permanecieron fieles á su doctrina.

Respecto de la primera, se han extrañado algunos modernos y antiguos *ingenios* que Jesucristo no prescribiese á sus Apóstoles que fijaran por escrito sus actos y su doctrina, ó no lo hiciese él con la debida anticipacion, con el fin de evitar en lo sucesivo toda alteracion y adulteracion. Pero lo que fuera de extrañar es que Jesucristo hubiera prescrito eso á sus Apóstoles, pues esto nos *indica*

ria hoy, que cuando á Jesús le hubieran merecido tan poca confianza sus discípulos más inmediatos, ménos podían haberla ofrecido á la sociedad cristiana. Lejos de eso, Jesucristo les confiere *toda potestad* en la tierra, les deja en una libertad casi absoluta, y aunque reconoce en ellos una capacidad limitada (*San Juan*, XVI, 12), les inspira tan extraordinaria confianza en si mismos, que hasta les llega á advertir que no mediten ni piensen lo que han de decir, sino que *hablen* solamente, en la seguridad de que lo que hablen será de Dios y no del mundo, *será la verdad, toda la verdad* (*San Marcos*, XIII, 11; *San Juan*, XVI, 13, 14). Y es porque les entregaba y ellos se entregaban á la acción inmediata del Espíritu de Dios, del Espíritu Santo, y porque Jesucristo mismo les asistiría, para la prosecución de la obra mesiánica que él habia inaugurado.

Así pues, los Apóstoles enseñaban y obraban adoptando los medios que creían más eficaces para su objeto. Al principio, cuando se dirigian á las pequeñas muchedumbres reunidas en un solo lugar, la palabra les bastaba; pero cuando el círculo de acción venia á serles más extenso, cuando tenían que vigilar de cerca y de lejos á gentes frágiles en la fe, dados á novedades ó propensas á creer fácilmente á los falsos apóstoles y á los discípulos expúreos, la viva voz no les bastaba y tenían que consignar por escrito su doctrina, con encargo expreso de que la guardaran y conservarían cuidadosamente. De modo que los discípulos de Jesús usaban la palabra para la enseñanza personal é inmediata, y la escritura para la enseñanza general de los fieles extendidos por lejanas regiones. Al ver aproximarse su muerte, ante las eventualidades que pudieran surgir de las persecuciones de que eran objeto, y por su voluntad propia, movida é instigada por el Espíritu divino, su primer cuidado debió ser necesariamente dejar consignado por escrito un testimonio auténtico y legitimo de la doctrina y de la obra de Jesucristo; supuesto que no ejerciéndose sobre todos los fieles la acción eficaz del Espíritu Santo, el desorden sería grande si no legaban á las Iglesias fundadas por ellos, ese testimonio escrito como base fija y segura del edificio cristiano.

Unos de los Apóstoles lo hicieron así, y otros, ó no lo

hicieron, ó en caso de hacerlo, sus escritos no se conservaron, ó concordaban de tal manera con los de los Apóstoles más autorizados, que venían por ello, á ser simples reproducciones y como tal innecesarios. De ahí es que los cuatro evangelios, que se nos han trasmitido, por sus diferencias propias, considerados como complemento y garantía unos de otros, sean los únicos que se hayan conservado, á la par que los escritos separados, tenidos por la expresión fiel de la mente de los Apóstoles y por aclaraciones, ampliaciones y comentarios de la doctrina comprendida en los evangelios. Con estos, así como con la tradición oral, trasmitida por los escritores de los primeros siglos, que recogieron, y consignaron las opiniones procedentes de los demás Apóstoles, de los demás discípulos de Jesucristo y de los inmediatos discípulos y sucesores de todos ellos, la Iglesia católica congregada en las asambleas parciales ó generales de los prelados, que son por los que la autoridad dada por Jesucristo á sus Apóstoles, se trasmite y perpetúa, decide, explica, define, enseña, en una palabra, el verdadero sentido, la legítima doctrina de que es depositaria y propagadora.

Bajo estos dos conceptos de depositaria y propagadora de la doctrina del Cristo, la Iglesia católica es la que ha iniciado en tiempos remotos, y prosigue con paciente calma é indomable energía, el desarrollo progresivo de la inteligencia humana, siendo ella y por ella por lo que la Europa ha venido elevándose al rango que hoy ocupa en el universo civilizado. Los primeros gérmenes de la civilización que se extendieron por el occidente, sumido en la barbarie por la irrupción de los pueblos septentrionales, fueron los que se encontraron en los controversistas griegos y latinos, como San Dionisio Areopagita, Clemente de Alejandría, San Justino, San Ireneo, San Jerónimo, San Agustín, etc., etc.; cuyas obras conservadas cuidadosamente en los conventos, sirvieron de arsenal donde encontrar la sana doctrina en los escritos apologeticos, como también la filosofía pagana en los de controversia, donde se hallaba expuesta y refutada por los Santos Padres. Muchos de estos habían aceptado las principales opiniones de Platón y de Aristóteles, y por medio de las obras que de aquellos se conservaron, los sistemas de éstos fueron parcialmente conocidos. No bastando esto, la

escolástica más tarde, por medio de San Anselmo, de Santo Tomás de Aquino y de otros, aceptó por completo la filosofía de Aristóteles, asimilándola en un todo a la filosofía cristiana. No siendo esto tampoco suficiente, se pretendió por Juan de Salisbury, Santo Tomás de Cantorbery y el Papa Adriano IV (1154-1159), separar por completo ambas filosofías, ó más bien dejar á la peripatética dominar en las aulas cristianas, y dar por separado impulso al estudio de la literatura pagana, como medio de pulir el gusto, de desarrollar el entendimiento humano y de poner en vías de progreso á todas las ciencias. Este plan por el que se inició la época llamada del *Renacimiento*, fué poco á poco desenvolviéndose hasta producir hombres que, como Francisco Petrarca (1304-1374), pudieron ya consolidarle. Roma y Florencia se habian constituido en centro de este movimiento regenerador de los estudios. Juan de Rávena (1400) en Florencia, su discípulo Poggio (1380-1459) con Vallá y Nicolo en Roma, bajo la proteccion de Nicolás V (1447-1455), que instituyó la Biblioteca vaticana, fueron los que con más ardor se dedicaron á dar impulso á este progreso. El obstáculo de la escasez de libros desapareció con la invencion de la imprenta, y las prensas establecidas en Roma (1465), Florencia, Venecia (1469) y Milan, contribuyeron al planteamiento de un sistema de estudios que iba á producir ó estaba produciendo ya en el mundo sabio una transformación completa. Nicolás V y Leon X, hicieron de Italia el centro intelectual de los estudios de la antigüedad, extendiendo su influencia y acción por el resto de Europa (4).

(4) En Roma fué donde se imprimieron por primera vez las obras de Ciceron, Aulo Gelio, César, Platon, Virgilio, Tito Livio, Strabon, Lucano, Plinio, Suetonio, Quintiliano, Ovidio, etc., etc. Los impresores fueron Sweinhelm y Pannartz, que obtuvieron para ello la proteccion y apoyo del Papa Sixto IV. Debemos haocer aquí notar que los que hoy se llaman los únicos representantes de la *idea progresiva de la humanidad*, para atacar y combatir al catolicismo en general y al Papado en particular, se valen para ello de nombres que como el de Jerónimo Savonarola son la encarnacion viva del retroceso y de la barbarie. Sabido es que Savonarola, durante la época de su ascendiente sobre Florencia, se dedicó á quemar públicamente todos los cuadros de los más celebres pintores que pudo haber á las manos y todos los libros que encontró en las bibliotecas públicas y particulares.

Los trabajos críticos, que tenían por objeto la aclaración de los pasajes oscuros en las Sagradas Escrituras, recibían al mismo tiempo un extraordinario impulso con la publicación de la Biblia Poliglota de Alcalá (1514-1517), hecha bajo los auspicios del cardenal Cisneros, por los hebreos convertidos Alfonso de Alcalá, Pablo Coronel de Segovia y Alfonso de Zamora en cuanto á los códices hebreos, y por Antonio de Lebrija, Demetrio Ducas de Creta, Lopez de Zúñiga y otros humanistas en cuanto á los griegos y latinos. Las notas críticas y las aclaraciones de la Complutense, sirvieron de base para que esta ciencia se desarrollara, y de aquella se sirvieron Arias Montano para publicar la Poliglota de Amberes (1569), auxiliado por los dos Fabricios, (Gui y Nicolás), Hunneus, Gudano, el jesuita Juan de Harlem, y Rapheleng, aumentándola y enriqueciéndola con la compulsación de nuevos manuscritos, y dedicando dos volúmenes (el VI y el VII) exclusivamente para las disertaciones philológicas, arqueológicas, críticas y hermenéuticas (1). En España, pues, recibió el primero y más eficaz impulso la crítica bíblica, siendo los más distinguidos en ella en el siglo XVI, además de los ya mencionados, Francisco Rivera, Miguel de Medina y Juan de Mariana (2).

En Alemania siguieron este movimiento, siendo Erasmo de Rotterdam el que gozaba de autoridad mayor entre todos los que se dedicaban á este género de estudios. Cinco ediciones publicó del Nuevo Testamento (1516-1550). En la primera tuvo por colaboradores á Capito y Oecolampado, y entre los defectos que se le achacan, es el de aceptar como principal base la conjetura, y el de haber dejado pasar muchas faltas de sus auxiliares. En la segunda (1519) fué Lutero uno de sus colaboradores, y la corrigió en trescientos treinta pasajes defectuosos: en la cuarta y en la quinta tuvo ya á la vista la Complutense, con auxilio de la cual pudo aumentar la última suya con

(1) Welte, *Enc. theol. cath.*, t. XVIII, 475.  
 (2) Entre las obras de esta clase escritas por el P. Mariana, están unos *Scolios sobre la Biblia*, y una *Disertación sobre las ediciones de la Vulgata y las antiguas traducciones de la Sagrada Escritura*. Edic. de Menochius, por el P. Tournemine. Véase el P. Castro, *Apología de la Teología escolástica*, 1796, t. I, p. 341, 372, 373, 374.

algunas introducciones, notas y justificaciones. Todas estas ediciones fueron dedicadas y aceptadas por Leon X. Al frente de los filólogos ingleses se halla Brian Walton, que fué el que publicó la cuarta Poliglota (1657), con anotaciones, nombres y trabajos críticos, basados sobre los ya hechos anteriormente.

El desarrollo á que hubiera llegado este movimiento intelectual, bajo la influencia del espíritu católico y con el apoyo de los Papas, lo dan á presumir el Dante (1521), Leonardo de Vinci (1452-1519), Miguel Angel (1474-1564), Rafael de Urbino (1483-1520), y tantos otros más que ilustraron aquella época y cuyo genio parece agotado en ellos, si un acontecimiento deplorable no hubiera venido á contener los vuelos de la inteligencia, imprimiendo una dirección diferente á la marcha de la civilización y de la historia. Martin Lutero intentó privar al hombre de la espontaneidad de su ser, aniquilando su libertad moral, anulando lo que no puede anularse, la voluntad del hombre. Y al propio tiempo que por su doctrina herética sobre la gracia, intentaba privar al hombre de todo uso de la razón, por su opinión acerca de la interpretación de las Escrituras le hacia árbitro absoluto de esta interpretación. Semejantes teorías hubieran sido desde luego despreciadas con sujetarlas al crisol de la discusión, como lo hicieron varios de los amigos mismos de Lutero, entre ellos Erasmo y aun el mismo Carlstad su íntimo aliado y cooperador, si otras causas no hubieran influido en el éxito de sus predicaciones. El nuevo evangelio que Lutero anunciaba, no solamente prometía la adquisición fácil y segura de los bienes espirituales y futuros, sino que presentaba á los príncipes, á la nobleza y á las municipalidades las más seductoras perspectivas de provechos terrestres y próximos. Un gran número de señores, hostigados por implacables acreedores, entreveían en los bienes eclesiásticos un tesoro del que podían apoderarse para pagar sus deudas; la confiscación de los obispados era para ellos un medio que codiciaban hacia mucho tiempo para redondear sus estados y fundar sólidamente su poder territorial (1).

(1) Dollinger, *La Reforma*, vol. III, *Enciclopedia de Wetzer y Welte*, tom. XIV, 40, 2ª.

Lutero mismo, llamado por la juventud alemana el genio del *progreso y de la luz* por oposicion al Papa, que empezó á ser desde entónces el genio del retroceso y de la *oscuridad*, cuando vió que con el pretexto de *restaurar* el evangelio, el pueblo en masa se lanzaba al saqueo y al asesinato, cuando echó de ver la multitud de sectas que al lado de la suya levantaban su desgredada cabeza, se apresuró á investir al príncipe ó á la potestad política de la autoridad cristiana para impedir que la diversidad de usos y de doctrinas no engendrara divisiones, partidos, sublevaciones, del mismo modo que el emperador Constantino había en su tiempo *obligado* á los cristianos á la uniformidad de la doctrina *para constituir la UNIDAD de la Iglesia!* Esta fue la forma, dice Döllinger, bajo la cual se fundó en Alemania la *libertad cristiana*. Por ella los príncipes, los nobles, los habitantes de las ciudades y de las aldeas, todo el mundo, se enriquecía con los despojos de la Iglesia, dejando á los mismos ministros luteranos morir de hambre y viviendo con toda la libertad del nuevo evangelio, esto es, en una licencia sin freno y en una inmoralidad sin remedio (1). En nombre de esa *libertad cristiana*, regulada por la potestad política, se dió principio á una persecucion ruda, y se pusieron los fundamentos de un absurdo despotismo religioso, sobre todo con los que tenían el valor de permanecer siendo católicos, que valor se necesitaba para arrostrar la indigencia, cuando no les amenazaban las prisiones y el patíbulo.

Tanto por saciar su odio contra los papistas, como para contener el fraccionamiento que desde los primeros días de la Reforma empezó á dejarse percibir entre sus sectarios, el luteranismo, como el calvinismo y los anglicanos, sujetaron la razon, no solamente al yugo político, sino al servilismo de la letra, en lo respectivo al sentido de las Sagradas Escrituras. El derecho que Lutero había dado á la razon humana para ser único juez en materias de fe y de doctrina, se negó luego por el propio reformador, estableciendo que la razon no podia explicar nada por sí, sino que los fieles debían atenerse al sentido estrictamente literal de los Evangelios, y nada más que los Evan-

(1) Döllinger, ob. cit., *Enciclop.*, 24

lios, sólo á los cuales se les reconocía como base y fundamento de la religion cristiana, hecha abstracion completa de la tradicion, que venia siendo conservada por la Iglesia católica. De los protestantes y anglicanos partió entonces la especie de que los Papas habian adulterado la doctrina primitiva del Cristo, ya por las definiciones conciliares, ya de propia voluntad, abusando, ó más bien, usurpando la autoridad apostólica, que pertenecía segun unos á los obispos sólo, segun otros al clero en general, y segun varios sectarios á todos los fieles sin distincion.

El protestantismo tendia así sus propias redes, y él mismo preparaba el lazo donde iba á verse aprisionado. Los humanistas, ligados á la Reforma con el objeto de verse libres de la concurrencia que el clero les hacia en la instruccion de la juventud, cuando se vieron sorprendidos por un despotismo tan suspicaz, volvieron sus armas contra los reformados; y como se hallaba reciente su lucha contra el Papado, como de hacerse sospechosos de papismo hubieran tenido contra sí el odio de los principes y la persecucion del poder político, procuraron aliarse á este por medio de adulaciones y lisonjas, enalteciendo aún más la autoridad politica, robusteciendo así el poder de los principes (contra el que Roma habia venido luchando siglos enteros), combatiendo á la par con las armas de la ironía el rigorismo ortodoxo y los rasgos extravagantes de los separatistas místicos.

V. La lucha era sorda y oculta en Alemania. En Inglaterra, donde el Parlamento se habia erigido en Pontífice sumo, recabando para sí todo el poder político y religioso, la agitacion era mayor todavía, contenidos todos, sin embargo, por la sobreexcitacion religiosa que reinaba en el pueblo; porque no se trataba ya de inventar nuevas sectas, sino de atacarlas á todas, declarando la guerra á toda clase de religion. Al lado de esta confusion y en medio del marasmo que iba apoderándose de los más sensatos, causa primera del excepticismo que iba invadiendo las clases sociales más independientes, yacía el judaismo viviendo sólo de sus recuerdos, y sin una aspiracion seria á que atender, ni un progreso que realizar. Benito *Spinosa*, dedicado por sus padres al doctorado rabínico y dotado de un espíritu reflexivo, aunque inquieto, comprendió desde luego, que la religion judía era

ya, extraña á la vida social y que estaba reducida á un puro formalismo sin consecuencias morales ni religiosas, y pretendió reanimar su espíritu, tal vez queriendo seguir las huellas de Maimonides. Los judíos de Amsterdam le excomulgaron, le arrojaron de la Sinagoga, y aun se dice que pretendieron asesinarle cuando no pudieron seducirle. Spinoso pretendió al principio buscar la alianza de los cristianos; pero su carácter serio se avenía mal con las excentricidades del protestantismo, único culto oficial tolerado. Disgustado de estos, los humanistas, que se dividieron en críticos y filólogos, en filósofos y naturalistas, le acogieron, primero con cautela, pero constituyéndose á poco en sus heraldos y cortesanos. Spinoso fué el que dió principio á la lucha publicando su *Tractatus theológico-políticus*, escrito ya en 1663, é impreso clandestinamente en 1670. Esta obra fué saludada con una explosion de aplausos por los literatos y los sabios, enemigos del culto protestante y enemigos tambien de todo culto, pues es necesario advertir que el aserto de los protestantes, de que la Iglesia católica no era sino una secta más en el cristianismo, era aceptado ciegamente por todos.

El gobierno holandés prohibió la obra bajo graves penas; mas la obra, con títulos diferentes, fué reimpressa repetidas veces y traducida á todas las lenguas. El fin principal de Spinoso era atacar las profecias y los milagros como absolutamente contrarios á la razon, y la encarnacion del Verbo como una doctrina tan insensata, cual si se pretendiera hacer creer que el círculo puede ser un cuadrilátero. Echaba los fundamentos de la religion filosófica como opuesta á todas las religiones reveladas, que tenia por imposturas: daba á los principes la potestad de interpretar las sagradas Escrituras á su modo, y de regular el culto exterior y las prácticas de la religion como ellos creyeren conveniente para los *intereses del Estado*; y por fin, Spinoso era el primero que en nombre de la filosofia reclamaba los derechos del libre exámen, fundándose en que no atacaba las leyes políticas del Estado.

En Inglaterra fué donde primero se secundó el plan de Spinoso, empezando el doctor Bury (*El Evangelio desnudo*, 1690), por renovar la doctrina de los arrianos, á pretexto de reproducir las ideas socinianas, perseguidas y aniquiladas, al parecer en el continente, por el calvinismo

y luteranismo, auxiliados por el fanatismo más extemporáneo. Prosiguieron la obra de Bury, Locke (*El cristianismo racional*, 1696), y Wisthon (*El cristianismo primitivo restablecido*), hasta que se rompió el fuego en toda la línea por Collins (1676-1729), que atacó directa y rudamente al clero anglicano, porque temia el libre exámen y las investigaciones racionales, en razon de que no sabian, entre las variantes del Nuevo Testamento, *cuál era el texto original*. Fué el primero que, siéndola hostil, vengó á la Iglesia católica de las acusaciones injustas de que habia venido siendo objeto por parte de todos los reformados, pues Collins decia que el clero anglicano acusaba á la *Iglesia universal* (á los papistas), de error y de engaño; y poseyendo por esta la Biblia, ¿cómo, preguntaba Collins, la iglesia anglicana no se habia engañado tambien admitiendo una parte de esta misma Biblia?—En su *Discurso sobre las bases y las pruebas de la Religion cristiana*, 1724-39, decia que los milagros no podian por si solos demostrar la verdad de una doctrina, tésis que reprodujo más tarde Kant; que las profecias no pueden ser tomadas al pié de la letra, no siendo más que en un sentido alegórico como pueden ser interpretadas en favor del Cristo. Sostiene que los judíos no empezaron á esperar un Mesias sino poco tiempo ántes de la venida de Jesus. Como se le contestase á estas aserciones con dicerios é injurias por parte del clero anglicano, para recrudescer su encono y causarles heridas más profundas, replicó, entre otras *audacias* altamente celebradas por *los sabios entónces*, que ninguna de las profecias se habia realizado en Cristo.

La tempestad mugia tambien en el continente de una manera sorda y oculta. La exquisita vigilancia del luteranismo y calvinismo, apoyados fuertemente por el poder político, ejercian una presion inmensa sobre los entendimientos, presion que éstos se esforzaban por vencer, empleando para ello la misma ó mayor violencia, aunque no material, sino moral y racional. Se habia empezado por introducir el terror entre los protestantes, propalando existia una obra, que corria manuscrita, en la que se probaba con razones tan poderosas ser Jesucristo *un impostor*, que el cristianismo no podia resistir á sus demostraciones. La agitacion de los espíritus fué inmensa, llegando á

sentirse aun entre los católicos de los pueblos más remotos de la Alemania. Cuando ya algunos luteranos iban perdiendo ese primer terror y empezaban á mofarse del fantasma, cuya realidad era problemática, en 1721 se imprimió clandestinamente un libro, cuyo editor anónimo le atribuía á Federico II de Prusia, pero que resultó ser el ya conocido con el título de *Espíritu de Spinosa*. No bien fué conocido el fraude, y cuando el protestantismo en masa caía sobre esta obra con todas las armas del ridículo, cayó á la vez sobre él la terrible avalancha que durante tanto tiempo le había amenazado. El libro de *Tribus Impostoribus* se publicó en latin entrado ya el siglo xviii con la fecha de 1598. La impresion que causó fué en efecto terrible, lanzándose de todas partes los reformados, luteranos, calvinistas, anglicanos, con la infinidad de sectas que les componian, á perseguir la *horrible blasfemia*, como decian, atronando el viento con injurias, denuestos, lamentaciones y ayes dolorosos.

Partiendo de la imposibilidad de llegar al conocimiento de la existencia de Dios por los métodos que se habian seguido hasta entónces, dice el autor de esta obra, que aun suponiendo que pudiera llegarse á ese conocimiento por la revelacion, existió la dificultad de que las tres religiones que cuentan por fundadores á Moisés, Jesus y Mahoma, se acusan recíprocamente de ser cada uno de los tres unos impostores. ¿Cuál es la causa de haber tantas religiones en el mundo? La política, contesta; luego tanto Moisés como Jesus y Mahoma han sido unos ambiciosos, no han obrado sino instigados por un fin político.—Ambas suposiciones no se presentaban más que como simples deducciones de premisas erróneas; pero esto era suficiente para el objeto que el autor, imbuido de ateísmo, se proponía frente á frente del protestantismo. Esta obra, sin embargo, encontró y dejó cerradas las filas de los combatientes, sin lograr más que enardecerles el ánimo y avivar un tanto la persecución política contra los *libres pensadores*.

Para eludir ésta, ya que no habian sido suficientes hasta entónces las lisonjas y plácemes elevados al poder político, se acudió á la astucia, valiéndose de la misma confusion que entre las sectas reformadas habia producido el renacimiento de todas las herejías, especialmente las que tenian por objeto la personalidad del Cristo, como el sabelianismo

con Socino, el arrianismo y el diofisismo, con una infinidad de matices con que cada sectario les habia revestido. Jesus para estos, no era más que un hombre (socinianismo y arrianismo), y todo lo más una persona compuesta de dos naturalezas, formando un individuo doble, ó mejor dos individuos bajo una sola forma (dyophysismo). Como simple hombre debia estar sujeto al juicio de sus semejantes, y por lo tanto en nada se atacaba el culto oficial considerando al fundador del cristianismo como un personaje histórico cualquiera. Para hacerlo más á mansalva, el humanismo desterró las reglas críticas de Evhemero, escritor griego del tercer siglo ántes de nuestra era, segun el cual las antiguas leyendas divinas presentaban dos caminos para su interpretacion: 1.ª considerando los dioses de la religion popular como hombres bondadosos, bienhechores, legisladores sabios y príncipes justos, á quienes los contemporáneos y la posteridad, en su reconocimiento, rodearon de una aureola divina; 2.ª ó bien no mirando en ellos más que arteros impostores y crueles tiranos, que para subyugar las voluntades del pueblo, se presentaban envueltos en el velo de la divinidad.

Para seguir el segundo camino, los deístas y todos los demás que desde Spinoza se les conocia bajo el nombre de libres pensadores, no tuvieron otro motivo que su odio á la presion que sobre la conciencia se ejercia, presion tanto más odiada cuanto más se revestia del carácter de libertad cristiana con que Lutero mismo la habia designado al revestir á la autoridad política de una potestad casi divina. Pero así como en Inglaterra, en que el Parlamento habia asumido esa potestad, los miembros de ese mismo Parlamento soberano y despótico, gozando de la impunidad de su carácter, habian empezado la lucha abierta y francamente, dando á luz sus nombres al frente de sus obras; así como en los países católicos como Francia y España, reinaban con un imperio casi absoluto los deístas, los ateos, escépticos, materialistas, etc, viéndose el extraño espectáculo de mezclarse con estas falanges á los ministros mismos del santuario católico (1); en Alemania se estre-

(1) No debemos guardar silencio acerca del hecho de haber sido en el seno del catolicismo donde en los tiempos mismos de Spinoza se salió al encuentro de la critica negativa, para socavar sus ci-

chaba por el protestantismo el círculo de hierro que martirizaba á la razón, hasta el extremo de reinar un pánico extremado entre los eruditos y los pensadores, libres ó no, supuesto que los católicos que allí habia andaban tambien comprendidos en la proscripción y en las persecuciones de que era objeto la razón. El primero que tuvo el valor de presentarse abiertamente en la palestra, y eso á título de

mientos ántes de dejarla arraigarse en las inteligencias. En 1693 el P. Honorato, *jesuita*, profesor de teología en el colegio de Caen, hizo sostener por sus discípulos y él defendió la tesis siguiente: «no es evidente que la religion cristiana sea, entre todas las religiones, la más verdadera; tampoco es evidente que los milagros de Jesucristo sean verdaderos, como no lo es que su Divinidad haya sido conocida de los Apóstoles.» Como se ve, el profesor se aventuraba en un terreno sumamente peligroso, más que ninguno de los críticos racionalistas que siguieron despues de él. Sólo que el teólogo católico caminaba por terreno firme, en tanto que los demás lo hacian á ciegas y en un terreno movedizo. El P. Honorato decia que hay dos suertes de *evidencia*: una *perfecta* á la cual nadie puede resistir, otra en *menos grado* que no excluye la duda prudente; no es evidente de esta primera evidencia, proseguia, que la religion cristiana sea entre todas la más verosímil ó verdadera, porque Dios no ha querido que las verdades de la fe fuesen expuestas tan claramente que no quedase alguna oscuridad, bastante para alucinar ó cegar á los espíritus soberbios; pero sea cual fuere la oscuridad que se halle en sus misterios, no se la puede considerar en todas sus partes, sin que deje de creérsela verdadera.—Sobre esta tesis gira el mecanismo maravilloso de la Iglesia católica, supuesto que Jesus prometió á sus discípulos el Espíritu Santo para que les enseñase *toda la verdad* que él no habia creído prudente ni conveniente enseñarles; y preciso sería confesar que la asistencia del Espíritu Santo era limitada y no se extendia á la Iglesia fundada *en y por* los mismos discípulos de Jesus, para negar que las verdades de la fe, permaneciendo siempre unas, se desarrollan progresivamente en el conocimiento, ó más bien, que el conocimiento de ellas es progresivo, dirigiendo este progreso la Iglesia católica por medio de los santos Doctores que la ilustran y de los concilios.—A pesar de eso, fué tal el escándalo que los enemigos de la Sociedad de Jesus promovieron, que el P. Honorato fué privado de su *catedra*, y obligado por sus superiores á guardar silencio. De haber seguido su marcha previsora, la crítica negativa se hubiera visto burlada y no hubiera cogido de improviso á los espíritus timoratos y pusilánimes. La parte de la tesis del teólogo jesuita que se refiere á los milagros de Jesucristo, en la cual se proponia responder indirectamente á las objeciones de Spinoza, tratada de la evidencia perfecta en cuanto á que no todos los contemporáneos del Salvador los reconocieron como tales milagros, pues de haberlos reconocido se hubieran hecho discípulos suyos y se hubieran convertido. El disentiimiento individual respecto de la naturaleza y

defensor del cristianismo, aunque no como lo entendían los reformados, fué Lessing con la publicación de los *Fragmentos de Wolfenbüttel*, á pretexto de dar á luz varios *Documentos para servir á la Historia y á la Literatura*, (1774-1778).

En el primero se exigía á nombre de los libres pensadores el derecho de que gozaban las sectas reformadas,

---

esencia del milagro, siendo motivo de la diversidad de opiniones, producía como todavía produce la diferencia de lo más ó de lo ménos milagroso. La esencia del milagro no está tampoco en la opinión racional, sino en los resultados, y en el fin del milagro. Además de que según el grado de conocimiento que se tiene de la naturaleza de los agentes físicos y morales, así se difiere también en cuanto á la comprensión de lo maravilloso, sin que por esto lo maravilloso deje de ser una cosa real, existiendo independientemente del entendimiento del hombre. Así se ve que un labriego ignorante tiene por maravillosa la subida del agua por un tubo, desconociendo el mecanismo de un aparato hidráulico, fenómeno que llama *maravilloso*, ó en lenguaje más adecuado, *sobrenatural*; y un hombre instruido, cuando en los fenómenos de la naturaleza halla alguna cosa incomprendible para su razón, teniendo por natural la subida del agua por el tubo, halla á su vez también maravilloso el fenómeno que no comprende, aunque no llegue á confesar lo sobrenatural: lo que, yo no entiendo, lo entenderá otro que venga después de mí, dice el sabio; pero como siempre para la razón humana, que no es la suma de lo Absoluto, ha de haber *más allá* en punto al conocimiento del mundo físico, ese *más allá* será siempre lo sobrenatural designado con otro nombre. De modo que la diferencia de lenguaje no constituye una negación real de lo milagroso, y el milagro es una realidad. Siendo una realidad, es necesario convenir en que los milagros de Jesucristo fueron verdaderos; porque se prueba que en vista de ellos muchas personas, sabias é ignorantes, se convirtieron.—En punto á la Divinidad de Jesucristo no fué, en efecto, conocida por los discípulos, como se ve con los que caminaban á Emaus, á los que se les apareció después de su resurrección. Pero si los discípulos no se convencieron de la Divinidad de Jesús sino después de la resurrección y de la ascensión, en medio de cuyos dos acontecimientos Jesús les acabó de instruir en el verdadero sentido de las Escrituras y en el verdadero carácter que le distinguía, esto no prueba que Jesucristo deje de ser Dios, lo mismo que la luz no deja de ser luz por más que un hombre que tiene vendados los ojos no vea la luz hasta que no se le quita la venda. El P. Honorato no llegaba hasta la demostración de la realidad de la resurrección y de la ascensión de Jesucristo, porque esto no entraba entonces en el plan de su tesis; y esto último, esa realidad, es lo que hoy se ve principalmente convertido por la crítica negativa, con la cual tendremos que entendernos respecto de esto y otras cosas más en tiempo y lugar oportuno.

cual era el de restablecer el cristianismo primitivo, purificándole de todas las adiciones con que se le había corrompido, según Lutero mismo había declarado, derecho á que debían ser tan acreedores como los socinianos y arrianos, los cuales hacían otra cosa peor, que era reducir simplemente el cristianismo á su nombre: terminaba diciendo el autor anónimo, el médico Reimarus, amigo íntimo de Lessing, que era producir la hipocresía, querer imponer una fe ciega indigna del hombre, ser racional y pensante. Este primer fragmento no hizo más que fijar la atención de los protestantes; pero el segundo, en el que se decía que la catequesis y la predicación por ellos practicada tendían á mantener los entendimientos en la servidumbre bajo la cual habían nacido en la secta á que pertenecía cada uno, anatematizando la razón como un guía ciego, y hallando su fuerza y su punto de apoyo en la inclinación intuitiva del pueblo, de ganar el cielo *sin romperse la cabeza*, dejando á los otros el cuidado de pensar por él; este segundo fragmento exasperó á todas las sectas, levantándose en masa contra el autor y contra quien lo publicaba. El protestantismo ortodoxo no se fijaba tanto en lo que el autor decía, como en los comentarios con que Lessing acompañaba los fragmentos, combatiendo éstos; porque Lessing, colocándose desde luego, aunque no completamente, en el campo de la crítica católica, había empezado reconociendo que no hay oposición entre la verdadera razón y la *revelación verdadera*; y como dejaba indeciso el ánimo en punto á la investigación del *origen y medios de conservación* de esta revelación verdadera, de ahí el que se le abrumara de epítetos á cual más injuriosos, siendo el que más lo era entonces el de ser un *católico oculto* ó un protestante sospechoso de catolicismo, un embozado papista, en fin. Y el furor de sus contrarios llegó á su término cuando Lessing, á la advertencia ó reconvencción que le hacían de que los católicos eran los que con más avidez buscaban y leían sus comentarios, replicaba que eso sería cuestión de gusto, sin que él pudiera evitar que los demás pensasen como él pensaba.

La lucha fué viva y ardiente, sobre todo cuando en el cuarto fragmento se pretendió negar la resurrección de Jesús, fundándose en las pretendidas contradicciones que se hallan en los cuatro Evangelios, en la parte que se re-

fiere á este suceso, mucho más al ver á Lessing, que en vez de deshacerse en improperios contra el autor, tenia el valor de confesar que esas supuestas contradicciones, consistentes más bien en la diferencia de palabras y en la alteracion cronológica de los relatos, sólo podian tener un valor serio para el que sostuviese la inspiracion literal, pero no para el que, prescindiendo de la forma, viere en el fondo, en la sustancia, en el hecho principal, la verdad de lo sucedido y la verdad de la inspiracion. El último fragmento, destinado á sobreexcitar la ira y la cólera de gentes que, segun decia Lessing, defendian su religion de una manera que parecia elegida á propósito para destruirla, presentaba á Jesucristo como un hombre sincero y bonachon, semejándose más á Sócrates que á un profeta hebreo, que al principio pretendió reformar el judaismo, mas que vino á abrigar pensamientos de dominar políticamente en su pueblo, por cuyo motivo sufrió la muerte, en cuyo estado sus discípulos, aprovechándose de las tradiciones judaicas y de la sobreexcitacion del pueblo con la esperanza de un libertador, tuvieron la habilidad de describir el reino mesiánico como un reino espiritual, propagando la impostura como medio de ejercer la dominacion en la que su maestro había hallado tan desgraciado fin. Al responder Lessing á este último fragmento, fué cuando hirió, puede decirse que de muerte, al protestantismo, como tambien á todas las sectas cristianas separadas de Roma, supuesto que con una lógica invencible venia á probar que no se podia ménos de elegir entre hacerse deísta ó volver á ser católico, si se queria sinceramente salvar el cristianismo en Alemania, y nosotros añadiremos que en todo el mundo.

En apoyo de Lessing y de los que con él prosiguieron atacando resuelta ó embozadamente el culto dominante, se levantó Kant (1), quien por evitarse las amarguras de una

(1) El baron de Starck, predicador protestante (1741-1816), que habia vivido en compañía de Kant, dice de éste que era un filósofo oscuro, al que pocos de sus discípulos entendian, por lo que tenia muy pocos; *no tenia religion ninguna*, y cuando yo le conocí, los que le trataban no gozaban de muy buena reputacion entre las gentes religiosas, en el solo hecho de hallarse con él en relaciones. *Correspondencia del B. de Starck*, carta de 4 de Enero de 1811.

persecucion por parte del protestantismo, se mostraba violento antipapista, acusando á Roma de los horribos crímenes de haber sido instigadora de las cruzadas (!), de haber sostenido una lucha casi incesante con el imperio en Alemania (!) y de haber sido causa del fraccionamiento del cristianismo en el país de Lutero (!!!). Entre tanto era el que con más rudeza atacaba el protestantismo, sobre todo en la parte moral, acusándole de haber producido la hipocresía en unos, el desenfreno del vicio en otros, y la perversión moral de la conciencia en general. Acogiendo las tradiciones de Ossiander, uno de los reformadores con Lutero, que se habia separado de éste para conservar en gran parte la ciencia católica, sobre todo en lo referente á la justificacion, tradiciones que se conservaban en la universidad de Königsberg, en la que Ossiander fué profesor de teologia (1549) y Kant lo era de filosofia, éste por espíritu de reaccion contra el servilismo en que la razon se hallaba, unió á las tradiciones ossiandistas las doctrinas de Morgan, conocido generalmente por *Pelagio*, amalgamándolo todo con el socinianismo y el arrianismo.

Atribuyendo de un modo absoluto á la razon los fundamentos de la moral (el deber), y á ésta los de la religion, sin rechazar por completo lo sobrenatural y lo histórico sino en tanto que contradijesen la razon, Kant fué el que reorganizó las huestes del racionalismo imprimiéndole el espíritu pelagiano juntamente con el sociniano y arriano, considerando á Jesus como tipo moral, tal como Pelagio le consideraba; pero despojándole de su carácter divino, para que como tipo y modelo fuese más asequible á la flaca humanidad. Fué el que estableció las separaciones fundamentales que hoy subsisten, diciendo que el que sólo reconoce moralmente necesaria ú obligatoria la religion natural (1), puede ser llamado *racionalista*; si el racionalista niega la realidad de toda revelacion divina (Kant

(1) Por religion natural se entiende segun Kant, la en que predomina el deber moral de razon, sobre el precepto divino impuesto por la revelacion: de modo que la religion en que el deber se halle de acuerdo con el precepto, como sucede en la religion cristiana, es tambien religion natural, y en este propio sentido se explica Kant. *La Religion en los límites de la razon*, quatr. part., chap. II y III.

la admitia como necesaria para el culto) sobrenatural, se llama *naturalista*; si concede la revelacion sosteniendo no obstante que ni el conocimiento ni la admision de la revelacion como real son esenciales á la religion (que es lo que hacia Kant), es llamado *racionalista puro*; y en fin, si considera la creencia en la revelacion como necesaria á la religion universal (moral), es *supernaturalista puro* en orden del propio racionalismo.

Estrechado así de todas partes el protestantismo por hombres eminentes en la ciencia, tal como entónces se hallaba comprendida, esto es, reducida á puras negaciones, tomando el carácter analítico puro, que es el sello distintivo del excepticismo, no pudo ménos de ceder á su vez á la presion que sentia, produciéndose en su seno un nuevo movimiento de desorganizacion. El protestantismo ortodoxo queria y quiere permanecer fuertemente adherido á la obra de los primeros reformadores Lutero y Calvino, constituyéndose así en un culto muerto para la historia y para el desarrollo progresivo de la religion, en tanto que los que se iban convenciendo de la ineficacia de semejante culto se separaban, unos para volver al catolicismo, y otros para esforzarse en reanimar el cadáver del viejo protestantismo, en el terreno del racionalismo estricto. Antes de procurar salvar el cristianismo por medio de la ciencia católica, aceptando la cual *se hacian papistas*, resolución que tenia aún muy graves inconvenientes morales y materiales, querian salvarle por la ciencia negativa, para lo que tenian que empezar renunciando á lo sobrenatural, es decir, á la divinidad de Jesucristo su fundador.

El objeto que se proponian era plausible; aceptando desde luego la lucha en el terreno en que habia sido colocada la cuestion por las reglas críticas de Evhemero, se propusieron considerar á Moisés y Jesucristo como hombres excelentes y benéficos, legisladores sabios y *príncipes justos*, mientras el deísmo les consideraba, especialmente al segundo, como impostores arteros y *tiranos crueles*, conforme á las reglas del propio Evhemero. Semler, que habia dicho de Lessing que debia encerrársele en un hospital de dementes, fué el que dió el primer paso en senda tan escabrosa, rechazando la autoridad de los libros simbólicos é históricos en todo lo que sobrepujaban á la razon humana, alegando que lo hacia con el mismo de-

recho con que los reformadores habian borrado de la Sagrada Escritura otros libros por iguales causas. Sostenia que era necesario interpretar el Nuevo Testamento segun los escritos judáicos de la época de Jesus, principalmente conforme á los de Philon, Josefo, el Talmud y los rabinos, separando de la doctrina cristiana todo lo que los evangelios contienen que se halle en aquellos autores ó que se funde en su mismo modo de interpretacion. Segun Semler, ninguno de los elementos proféticos y mesiánicos que se hallaban en el Antiguo Testamento, pertenecian á Jesus, y por consiguiente se rompía el enlace histórico y crítico entre los tiempos de la preparacion y de la realizacion del reino mesiánico, quedando reducido el cristianismo á los pocos elementos helénicos que se encuentran en el Nuevo Testamento. Eichhorn, ampliando el sistema de Semler, añadía como criterio universal, que todo lo que no se conforma con la razon pertenece á las opiniones judáicas de la época de Jesus.

Proponiéndose Eichhorn defender el cristianismo contra los ataques de los fragmentos de Wolfenbütel, colocándose para ello en el terreno del materialismo, empezaba por concederle que debia prescindirse de la intervencion inmediata de la divinidad *por lo ménos* en la historia primitiva del Antiguo Testamento, queriéndola conservar en el Nuevo, algunos de cuyos pasajes sobrenaturales *no se podian violentar*. Cierto es, decia, que en la historia primitiva de la nacion hebráica, como en todas las demás naciones de la antigüedad, esas pretendidas revelaciones divinas encubren el fraude ó la mentira, ó se fundan sobre leyendas desfiguradas ó corrompidas. Pero no pueden llevarse las suposiciones injuriosas tan léjos, que á todos los grandes personajes de la antigüedad se les recargue de un colorido tan ignominioso, sin investigar ántes las causas de haber llegado hasta nosotros sus *biografias* con un carácter tan pronunciado de superchería. Esto consiste, decia Eichhorn, en que los coetáneos de estos grandes hombres, no poseyendo los medios que hoy nos proporciona la filosofia para discernir lo verdadero de lo aparente, suponian ó creían con una ingenua sencillez, que agentes misteriosos y divinos eran los que con su influencia directa protegian y engrandecian á los hombres, cuya superioridad moral é intelectual no podian comprender de otro

modo. Así es necesario *explicarnos hoy* los pasajes oscuros de las Escrituras, lo que nuestra razón no puede comprender, como ideas y pensamientos propios de gentes sencillas, que si se engañaban lo hacían con una extremada buena fe, no mereciendo por ello nuestros vituperios, sino más bien nuestra compasión. Lo que se debe hacer es traducir á nuestro lenguaje actual el figurado de la Escritura, y esto lo hacía Eichhorn de tal manera, que toda la compasión con que pretendía proteger á los autores sagrados, se vertía sobre él como un torrente deshecho. Entre las explicaciones que daba del Antiguo Testamento, lo hacía de los fenómenos que acompañaron la promulgación de la ley en el Sinai, diciendo que el humo (la niebla ó nubes), y las llamas (resplandor), fueron una hoguera que Moisés encendió en la montaña para sobrexaltar la imaginación de su pueblo, y con lo cual, por *casualidad*, coincidió una tempestad violenta; el resplandor luminoso del rostro de Moisés, fue consecuencia de haberse calentado demasiado en la hoguera que había tenido encendida (*por espacio de cuarenta días*, circunstancia que Eichhorn no tenía en cuenta); y como Moisés mismo ignoraba la causa, vió en ello, con el pueblo, *alguna cosa de divino*. En el Nuevo Testamento, decía que un azar feliz se le llama un ángel que salva; un gozo espiritual, un ángel que saluda; una alegría interior, un ángel que consuela; y con arreglo á este criterio explicaba el milagro de Pentecostés, la conversión de San Pablo, con todas las angelofanías y sucesos sobrenaturales.

Colocado el Evangelio en el terreno resbaladizo que Eichhorn había elegido, aunque no se había atrevido á aplicarle con todo rigor la explicación natural que había adoptado para el Antiguo Testamento, otros iban á encargarse de recorrer todo el camino hasta su término. Paulus, con una *sinceridad* en armonía con su *buena fe*, cualidades que, en efecto, deben reconocerse en todos estos defensores del cristianismo, partiendo de una base diferente que Eichhorn en cuanto al origen de los Evangelios, los cuales suponía habían sido escritos poco tiempo después de los sucesos que relatan, quería librar á la exégesis bíblica de los embarazos que le causaban lo sobrenatural y los milagros. Discípulo de Kant y adoptando estrictamente sus ideas en cuanto á no ser necesaria la

revelacion para la fe, ni los milagros precisos para la creencia, cosas ambas que deben ser morales, producto sólo de la razon, decia Paulus que lo milagroso de los Evangelios procede de las opiniones erróneas de sus redactores, y más que todo de las interpretaciones de los teólogos. Para purgar el Nuevo Testamento de esas adiciones espúreas, que han desfigurado la doctrina verdaderamente enseñada por Jesus, es preciso remontarse con el pensamiento á la época misma en que este vivió, empaparse bien de las ideas entónces dominantes, sorprender la mente de Jesus y purificarla, separando el hecho realmente histórico de sus comentarios y de las opiniones que le desnaturalizan. De este modo, nos presenta Paulus á Jesus como un hombre sabio y virtuoso, no haciendo milagros, sino actos de bondad y filantropía unas veces, otras de habilidad médica, y las más de azar y de buena fortuna.

Para explicar el modo como Jesus hacia todas estas cosas, tenia Paulus por auxiliar á Venturini, nombre que aun hoy excita la risa de los racionalistas más puros, y que se habia encargado de proporcionar las recetas con las cuales habia hecho Jesus las curas maravillosas de que hablan los Evangelios. Paulus, algo más tímido ó más circunspecto, se detenia á medio camino cuando vislumbraba lo ridiculo; pero Venturini, más lógico ó más resuelto, llegaba hasta las últimas consecuencias. Prolijo seria, aunque divertido, si no se tratara de hablar en serio, enumerar los infinitos pasajes del Evangelio que Paulus y Venturini desapiadadamente mutilaban. Bastará uno sólo para muestra.

La interpretacion natural se halla sumamente embarazada para explicar la concepcion de Jesus en el seno de María, en la que, segun los Evangelios, tienen la parte principal el ángel Gabriel y el Espiritu Santo. Como estos elementos sobrenaturales y milagrosos repugnan á la razon y hacen que el todo sea rechazado por causa de lo accesorio (Strauss hace observar que Paulus confunde lo uno con lo otro, tomando por accesorio lo principal), para obligar á los incrédulos á admitirlo, era preciso explicar la concepcion de Jesus naturalmente, sin arriesgar la inocencia y la pureza de su madre, que Paulus y Venturini pretendian á todo trance salvar. El primero dice que Isa-

bel, la *patriota y prudente hija de Aaron*, habia abrigado la esperanza de que el Ser que hubo concebido habia de ser un profeta de Dios, y por lo tanto debia anhelar que fuese el profeta supremo, precursor del Mesías: abrigado tal deseo, es evidente que iba á procurar realizarlo *haciendo tambien nacer el Mesías*. En su parentela existia una persona que cuadraba perfectamente para madre del Mesías; y esta era Maria, la jóven doncella descendiente de David. No se trataba más que de excitar en ella este género de ambicion. Paulus deja aquí entrever un plan hábilmente concertado por Isabel, y cuando el lector espera ser en él iniciado, *deja caer el telon*, como dice Strauss, añadiendo despues de algunos esfuerzos para explicar el texto literal de los Evangelios en este punto, que habiendo oido hablar Maria de la vision de Zacarias (que habia tenido lugar *seis meses* ántes de todo este enredo), *completó* la escena en su imaginacion suponiendo que *el que se habia llegado* á ella, por *la tarde ó tal vez de noche*, habia sido el ángel Gabriel. Paulus parece así satisfecho de *hacer brillar* la inocencia de la madre de Jesus, sin detrimento de los fueros de la razon humana, y Venturini le ayuda por su parte con *un candor angelical*. Despues de referirse á la aventura de la esposa de un noble romano, del sacerdote de Isis y del dios Anubis, que relata Josefo y que tuvo lugar hácia la misma época de Jesus, el *ingenioso* Venturini dice que del mismo modo Maria, esposa prometida del *viejo* Josef, fué engañada por un jóven *místico y enamorado*, que cree seria Josef de Arimatea (Strauss se asombra de semejante desatino), y Maria á su vez con la *más grande inocencia*, engañó á los demás.

El clamoreo que se levantó contra semejante manera de tratar á los personajes más augustos del Evangelio, la indignacion que causó esto entre los racionalistas, fué tal, como grande habia sido el júbilo con que habian acogido las hipótesis de Semler y de Eichhorn, de las cuales el método de Paulus y de Venturini no eran más que la legitima y necesaria consecuencia. Ya que por este camino la noble figura y el elevado carácter de Jesus, que querian hacer resaltar contra las injuriosas y denigrantes frases del deísmo, venian á ser más rebajados y abatidos, emprendieron otra senda, ó más bien diferentes sendas,

para intentar conseguirlo, siempre en los límites de lo natural y de lo racional.

Schleiermacher, el gran teólogo racionalista, que empezaba separando a Jesús de los tiempos proféticos por temor de incurrir en el anatema del spinosismo, pretendió desviar al racionalismo del campo en que merodeaban Paulus y Venturini, para caminar en busca de nuevas aventuras. Schleiermacher intentaba satisfacer las dobles exigencias de la ciencia (que rechaza lo sobrenatural) y la fe; quería mantener a la vez la autoridad de los relatos evangélicos y el orden natural de las cosas. Para él Jesús, hacia tantas curaciones maravillosas simplemente por el encanto de su palabra; pero Strauss le replica que en los muertos resucitados, que no podían oír la voz de Jesús, no podía tener efecto esa maravilla. El gran teólogo añadía, que los muertos resucitados sólo estaban aletargados, y Strauss hace valer con igual fuerza su anterior observación, supuesto que hasta se hallaran privados de sentido para que la simple voz de Jesús quedara sin efecto. Schleiermacher evadía esta dificultad suponiendo que los muertos, como Lázaro, que se hallaban sumidos en un letargo, volvían en sí al mismo tiempo que Jesús les hablaba: y aquí Strauss echaba de ver que el gran teólogo descende a las *frivolidades* del naturalismo de que pretendía huir. En fin, para alejarse de los milagros de la concepción, en que tan gran caída había dado Paulus, Schleiermacher negaba toda autoridad y legitimidad a los evangelios sinópticos, teniendo sólo por obra de un testigo ocular el cuarto evangelio; pero hallándose en éste con milagros no menos estupendos é inexplicables, como era el de las bodas de Canan, la dificultad no era para él menos embarazosa. En los pasajes evangélicos de la resurrección, Schleiermacher excede a Paulus en extravagancia. Jesús para él no había en realidad muerto, y sin embargo, añadía que había sido *vuelto a la vida* por una gracia especial de Dios, es decir, por un azar independiente de toda intervención humana, saliendo del sepulcro por otro azar semejante, después de haber sido quitada la piedra por gentes que no sabían que estuviera allí sepultado Jesús!!! — Es imposible, dice con razón Strauss, es imposible conciliar por este medio la ciencia moderna y la fe.

Más imposible lo es todavía con el medio ensayado por Hase, el discípulo más aventajado de Schleiermacher. Este tenía un punto en que guarecerse contra los embrazos de la crítica, como era la autoridad de que rodeaba al cuarto evangelio. Hase ni este recurso se reservaba, supuesto que el cuarto evangelio se desmoronaba entre sus manos al contacto sólo de sus razonamientos. Las bodas de Canan, la multiplicación de los panes y peces, y otros milagros de este género en que la influencia de la voz de Jesús, ni la fuerza energética de su organismo viviente (el magnetismo), no podían presentarse como agentes directos e inmediatos, todos esos pasajes difíciles habían sido aceptados por el evangelista de otros que se los habían revestido de circunstancias extrañas, y el evangelista lo había trascrito sin discernimiento ni examen. El apóstol que escribió el cuarto evangelio, que había sido testigo presencial de *todo* lo que relata, según Schleiermacher, no lo había sido, según Hase, de lo que no se prestaba a su interpretación racional. De suerte, dice Strauss analizando el método de Hase; de suerte que Juan, el visionario, no habría visto con sus propios ojos estos hechos difíciles de creer, y les habría admitido más tarde en su evangelio en la forma que durante el intermedio de suceder les había dado la leyenda. Como se ve, prosigue Strauss, Juan es para esta especie de teólogos un hombre encantador o delicioso, que sin embargo algunas veces les proporciona momentos de un fatigoso embarazo, y entonces es cuando se le arma una emboscada, se le pone fuera de combate y no se toma de su relato más que lo que conviene. Si Juan, prosigue todavía Strauss; si Juan en lo que se refiere a los hechos no tiene autoridad más que en los casos poco numerosos donde se manifiesta expresamente como testigo ocular, ¿qué viene á ser el valor del cuarto evangelio? ¿Qué viene á ser en general la autoridad apostólica de nuestros cuatro evangelios, si de los tres primeros ni uno solo es de un apóstol, y si el apóstol, autor del cuarto, no es digno de fe sino en una medida tan restringida (1)?

Por este lado el racionalismo protestante no sólo no podía conseguir su objeto de salvar la personalidad his-

(1) Strauss, *Nueva vida de Jesús*, tom. I, *Introd.*, 25-33.

tórica de Jesucristo, sino que lo mismo que los anteriores, convertía en ruinas, antes de levantarle, el edificio que pretendía edificar. Incansables, sin embargo, en tan árdua tarea, otros habian emprendido diferente camino. Krug, Gabler, Horts, Usteri y otra infinidad de ellos, habian descargado sobre Paulus y sus discípulos los más rudos golpes, y pretendido sustituir á su método natural el mitológico, que presentaba más ancho campo y no podia desacreditar la crítica á los ojos de los *mismos laicos*, como lo habia hecho Paulus. Pero no podian presumirse que todos esos materiales que reunian, habian de servir maravillosamente á un laico para caer sobre la crítica de todos esos ministros de un santuario profanado para ahogar con mano de hierro el mónstruo del racionalismo. El doctor Strauss, á la vista de los descomunales esfuerzos hechos inútilmente por Paulus, Schleiermacher y Hase por un lado, por Krug y Gabler por otro, hallando desacreditado el racionalismo, gastados todos los recursos y casi agotado el arsenal de la crítica bíblica, ordenó uno de los métodos que venian elaborándose en el seno de ésta, presentándole como el único recurso de salvacion para el espíritu cristianismo de los reformados.

¶ Pero esto no pudo hacerlo sin luchar ántes tambien con el partido ortodoxo, que queriendo parapetarse tras de lo sobrenatural, hacia una cruda guerra al sistema mitológico. El sobrenaturalismo de los ortodoxos, decía Strauss, es semejante á los niños; pues prefiere una envoltura pintada con los colores de la historia, por vacia que se halle de toda significacion divina, al fondo más rico, si está despojado de este manto abigarrado. Los argumentos, que oponian al *mito* para conservar todo su valor á la historia, eran tan peregrinos como el siguiente de Hess: la mitología tiene alguna cosa de pagano; la Biblia es un libro cristiano, luego ella no contiene nada de mitología. Meyer, combatiendo á De Wette, uno de los corifeos del sistema mítico, aconsejaba, para huir de los peligros que este sistema encerraba, seguir un procedimiento por el cual, el hecho, que se halla en el fondo del relato bíblico, seria comprendido de la manera más simple y general, sin determinar sus circunstancias accesorias, como por ejemplo en el referente al diluyio: habiendo sobrevenido, dice Meyer, una grande inundacion en el Asia anterior, pere-

ciendo muchos hombres perversos, según la leyenda, Noé, padre de Sem y hombre piadoso, se salva.... ¡á nado!: las circunstancias particulares de su conservacion, la forma y clase del navío de que se pudo servir, etc., no se debe ensayar en describirlas siquiera, por no caer *en lo arbitrario* (!). En vista de semejantes atentados contra la razon, de parte de los mismos protestantes ortodoxos, bien pudo Strauss aventurarse en un terreno en el que, por muchos absurdos que amontonase, no era posible pudiera sobrepujar ni igualar siquiera con ellos la masa enorme que constituía una ciencia, que era la ciencia de los absurdos por excelencia.

Partiendo de la ineficacia misma de los métodos ensayados anteriormente, Strauss deducia la necesidad de tratar la historia de Jesus de una manera diferente, para hallar satisfactoria explicacion de lo que en los evangelios, como fuente de esa historia, habia de incomprendible para la razon. Los deístas habian supuesto que esto provenia de la mala fe y de la superchería de sus autores; para combatir semejante asercion, el racionalismo habia ideado medios que irremisiblemente venian conduciendo al mismo resultado afirmado por el deísmo. Por ambas vías se llegaba á rebajar el noble carácter de los apóstoles y á borrar el sello augusto que los evangelistas habian impreso en la faz de Jesus. Luego para evitar semejantes resultados, era preciso huir de esos medios, refugiándose en el *mito*, producto espontáneo é irreflexivo de todo un pueblo ó una generacion, que revestia con los colores de su imaginacion los actos y las palabras de un hombre superior. Con semejante método, advertia Strauss, no se pretende decir que toda la historia de Jesus deba ser considerada como mitológica, sino que cada parte de ella debe ser sometida al exámen de la crítica, á fin de que se separe si encierra algo de mitológico. Pero Strauss partia ya desde luego, á pesar de sus alardes de independencia psicológica y moral, de un punto equivóco desde el cual no podia ni puede divisarse la verdad. Para llevar á cabo sus propósitos, se valia de una crítica formada ó ideada deliberadamente para quitar todo valor á los evangelios, supuesto que los dos polos sobre que giraba eran la negacion absoluta de lo sobrenatural y la persuasion de poseer el pleno conocimiento de todas las leyes naturales para afir-

mar su inmutabilidad. No se sabia de dónde provenían esos elementos criticos, ni si previamente habían pasado por el crisol de la critica misma para ser admitidos como base en el criterio de la verdad. Admitidos *à priori*, sin discusion, traian ya al terreno de la critica biblica el germen del error; y admitidos de este modo, invalidaban todo lo que como consecuencia se habria de derivar de su desarrollo.

Pero Strauss era en esto victima de una preocupacion general, y si se hubiera desprendido de ella, su obra no hubiera existido y no hubiera producido el resultado providencial que la estaba reservado. Despues de confesar, además de esto, que se hallaba exento de ciertas preocupaciones religiosas y dogmáticas, *gracias à sus estudios filosóficos*, con lo que daba à entender que à las preocupaciones religiosas las habia sustituido con las filosóficas, que no dejan por eso de ser tales preocupaciones, invadia el terreno en que abundaban las explicaciones y definiciones más contradictorias del mito y de la leyenda, para escoger como núcleo el mito filosófico, que tambien llama dogmático. Antes de desarrollar por completo su sistema, se halla con una emboscada, en la que, sorprendido por la razon, intenta burlarse de la razon por medio de una original evasiva. Si la mayor parte de los evangelios está llena de mitos formados por el pueblo cristiano, llevado de su entusiasta celo y de su sincera veneracion hácia el culto de Jesus; y si esos evangelios se hallaban ya escritos, particularmente los tres primeros, hácia la época del sitio y ruina de Jerusalem, ¿cómo en tan corto tiempo como trascurrió entre la muerte de Jesus y la ruina de Jerusalem (71), pudieron formarse esos mitos? Strauss contestaba à esta dificultad que los mitos *se hallaban ya formados* en el Antiguo Testamento (1).

A este acude en efecto en busca de tipos para explicar los pasajes del evangelio; pero haciéndolo tan desgraciadamente, que unas veces tiene que asirse de la *simple coincidencia* para dar razon del cumplimiento de las profecias, que se realizaban por los enemigos mismos de Jesus, como en la referente à la actitud de éste delante de sus

(1) *Vie de Jesus*, Introd., § XIV, 106, 107.

jueces; otras se veía obligado á reconocer grandes diferencias entre el tipo mítico del Antiguo Testamento y su imitación en el Nuevo, diferencias que se explicaba como adiciones de la época posterior al Cristo; reconociendo así en el evangelio los mitos que ántes había negado; y otras veces, en fin, después de desbaratar y destruir los planes y las hipótesis del racionalismo ortodoxo y no ortodoxo, concluía contra éste que lo que los evangelios relataban eran milagros positivos, como el del paralítico de la piscina, el del ciego y mudo de San Marcos, y el de la mujer que sanó de la hemorragia con sólo tocar las vestiduras de Jesús.

Esto sólo en cuanto á los detalles de su método, pues en cuanto á lo esencial, á lo que le valió el más profundo odio y la más recia persecución por parte del viejo y del nuevo protestantismo, Strauss se coloca á una grande altura con relacion á los demás sistemas de crítica negativa. Después de defender á Jesús, §§ LXIV y LXV, de la nota infamante de ser un ambicioso vulgar y un farsante político, con que el deísmo y los libres pensadores habían pretendido mancharle, reconoce en él, no el fundador de una religion, sino el jefe de una escuela filosófica, cuya concepcion de la idea divina no podía ménos de corresponder á la verdad absoluta, tal como la más elevada filosofia podía concebirla. Jesús quiso dar vida á una nueva secta, cuya moral práctica, diferente de la de los saduceos, algo semejante á la de los essenios, radicalmente opuesta á la de los fariseos, correspondiese á la idea de Dios, tal como en su pensamiento originalísimo se hallaba reflejada. En la lucha que Jesús tuvo que sostener, sucumbió y murió, y entonces sus discípulos, para librarse tal vez de la suerte que había cabido al maestro, envolvieron su doctrina filosófica en el misticismo judáico, revistiendo á Jesús con el carácter mesiánico, adaptando á su persona los atributos proféticos, sin dejar de conservar en el fondo la doctrina filosófica de que había sido iniciador y ellos propagadores. Esa filosofia para Strauss, resolviéndose en la cristología hegeliana, no era más que el panteísmo idealista de esta escuela alemana, y los apóstoles unos discípulos anticipados de Hegel.

El crimen capital de Strauss para la crítica y el misticismo protestantes, era que había relegado al último plan los

evangelios, que habia librado á Jesus de las estrechas ligaduras con que querian sujetarle al cuadro mezquino que de los evangelios se trazaban, extrayendo de la historia evangélica la esencia filosófica, que para Strauss era tambien religiosa, supuesto que Hegel, su maestro, llamaba á la filosofía absoluta, la religion tambien universal y absoluta.

A la horrible blasfemia, á la descomunal impiedad del filósofo hegeliano, respondieron privándole de la cátedra que desempeñaba en la Universidad de Tubinga, promovieron un motin entre los calvinistas de Zurich para derrotar al gobierno federal de este canton, que habia llamado á Strauss para encargarle una cátedra en su Universidad, y no hubieran cesado hasta hacerle gustar las amarguras de una suerte final, si el poder político se hubiera hallado en las mismas circunstancias que en los tiempos de la Reforma. Strauss se retiró por un momento para proseguir con más rudo encarnizamiento la lucha á que le retaba el racionalismo, asustado de ver en él todas sus deformidades reflejadas. Strauss no habia hecho más, que arrojar á la faz del racionalismo, el lodo que habia venido este allegando con una simplicidad de ánimo, verdaderamente asombrosa, por parte de los criticos y exegetas que por ello le anatematizaban.

En toda Alemania se levantó un grito de indignacion, dice el abate Meignan, contra el que á la luz siniestra de sus impiedades, dejaba percibir claramente el abismo en que los protestantes se hallaban (1). Para combatirle ó más bien para oscurecer esa *luz siniestra* que los atormentaba, abandonando los sistemas todos que se habian desmoronado al contacto de la lógica de Strauss, se adhirieron al miñado por éste, sin duda con el propósito de desacreditarle, cuando no cayendo en el lazo que aquel les tendia. Weisse aceptaba el punto de vista mítico, fijándose en una hipótesis de Strauss, que este á su vez habia tomado de Usteri, para deducir, no sólo que el milagro de la higuera seca, sino todos los milagros del evangelio, procedian de las parábolas de Jesus, que los que suministraron materiales para la redaccion sucesiva de los evangelios, revistieron del

---

(1) *Les Evangiles et la critique au XIX, siècle*, 17. Paris 1864.

carácter histórico, presentándolas como milagros cumplidos. Bruno Baur, jefe de la escuela crítica de Tubinga, queriendo arrebatár a Strauss la gloria que le había conquistado su osadía, se lanzó por el terreno mítico, revolviéndose á la vez en las cenagosas aguas del deísmo para intentar demostrar que los mitos evangélicos no habían nacido espontáneamente de las comunidades cristianas primitivas, sino reflexiva y conscientemente de los mismos autores de los evangelios, á los que venía así á presentar como falsarios. Para que esta deducción no apareciera desnuda hasta el punto de deshorrar á los evangelistas, Baur daba como móvil de esta falsificación el espíritu de partido, presentando á los apóstoles divididos en parcialidades, *luchando entre sí*, teniendo cada uno un evangelio que correspondiese á sus respectivas tendencias. De este modo surgieron los sinópticos, hasta que en el siglo II se llevó á cabo la *reconciliación*, introduciendo cada partido en su evangelio las modificaciones que aconsejaba la avenencia. En esta misma época, y como expresión de las tendencias del partido, que provocó la controversia sobre el día de la celebración de la Pascua, apareció el cuarto evangelio, que no es más, según Baur, que una *composición poética* que, en forma de *drama histórico*, revela la lucha del idealismo hellénico contra el materialismo judaico.

Ewald, jefe de la escuela de Goetinga, queriendo combatir á Strauss y á Baur á la vez, usa de un medio tan comprometido, que le ha hecho caer en un inmenso ridículo. Este hippógrifo de Goetinga, como le llama Strauss, que se complace en pasearse por la región de las quimeras, empieza dando grandes alaridos hasta aturdir á su contrario, para presentar luego las ideas de éste como suyas propias. Parapetado en el mito, tal como Strauss le había concebido ni más ni menos, lanza sus frases ampulosas y huecas contra su adversario, con una grande unción, pero también con algo más de *galimatías* (1).

Neander, siguiendo los pasos de Schleiermacher y de Hase, se adhiere al cuarto evangelio, no sin mostrar cierta preferencia por el de San Marcos, como más propio para

---

(1) Frase de Strauss, *Nueva Vida de Jesús*, Int., 42. (1)

la explicación natural de algunos milagros. Naturalista á medias, y racionalista evidente, dá un paso hácia lo sobrenatural, aunque con la timidez propia del que se expone á comprometer la ciencia, confesando que los autores de los evangelios fueron inspirados, mas sólo en la parte religiosa, no en la histórica, como si el elemento religioso no fuera en ellos inseparable del elemento histórico, flaqueza que aprovecha Strauss para batirle con éxito. Reconoce en el Cristo una comunicacion absoluta de Dios á la humanidad, sin comprometerse á reconocer que el Cristo es la personificación de ese Dios mismo, envolviendo sus ideas en un sentimentalismo trivial, inspirado sólo por el desaliento que le causan la crisis, los dolores y las angustias de su siglo, tono con el cual pretendia reanimar entre los suyos el espíritu religioso tan violentamente quebrantado por Strauss.

Keim es el último de los criticos racionalistas del protestantismo, que ha llegado á la figura del Jesus de los evangelios, para trazar el último cuadro de las alucinaciones germánicas (1861). Partiendo del primer evangelio, cuya autenticidad reconoce, en tanto que rechaza la del cuarto, se propone describir el desarrollo moral y religioso de Jesus en los límites de lo humano y de lo natural, con todas las evoluciones de su conciencia y de su idea. Pero al apercibirse que otros siguen sus huellas para hacer de Jesus un personaje fantástico, de equívoca sinceridad, aunque el primero de los personajes históricos; un hombre de sospechosa religiosidad, aunque el primero, el más heroico y el más grande de todos los hombres, Keim retrocede algunos pasos para presentar á Jesus como lo escepcional, lo unico; se irrita de que algunos conciban el Cristo como un simple producto orgánico de la especie humana, comparable á los otros, y exclama que es el ideal colocado muy por encima de la humanidad de hecho y por encima de los más grandes héroes; para concebirle, dice Keim, es necesario elevarse al seno del Dios viviente, que es su padre. De estas dos partes contradictorias se ha aprovechado Strauss para pulverizar el nuevo método que parecia realizar un progreso en la crítica, y no es más que el método de Schleiermacher con la misma inclinacion á lo sobrenatural y los mismos embarazos de lo natural. Porque Keim no sólo no explica como y de qué modo puede existir un hombre que sea disunto de los demás

hombres, sino que tampoco lo hace de cómo el Cristo, siendo hijo del Dios viviente, permanece en los límites de lo humano, á no ser que Keim dé la explicacion que daba Arrio hace diez y seis siglos, de que el Hijo fue *creado* por el Padre de una sustancia diferente de sí y de las demás criaturas. Keim, por último, explica la resurreccion de Jesus mucho peor que los demás lo habian hecho, pues dice que fué la vuelta de un simple letargo. ¿Qué se hizo de Jesus despues de este suceso hasta su muerte verdadera y real? Paulus por lo ménos le hacia arrastrar una vida enfermiza y valetudinaria sucumbiendo de sus heridas: Keim, por el contrario, no se atreve á investigar el paradero ulterior del Cristo aletargado.

No son sólo de este género los adversarios de Strauss. Ebrard es el representante de otro método que se distingue, no sólo por su impudencia, sino por las contraréplicas en sumo grado peregrinas con que intentan desbaratar los argumentos de Strauss. Este habia manifestado dudas de que un pez, al mismo tiempo que muerde el anzuelo, pueda tener una moneda de plata en la boca, como se dice en San Mateo, XVII, 24-27; y Ebrard replica que el pez pudo muy bien hacer pasar la moneda desde su estómago á la boca en el momento en que Pedro se la abria. Por lo demás, Ebrard, atrincherado en la letra de los evangelios, niega rotundamente que se contradigan ni que se equivoquen, sin dar de ello explicaciones ningunas: la crítica (y él es crítico tambien), es la única que se engaña, y ya que no se la puede refutar con buenas razones, hay que vencerla á fuerza de gritos, gritando más fuertemente que ella (1).

Tal era el cuadro que presentaba el racionalismo germánico, cuadro lleno de confusion y de desorden, con lo cual pretendia hacerse pasar por victorioso contra el blasfemo y el impio de Ludwigsburg y de Stuttgard. Y cuando creían al leon herido de muerte y espirante, el leon, que estaba sólo dormido, ha despertado dejandó

(1) Por no ser prolijos, omitimos los nombres y los métodos crítico-exegéticos de otros muchos más, tales como Grarer, Meyer, Witke, Olshausen, Zeller, Hilgenfeld, Bleek, Wolkmar, Jahrbücher, Luthardt, Schwetzer, etc., etc.

caer sobre ellos todo el peso de su talento y de su audacia. Strauss en su *Nueva Vida de Jesús* (Heilbronn, Enero de 1864), reniega de la filosofía hegeliana que *usa y abusa de la imaginación* (Introd., XXII, 185), se presenta como continuador de la reforma de Lutero (Prefac., XIV), declara que la crítica ha retrocedido en vez de progresar, prolongándose la controversia de un modo ilimitado sin resultado alguno definitivo (Pref., XI), confiesa y reconoce que la situación de la Alemania racionalista es la misma hoy que era en el siglo xvi, sufriendose la misma *dolorosa crisis* que sufrieron en aquellos tiempos remotos: añade que aun la edad de la Reforma tenía sobre la edad presente la ventaja de que no se trataba más que de la doctrina y disciplina de la Iglesia, encontrando su plena satisfacción en las palabras de la Biblia y en una organización eclesiástica fundada sobre la simplicidad de la Escritura; la separación era entonces fácil de realizar, y la crisis, aunque profunda, era *ménos grave*; porque el pueblo guardaba en la Biblia un conjunto incontestable de revelaciones divinas y de fe santificante: pero hoy la Biblia *tambien*, sus enseñanzas y sus relatos son *puestos en cuestión por la duda*, siendo sobre ella misma y en ella misma en la que se debe realizar la separación de lo que es verdadero y obligatorio en todo tiempo, y de lo que, fundado solamente en nociones y circunstancias pasajeras, ha venido á *sernos inútil y aun inaceptable* (Pref., XIV): ofrece su apoyo y ayuda á las almas indecisas que se ven lanzadas por la crítica á esa lucha enervante, á esa oscilación penosa en que se las mantiene entre una incredulidad disoluta y una fe convulsiva, entre el libertinaje de la razón y el de la devoción (Pref., XVI y XVII).

Levantándose sobre sus enemigos y tratándoles con arrogante desden ó con esos alhagos glaciales que ahogan el corazón de quien los recibe, como hace con Baur, les devuelve injuria por injuria, golpe por golpe. Sus abstracciones *vacias* no son para Strauss más que *pobres y miserables sofismas* (Tom. II, § LVI, 36), *pobres trapacerías, invenciones lamentables*, que prueban una *igual debilidad de entendimiento y de fe* (Tom. II, LXXX, 260); las explicaciones de esa crítica bastarda son *tan miserables y tan absurdas*, que es *trabajo perdido* el ocuparse de ellas (LXXXII, 274); su procedimiento consiste en pretender

sostener el crédito de una parte sola de uno de nuestros evangelios, haciendo á *todos* la más *cruel* injuria, *falseando violentamente* sus palabras más claras y sus pensamientos más evidentes (LXXXV, 294): Strauss, en fin, deja caer sobre sus enemigos los racionalistas todos, el plomo candente de su encono, diciendo: que para cerrar los ojos á la evidencia, no se necesita más que la *terquedad obtusa* de la vieja escuela de Tubinga, ó el *indecente aplomo* de los neortodoxos, y añade verse obligado á *dar á estos últimos la razon*, contra los primeros (LXVI, 107).

Nuestros lectores creeran que quien habla de esta manera debe verse exento de todos los defectos que con una razon tan limpida echa de ver en la multitud de sus contrarios, Strauss posee la rara cualidad de penetrar en los secretos de una razon extraviada, abandonando la suya á las mismas alucinaciones que condena. Racionalista estricto tambien en toda la extension de la palabra, á la par que lógico severo, no se deliene en los inconvenientes del escándalo, y deduce con una inflexible consecuencia de las premisas más absurdas, las conclusiones más temerarias. Habiendo encontrado el campo de la critica biblica sembrado ya por los más profundos errores, parece complacerse en arrancar de él las espinas y metérselas en el pecho á los que, sembrando ese campo, venían haciéndose la ilusion de que lo que sembraban en él no eran más que aromáticas flores.

Strauss da el último paso que puede darse bajo el aspecto negativo en las ciencias critica, exegética y dogmática, con relacion, no sólo al cristianismo, sino tambien á toda religion posible. Su obra es el último progreso realizado, es tal vez el último escalon donde puede levantarse el panteismo, esa esfinge moderna que envuelve con su misterioso veló las más ilustres inteligencias, es el último baluarte donde puede parapetarse y hacerse fuerte la incredulidad. Por eso, aunque con escasas fuerzas y con una flaqueza extraordinaria, será en esa obra donde empeñaremos el combate, y le empeñaremos con gusto, porque nuestro enemigo nos ha preparado el terreno que más nos conyenia. Colocado en el verdadero campo de la ciencia, en ella le buscaremos, empleando las armas corteses que se merece un contendiente tan ilustre y un campeón tan autorizado.

Pero debemos ántes detenernos á observar, que cuando estaba preparándose esa crisis desastrosa para el racionalismo germánico, M. Renan, representante de una de las sectas del racionalismo francés, nos ofrecía en su *Vie de Jesus* un cuadro, afeminado por los retruécanos y la insulsa palabrería de los salones del *demi-monde* parisien, de todas esas extravagancias de ultra-Rin. En lucha abierta el materialismo, de que Renan es corifeo, con el naturalismo de la escuela krausista, representada por los deistas Gueroult y Larroque, á una provocacion de este último, para que dijera lo que supiese *d'une science positive*, sobre la persona humana de Jesus (1), Renan, simple rapsodista, para contestar á la provocacion del naturalismo francés, traduce lo que el naturalismo alemán le ofrecía como más notable. M. Renan intenta hacer valer las conclusiones del naturalismo con el fin de proseguir la trabajosa elaboracion de la religion filosófica que encomiaba Spinoza, como la única religion digna de los sabios, fin que tambien se propone Strauss como medio de reunir en una sola creencia todas las sectas religiosas en que se encuentra dividida la humanidad (2), á cuyo objeto acepta el concurso del escritor francés (3). Sólo que Strauss se presenta como continuador de la obra de Lutero, en tanto que Renan se nos ofrece como el más digno continuador de Jesucristo mismo, con lo cual ya nos dá una prueba de su insensatez (4).

Strauss, por otra parte, devuelve á Renan el desdén con que éste le trata en la *Introduccion* de su obra (VIII), colocándole, como *biógrafo* de Jesus, en un rango infe-

(1) *Opinion des deistes rationalistes Sur la Vie de Jesus selon M. Renan*, par P. Larroque, p. 6.

(2) *Nouvelle Vie de Jesus*, Prefac., XVII.

(3) Prefac. XVIII.

(4) Strauss. Prefac. XIV.—Renan, *Vie de Jesus*, 447, cinquième édition. El P. Félix ha hecho observar que Renan al describir el carácter de Jesus, ha pretendido retratarse él mismo; así se explica que M. Renan haya querido presentarnos á Jesus como el hombre más grande de todos los siglos y todas las edades, al propio tiempo que como un afortunado farsante de Galilea, que vivió en una época y en un país en que no habia tribunales de policia correccional. M. Ern. Havet en la *Revue de Deux-mondes*, ha llamado á Renan, que es breton, el Galileo de la Francia.

rrior al alemán Keim, de quien ya hemos hablado, y del que Renan había tomado el diseño del protagonista en su romance (Int., 44). Strauss no se explica sino por un conocimiento incompleto de los ensayos alemanes y de su desgraciado resultado, el que, un entendimiento tan sagaz como el de Renan haya venido á aumentar el número de las desventuradas *tentativas de diseccion* hechas sobre los Evangelios (P. 136). No pudiendo pasar con los ojos cerrados delante de la resurreccion de Lázaro (en lo cual Strauss declara que Renan ha *sacrificado el honor de Jesus*, t. II, lib. II, 222 y 223); y no queriendo aceptar el milagro, nos ofrece una escena de mistificacion, habiendo con este expediente autorizado á la critica alemana para tratarle como á un *nuevo Venturini*, dándonos lugar, en efecto, para asombrarnos de que la *pobre alternativa* á que se ve reducido, no le haya hecho tocar con el dedo la *falsedad de la hipótesis* á que le conducia (Int., § XVII, 156 y 57).

Strauss, no obstante, trata á Renan como correligionario á quien guian las mismas tendencias, por más que haya comprometido el éxito de la empresa común, reproduciendo hipótesis que han hundido en el ridiculo á los que *hace ya tiempo* las inventaron. Pero M. Larroque, que tiene sobre Renan la inmensa ventaja de la originalidad en lo que escribe, de la franqueza y lealtad en lo que piensa, de la dignidad y decoro de su conciencia propia, que es enemigo del cristianismo, enemigo abierto y franco, ha caido tambien sobre este desventurado rapsodista, triturándole con su vehemencia y con su lógica. M. Renan, segun Larroque, se ha forjado un Jesus fantástico compuesto de elementos los más contradictorios; de misticismo exaltado, de excepticismo, de epicureismo; hasta hace de él un filósofo hegeliano (1). Después de copiar algunas palabras de la obra, continúa diciendo que puede verse no añade nada á la *perfumería* de que tan prodigo se muestra Renan, y que hace la delicia de los lectores apasionados por los romances que continuamente brotan del cerebro de tantos corruptores, así de costumbres, como de la lengua francesa (2). Emplear la bondad

(1) *Opinion de s. desistes rationalistes*, p. 8.

(2) P. 10.

y belleza de un hombre joven, como hace M. Renan con Jesus, para calmar la organizacion alterada de una cortesana, dice Larroque que es un género de terapéutica que no supone un estudio profundo de nuestra naturaleza física y moral (1). A estos extremos ha sido arrastrado Renan únicamente por la necesidad de lo pintoresco á todo trance, y por aparecer imbuido en ese sentimentalismo enfermizo que se aventura, lleno de aturdimiento, en los más arriesgados pasos (2). Esa manera de sustituir, continúa Larroque, á la verdad desnuda con la verdad del colorido, de combinar los textos con arte, de obligarlos suavemente á decir lo que se desea que digan, es la destruccion de las reglas de buena y severa critica admitidas hasta ahora (3).

Importa mucho demostrar el peligro de esas huecas elucubraciones, propias para descarriar á las inteligencias irreflexivas (4). Desde luego era deber nuestro, dice Larroque, nosotros que deseamos permanecer en el terreno del verdadero racionalismo, decir en voz muy alta que M. Renan no es de los nuestros (5). En fin, termina Larroque, la última obra de M. Renan, me ha abierto los ojos acerca de la naturaleza de una inteligencia que se complace en caminar por las vías más arriesgadas de la imaginacion, y sobre el uso poco moral que hace de una *erudicion mal digerida*. En semejantes materias, cuando no se tiene nada con que sustituir lo que se demuele, por mucha que sea la elegancia con que se cumple su mision de demoleador, se atrae sobre sí *la reprobacion de las gentes honradas*. (6).

Tal es el juicio formado de Renan por un escritor que tiene la franqueza de declarar previamente que no es cristiano (7).

Ante semejantes juicios, nada sospechosos para los mismos apasionados de Renan, deberiamos dar por terminada nuestra tarea, si pretendiéramos solamente contestar

(1) P. 10.

(2) P. 11.

(3) P. 22.

(4) P. 22.

(5) P. 24.

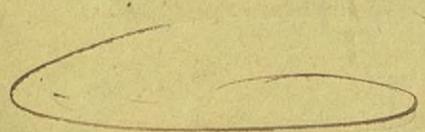
(6) P. 32.

(7) P. 25.

á la obra de este último. Si nos concretáramos á él, limitaríamos de tal modo los dominios de la ciencia, que la reduciríamos á un simple juego de palabras, coordinadas con arte, pero huecas y vacías de todo sentido. Sería además trabajo excusado, porque sería combatir con sombras ya del todo desvanecidas. Sin embargo, aunque de nuestra parte esté la más grande ignorancia, nadie podrá negar que la mayoría de los que admiran aún á Renan, le admiran porque lo ignoran todo, creyendo ser la obra publicada por éste, lo único que hasta ahora se ha escrito, lo único importante, lo principalmente serio y grave que se ha publicado contra la superstición cristiana. Mucho ántes que Renan pensara en utilizar en su totalidad los elementos críticos y exegéticos de que se ha valido en su *Vie de Jésus*, ya estaba destruido el método que sigue, las hipótesis que enuncia olvidadas, las extravagancias que acumula ya hacia tiempo se hallaban flotando por el piélagó de lo ridículo y lo risible. Sólo la ignorancia puede celebrar como original lo que ha sido repetido cien veces y cien veces entregado á la bifa y al escarnio de las gentes de alguna instrucción, por hombres completamente ajenos al interés y á la pasión religiosa.

Que esto se diga y se demuestre como lo haremos, no es suficiente aún. Es preciso hacer todavía más. Como no solamente es inferior Renan á los que él ha copiado, sino que lo es mucho más, en un grado superior, al doctor Strauss, y éste haya dicho la última palabra, haya realizado el último progreso en la crítica y exégesis racionalistas y negativas, en sus conclusiones nos apoyaremos para la refutación de todo el sistema en lo que les es común. Strauss y Renan se hallan colocados en un mismo terreno, ambos son los representantes del panteísmo físico y del panteísmo racional, en ambos se ven mezclarse las tendencias del materialismo de los antiguos jónicos, por un lado, y del racionalismo de los eleatas, por otro; los dos tienden á sustituir el sentimiento religioso hácia un Dios personal, libre é inteligente, cuya existencia es la garantía de nuestra inteligencia y de nuestra libertad personales, por otro sentimiento más vago, más indefinido, que pugna por confundirnos en un todo sombrío, cuyos actos son la fatalidad, nuestra anulacion moral, y cuya

Esta obra se publica por suscripciones de 100 a 200 paginas, y  
sin que por contar una de ellas se continen el correspondiente de  
por los libros. El precio de cada cuaderno es el de 14 reales en  
toda España.  
El primer cuaderno se halla de venta en la libreria de D. Alfonso  
Barra, Carrera de San Jeronimo, num. 2.  
Los pedidos se hacen a la expresada libreria, ó al administrador  
de la obra Don Benigno, calle de Hortaleza, num. 50, cuando se  
hayan indicado el importe en libranzas de comercio ó en soltes de  
cambio.



Esta obra se publica por cuadernos de 160 á 200 páginas en 4.º, sin que por tomar uno de ellos se contraiga el compromiso de tomar los demás. El precio de cada cuaderno es el de 14 reales en toda España.

El primer cuaderno se halla de venta en la librería de D. Alfonso Duran, Carrera de San Gerónimo, núm. 2.

Los pedidos se harán á la expresada librería, ó al administrador de la obra *Los Evangelios*, calle de Hortaleza, núm. 50, cuarto segundo, incluyendo el importe en libranzas de correos ó en sellos de franqueo.